
UN THRILLER PSICOLÓGICO ANDALUZ DONDE NADIE ES INOCENTE
LA CHICA DE AZUL
¿SABRÍAS RECONOCER A UN MONSTRUO SI TUVIERA LA CARA DE TU MEJOR AMIGA?
JL MENA

LA CHICA DE AZUL

JL. MENA

LA CHICA DE AZUL

© 2025, J.L. Mena

Primera edición: Diciembre de 2025

Diseño de cubierta y maquetación: J.L. Mena **Corrección y edición:** J.L. Mena

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su tratamiento informático o su transmisión por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o son utilizados de

forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, eventos o locales es pura coincidencia.

ISBN 9798277731345

Impreso por Amazon Fulfillment / Printed in Spain

"Pareced la flor inocente,
pero sed la serpiente que yace bajo ella."

— **William Shakespeare**, *Macbeth*

PARTE

1

PRÓLOGO

SIMETRÍA

DRA. GARCÍA

Miré el reloj de mi escritorio. Faltaban unos minutos para las siete; unos minutos para que Laura Reyes se levantara del diván, me diera las gracias con su sonrisa educada y se fuera, dejándome con la incómoda sensación de haber sido yo la paciente.

Llevaba semanas sintiendo lo mismo. Laura no era una paciente común. La mayoría de la gente venía aquí a desmoronarse, a vaciar el desorden de sus mentes sobre mi alfombra, pero ella venía a observar. Se sentaba con una calma imperturbable y sus ojos me analizaban con una curiosidad que, a esas alturas, ya no intentaba disimular.

—Retomando lo que hablamos la semana pasada, Laura —dije, tratando de recuperar el control de la sesión—, decías que usabas tu proyecto como una forma de canalizar el dolor por la pérdida de tu hermano.

Ella asintió; un movimiento leve, casi imperceptible.

—El trauma es una herramienta, doctora. Nada más. Se puede usar para justificar la debilidad o se puede usar para construir. Yo prefiero construir.

Su respuesta era de manual, demasiado perfecta, como si hubiera leído mis libros y ahora me los estuviera recitando. Intenté llevarla al terreno de las emociones, el único lugar donde la terapia real podía ocurrir.

—¿Y hablar de Daniel te ayuda?

—Daniel es un recordatorio constante de que el mundo es injusto. Si no creas tus propias reglas, pierdes. No hay más.

Choqué contra un muro de cristal: podía ver lo que había detrás, pero no podía tocarlo. Antes de que lograra reformular mi estrategia, ella tomó la iniciativa.

—Doctora, por los casos que usted ha visto, ¿qué tipo de duelo diría que es más eficiente? ¿El que se basa en aceptar la pérdida o el que la usa como motivación para un propósito mayor?

Y ahí estaba el giro. De repente la paciente era yo y ella me estaba evaluando, pidiendo mi opinión profesional no para ayudarse a sí misma, sino para analizarme a mí, para entender cómo funcionaba mi mente. Intenté devolverle la pelota, un truco básico.

—¿Y tú cuál crees que es tu caso?

Ella sonrió; fue una curva diminuta en sus labios, pero cargada de poder.

—Yo le he preguntado a usted primero.

Los últimos minutos transcurrieron así, un partido de tenis donde yo lanzaba bolas cargadas de empatía y ella me las devolvía

con la precisión de un cirujano, convertidas en teoría. Estaba pasando un examen oral para el que no había estudiado.

Cuando el reloj por fin dio la hora, sentí un alivio tan intenso que me avergonzó.

—Nuestro tiempo ha terminado por hoy. —Decidí arriesgarme con un último apunte directo—. Laura, ¿cómo llevas el tratamiento?

Ella, que ya se estaba levantando con su elegancia habitual, se detuvo un instante.

—Lo llevo bien. Sigo la pauta.

—Es fundamental que lo hagas. Las jaquecas no solo te provocan dolor físico; afectan a tu juicio, a esa claridad mental que tanto valoras. Cuando el dolor aparece, el control desaparece, y sé que para ti el control lo es todo.

Por un segundo vi un destello en sus ojos que no era gratitud, sino algo más frío, casi un desafío; como si mis palabras fueran una ofensa.

—No se preocupe, sé perfectamente lo que tengo que hacer. —Esa frase sonó más a una afirmación de poder que a una promesa—. Como siempre, una sesión muy productiva.

La acompañé a la puerta forzando una sonrisa profesional y, cuando se cerró, me dejé caer en mi butaca bajo el peso del agotamiento.

Pensé en su respuesta. No había dicho «no lo olvidaré», sino «sé lo que tengo que hacer». La diferencia era sutil, pero aterradora. Tuve la certeza de que Laura no veía sus pastillas como una medicina, sino como un recordatorio de una debilidad que odiaba, y temí, con un escalofrío, el día en que decidiera demostrarse a sí misma que no las necesitaba.

1

AZUL

ROCÍO

Hay tardes en las que el aire de Vejer parece detenerse, cargado del peso de los siglos. Eran mis favoritas, esas en las que el sol de poniente teñía de oro el blanco de las murallas y el silencio de las callejuelas se volvía denso, casi palpable.

Salí del taller de Javier, en el Arco de la Segur, con el olor a barro todavía en la piel y el sabor de su beso en los labios. Él se había quedado dentro terminando de esmaltar y yo decidí caminar, sumergirme en el laberinto que era mi hogar, pero también mi campo de batalla.

Atravesé el arco girando hacia la Corredera, ese balcón asomado a la comarca donde esquivé a un grupo de turistas alemanes que fotografiaban el paisaje. Para ellos era una postal; para mí, un sistema interconectado. Mi mirada de bióloga no veía solo belleza, veía las líneas invisibles de los acuíferos, los corredores de las aves y el equilibrio precario que el «monstruo» de hormigón amenazaba con romper.

Bajé hasta la Plaza de España, el corazón latente de Vejer, y me senté un instante en el borde de la fuente con sus azulejos sevillanos. El murmullo de las terrazas y el tintineo de las copas me envolvieron; ese era el sonido que luchaba por proteger, un turismo que buscaba

la autenticidad de un vino de la tierra y no un cóctel en una piscina de cloro sobre un humedal desecado.

Mis pies me llevaron a través de la Judería, donde las calles se estrechaban hasta convertirse en pasadizos, hasta llegar al mirador de la Iglesia del Divino Salvador. Me apoyé en el murete mirando hacia el interior, hacia la inmensa llanura de la Janda. Allí abajo, donde otros veían campos, yo veía un mapa vivo: las zonas de anidación de la gaviota patiamarilla, el paso del aguilucho lagunero y el delicado balance de salinidad que permitía la vida.

Sabía que justo detrás de aquella loma lejana era donde el proyecto planeaba sus campos de golf, una sentencia de muerte para los acuíferos. Respiré hondo. Ese paisaje era mi identidad y protegerlo no era un concepto abstracto; era proteger el taller de Javier, la fuente, las piedras.

No me rendiría. No podían quitarnos esto.

A la mañana siguiente me desperté con esa promesa resonando en el pecho. Era el día de la reunión en el Ayuntamiento, la que llevaba semanas preparando, y aunque la tarde anterior la calma de Javier me había dado fuerzas, la mañana trajo el peso de la realidad: la lucha no se ganaba con paseos, sino con datos.

Salí de casa antes de que el Levante despertara del todo y conduje mi vieja furgoneta hasta el observatorio de aves. Necesitaba mi ritual, mi dosis de realidad antes de meterme en la boca del lobo.

Me senté en el suelo de madera del mirador con los prismáticos al cuello. Abajo, la Janda brillaba como plata bajo los primeros rayos del sol. Observé a las gaviotas y a una bandada de cigüeñuelas levantando el vuelo, sus patas rosas dibujando una caligrafía imposible en el cielo. Este era mi mundo, un ecosistema frágil y perfecto, y yo, con mi carpeta de dos kilos llena de informes y censos, era la única dispuesta a defenderlo.

Busqué el móvil en el bolsillo y marqué su número de memoria.

—¿Ya estás en pie de guerra, enana?

Su voz tenía ese eco de brisa marina de siempre, como si hablara con la boca llena de sal. Sonreí, relajando la mandíbula.

—Buenos días, Mateo.

—Déjame adivinar: estás en el observatorio cargando las pilas antes de ir a pelearte con los trajeados.

—Alguien tiene que hacerlo. Alguien tiene que hablar por los que no tienen voz.

Hubo un silencio al otro lado, roto solo por el sonido que imaginé eran las olas de Fuerteventura.

—Ten cuidado, Rochi. Esa gente no juega limpio. No les importan una mierda los pájaros ni el agua, solo los ceros en sus cuentas. No dejes que te coman el terreno.

—No lo harán. Llevo datos, no opiniones. No pueden rebatir los datos.

Mateo soltó esa risa corta y sin alegría que conocía bien; su risa de «qué ingenua eres, hermanita».

—Claro que pueden. Se inventarán los suyos o los ignorarán. Tú ve con la verdad por delante, pero no seas tonta; tener razón no significa que te la vayan a dar. Y si la cosa se pone fea, me llamas y voy para allá a explicarle cuatro cosas a ese concejal.

—Gracias, Mateo.

—Para eso estamos los hermanos mayores. Venga, a por ellos.

Colgué sintiéndome más fuerte, aunque sabía que tenía razón. No debía ser ingenua, pero la verdad tenía que pesar más que un maletín de billetes. Tenía que hacerlo.

El Salón de Plenos era solemne, casi fúnebre, con sus sillas pesadas diseñadas para intimidar. Antonio López, el concejal de

urbanismo, me recibió con esa sonrisa paternalista que reservaba para las mujeres que consideraba histéricas.

—Rocío, hija, qué alegría verte. Siempre tan luchadora.

Era un hombre mediocre con un traje gris que le quedaba estrecho; su poder no residía en su intelecto, sino en su habilidad para decir «sí» a la gente adecuada.

Extendí mis mapas sobre la mesa de roble y le mostré las zonas de anidación, señalando con precisión forense cómo la recalificación afectaría a las corrientes subterráneas. Le hablé con la pasión del conocimiento, citando normativas y estudios, ignorando a las dos o tres personas sentadas en las sombras del fondo. Mi objetivo era él.

López asentía mirando su reloj de oro cada dos minutos. Cuando terminé, tras media hora de exposición, juntó las manos y me dedicó otra sonrisa condescendiente.

—Muy interesante, Rocío. De verdad. Pero tienes que entender que el progreso no se puede detener. Este proyecto traerá riqueza. Hay que mirar por el bien común, no solo por los pajaritos.

—El bien común es un ecosistema sano —repliqué sintiendo hervir una rabia fría—. Un entorno único, no otro complejo de hormigón.

—Son puntos de vista. Estudiaremos tu informe —dijo apilando mis mapas sin mirarlos, apartándolos como si fueran migas—. Ya te diremos algo. Ahora, si me disculpas, tengo otra reunión.

Y así, en un minuto, despachó semanas de mi vida.

Salí de allí vacía. El sol de la Plaza de España me golpeó con violencia y la belleza del lugar me pareció un insulto; todo el mundo reía en las terrazas mientras yo me sentaba en una mesa de La Tetería del Califa, sola y estúpida. Había fracasado.

Fue entonces cuando la vi.

Cruzó la plaza desde el Ayuntamiento deslizándose, no caminando. Llevaba un vestido azul de una tela ligera que flotaba a su alrededor, de un color tan intenso como el cielo. Era alta, con una melena rubia perfecta y un aura de autoridad natural que hacía que la gente se girara. «La Chica de Azul», pensé.

Pasó cerca, nuestros ojos se cruzaron y se detuvo. Dudó un segundo y cambió de rumbo hacia mí. Contuve la respiración al reconocerla como una de las sombras del fondo de la sala.

—Perdona que te moleste —dijo con una voz melódica, sin acento.

—Tranquila… —balbuceé, sintiéndome pequeña en mis vaqueros.

—Me llamo Laura Reyes. Estaba en la reunión.

Me dedicó una media sonrisa que no era condescendiente, sino cómplice.

—Solo quería decirte que lo que has defendido ahí dentro ha sido brillante. Y necesario. Hacía mucho tiempo que no oía a nadie hablar con tanta pasión y conocimiento en esa sala.

Me quedé sin palabras, notando el calor subir por mi cuello. Era la validación que me acababan de negar.

—Gracias —conseguí decir—. Aunque no ha servido de mucho.

—No dejes que esa gente te quite la ilusión. —Su mirada se endureció un instante—. Su tiempo se ha acabado. La gente como tú, con tu visión, sois el futuro.

Señaló la silla vacía.

—¿Te importa si me siento? Déjame invitarte a un café. Pareces alguien que necesita una buena noticia hoy. Y creo que, quizá, yo pueda darte una.

La miré a los ojos, inteligentes y sinceros, sintiendo una conexión inmediata, como encontrar un aliado en mitad de un campo de batalla. Asentí apartando mi carpeta inútil.

—Claro. Siéntate.

Y así, sin saberlo, dejé que la primera grieta se abriera en mi vida.

2

CIMIENTOS

ROCÍO

Laura Reyes no esperó a que el camarero llegara. Levantó la mano con una discreción y una autoridad tan naturales que el chico, un joven con más ganas que experiencia, acudió a nuestra mesa como una polilla a la luz.

—Dos cafés con hielo, por favor. Y una botella de agua grande, sin gas. Y tráenos un par de trozos de la tarta de almendras, que he oído que es la mejor de la comarca. —Se volvió hacia mí—. ¿A no ser que prefieras otra cosa?

Negué con la cabeza, todavía aturdida por la rapidez de los acontecimientos.

—Gracias —dijo al camarero, como si le hubiera hecho un favor.

Laura esperó a que se alejara y se inclinó sobre la mesa, bajando la voz. Sus ojos me estudiaban con una intensidad que era a la vez halagadora y desconcertante.

—La buena noticia, Rocío, es que Antonio López es un peón, no un rey. Y los peones, en ajedrez, se pueden sacrificar. —¿A qué te refieres? —pregunté, mi propia voz sonando débil en comparación con la suya.

—Me refiero a que el estudio que le has presentado, y que él ha despreciado con tanta arrogancia, no es solo un obstáculo para ese monstruoso complejo de lujo. También es un obstáculo para mí.

La miré, confundida.

—¿Para ti?

Ella asintió y, por primera vez, vi una grieta en su fachada de serenidad; un destello de frustración, de una rabia controlada que la hizo parecer más humana.

—No soy una turista, Rocío. Y aunque mi familia es de aquí, no he vuelto solo por nostalgia. Soy promotora inmobiliaria. La decepción fue tan aguda que debió de reflejarse en mi cara: otra más, otra persona que quería un trozo del pastel.

—No, espera —se apresuró a añadir—. No es lo que piensas. Precisamente por eso tu trabajo me ha parecido tan importante.

Sacó de su bolso de piel una tablet delgada y la dejó sobre la mesa. Con un par de toques elegantes, apareció una imagen en la pantalla. No era un plano arquitectónico frío, sino un boceto artístico, casi una acuarela, que mostraba un edificio bajo de líneas blancas y puras perfectamente integrado en la ladera de una colina. Tenía patios llenos de buganvillas, albercas que parecían manantiales y cubiertas vegetales que lo mimetizaban con el entorno. Era hermoso, respetuoso; todo lo que no era el otro proyecto.

—Este es mi sueño —dijo en voz baja—. Un pequeño hotel. Quince habitaciones, no más. Construido con materiales locales, autosuficiente, con un programa de recuperación de flora autóctona. Un lugar que no imponga su presencia, sino que dialogue con el paisaje. Un refugio. Lo llamo «La Pausa de Vejer».

Estaba fascinada. Pasé el dedo por la pantalla ampliando los detalles, viendo los muros de piedra seca, las pérgolas de madera y la forma en que la estructura parecía abrazar los olivos. Era un proyecto que yo misma podría haber imaginado.

—Es... es precioso, Laura.

—Gracias. Llevo dos años trabajando en esto. Hemos diseñado un sistema de recolección de aguas pluviales que reducirá la dependencia de los acuíferos en más de un sesenta por ciento, y la climatización se basará en geotermia. Pero el complejo «Costa Trafalgar», o como quiera que se llame esa aberración, lo arruinaría todo. Está proyectado justo al lado y su consumo hídrico brutal cambiaría la salinidad de las marismas para siempre, destruyendo la esencia misma de «La Pausa . Ellos venden cemento y cloro; yo quiero vender silencio y romero. Somos incompatibles.

De repente todo encajó: su presencia en la reunión, su interés, su frustración. No éramos enemigas, éramos aliadas circunstanciales. El camarero llegó con nuestros cafés rompiendo el hechizo.

—Por eso tu informe es tan valioso —continuó después de dar un sorbo—. Tú has aportado los datos científicos que demuestran que esa zona es intocable. Yo tengo los recursos, los contactos y los abogados para usar esos datos y hundirles el proyecto en los tribunales por la vía medioambiental.

Me puso un trozo de tarta en mi plato, pero apenas lo noté; mi mente iba a mil por hora.

—¿Quieres que trabajemos juntas?

—Quiero que seas mi socia en esto, Rocío. No una empleada, una socia. Tu conocimiento es tan valioso como mi dinero. Juntas podemos proteger esta tierra y construir algo hermoso. Piénsalo: podrías dirigir la parte medioambiental, crear rutas botánicas, un programa de conservación... todo lo que siempre has soñado, pero con los medios para hacerlo realidad.

Era demasiado bueno, demasiado perfecto. Miré a la gente que reía en la plaza y sentí que estaba en un sueño. Hacía una hora era una bióloga fracasada y solitaria, y ahora una mujer poderosa me ofrecía el mundo en una bandeja.

—Sí —dije con fuerza—. Sí, quiero.

La sonrisa que me dedicó Laura fue luminosa; selló el pacto.

—Esto hay que celebrarlo. Esta noche. Te invito a cenar al Campero, en Barbate. Para que veas que voy en serio.

El Campero, el templo del atún rojo. Por un instante me vi allí, brindando con un vino blanco y frío, pero entonces la realidad me golpeó: Javier. Tenía que contárselo, él era la primera persona con la que quería compartir esto.

Sentí cómo el color se me subía a la cara.

—Laura... Dios mío, qué vergüenza. Me encantaría, pero... he quedado con mi novio, con Javier. Y tengo que contarle todo esto. Es lo primero que quiero hacer.

Vi un destello fugaz en sus ojos, una microexpresión de contrariedad tan rápida como el batir de las alas de un colibrí, pero desapareció al instante reemplazada por una sonrisa cálida.

—¡Rocío, por favor! No digas nada. Faltaría más. Tu novio es lo primero. ¡Ni se te ocurra cambiar tus planes!

—De verdad que lo siento...

—No lo sientas —me interrumpió poniendo una mano sobre la mía—. Al contrario, me alegro. Demuestra que tienes tus prioridades claras. Ya tendremos mil noches para hablar de trabajo. Ve con él y disfrútalo. Te lo mereces.

El alivio fue inmenso; no solo no se había enfadado, sino que me había hecho sentir bien por mi decisión.

El camarero trajo la cuenta en un platillo de plata y Laura lo cogió con autoridad.

—Invito yo —dijo, sacando un billete nuevo y crujiente de su cartera de piel.

Observé un gesto curioso en ella, una grieta minúscula en su perfecta elegancia: se llevó rápidamente la yema del dedo índice a la lengua, humedeciéndolo con saliva antes de separar el billete de los demás. Fue un movimiento mecánico, casi vulgar, un tic inconsciente que contrastaba con su ropa cara y sus modales exquisitos.

—Quédate con el cambio —dijo al camarero, recuperando su postura de reina al instante y entregándole el billete con esa misma mano.

Al levantarnos, me dio un abrazo rápido.

—Llámame mañana y empezamos a trabajar de verdad.

Mientras la veía alejarse sentí una euforia renovada. Tenía que contarlo, tenía que compartirlo o explotaría.

Corrí por las callejuelas blancas hasta llegar al Arco de la Segur y entré en el taller de Javi sin aliento, con una sonrisa tan grande que me dolían las mejillas. Él estaba allí, en su rincón de paz, terminando de esmaltar una vasija grande con los brazos cubiertos de salpicaduras de colores. El olor a barro y pigmentos me envolvió como un abrazo.

—¡Javi!

Levantó la vista sorprendido y sus ojos, del color de la tierra mojada, se iluminaron. Dejó el pincel y se levantó limpiándose las manos en su delantal.

—Rocío, ¿qué pasa? ¿Has visto un fantasma?

—¡Algo mucho mejor!

Y se lo conté todo a borbotones: la humillación con López, la aparición de Laura, el vestido azul, el proyecto increíble, la oferta. Él me escuchaba con atención total, sin interrumpirme, con una pequeña sonrisa formándose en sus labios. Cuando terminé, me quedé sin aire, expectante.

Él no dijo nada. Dio dos pasos, me rodeó con sus brazos fuertes y me levantó del suelo dándome vueltas mientras yo soltaba un grito de alegría.

—¡Sabía que lo conseguirías! —dijo con la cara pegada a mi pelo —. iSabía que alguien se daría cuenta del talento que tienes! ¡Estoy tan orgulloso de ti, cariño!

Me bajó lentamente y me besó; un beso profundo que sabía a tierra y a felicidad compartida. Apoyé mi frente en la suya.

—¿De verdad que te alegras?

—¿Cómo no me voy a alegrar? —respondió apartándome un mechón de la cara—. Verte así, con los ojos brillantes, ilusionada... es lo único que quiero. Aunque eso signifique que ahora serás una mujer de negocios muy importante y no tendrás tiempo para un pobre alfarero.

Le di un codazo suave en las costillas.

—No digas tonterías.

—Hay que celebrarlo. Y tengo el plan perfecto. Esta noche, la celebración es aquí. En casa.

Y su taller era eso: nuestra casa.

Esa noche el taller se transformó cuando Javier colgó una guirnalda de bombillas de luz cálida creando un cielo estrellado sobre nosotros. Puso una mesa pequeña en el centro del patio, junto al viejo limonero, con un mantel de hilo y velas, y una lista de música antigua sonando con encanto nostálgico.

La cena fue sencilla y perfecta: quesos de la Sierra, pan de pueblo y vino tinto. Hablamos durante horas; le describí cada detalle de «La Pausa», dibujando los planos en el aire, y él sugirió que podría crear toda la vajilla del hotel.

—¿Te imaginas, Rocío? —dijo con los ojos brillantes por el vino—. Tú creando el jardín más bonito de Andalucía y yo poniendo los platos en las mesas. Seríamos los reyes de Vejer.

Después de cenar nos pusimos a bailar en medio del patio. Apoyé la cabeza en su pecho sintiendo el latido de su corazón, firme y constante, oliendo a su mezcla de jabón y barro. Era el olor de mi hogar.

—Te quiero —me susurró al oído.

—Y yo a ti.

Nos quedamos hasta tarde haciendo planes, hablando de mudarnos juntos, de un futuro que por primera vez parecía tangible.

Cuando me fui a casa caminaba flotando. La frustración de la mañana se había transformado en una felicidad serena. Lo tenía todo: un proyecto que daba sentido a mi lucha y a Javier; tenía una

socia para mis sueños profesionales y un compañero para los sueños de mi vida.

Me tumbé en la cama, agotada y feliz. El mundo era un lugar lleno de posibilidades infinitas, sin sombras en mi horizonte, solo la luz brillante de un futuro perfecto.

No sabía, no podía saber, que esa luz era el destello cegador de un incendio que ya había empezado a arder, silencioso e invisible, justo debajo de mis pies.

3

DIGNITAS

ROCÍO

Los días que siguieron a mi pacto con Laura en la Plaza de España fueron como vivir dentro de un torbellino. El mundo, que hasta entonces se había movido a la velocidad sosegada de las mareas, aceleró con una furia que me dejaba sin aliento. Laura no perdía el tiempo; funcionaba con un motor interno alimentado por cafeína y ambición.

A la mañana siguiente, un mensajero con uniforme impecable llamó a mi puerta trayendo una caja blanca con el logo de una manzana mordida. Dentro, envuelto en celofán como una joya, estaba el portátil más fino y ligero que había visto en mi vida, acompañado de una nota con la caligrafía elegante de Laura: «Para que tus ideas vuelen tan alto como merecen. L.».

Me senté en el suelo con la caja abierta sobre las rodillas, inhalando el olor a tecnología punta. Mi viejo ordenador, un armatoste ruidoso que tardaba cinco minutos en arrancar, parecía de repente una reliquia de otra era, un símbolo de mi vida anterior de informes impresos y luchas precarias que ahora se sentía lejana. Este nuevo portátil era una declaración de intenciones, un pasaporte a otro mundo, y al abrirlo la pantalla cobró vida con una nitidez que me deslumbró. Por un momento sentí una oleada de síndrome del impostor, pero fue fugaz, reemplazada por una gratitud feroz hacia la mujer que había hecho esto posible.

Llamé a Laura para darle las gracias con la voz entrecortada.

—No seas tonta, Rocío, es una herramienta de trabajo —dijo restándole importancia—. La necesitarás. Te he enviado los estudios topográficos preliminares, revísalos cuando puedas. Y, por cierto, esta noche tenemos nuestra primera gran prueba de fuego.

Sentí un cosquilleo de nervios.

—¿Qué pasa esta noche?

—Cena en Zahara con Alejandro Valbuena, probablemente el mejor arquitecto de bioconstrucción del país. Quiero que le expliques tu visión, que le hables de la flora y del agua para que se enamore del alma del proyecto antes de dibujar una sola línea. Te recojo a las nueve. Ponte guapa.

Colgué con la mano temblando. Zahara. Valbuena. Ponte guapa. No era una sugerencia, era una orden envuelta en amabilidad. Y entonces, como un jarro de agua fría, lo recordé: era miércoles. El día de cine de Javier y mío, nuestra pequeña tradición sagrada; una película en Tarifa y luego pizza en el sitio de siempre.

Se me encogió el estómago y marqué el número de Javier, pesándome la culpa.

—¿Javi? Oye, cariño…

—¡Mi futura empresaria! —respondió con su voz cálida—. Estaba pensando en ti. ¿Qué te apetece ver hoy? Creo que ponen una de Kurosawa, de las antiguas.

Apenas podía hablar. El honor. Qué ironía.

—Javi, sobre eso… me ha surgido una cosa. Una cena de trabajo importantísima con un arquitecto en Zahara.

Se hizo un silencio al otro lado, apenas un par de segundos en los que cupieron toda mi culpa y su decepción. Pude imaginarle en el taller dejando la herramienta con esa expresión lenta de quien procesa una mala noticia.

—Ah —dijo finalmente—. Vaya. Claro.

—De verdad que lo siento, es que… ha sido de repente, no podía decirle que no.

—No, no, tranquila, Rocío. Lo entiendo perfectamente —su tono era demasiado comprensivo, esforzándose por no parecer decepcionado—. Es tu trabajo, una oportunidad increíble. Faltaría más. Ve y déjalos con la boca abierta. Ya iremos al cine la semana que viene.

Me sentí culpable y a la vez extrañamente aliviada por su comprensión, lo que me dejó un sabor amargo. Colgué y, por instinto, marqué el número de Mateo buscando una voz familiar que no me juzgara.

—¿Ya ejerciendo de ejecutiva agresiva? —dijo a modo de saludo.

Le conté lo del portátil y la cena intentando sonar casual.

—Vaya, vaya. Portátil nuevo, cenas en Zahara… Mi hermanita se está codeando con la jet set. Ten cuidado, Rochi, esa gente vive en

otro planeta. No te vayas a deslumbrar con tanto brillo.

—No seas tonto, Mateo. Es trabajo. Y Laura es diferente.

—Toda esa gente es igual. Hoy te invitan a cenar y mañana te venden por un metro cuadrado más de edificabilidad. Tú ve con los ojos abiertos y no te olvides de quién eres.

—No lo haré —dije a la defensiva—. Gracias por el consejo.

Colgué sintiéndome irritada. ¿Por qué nadie podía simplemente alegrarse por mí sin ponerle peros?

Pasé la tarde eligiendo qué ponerme, un proceso que normalmente me llevaba cinco minutos pero que hoy se hizo eterno. Todo me parecía inadecuado, demasiado simple, demasiado yo. Finalmente me decidí por un vestido de lino verde que me había puesto para una boda hacía dos años, sintiéndome disfrazada.

A las nueve en punto un coche negro y silencioso se detuvo frente a mi puerta. Laura conducía, espectacular con un vestido negro sencillo y el pelo recogido en un moño bajo, oliendo a un perfume caro y sutil. Me sentí torpe a su lado.

—Estás preciosa, Rocío —dijo al verme, barriendo mis inseguridades con su sonrisa—. Ese color te sienta de maravilla. ¿Lista para conquistar el mundo?

Durante el trayecto a Zahara, con música clásica de fondo, Laura me fue instruyendo.

—Alejandro Valbuena es un genio, pero también es un ego. Le encanta que le escuchen, pero sobre todo le fascina la gente con pasión. No le hables de metros cuadrados ni de costes; háblale del alma del lugar, de las aves y del viento. Véndele el sueño, no el edificio. Él ya se encargará del ladrillo, tú dale la poesía.

Me sentí como una actriz recibiendo las últimas indicaciones antes de salir a escena, sus palabras me daban seguridad y un guion.

El restaurante era uno de esos sitios donde las cartas no tienen precios, con luz tenue y manteles de hilo. Alejandro Valbuena resultó ser un hombre de unos cincuenta años con ojos azules muy vivos que parecían analizarlo todo. Al principio me sentí intimidada, pero Laura guio la conversación con maestría hablando de vinos y viajes antes de darme paso.

—Alejandro, te presento a Rocío. Ella es el corazón de «La Pausa».

Empecé a hablar con timidez, pero impulsada por las miradas de Laura y el interés de Valbuena, me fui soltando. No hablé con datos, sino como me había dicho Laura: describí el olor de la tierra tras la lluvia y el ciclo vital de la espátula común. Hablé durante media hora gesticulando y dibujando mapas en el mantel mientras Valbuena escuchaba con atención total. Laura apenas intervenía, observándome con una media sonrisa de orgullo. Por primera vez, sentí que mi conocimiento no era una rareza, sino un superpoder.

Fue durante los postres, mientras Valbuena hablaba por teléfono, cuando me fijé en el colgante de oro que Laura llevaba al cuello, un aro sencillo con dos iniciales grabadas: «D. R.».

—Es muy bonito —dije.

Ella se lo tocó instintivamente y su expresión se volvió melancólica; por primera vez la vi vulnerable.

—Era de mi abuelo —dijo en voz baja—. Murió cuando yo era muy joven. Siempre decía que en la vida solo hacen falta dos cosas para mantenerse en pie. —Hizo una pausa dramática—. *Dignitas et Resilientia*. Dignidad y Resiliencia. Me lo regaló mi abuela cuando cumplí dieciocho años para que nunca olvidara de dónde vengo y para que nada me doblegara.

Me quedé sin palabras, cautivada por esa historia que era un ancla de principios en medio de su mundo de lujo. Sentí una punzada de afecto y conexión profunda; no era solo una empresaria, era una persona con alma.

De vuelta en el coche no podía dejar de pensar en ello: *Dignitas et Resilientia*. Era un lema perfecto.

—Gracias, Laura —dije cuando paró frente a mi casa—. Ha sido una noche increíble.

—El mérito es tuyo, Rocío. Has brillado.

Entré en casa flotando, con la cabeza llena de ideas y el sabor del vino caro, siendo casi la una de la madrugada. Mi móvil tenía un mensaje de Javier.

Lo abrí. Era una foto hecha en el taller: dos porciones de pizza sobre un plato de cerámica pintado a mano y una entrada de cine rota por la mitad. Debajo, el texto: «Kurosawa y yo te echamos de menos. ¡Espero que fuera genial! Descansa.»

Miré la foto, la pizza solitaria y la entrada rota; un gesto tan simple y lleno de amor. De repente el brillo del éxito y el lujo de la cena se empañaron, y sentí un pellizco de algo que no supe identificar. Una nostalgia por una vida sencilla que se me estaba escapando de las manos. Apagué la pantalla y me quedé a oscuras en el salón, sintiendo cómo la euforia se disolvía dejando un poso de soledad nueva. Sentía por primera vez que el camino que acababa de emprender proyectaba una sombra larga sobre el mundo que, hasta ahora, había sido mi hogar.

4

FISURA

ROCÍO

El tiempo empezó a medirse en correos electrónicos. Amanecía y, antes incluso de prepararme el café, ya estaba abriendo la tapa plateada buscando un nuevo mensaje de Laura, y me acostaba con el brillo de la pantalla en la cara revisando planos, informes de viabilidad y estudios de mercado que ella me enviaba a horas intempestivas. El mundo se había encogido hasta caber en esa ventana luminosa y todo lo que quedaba fuera empezaba a parecer borroso y distante.

Javier lo notó antes que yo y, al principio, lo disfrazaba de broma pasando por detrás de mí mientras yo estaba absorta en la pantalla, dándome un beso en el cuello y susurrando: «¿Se puede hablar con la señora directora o tiene una reunión con sus importantes socios de Cupertino?». Yo me reía apartándole con un gesto cariñoso y prometiéndole que en cinco minutos estaría con él, pero los cinco minutos se convertían en treinta, y los treinta en una hora, y cuando por fin cerraba el portátil a menudo le encontraba ya dormido, con un libro abierto sobre el pecho y una expresión de paciencia resignada.

Mi vocabulario también empezó a cambiar y un día, mientras cenábamos, le hablé con entusiasmo de una idea que había tenido para el proyecto, mencionando la necesidad de crear una sinergia entre el paisajismo y la experiencia de usuario para construir un *storytelling* coherente. Él dejó el tenedor en el plato y me miró con una extraña fijeza.

—¿*Storytelling*? —repitió paladeando la palabra como si fuera un sabor exótico y desagradable—. ¿Desde cuándo hablas tú así, Rocío?

—Es un término de marketing, Javi. Significa contar una historia, crear un relato. Laura lo usa mucho.

—Ya... —Volvió a su cena dejando un silencio más ruidoso que cualquier discusión—. Supongo que Laura también dice «sinergia».

Me sentí estúpida y a la vez irritada, preguntándome qué había de malo en aprender palabras nuevas y ampliar mis horizontes. Se lo conté a Laura al día siguiente durante una sesión de trabajo en la terraza de un hotel en Medina Sidonia, nuestro nuevo cuartel general, y ella escuchó con atención antes de dar un sorbo a su agua con gas y dedicarme una de sus sonrisas sabias.

—Es normal, Rocío, una reacción clásica. Cuando una mujer empieza a crecer, a tener éxito y a hablar el lenguaje del poder, a menudo asusta a los hombres que tiene cerca, sobre todo a los que se sienten cómodos en su pequeño mundo. No es maldad, es miedo a que cambies, a que le dejes atrás. Tú solo tienes que demostrarle que tu éxito también es el suyo; ten paciencia con él.

Las palabras de Laura fueron un bálsamo que me hizo sentir magnánima, comprensiva con la supuesta fragilidad de Javier. Él no era el malo, solo estaba asustado, y yo, la mujer fuerte y exitosa, debía ser paciente con su inseguridad. Esa nueva perspectiva me dio una sensación de control, pero también me colocó en un pedestal desde el que empecé a mirar a Javi con una condescendencia que no supe ver.

La prueba definitiva llegó a finales de mes. Llevábamos semanas planeando una escapada a la Sierra de Grazalema, nuestro ritual de otoño: alquilar una pequeña cabaña de piedra junto a un arroyo, pasar unos días haciendo rutas por el pinsapar buscando setas y las noches leyendo junto a la chimenea, sin más cobertura que la del cielo estrellado. Era nuestro santuario, el lugar donde nos

reconectábamos después del ajetreo del verano, y tenía la mochila casi lista, las botas de montaña en la puerta y el corazón lleno de una ilusión infantil.

El jueves por la tarde, justo un día antes de irnos, sonó mi teléfono. Era Laura y su voz, normalmente tan serena, sonaba tensa.

—Rocío, tenemos un problema gordo.

—¿Qué pasa? —pregunté alarmada.

—La gente de «Costa Trafalgar» ha movido ficha presentando una modificación del proyecto en el Ayuntamiento, una treta legal para acelerar la licencia de obra. Tenemos que contraatacar ya. Mañana por la mañana he convocado una reunión de urgencia con los abogados en Sevilla y necesito que estés allí. Necesito tus datos, tu conocimiento. Eres mi arma secreta, no puedo hacer esto sin ti.

Sentí como si el suelo se abriera bajo mis pies. Miré la mochila, las botas, y pensé en el olor a leña, en el silencio del bosque y en la mano de Javier buscando la mía en la oscuridad.

—Laura… mañana me iba a la sierra con Javier. Era importante.

Hubo una pausa en la que pude oír su respiración, un suspiro de frustración contenida.

—Rocío, lo entiendo, de verdad que lo entiendo, y si hubiera cualquier otra opción créeme que no te lo pediría. Pero esto es crucial, es ahora o nunca. Si consiguen esa licencia todo por lo que hemos luchado se habrá acabado y «La Pausa» morirá antes de nacer. Piénsalo: son solo un par de días. Podéis iros la semana que viene, pero esta batalla es mañana.

Batalla. Ahora o nunca. Morir antes de nacer. Sus palabras eran dramáticas y urgentes, convirtiendo mi escapada romántica en un capricho frívolo e irresponsable, haciéndome sentir atrapada. ¿Cómo

podía elegir un fin de semana de placer personal frente al futuro de nuestro sueño, de mi carrera y de la protección de aquella tierra?

—Está bien —dije con la voz hueca—. Estaré allí.

Colgué y me quedé mirando por la ventana sintiendo un peso enorme en el pecho. Tenía que decírselo a Javier.

Lo encontré en el taller lijando una pieza de cerámica con cuidado infinito, absorto y en paz en su mundo de barro y silencio iluminado por la luz dorada del atardecer, lo que me hizo sentir como una intrusa portadora de malas noticias.

—Javi…

Levantó la vista y su cara se iluminó con una sonrisa.

—¡Eh! Estaba a punto de subir a casa para empezar a preparar las cosas. ¿Has visto qué tiempo dan? Sol y ni una nube, va a ser perfecto.

Tragué saliva con un nudo en la garganta que apenas me dejaba respirar.

—Tenemos que hablar sobre el viaje.

Su sonrisa se desvaneció lentamente y dejó la lija sobre la mesa. Me miró fijamente y en sus ojos vi que ya lo sabía.

—Ha surgido una reunión —empecé, y las palabras sonaron falsas, ensayadas—. Mañana, en Sevilla, con los abogados. Es… ineludible.

Él no dijo nada. Solo asintió muy despacio, se dio la vuelta y caminó hacia el fregadero para abrir el grifo y lavarse las manos dándome la espalda.

—Javier, por favor, di algo.

Cerró el grifo con un gesto brusco y se secó las manos con un trapo sin mirarme.

—¿Qué quieres que diga, Rocío? ¿Que no pasa nada? ¿Que lo entiendo? ¿Que ya iremos la semana que viene, sabiendo los dos que la semana que viene habrá otra reunión «ineludible»?

—¡Esta vez es verdad! —repliqué sintiendo cómo la culpa se transformaba en una ira defensiva—. ¡La otra constructora ha hecho un movimiento y tenemos que pararlos! ¡Es el futuro del proyecto, de mi trabajo!

Por fin se giró y me miró con la cara tensa y los ojos oscuros llenos de un dolor que me traspasó.

—¿Tu trabajo? —dijo con voz baja pero cortante como un cuchillo—. ¿O el trabajo de Laura? ¿Desde cuándo tu vida entera gira en torno a las urgencias de esa mujer?

—¡Laura es mi socia y mi amiga! ¡Es la única persona que ha creído en mí, que me ha dado una oportunidad de verdad!

—¡Yo siempre he creído en ti! —exclamó dando un paso hacia mí, y por primera vez le vi verdaderamente enfadado—. ¡Siempre! ¡He celebrado cada uno de tus pequeños logros como si fueran míos! ¡Me sentí el hombre más orgulloso del mundo cuando me contaste lo de este proyecto! Pero una cosa es apoyarte y otra ver cómo te desvaneces.

—¡No me estoy desvaneciendo, estoy creciendo! —grité sintiendo las lágrimas picándome en los ojos—. ¡Algo que parece que no puedes soportar! ¡Quizá preferías a la Rocío de antes, la que fracasaba en el ayuntamiento y venía a llorar a tu taller!

Mis palabras le golpearon como una bofetada y retrocedió un paso. La ira se desvaneció de su rostro dejando solo una profunda

tristeza.

—No, Rocío —dijo negando con la cabeza, y su voz se rompió—. No es eso. No son celos de tu éxito, es miedo. Miedo de que la mujer de la que me enamoré esté desapareciendo. La mujer que se sentaba horas en silencio a mirar los pájaros, la que se manchaba de barro conmigo, la que creía que un fin de semana en una cabaña sin luz era el mayor lujo del mundo... ya no sé dónde está. Ahora solo veo a alguien que habla de *storytelling*, que mira el móvil cada cinco segundos por si «Laura» ha escrito y que cancela lo nuestro como si fuera un estorbo. Te estás convirtiendo en ella, en una copia suya. Y eso me aterra.

Me quedé helada sin saber qué decir, sus palabras eran crueles, injustas, o quizá tan certeras que no podía soportarlas.

—Eres un egoísta —susurré, porque era la única defensa que me quedaba—. Eres un egoísta y tienes celos.

Él soltó una risa amarga, sin alegría.

—Sí, puede ser. Quizá soy un egoísta por querer pasar tiempo con mi novia. O quizá tú te has vuelto tan ciega que no ves que te están manipulando, que te están aislando de todo lo que eras.

—¡Basta! —grité tapándome los oídos—. ¡No quiero oír más!

Se hizo un silencio denso y pesado, cargado de todas las cosas que no nos habíamos dicho en las últimas semanas. La ruptura no fue una explosión, sino una grieta que se había ido abriendo lentamente y que, en ese momento, se partió en dos.

—Quizá... quizá necesitemos un tiempo —dijo él con la voz apenas audible.

—Sí —respondí con una frialdad que no sentía, una frialdad que tomé prestada de Laura—. Quizá sí.

Salí del taller sin mirar atrás y caminé por las calles de Vejer a toda prisa, como si huyera de algo, con lágrimas calientes y amargas corriéndome por las mejillas. Me encontraba rota, incomprendida y furiosa, así que al llegar a casa lo primero que hice fue coger el móvil para marcar su número; necesitaba oír su voz, necesitaba que alguien me dijera que yo tenía razón.

Laura contestó al segundo tono.

—¿Rocío? ¿Estás bien? Suenas fatal.

Y me derrumbé contándoselo todo entre sollozos: la discusión, las acusaciones, la ruptura. Lloré con la desesperación de quien siente que ha perdido un pilar fundamental en su vida, y ella me escuchó en silencio dejando que vaciara toda mi angustia antes de hablar con voz suave y tranquilizadora.

—Ay, mi niña. Cuánto lo siento. Sabía que esto podía pasar, te lo advertí.

—Ha dicho... ha dicho que me estoy convirtiendo en ti —sollocé.

—Lo sé. Y lo dice como si fuera algo malo. —Su tono era de una tristeza infinita—. Es el último recurso de un hombre asustado, Rocío, atacar a la persona que él cree que es la causa de su inseguridad. No te está viendo a ti, está viendo su propio miedo.

—Me ha acusado de... de que me manipulas, de que me aíslas...

—Claro que sí —dijo Laura con una lógica aplastante—. Porque para él es más fácil pensar que una mujer malvada te ha abducido que aceptar que has evolucionado, que has tomado las riendas de tu vida y que tus prioridades han cambiado. Él quiere a la Rocío de

antes, a la que podía proteger en su taller. La nueva Rocío, la empresaria, la socia que negocia con abogados en Sevilla, le viene grande. Le da vértigo.

Sus palabras eran un espejo perfecto de mis propios pensamientos defensivos; reordenó mi caos, mi culpa y mi dolor devolviéndomelos en un paquete lógico donde yo era la víctima de su estrechez de miras.

—No sé qué hacer, Laura —susurré agotada.

—Lo primero, respirar hondo. Y lo segundo, entender que esto no es culpa tuya. El amor a veces significa dejar ir a quien no puede volar a tu misma altura. Es doloroso, lo más doloroso del mundo, pero necesario para no acabar con las alas rotas. Ahora descansa, llora todo lo que necesites. Mañana será un día duro pero lo afrontaremos juntas. Yo estoy aquí, yo no te voy a dejar sola.

Colgué sintiéndome vacía pero extrañamente en calma, la voz de Javier y sus acusaciones se iban apagando reemplazadas por la lógica serena de Laura. Tenía razón: Javier no podía seguir mi ritmo y nuestro amor, tan bonito y tan real, se había quedado pequeño como una prenda de la infancia que ya no me servía. Era triste, terriblemente triste, pero era ley de vida.

Miré la mochila junto a la puerta, me acerqué y, con un gesto lento y deliberado, la deshice. Saqué el jersey de lana, la cantimplora y el libro guardando cada cosa en su sitio, desmantelando metódicamente los restos de un futuro que ya no existía; cada objeto que guardaba era una palada de tierra sobre un recuerdo. Cuando terminé la mochila estaba vacía y yo también, así que me senté en el sofá a oscuras esperando a que se hiciera de día para ir a Sevilla. Para ir a mi nueva vida; la vida que había elegido o la que, sin darme cuenta, habían elegido por mí.

5

BARRO

JAVIER

Cuando la puerta del taller se cerró, el sonido no fue más que un leve clic, pero retumbó en el silencio como un disparo. Me quedé inmóvil en medio del espacio, con las manos todavía húmedas y el olor a jabón y a tierra mojada flotando en el aire, ajeno al cataclismo que acababa de ocurrir. Podía ver la huella de sus botas en la arcilla seca que cubría el suelo, un rastro que se dirigía hacia la salida; un camino de ida, sin vuelta.

Me sequé las manos en el delantal con un gesto automático que mis músculos conocían de memoria y mis ojos recorrieron el taller: mi taller, nuestro taller. Allí estaba el torno donde le enseñé a mancharse las manos y donde sus primeras vasijas, torpes y maravillosas, se derrumbaron entre nuestras risas; en la estantería, junto a mis piezas más serias, seguía el pequeño gorrión de barro que modeló una tarde, una figura imperfecta y llena de vida que me negué a cocer por miedo a que perdiera su esencia. Y en la pared, colgado de un clavo, el calendario donde habíamos rodeado con un círculo rojo el fin de semana en Grazalema; un círculo rojo que ahora parecía una herida abierta.

La rabia que había sentido durante la discusión se había disuelto dejando un residuo amargo, un poso de tristeza tan densa que me

costaba respirar. Me senté en el taburete de madera, el mismo en el que ella se sentaba a observarme trabajar durante horas, y apoyé los codos en las rodillas repasando la conversación una y otra vez, cada palabra, cada inflexión. No eran mis acusaciones las que más me dolían, ni siquiera su frialdad final, sino su lenguaje: *storytelling*, sinergia, experiencia de usuario. Palabras huecas, importadas, que sonaban extrañas y artificiales en su boca; las palabras de Laura Reyes. Rocío no hablaba así, ella hablaba de tierra, de nidos, de ciclos lunares y de la vida secreta del agua; su lenguaje era orgánico, nacido de la observación y el amor por el mundo real. Este nuevo dialecto era un barniz, una capa de esmalte brillante y sintético que estaba cubriendo su verdadera naturaleza.

Me levanté y, casi sin pensar, cogí un trozo de arcilla fresca del torno empezando a amasarla, sintiendo su textura fría y maleable entre mis dedos, lo que siempre me había calmado. El barro no miente: puedes forzarlo, pero si no respetas su naturaleza se agrieta, se rompe, se derrumba. No puedes convertir un cuenco en una jarra a mitad del proceso sin destruir la pieza, y sentía que eso era exactamente lo que le estaba pasando a Rocío. Alguien la estaba forzando, la estaba remodelando en algo que no era, y las grietas ya eran visibles para cualquiera que quisiera mirar.

El recuerdo de mi abuelo me vino a la mente con una nitidez abrumadora. Yo era un niño con las manos demasiado pequeñas para el torno y él estaba a mi lado, en este mismo taller, observando un cuenco casi perfecto que yo había hecho, liso por fuera, del que estaba orgullosísimo. Mi abuelo lo cogió, lo sopesó con sus manos expertas y, con el pulgar, presionó un punto concreto.

«¿Ves, Javi?», me dijo. «Por fuera parece perfecto, pero aquí dentro hay una burbuja de aire. Una mentira. Si lo metemos así en el horno, el calor la hará expandirse y reventará la pieza entera. El barro no miente, nieto. La verdad siempre sale en el fuego».

Miré la pella de arcilla que tenía en las manos y las palabras de mi abuelo resonaron en el taller. Laura Reyes era ese cuenco de apariencia perfecta: su historia, su sonrisa, su proyecto... todo era un esmalte brillante y seductor, pero yo, como mi abuelo, sentía la burbuja de aire en su interior. Sentía la mentira.

Ella no quería que mirase y me había llamado celoso, egoísta. Una parte de mí, la más débil, se preguntaba si tendría razón, si yo era el ancla que le impedía navegar hacia nuevos mares o si mi amor por nuestra vida sencilla era una jaula que coartaba su crecimiento. Me sentí un hombre pequeño, un artesano anclado en su pueblo asustado ante el brillo del mundo al que ella se asomaba; pero entonces recordé su cara de felicidad genuina cuando me contó lo del proyecto, mi orgullo, mi alegría sincera por ella. No, no eran celos; era el instinto del artesano que me decía que esa pieza estaba hueca por dentro y que, tarde o temprano, reventaría.

Esa noche no subí a casa y dormí, o más bien me tumbé, en el viejo sofá del taller con una manta que olía a trementina. A la mañana siguiente el dolor de la ruptura, la tristeza y la autocompasión se habían evaporado, reemplazados por una emoción nueva, fría y afilada: la determinación. Ya no se trataba de mi corazón roto, se trataba de ella, de Rocío; la vi como una pieza en un tablero de ajedrez, un peón de colores vivos y brillantes que una jugadora experta estaba moviendo a su antojo.

Comprendí que no podía hacer nada hablándole a ella porque estaba demasiado deslumbrada, así que si quería salvarla tenía que encontrar esa burbuja de aire, poner a Laura Reyes en el horno y ver si aguantaba el calor; tenía que encontrar la verdad.

Mi mirada se posó en un rincón del taller, en una caja de cartón llena de bocetos y papeles donde guardaba los recuerdos, los restos de proyectos pasados. Me acerqué y empecé a rebuscar sin saber muy bien qué buscaba hasta que lo encontré: un folleto, un tríptico satinado que Rocío había traído a casa la primera semana después de conocer a Laura, perteneciente a uno de los proyectos anteriores de su empresa, un complejo de apartamentos de lujo en la costa de Huelva.

Rocío me lo había enseñado maravillada —«Mira, Javi, qué respeto por el entorno. Usan materiales locales, energía solar...»—, pero ahora lo cogí y lo miré con otros ojos. La fotografía principal mostraba un edificio blanco y moderno con una piscina infinita que se fundía con el mar; era bonito, sí. Pero debajo del titular brillante, «Armonía y Sostenibilidad», leí la letra pequeña: el nombre de la promotora, «Reyes Holdings», y debajo, en un tipo de letra casi microscópico, el nombre de la constructora asociada: «Levantina de Edificaciones, S. A.». El nombre me sonaba vagamente.

Dejé el folleto sobre la mesa de trabajo y encendí mi viejo ordenador, el que usaba para la contabilidad, tecleando «Levantina de Edificaciones, S. A.» en el buscador. Los primeros resultados eran corporativos, anodinos, pero seguí bajando hasta la tercera página de resultados donde apareció un artículo de un periódico digital de Huelva, fechado hacía tres años. El titular era: «Escándalo urbanístico en Isla Cristina: una constructora acusada de sobornos y daños medioambientales».

El corazón me empezó a latir con fuerza y leí el artículo con avidez: hablaba de recalificaciones de terrenos protegidos, de informes de impacto ambiental falsificados y de vertidos ilegales en una zona de marismas. El nombre de la empresa en el centro de todo era Levantina de Edificaciones y el artículo mencionaba de pasada que la promotora del proyecto, Reyes Holdings, se había desvinculado rápidamente alegando desconocer las prácticas de la constructora subcontratada, presentándose como víctimas colaterales. La investigación pareció centrarse únicamente en la constructora, cuyo gerente acabó con una multa ridícula y una inhabilitación temporal; el nombre de Laura Reyes no aparecía por ningún lado, pero el de su empresa sí.

¿Coincidencia? ¿Mala suerte al elegir socios? Podría ser, pero era la primera grieta, la primera señal de que la pieza no era tan perfecta como parecía.

Cerré el ordenador y me quedé mirando el folleto sobre la mesa, donde la sonrisa de la modelo que flotaba en la piscina infinita me pareció de repente una mueca grotesca. Todo era una fachada, un

storytelling, como diría ahora Rocío; una historia bonita para vender algo feo.

Tenía que encontrar algo más, algo irrefutable; tenía que entender quién era esa mujer, no la empresaria de éxito ni la mentora generosa, sino la persona real que se escondía detrás de ese vestido azul. Mi mente empezó a trabajar con una claridad que no había tenido en semanas y pensé en mi tío, el hermano de mi madre, que había trabajado durante treinta años en una gestoría en Barbate; él podría saber algo sobre la familia Reyes.

Me levanté y cogí la arcilla que había estado amasando. Esta vez mis manos se movían con seguridad, con fuerza, sabiendo que el amor no siempre es susurrar palabras bonitas al oído; a veces, el amor es cavar en la oscuridad, mancharse las manos de barro y de secretos para proteger a la persona que amas de un peligro que ni ella misma es capaz de ver.

La batalla por Rocío no se iba a librar en el campo de las emociones, sino en el terreno de los hechos. Y yo, el pobre alfarero, el hombre sencillo que ella creía que quería retenerla en su pequeño mundo, estaba a punto de empezar a cavar. No sabía qué encontraría, pero un instinto primitivo me decía que la verdad sobre Laura Reyes era mucho más oscura y peligrosa de lo que nadie podía imaginar, y que encontrarla era la única manera de salvar a Rocío.

Aunque ella nunca llegara a perdonármelo.

6

CEGUERA

ROCÍO

Sevilla me recibió con los brazos abiertos y un ruido de fondo que sonaba a promesa: el ruido constante del tráfico, las sirenas lejanas y las conversaciones superpuestas formaban una sinfonía de progreso, de vida vivida a una velocidad superior. Pasamos dos días encerradas en una sala de reuniones con paredes de cristal en una de las torres más altas de la ciudad, desde donde Vejer no era más que un recuerdo lejano, un punto blanco y somnoliento en el horizonte.

Los abogados de Laura eran como ella, elegantes y precisos, utilizando un lenguaje lleno de términos en inglés —*due diligence*, *injunctions*— que sonaban a tácticas militares. Al principio me sentí pequeña, una bióloga de pueblo fuera de su hábitat, pero Laura me dio mi lugar presentándome como su pilar ético y científico, ordenándoles que me escucharan.

Y lo hicieron. Desplegué mis mapas y censos de avifauna hablándoles del delicado equilibrio de las marismas, y esta vez mis palabras no se perdieron en el aire, sino que fueron absorbidas y analizadas para convertirse en argumentos legales, en munición. Cuando terminamos, uno de los abogados me estrechó la mano con seriedad diciéndome que mi trabajo era jurídicamente perfecto, y salí de esa reunión sintiéndome poderosa, validada de una forma que nunca antes había experimentado.

Esa noche, para celebrarlo, Laura me llevó a cenar a un restaurante escondido en el barrio de Santa Cruz donde, entre platos que parecían obras de arte, me encontré contándole cosas que nunca le había dicho a nadie, ni siquiera a Javier. Ella escuchaba con una intensidad que te hacía sentir la persona más interesante del mundo, hasta que, mientras removía su copa de vino, su expresión se tornó seria.

—Rocío, ahora que eres libre, tengo que advertirte de algo. —Bajó la voz—. Javier está herido, y un hombre herido con el ego frágil puede ser impredecible. No me extrañaría que intentara hacerte daño.

—¿Hacerme daño? ¿Javier? —La idea me pareció absurda—. Él no es así, es muy bueno.

—No hablo de daño físico, por supuesto, sino de algo más sutil y rastrero. Intentará minar tu confianza, cuestionar tus decisiones y atacar lo que él percibe como la fuente de tu «traición»: a mí, al proyecto, a tu nueva vida.

Asintió con una tristeza infinita.

—Buscará trapos sucios, inventará historias y usará cualquier cosa para demostrar que tu mundo es falso y el suyo el único real. Es un mecanismo de defensa muy primario: si no puede tenerte, intentará destruir lo que te ha alejado de él. Te lo digo porque ya lo he vivido con un socio, se llamaba Álex; es doloroso, pero tienes que estar preparada. No dejes que sus palabras te envenenen.

Sus palabras se quedaron flotando en el aire como una profecía, una advertencia de amiga a amiga por la que sentí gratitud; me estaba dando las herramientas para entender lo que estaba por venir.

Volver a Vejer dos días después fue como viajar en el tiempo, el silencio del pueblo ahora me sonaba a estancamiento y las callejuelas me parecían estrechas y asfixiantes. Me sentía como una extraña en mi propia casa, así que pasé el día siguiente encerrada trabajando en el portátil, sumergida en el mundo de «La Pausa», hasta que por la tarde sonó el teléfono.

—¿Rocío? Soy yo.

Su voz sonaba extraña, distante; la familiaridad que antes me reconfortaba ahora me producía un escalofrío de incomodidad.

—Hola, Javier —dije con un tono más frío de lo que pretendía.

—Necesito verte, por favor. Es importante. No es sobre nosotros, es sobre... otra cosa. Tengo algo que tienes que ver.

«Tengo algo que tienes que ver». La frase resonó en mi cabeza como un eco perfecto de la advertencia de Laura y la decepción fue profunda: tan pronto, tan predecible.

—Estoy muy ocupada, Javier.

—Por favor, Rocío. Solo diez minutos, te juro que es importante. Es por tu bien.

«Por tu bien». Otra frase del manual del exnovio resentido. Suspiré con una mezcla de cansancio y curiosidad morbosa y acepté verle en la Tetería en media hora. Colgué vistiéndome con una coraza de frialdad, no iba a ver al hombre que había amado, sino a despachar un asunto incómodo.

Llegué puntual y él ya estaba allí, sentado en la misma mesa donde yo había conocido a Laura —qué ironía—, con una carpeta de cartón frente a él. Me senté sin decir nada, dejando mi bolso como barrera.

—Gracias por venir.

—Dijiste que eran diez minutos.

Abrió la carpeta para sacar la fotocopia de un artículo de periódico y deslizarla hacia mí.

«Escándalo urbanístico en Isla Cristina: una constructora acusada de sobornos y daños medioambientales».

Leí el titular con sensación de irrealidad y le miré.

—¿Y? ¿Qué tengo que ver yo con esto?

—Sigue leyendo —insistió señalando un párrafo con su uña sucia de barro, un detalle que me produjo una nostalgia que reprimí al instante—. La promotora de ese proyecto era Reyes Holdings, la empresa de Laura. Se lavaron las manos culpando a la constructora que subcontrataron, pero estaban metidos hasta el cuello. El patrón, Rocío, ¿no lo ves? Un proyecto supuestamente sostenible en una zona de marismas que acaba siendo una tapadera para la especulación.

Me recliné en la silla cruzando los brazos, viendo cómo la profecía de Laura se cumplía con precisión milimétrica.

—¿Esto es? —pregunté con una calma que me sorprendió—. ¿Has rebuscado en internet para encontrar un artículo de hace años sobre una empresa con la que Laura ya ni trabaja para intentar asustarme?

—No es solo el artículo —dijo cargando la voz de urgencia—. La familia Reyes tiene una reputación terrible en toda la comarca: compran tierras baratas a través de intermediarios, las recalifican usando información privilegiada y luego las venden dejando un reguero de deudas. Son tiburones, Rocío, y Laura es la peor de todos; es la cara amable que te vende la historia bonita mientras por detrás te están desangrando.

Le miré a los ojos y vi su desesperación, pero yo no veía a través de los míos, sino de los de Laura, y lo que veía era patético: un hombre despechado aferrándose a rumores de pueblo.

—Laura me lo advirtió. Me dijo que intentarías algo así.

La cara de Javier se descompuso pasando de la preocupación a una comprensión desolada.

—¿Te lo advirtió? —repitió incrédulo—. ¿Y te lo has creído? ¿Te ha envenenado hasta tal punto? Rocío, por favor, escúchame a mí, no a ella. ¡Soy Javi!

—No, no eres Javi —repliqué con voz dura como el acero—. Javi nunca habría caído tan bajo ni intentado hacerme daño de esta manera tan ruin. Creía que eras mejor persona, pero esto ya no son celos, Javier; esto es maldad.

—¡No es maldad, es amor! —exclamó golpeando la mesa y haciendo que la gente se girara—. ¡Estoy intentando protegerte! ¡Esa mujer te está usando, eres una herramienta para ella, una fachada de credibilidad ecologista para su próximo pelotazo! ¿No lo entiendes?

Me levanté, la conversación había terminado.

—He oído suficiente. No vuelvas a llamarme, Javier. Nunca más.

—¡Rocío, por el amor de Dios! ¡Abre los ojos!

—Los tengo más abiertos que nunca —dije mirándole con desprecio—. Y lo que veo me da asco.

Di media vuelta y salí de la tetería respirando el aire de la calle, que de repente me pareció limpio, sintiéndome como si acabara de salir de una habitación contaminada. Estaba temblando de rabia por haber comprobado que la advertencia de Laura era cierta.

Caminé sin rumbo hasta un banco apartado en la muralla y, necesitando una voz amiga que no me juzgara, saqué el móvil y marqué su número.

—¿Mateo? ¿Te pillo bien?

—Siempre, enana. ¿Qué pasa?

—Acabo de ver a Javier.

Le conté la escena de la tetería, las fotocopias y los rumores, y cómo se había cumplido punto por punto la advertencia de Laura.

—Ha sido patético, Mateo. Rastrero. No le reconocía.

Hubo un silencio al otro lado en el que pude oír el sonido de las olas.

—Te lo dije, Rochi. Un hombre despechado es capaz de cualquier cosa.

—¡Pero ha intentado envenenarme contra Laura! ¡La única persona que me está ayudando de verdad!

—Claro, es lo más fácil. —Su lógica era tan clara y reconfortante —. No puede aceptar que has crecido, así que es más fácil para él inventarse una villana que admitir que la Rocío de la que se enamoró ya no existe porque ha evolucionado.

—Exacto —dije sintiendo un inmenso alivio—. Me ha hecho sentir tan sucia…

—No dejes que te afecte. Es su veneno, no el tuyo. Él ha elegido el camino del rencor y tú el de construir algo nuevo. No dejes que te arrastre a su pozo.

—Gracias, Mateo. De verdad.

—Para eso estamos. Ahora respira hondo, mira el mar y olvídate de ese idiota. No merece ni un segundo más de tu tiempo.

Colgué y me quedé mirando las marismas que brillaban bajo el sol de la tarde, sintiendo una inmensa sensación de ligereza. La

última sombra de duda se había desvanecido, Javier había cruzado una línea y, al hacerlo, me había liberado.

Ya no había vuelta atrás: mi lealtad, mi confianza y mi futuro le pertenecían a Laura, la única persona que había creído en mí y que me protegía. Me sentía segura y a salvo, sin saber que acababa de cerrar con mis propias manos la última puerta de escape de una prisión cuyos muros aún no podía ver.

7

OLAS

LAURA

El teléfono vibró sobre la mesita de noche una sola vez, señalando la llegada de un mensaje, pero lo dejé reposar sin mirarlo, disfrutando del silencio perfecto que siguió; un silencio que solo el dinero puede comprar. Me encontraba en la suite principal de «La Atalaya de la Luz», un hotel boutique en lo más alto de la muralla de Vejer al que me había trasladado desde Medina Sidonia, atraída por su discreción y unas vistas que abarcaban desde la blancura del pueblo hasta el azul del Atlántico. Para mí no era un

hotel, sino un puesto de observación, un nido de águila desde el que controlar mi tablero de juego.

Me levanté de la cama desnuda y caminé hacia el inmenso ventanal, saboreando la llamada de Rocío como el postre perfecto para un día productivo. Su voz rota, su indignación predecible y su gratitud infantil habían sido notas en la sinfonía de mi plan, confirmando que la pieza clave estaba exactamente donde yo quería: aislada, adoctrinada y dependiente. La escena en la Tetería del Califa, tal como me la había descrito entre lágrimas, fue una obra maestra de la torpeza masculina en la que el alfarero, con su carpeta de «pruebas» y su justicia de pueblo, había hecho más por mi causa en diez minutos que yo en semanas de paciente seducción, entregándome a Rocío en bandeja de plata envuelta en la certeza de su propia rectitud.

La vista desde el ventanal se perdía en el mar lejano, una extensión plateada bajo la luna que me trajo un recuerdo, transportándome quince años atrás a la playa de El Palmar en un día de levante furioso. La arena me golpeaba las piernas como alfileres y el rugido de las olas ahogaba cualquier sonido, excepto la risa de Daniel. Él tenía diecisiete años y una fe inquebrantable en su inmortalidad, mientras que yo era su cautelosa sombra aterida de frío y miedo.

—¡Estás loco, Dani! —le había gritado con el viento robándome las palabras—. ¡El mar te va a tragar! ¡Papá nos va a matar!

Él se había girado con una sonrisa que era lo más brillante de aquella tarde gris, con el pelo pegado a la frente y los ojos brillantes de excitación.

—¡Vivir es esto, Laurita! ¡Si no sientes un poco de miedo no estás vivo!

Se adentró en el mar y yo me quedé en la orilla muerta de miedo, viéndole luchar, convertido en una pequeña silueta que danzaba con la furia del océano. Para mí aquello era el caos, una ecuación sin solución, pero para él era la libertad. Lo miraba con una mezcla de

admiración y un deseo oscuro de atarlo a la arena para que estuviera a salvo.

Cuando salió media hora después, exhausto y radiante, se tumbó a mi lado.

—¿Ves? Sigo de una pieza. El mar y yo nos entendemos.

—Eres un inconsciente, podrías haberte matado —respondí con voz temblorosa.

—Y tú una controladora —replicó cerrando los ojos—. Siempre calculando el riesgo, buscando la jugada perfecta. Tienes que aprender a soltarte, hermana; no puedes planificarlo todo.

Una punzada de pérdida me devolvió a la suite, desvaneciendo el recuerdo de su voz llamándome «Laurita» y dejando un eco de frialdad. Mi hermano murió por el agua, pero no de forma poética, sino en el amasijo de hierros de un coche que se salió de la carretera en una noche de lluvia torrencial, en la carretera de Conil a El Palmar; un accidente estúpido causado por un niñato estúpido que conducía demasiado rápido: Mateo Gil. El hermano de Rocío.

El mundo es pequeño y está lleno de patrones que se repiten; la gente lo llama destino o karma, pero yo lo llamo probabilidad y negligencia. Mateo Gil destruyó a mi familia con su imprudencia: destruyó a mi padre, que nunca superó la pérdida de su único hijo varón, y me destruyó a mí, dejándome sola al frente de un apellido manchado y un negocio al borde de la quiebra. Y ahora, diez años después, la hermana del causante de mi desgracia se había cruzado en mi camino —o más bien, la había buscado y encontrado— para usarla y restaurar el equilibrio: ojo por ojo, hermano por hermano.

Pero mi venganza no sería un acto de violencia burda, sino una obra de arte, una demolición lenta y psicológica. No quería matar a Rocío, quería aniquilar su realidad para que, al final, deseara estar muerta; y cuando estuviera en el fondo del pozo, le revelaría la verdad sobre quién soy yo y, como golpe de gracia, la verdad sobre su querido hermano.

Era un plan hermoso en su simetría y cada paso me producía un placer frío y lúcido, una sensación de control absoluto que era lo más parecido a la felicidad que yo era capaz de sentir.

Miré de nuevo el pueblo y tracé mentalmente el recorrido de Javier: su taller en el Arco de la Segur, el camino hasta la Tetería y su vuelta, derrotado, a su cueva de barro. Imaginé su frustración al verse como un insecto atrapado en mi tela de araña, cada movimiento solo servía para enredarse más; su investigación no me preocupaba, al contrario, me venía bien, ya que cuanto más preguntara más parecería un exnovio obsesivo, construyendo mi narrativa por mí.

Cogí el teléfono y escribí una respuesta al mensaje de Morales: «Déjale que siga. Infórmame si contacta a alguien de fuera del pueblo. Necesito saber si el círculo se amplía». Morales era otra de mis piezas, un exguardia civil expulsado por corrupción con más deudas que orgullo, atado a mí por un favor; burdo, pero eficaz.

Me tumbé de nuevo bajo las sábanas de hilo egipcio sintiéndome en paz, el juego estaba en marcha y yo iba varios movimientos por delante. El alfarero seguiría cavando en la dirección equivocada, la bióloga seguiría construyendo los cimientos de su propia destrucción y yo, la chica de azul, seguiría moviendo las piezas en silencio con la paciencia de una depredadora. Cerré los ojos y soñé con el futuro: un futuro en el que yo estaría en la terraza de «La Pausa» contemplando mi obra, mientras el nombre de Rocío Gil no sería más que el eco de una locura olvidada.

8

RASTRO

JAVIER

Los días que siguieron a mi último encuentro con Rocío se convirtieron en un tiempo sin forma. Había vuelto al torno no por inspiración, sino por pura necesidad mecánica, buscando en el zumbido del motor y la resistencia de la arcilla un esfuerzo físico que me dejara lo suficientemente agotado como para no pensar; pero era inútil. Cada pieza que intentaba levantar se torcía en mis manos, contagiándose de mi propia desolación, convirtiendo el taller en un recuerdo constante de nuestra vida en común.

Sufría su ausencia como una amputación, pero por debajo del dolor del desamor crecía otra cosa, una corriente subterránea, fría y tenaz: la certeza de que algo estaba profundamente mal. La mirada de desprecio que me había lanzado en la Tetería, su frialdad y esas palabras que no eran suyas me confirmaban que aquella no era Rocío, sino un eco, una marioneta movida por hilos invisibles; y yo no podía dejar de ver la mano de Laura Reyes manejándolos.

Mi tío Manuel apareció por el taller un jueves por la tarde, sin avisar, entrando con ese sigilo de hombre de campo que parece no hacer ruido ni aunque pise cristales rotos. Traía el olor salobre de Barbate pegado a la ropa y una caja de cartón con chicharrones de Chiclana, su ofrenda de paz habitual.

—Te traigo veneno del bueno —dijo dejando la caja sobre la mesa de trabajo.

Me observó durante un largo rato en silencio mientras yo fingía concentrarme en alisar el borde de un cuenco que sabía que acabaría en la pella de reciclaje. Manuel, hermano de mi madre, era un

hombre de pocas palabras y mucha observación que había pasado años en una gestoría descifrando las complejidades del catastro, los testamentos enrevesados y los chanchullos urbanísticos de media comarca; estaba jubilado, pero su mente seguía siendo un archivo perfectamente ordenado de secretos ajenos.

—Tienes mala cara, Javi. Pareces un perro al que le han quitado el hueso.

—He tenido días mejores, tío —respondí sin mirarle.

—La he visto esta mañana. A Rocío. Iba en un coche de esos caros, negro y brillante, conducido por la hija de los Reyes. Parecían muy contentas.

Dejé el cuenco, me limpié las manos y me giré para mirarle sabiendo que él, por supuesto, lo sabía. En un pueblo como Vejer las noticias de una ruptura corrían más rápido que el levante.

—No estamos juntos —dije, y las palabras supieron a óxido en mi boca.

—Ya, eso me había parecido. —Asintió cogiendo un chicharrón de la caja—. ¿Se puede saber qué ha pasado? Parecíais más sólidos que el Peñón.

Dudé, pero me sentía tan solo y abrumado por el peso de lo que sospechaba que la presa se rompió. No le hablé de mi corazón roto, le hablé de mi miedo; le conté el cambio de Rocío y luego le enseñé la fotocopia del artículo de Huelva.

Mi tío se puso las gafas de ver de cerca y leyó el artículo despacio. Cuando terminó se las quitó y su expresión ya no era de simple curiosidad, sino de un interés profesional, casi depredador.

—El truco de la promotora víctima y la constructora culpable... —murmuró—. Más viejo que el mear. Esto huele a chanchullo de los

gordos, sobrino; a gente que sabe muy bien cómo esconder la porquería.

—La promotora era Reyes Holdings. La empresa de Laura.

—Claro. Y la pregunta no es qué hicieron en Huelva, la pregunta es dónde metieron el dinero que sacaron de allí. —Se levantó y empezó a pasear por el taller—. La gente como los Reyes siempre tiene un desagüe, Javi, un sitio donde el dinero sucio se vuelve limpio. Y aquí, en la comarca, ese desagüe siempre ha tenido el mismo nombre: Gibraltar.

La palabra resonó en la habitación.

—¿Y tú sabes algo de eso? ¿De las empresas de los Reyes?

Mi tío se detuvo y me miró con seriedad.

—Yo no, pero conozco gente que sí. Déjame hacer una llamada, tengo un viejo amigo en La Línea, un abogado fiscalista que se jubiló el mismo año que yo; de esos que se saben todos los trucos del Peñón. No te prometo nada, pero a lo mejor suena la flauta, porque esta gente siempre usa los mismos bufetes. Dejan un rastro, por muy listos que se crean.

Se marchó poco después dejándome con una mezcla de esperanza y un miedo aún más profundo. Pasaron dos días de silencio en los que estuve a punto de llamar a mi tío mil veces, pero me contuve porque me sentía observado. Cada vez que salía del taller me parecía ver el mismo coche gris aparcado al final de la calle y, aunque quizás era mi imaginación —la paranoia alimentada por el insomnio—, el miedo era real.

Al tercer día mi tío apareció de nuevo en el taller, pero esta vez no traía chicharrones y su cara estaba seria, preocupada. Cerró la puerta tras de sí, un gesto que no había hecho nunca.

—Hablé con mi amigo —dijo bajando la voz—. Y tenías razón, sobrino. Esto es más feo de lo que pensábamos.

Sacó una hoja de papel doblada del bolsillo de su chaqueta y la puso sobre la mesa de trabajo; era la impresión de un registro mercantil.

—Mi amigo tuvo que tirar de favores porque no fue fácil; los Reyes son listos y usan varios bufetes para no dejar un patrón claro. Pero mi contacto es un perro viejo y buscó sociedades registradas por los testaferros que suelen trabajar para esta gente, encontrando esto: se llama «Azure Horizons Holdings Ltd.». Domicilio social: una dirección en Main Street, Gibraltar. Una empresa fantasma de manual creada para mover dinero sin hacer preguntas.

—Azure… —susurré.

—Hay más —continuó—. La lista de directores: dos abogados locales de Gibraltar, los típicos que ponen su nombre en cientos de empresas, y un tercero: «D. Reyes».

El corazón me dio un vuelco: D. Reyes. Y entonces, como un relámpago, recordé lo que Rocío me había contado fascinada sobre la cena en Zahara, sobre el colgante y las iniciales D. R.

Dignitas et Resilientia.

Una historia conmovedora, una mentira perfecta. Miré a mi tío con los ojos desorbitados.

—D. R. —dije—. No es de Dignitas. Es de Daniel. Daniel Reyes. Su hermano muerto.

Mi tío palideció.

—¿Estás seguro?

—Rocío me lo contó. El colgante que lleva, las iniciales, la historia de su abuela... Todo era un cuento para tapar el nombre del testaferro.

Nos quedamos en silencio, un silencio denso y cargado de la enormidad de lo que acabábamos de descubrir, ya no eran rumores ni artículos de periódico. Era un nombre, una empresa, una inicial; el primer hilo tangible que conectaba el mundo impoluto de Laura con el submundo opaco de las finanzas *offshore*, firmado con el nombre de su propio hermano muerto.

—Ten mucho cuidado, Javi —dijo mi tío, y por primera vez en mi vida vi miedo en sus ojos—. Esta gente no juega. Usar el nombre de un familiar muerto en una sociedad así... eso no es normal, es de alguien a quien no le importa nada. Esto no es un lío de pueblo, esto es otra cosa.

Y es peligroso.

9

REFUGIO

ROCÍO

Mi mundo se encogió hasta los límites de la finca donde nacería «La Pausa». Los días dejaron de tener

nombre y ya no había lunes ni domingos, solo una sucesión de mañanas luminosas y tardes doradas pasadas entre olivos centenarios, envuelta en el aroma a jara y romero; la finca se había convertido en mi universo, en mi santuario.

Había alquilado un pequeño todoterreno por sugerencia de Laura, dejando mi vieja furgoneta aparcada en la calle acumulando olvido y hojas secas, con su polvo y sus abolladuras llenas de recuerdos me parecía ahora un vestigio de otra vida, de una Rocío que ya no existía. Cada mañana conducía por el camino de tierra que llevaba a los terrenos del proyecto, un lugar apartado en las colinas entre Vejer y Barbate con vistas espectaculares sobre el pinar de La Breña y el océano infinito, y allí pasaba mis días sola, aunque no me sentía sola; me sentía, por primera vez en mucho tiempo, completa.

Con mi nuevo portátil, una mesa plegable y una silla de lona, montaba mi oficina bajo la sombra de un alcornoque cuya corteza parecía la piel de un animal prehistórico, pasando las horas catalogando cada especie y diseñando sobre los planos las futuras rutas botánicas o el jardín de plantas aromáticas. Era un trabajo real y tangible donde no estaba luchando contra nadie, sino creando.

Mi antigua vida se fue desvaneciendo como un sueño al despertar y mi teléfono, que antes era una extensión de mi mano, ahora pasaba horas en silencio dentro de mi mochila. Veía las llamadas perdidas de mis padres y sentía una pizca de culpa, pero era una culpa lejana y teórica, así que les devolvía la llamada por la noche con respuestas breves y evasivas, sintiendo que sus preguntas y su preocupación eran interferencias de un mundo que ya no era el mío; un mundo de pequeñas cosas y rutinas domésticas que no podía competir con la emoción de diseñar un ecosistema desde cero.

Dejé de bajar al pueblo evitando las calles de Vejer y la Plaza de España, lugares donde sabía que podía encontrarme con caras conocidas, pero un día necesité comprar unas botas de campo y no tuve más remedio que ir a una tienda de la Corredera, donde me crucé con dos antiguas compañeras del grupo ecologista.

—¡Rocío! ¡Mujer, estás perdida! —me dijo una con esa familiaridad ruidosa que de repente me resultó invasiva—. Oímos que lo dejaste con Javi y que ahora trabajas para una promotora. ¡Qué fuerte!

Su sonrisa no era maliciosa, pero en mi nueva hipersensibilidad detecté un matiz de juicio, de cotilleo de pueblo.

—Estoy creando una reserva medioambiental, no trabajo para una promotora —repliqué con una frialdad que las sorprendió—. Es el proyecto de mi vida.

Me miraron con desconcierto, yo, que siempre había sido una de las suyas, ahora les hablaba desde otro pedestal. La conversación fue breve e incómoda y me marché con la sensación de que ya no pertenecía a ese club, viendo sus luchas contra el ayuntamiento como algo de una ingenuidad conmovedora, casi infantil; yo jugaba en otra liga.

La única conexión que mantenía con mi pasado era Mateo, a quien llamaba cada día desde la finca buscando la cobertura en el punto más alto de una loma; era mi ritual sagrado, mi dosis de normalidad.

—¿La arquitecta de paisajes al teléfono? —contestó un día con su tono de siempre, que era como volver a casa.

—La misma. ¿Qué tal las olas hoy por allí?

—Poca cosa, el mar está soso; perfecto para un día de oficina como el tuyo. ¿Qué tal por tu reino?

Le conté el encuentro con mis excompañeras y mi sensación de extrañeza.

—Suena a envidia, enana. Es lo de siempre: en cuanto alguien levanta la cabeza por encima de la media, intentan cortársela. Tú ni

caso, estás haciendo algo grande, algo que ellos ni se atreverían a soñar.

—Lo sé, es solo que… a veces siento un poco de soledad.

—Para eso me tienes a mí —respondió, y sus palabras eran un bálsamo—. Para recordarte quién eres cuando se te olvide.

Le hablé del proyecto con pasión desbordada y él escuchaba con un entusiasmo que parecía tan genuino como el mío.

—Suena increíble, Rochi. Un santuario, es lo que siempre has querido. Y esa tía, Laura, parece que de verdad sabe lo que hace; te ha dado las alas que necesitabas.

—Y pensar que Javier decía que me estaba manipulando…

—Javier es un buen tío, pero tiene la visión de un alfarero —sentenció Mateo, haciéndose eco de mis propios pensamientos—. Su mundo acaba en los bordes de su torno y no podía entender que tú quisieras volar más allá. A veces el amor no es suficiente si las ambiciones no van a la par.

—Supongo que tienes razón. Oye, tengo tantas ganas de verte, de darte un abrazo de verdad y no a través del teléfono.

—Y yo a ti, enana.

—En cuanto pueda cojo un avión y me escapo a Fuerteventura; cogemos las tablas, aunque yo me caiga mil veces, y luego nos comemos unas papas arrugadas en el primer sitio que pillemos. ¿Qué te parece?

—Me parece el mejor plan del mundo. Aquí te espero, Rochi. Tú solo avisa.

Colgué con una sensación de calidez en el pecho, aferrándome a la promesa de verle como a un ancla; la prueba de que, aunque todo hubiera cambiado, lo más importante seguía ahí.

Laura aparecía por la finca dos o tres veces por semana, pero no llegaba como una jefa que viene a supervisar, sino como una amiga que viene de visita, trayendo cestas con comida gourmet y vino blanco helado. Nos sentábamos en una manta sobre la hierba y durante horas no hablábamos de trabajo, sino de la vida; me preguntaba por mis sueños y escuchaba mis historias sobre Mateo con atención reverencial.

—Qué suerte tener un hermano así —me dijo una vez con la mirada perdida—. Un ancla, alguien que siempre está ahí sin juzgar. Es el mayor tesoro que se puede tener.

En esos momentos sentía una conexión que trascendía lo profesional, una intimidad profunda y una sensación de ser vista y comprendida en mi totalidad. Fue en una de esas tardes, con el sol tiñendo el cielo de naranjas y violetas, cuando me compartió su historia tras escucharme hablar sobre las expectativas de mi padre.

Ella sonrió con una melancolía triste.

—Te entiendo perfectamente. Mi padre era un hombre hecho a sí mismo, duro y del campo, para quien el mundo era simple: comprar, vender y ser más listo que el de al lado. Yo era la rara, la soñadora que se pasaba horas dibujando casas imaginarias que respetaban los árboles, y él se reía de mí llamándolas «casas de pájaros».

Hizo una pausa en la que solo se oía el canto de las chicharras.

—Mi hermano, Daniel... él era la luz de sus ojos. Era como mi padre: pragmático, ambicioso y con un don para los negocios; él sí

que entendía el juego, mientras que yo era una decepción. Cuando cumplí dieciocho años me fui a Madrid a estudiar Arquitectura para demostrar que se podía construir de otra manera, pero fue la época más solitaria de mi vida.

Miró hacia el mar con los ojos húmedos y sentí un impulso de tocarla, pero me detuve ante la intimidad del momento.

—La única persona que me apoyó fue mi abuela, que el día que me fui me dio el colgante que llevo diciéndome: «Tú tienes dignidad para defender tus sueños y resiliencia para soportar a los que no los entiendan».

Se tocó el colgante con las iniciales «D. R.».

—Y entonces… pasó lo de mi hermano. —Su voz era un hilo—. Todo se vino abajo. Mi padre se hundió y el negocio familiar se tambaleó, así que tuve que dejar la carrera y hacerme cargo de todo, aprendiendo a hablar el lenguaje de mi padre, el del cemento y el ladrillo, para salvar lo poco que quedaba. Tuve que convertirme en alguien que no era para sobrevivir, hasta que hace un par de años dije basta. Ya había salvado el patrimonio familiar, ahora me tocaba salvarme a mí; por eso volví aquí, para construir por fin mi casa de pájaros. Mi santuario.

Levantó la vista y me miró, y en sus ojos vi un reflejo de mi propia lucha.

—Por eso, cuando te vi en el Ayuntamiento hablando con esa pasión, fue como verme a mí misma hace años y supe que tenía que ayudarte. Porque la gente como nosotras, las que soñamos con casas de pájaros, somos una especie en extinción y tenemos que protegernos las unas a las otras.

Me quedé sin palabras, desarmada por su confesión que había tendido un puente indestructible entre nosotras; ya no era mi mentora, era mi igual, mi hermana. Cualquier duda residual sobre ella o sobre mi ruptura con Javier se pulverizó en ese instante, entendí sus cicatrices y por qué me había advertido: ella ya había vivido mi historia.

Cuando Laura se fue esa tarde me quedé sola en la finca viendo cómo el sol se hundía en el océano, sintiendo un calor interno y una certeza absoluta: había encontrado mi lugar en el mundo y no estaba sola. Tenía a Mateo, mi ancla con el pasado, y tenía a Laura, mi faro hacia el futuro.

Me sentí invencible y a salvo en el corazón de mi santuario, rodeada de belleza y protegida por la única persona que me entendía; una sensación de paz perfecta, la paz serena y ciega de la presa que, por fin, ha dejado de luchar y se entrega al abrazo de su depredador.

10

AURA

LAURA

Sentada en la terraza de La Atalaya, con Vejer despertando a mis pies, repasaba los informes preliminares de los arquitectos comprobando que todo marchaba según el plan: cada correo de Rocío, lleno de entusiasmo por sus descubrimientos

botánicos, era un ladrillo más en el edificio de mi venganza. Su aislamiento era prácticamente total y su dependencia de mí absoluta, mientras el alfarero, tras su patético intento de jugar a los detectives, se había retirado a su cueva a lamerse las heridas; era la calma que precede a la estocada final y yo la estaba saboreando.

Fue entonces cuando el teléfono vibró sobre la mesa, una vibración discreta pero insistente procedente del número de prepago que usaba para comunicarme con Morales. Descolgué con un movimiento lánguido, llevándome el aparato a la oreja sin apartar la vista del horizonte.

—Dime.

La voz de Morales al otro lado sonaba como si se hubiera aclarado la garganta con arena.

—Tenemos un problema. El alfarero ha vuelto a mover ficha.

Una leve punzada de irritación alteró mi calma; un insecto que creías aplastado y que sigue zumbando.

—Explícate, Morales, y sé preciso. No tengo tiempo para tus rodeos de expolicía de pueblo.

Hubo un silencio tenso en el que pude oír su respiración; probablemente estaba en su apartamento de Zahara mirando el mar y odiando su vida.

—Ha contactado con un periodista.

La palabra flotó en el aire cargada de un potencial caótico: periodista. Una variable incontrolable, una mala hierba capaz de crecer en la más mínima grieta del pavimento.

—¿Qué periodista? —pregunté, y mi voz se había vuelto fría, cortante.

—Esteban Roca.

Maldije para mis adentros, tenía que ser él. Esteban Roca no era un periodista del montón que pudiera ser amansado con una llamada al director o una generosa campaña de publicidad, sino un francotirador con un pequeño periódico digital, «La Lupa de la Janda», que leía más gente de la que admitía. Se financiaba con donaciones y se especializaba en las historias que los demás no querían tocar —corrupción urbanística, chanchullos de cofradías, vertidos ilegales—, convirtiéndose en un grano en el culo de la comarca; un hombre con poco que perder y una molesta convicción en su propia importancia.

—¿Cómo lo sabes? —inquirí levantándome y empezando a pasear por la terraza, mi cuerpo necesitaba movimiento para pensar.

—Tengo un contacto en el bar donde se han visto, El Pícaro, en Conil. Un sitio discreto. El camarero me lo ha confirmado: estuvieron hablando más de una hora y el alfarero llevaba una carpeta. Parecía muy serio.

Una carpeta. La misma carpeta ridícula con la que había intentado impresionar a Rocío, pero que en manos de alguien como Roca podía transformarse. Los rumores de pueblo y los recortes de periódico, que en boca de un exnovio dolido sonaban a pataleta, en un artículo firmado por Esteban Roca se convertían en «indicios», en «una investigación en curso».

—Esto cambia las cosas, Morales.

—Eso mismo pienso yo —respondió, y por primera vez noté un matiz de nerviosismo en su voz—. Esto se está saliendo del guion, Laura. Una cosa era controlar a un chaval enamorado, pero un

periodista... Roca es como un perro de presa: si huele algo no lo suelta, y va a empezar a hacer preguntas en sitios donde no nos conviene que se hagan.

Su preocupación me resultó insultante, era el miedo del siervo que teme que los problemas del amo acaben salpicándole.

—Tu trabajo es que yo no tenga que preocuparme por cosas así, Morales. Tu trabajo es que los perros de presa no se acerquen a mi jardín. ¿O tengo que recordarte por qué trabajas para mí?

El silencio al otro lado fue mi respuesta. Sí, tenía que recordárselo; siempre había que recordarles su lugar.

Conocí a Ricardo Morales hacía años, cuando yo acababa de tomar las riendas del negocio familiar tras el colapso de mi padre. Era joven, una mujer en un mundo de tiburones que necesitaba demostrar una autoridad que aún no tenía. Morales era entonces sargento de la Guardia Civil, un hombre con reputación de duro y eficaz pero con la mano muy larga para las comisiones extraoficiales. Una noche, su hijo adolescente atropelló a dos turistas ingleses en la carretera de los Caños conduciendo borracho y drogado el coche de su padre; no los mató, pero los dejó lisiados, una catástrofe que habría acabado con la carrera de Morales y con su hijo en la cárcel.

Yo me enteré a las pocas horas y vi una oportunidad: moví mis hilos pagando una cantidad obscena a los abogados de los turistas para que aceptaran un acuerdo extrajudicial y usé mis contactos para «suavizar» el atestado. El hijo se libró con una multa y Morales contrajo conmigo una deuda de sangre y silencio que, tras su expulsión del cuerpo por otros asuntos, le convirtió en mi hombre sombra.

—No tienes que recordarme nada, Laura —dijo finalmente con la voz apagada—. Pero tienes que entender que esto es diferente. No me gusta.

—No te pago para que te gusten las cosas, Ricardo —repliqué usando su nombre de pila por primera vez en años, un pequeño giro del cuchillo—. Te pago para que las hagas. Quiero que sepas cada movimiento que hace Roca, con quién habla, qué pregunta y dónde desayuna. Y quiero que le hagas una visita.

—¿Una visita?

—Una visita amistosa. Recuérdale que la vida en un pueblo pequeño puede ser muy tranquila o muy complicada; investiga si tiene familia, hijos, hermanos, y recuérdale que los frenos de los coches a veces fallan. Usa tu imaginación, eres un hombre con recursos.

Se hizo un silencio tan largo que pensé que había colgado.

—Eso es ir demasiado lejos —susurró—. Amenazar a su familia…

—Demasiado lejos es que un periodista de tres al cuarto arruine un plan que llevo diez años construyendo —siseé perdiendo la paciencia—. Demasiado lejos es que tú y yo acabemos en la portada de su estúpido periódico digital. Así que haz tu trabajo o quizás prefiera tener una conversación con el fiscal jefe de Cádiz sobre un pequeño accidente ocurrido hace tiempo en la carretera de los Caños. Creo que el delito de encubrimiento y obstrucción a la justicia todavía no ha prescrito.

Le oí tragar saliva, el miedo tiene un sonido inconfundible.

—Entendido —dijo con voz de autómata—. Me pongo a ello.

—Bien. No vuelvas a llamarme a menos que sea estrictamente necesario. Y, sobre todo, Morales… no vuelvas a dudar de mí nunca

más.

Colgué y me quedé de pie en la terraza temblando ligeramente, no de miedo, sino de ira, la estupidez del alfarero y la intromisión del periodista habían introducido un elemento de caos, una impureza en la ecuación perfecta de mi plan.

Y entonces la sentí: la primera punzada.

Un punto de luz brillante en el borde de mi campo visual izquierdo, un pequeño sol privado que empezaba a parpadear; el aura, el preludio de mis migrañas. Mi primer instinto fue ir al baño, abrir el neceser de piel y buscar el pequeño frasco de plástico blanco, las pastillas que la doctora García me había recetado. «Te ayudarán a mitigar los síntomas... pero la adherencia al tratamiento es fundamental».

Miré el frasco con desprecio considerándolo una humillación, una admisión de debilidad y un reconocimiento de que algo en mi diseño perfecto era defectuoso. Llevaba semanas sin tomarlas porque me sentía fuerte y lúcida, en completo control de mi mundo, y no necesitaba muletas químicas; creer que las necesitaba era aceptar la narrativa de los débiles.

El punto de luz parpadeó con más intensidad y, aunque podía tomarme una ahora y detener la tormenta antes de que se desatara, hacerlo sería ceder, admitir que no podía controlarlo. Con un gesto de arrogancia cerré el neceser: hoy no, no por culpa de un periodista de pueblo y un alfarero estúpido. Yo era más fuerte que esto.

Fue un error de cálculo fatal.

Cinco minutos después la tormenta se desató: el aura visual creció expandiéndose como una mancha de aceite, un zigzag de colores eléctricos que devoraba la realidad. Corrí a la habitación y cerré las pesadas cortinas de terciopelo, sintiendo cómo el leve zumbido del aire acondicionado se convertía en un rugido ensordecedor y el olor a sal y jazmín se transformaba en un hedor químico nauseabundo.

Y finalmente, el dolor: un clavo al rojo vivo que alguien empezaba a martillear lentamente detrás de mi ojo derecho, un dolor pulsátil sincronizado con los latidos de mi corazón que amenazaba con

reventarme el cráneo desde dentro. Me acurruqué en posición fetal apretando la cabeza entre las manos, intentando contener la explosión.

En ese estado mi mente, normalmente un instrumento de precisión estratégica, se simplifica; el pensamiento complejo, la planificación a largo plazo y la manipulación sutil se desvanecen quemados por el dolor, dejando solo el instinto, el cerebro reptiliano que identifica el problema y busca la solución más directa.

El problema era Javier Espinosa.

Ya no era solo el exnovio molesto, ahora era la fuente de la amenaza, la mano que había agitado el avispero; la mala hierba que, si no se arrancaba de raíz, acabaría por infectar todo el jardín. Mis planes de demolición psicológica a largo plazo para Rocío eran elegantes y poéticos, pero la amenaza actual requería una solución más agrícola, más definitiva.

Las malas hierbas no se convencen, no se negocian; se eliminan.

Imágenes fragmentadas empezaron a desfilar por mi mente como diapositivas proyectadas sobre una pantalla de sufrimiento: el taller de Javier, un polvorín, un lugar solitario. Accidente. La palabra se formó en mi subconsciente no como un pensamiento, sino como una forma geométrica pura y simple: un accidente, un fuego, un final trágico.

El dolor alcanzó su punto álgido y vomité en la papelera junto a la cama, quedándome sin aliento y con el cuerpo cubierto de un sudor frío; permanecí inmóvil respirando superficialmente, esperando a que la tormenta amainara.

Poco a poco el martilleo en mi cabeza fue perdiendo intensidad y el aura visual se contrajo hasta desaparecer, devolviendo a la suite su condición de habitación de hotel de lujo. Me levanté temblorosa y me di una ducha larga y caliente, dejando que el agua se llevara los últimos restos de la crisis.

Cuando salí me sentía vacía, pero con una claridad aterradora, la migraña se había llevado la complejidad, la ira y la frustración dejando en su lugar una solución terrible, simple y necesaria. Mi

decisión de no tomar la medicación había tenido una consecuencia: había desatado a la bestia, y la bestia ya había decidido.

Javier Espinosa se había convertido en una amenaza activa para mi plan y para mi libertad, y yo no permitía amenazas en mi vida; las eliminaba. Como a las malas hierbas.

11

GASOLINA

JAVIER

El miedo se había convertido en un compañero constante, una capa de humedad fría pegada a mi piel que ya no era solo la angustia por Rocío, sino temor. Desde mi encuentro con mi tío y, sobre todo, desde mi infructuosa reunión con Esteban Roca, sentía una presencia invisible a mi espalda y veía el mismo Seat Ibiza gris aparcado demasiadas veces en mi calle; vivía en un estado de alerta constante que me estaba consumiendo los nervios, dejándome con un insomnio a base de café y una paranoia que me hacía sobresaltar con cada sombra.

Habían pasado casi dos semanas desde que le di la información sobre la sociedad en Gibraltar a Roca. Su reacción inicial había sido

la de un perro de caza al que le muestran la pieza, con un brillo de interés profesional en los ojos, pero en los días siguientes el rastro se había enfriado. Mis llamadas a su teléfono no obtenían respuesta y, cuando contestaba, su voz era tensa, evasiva: «Estoy en ello, Javier. Esto es delicado. Hay que tener paciencia».

Pero yo no tenía paciencia, sentía cómo el tiempo se me escurría entre los dedos como arena fina mientras imaginaba a Rocío más y más dentro de esa tela de araña, más seducida por el mundo brillante de Laura y más alejada de sí misma. Mi investigación se había estancado: el hilo de Gibraltar era fuerte, pero yo no tenía las herramientas para tirar de él; necesitaba a Roca.

La llamada llegó un viernes por la noche, cuando estaba a punto de cerrar el taller y la lluvia golpeaba los cristales con furia, un acompañamiento perfecto para mi estado de ánimo. Era él.

—Javier, soy Roca.

Su voz era irreconocible.

—¿Roca? ¿Qué pasa? ¿Has encontrado algo?

—No podemos hablar por teléfono —me cortó—. Necesito verte ahora, pero no en Conil. En otro sitio. ¿Conoces el faro de Roche?

—Sí, claro.

—Hay un aparcamiento de tierra antes de llegar. Estate allí en cuarenta y cinco minutos. Ven solo y asegúrate de que nadie te sigue.

Colgó sin darme tiempo a responder, pero la urgencia en su voz, el secretismo y la elección de un lugar tan aislado en una noche de tormenta gritaban peligro; aunque también gritaban que, por fin, había encontrado algo.

Conduje mi vieja furgoneta por la carretera de la costa con los limpiaparabrisas luchando contra el diluvio y las luces de los coches que venían de frente deslumbrándome en la oscuridad. Miraba constantemente por el retrovisor buscando las luces del Seat Ibiza gris, pero solo veía la negrura de la noche, sintiéndome como un

personaje de una película de espías de serie B, aunque el miedo que sentía era de primera categoría.

El aparcamiento del faro era una explanada de barro y charcos donde no había ni un alma. Aparqué la furgoneta de cara al mar, apagando las luces y el motor, y me quedé escuchando el viento aullando y el estruendo de las olas rompiendo contra los acantilados; era una noche primigenia, salvaje. Esperé con el motor haciendo tictac mientras se enfriaba, sintiendo cada minuto como una hora, hasta que diez minutos después vi unas luces que se acercaban lentamente: un coche pequeño y destartalado entró en el aparcamiento y se detuvo a mi lado. Era el de Roca, quien bajó la ventanilla y me hizo una seña para que subiera con él.

El interior de su coche olía a tabaco y Roca no era el mismo hombre que había conocido en el bar; tenía los ojos hundidos y su mano temblaba al encender un cigarrillo.

—Gracias por venir —dijo sin mirarme, con la vista fija en la oscuridad que nos rodeaba.

—Me has asustado, Esteban. ¿Qué demonios pasa?

Soltó una bocanada de humo que se arremolinó contra el cristal empañado.

—Pasa que nos hemos metido en un avispero mucho más grande de lo que pensábamos, Javier. Pasa que al día siguiente de hablar contigo recibí una visita.

Se detuvo para dar otra calada profunda.

—Un tipo grande, con cara de pocos amigos, que no me amenazó directamente; fue mucho peor. Me habló de lo tranquila que era la vida en la comarca, me preguntó qué tal estaba mi hija en el instituto y me dijo que era una pena que a veces los coches tuvieran accidentes estúpidos por fallos mecánicos.

Un frío glacial me recorrió la espalda: tenía que ser el hombre de Laura.

—Lo siento, Esteban. Dios, lo siento. No quería meterte en esto.

Él hizo un gesto con la mano restándole importancia, pero su temblor le delataba.

—El periodismo es esto, chaval; a veces te acercas demasiado al fuego. Al principio me acojoné, y mucho, así que decidí dejarlo estar. Llamé a mi contacto en Gibraltar, un abogado con el que tengo confianza, y le dije que anulara la búsqueda de información sobre «Azure Horizons». Pero entonces… el tipo ese me volvió a llamar y dijo que mi hija se llamaba Lucía. Sabía su nombre. Y eso… eso ya no era una advertencia, era una puta declaración de guerra. Nadie amenaza a mi hija. Nadie.

Apagó el cigarrillo en el cenicero lleno y se giró para mirarme; en sus ojos ya no había solo miedo, había furia, la rabia de un hombre al que han acorralado.

—Así que volví a llamar a mi contacto y le dije que se olvidara de la discreción, que usara todos los favores que le debían y que quería saber hasta el último detalle de esa empresa fantasma. Esta tarde me ha llegado la información.

Se agachó para sacar un dossier de debajo de su asiento y abrirlo sobre sus rodillas.

—Tu instinto era bueno, Javier. «Azure Horizons» es el centro de todo, pero es mucho más que una simple sociedad para evadir impuestos; es una lavadora.

—¿Una lavadora?

—De dinero negro. Mi contacto ha conseguido algunos movimientos bancarios, cantidades enormes de dinero que entran desde cuentas en paraísos fiscales y que luego salen, en cantidades más pequeñas, hacia constructoras y promotoras en la Costa del Sol. Pero lo interesante no es eso, sino de dónde viene una de las transferencias más grandes.

Pasó varias páginas y señaló una línea en un extracto bancario; el documento estaba en inglés, pero los nombres y las cifras son universales.

—¿Te suena el nombre de Juan Antonio Valcárcel?

Negué con la cabeza.

—Fue concejal de urbanismo en Marbella durante la época dorada del GIL, uno de los pocos que se libró de la Operación Malaya por un tecnicismo legal. Un pez gordo de la corrupción que se enriqueció recalificando hasta las rotondas y que, aunque oficialmente está arruinado, extraoficialmente sigue moviendo los hilos desde la sombra.

Mi mente luchaba por procesar la información.

—¿Y qué tiene que ver él con Laura?

—Hace dos años Valcárcel transfirió casi cuatro millones de euros desde una cuenta en Suiza a una de las sociedades pantalla en Panamá, y una semana después, esa misma cantidad menos una pequeña comisión apareció en la cuenta de «Azure Horizons Holdings» en Gibraltar.

Roca me miró dejando que la información calara.

—Laura Reyes, la empresaria modélica, la amante de la naturaleza, está blanqueando dinero para la mafia urbanística de Marbella. El proyecto «La Pausa de Vejer», con su fachada ecológica y su socia bióloga de reputación intachable, no es más que la siguiente fase de la lavadora: usarán el proyecto para justificar una inversión millonaria, construirán el hotel con una mínima parte del dinero y el resto, el dinero sucio de Valcárcel, volverá al circuito legal limpio como la patena.

Sentí náuseas al comprender que la realidad era mucho peor y más sucia de lo que había imaginado: no era solo especulación, era crimen organizado. Y Rocío, mi Rocío, estaba en medio de todo sirviendo de coartada, de mascarón de proa para un barco pirata. Ya no era solo un negocio; Laura estaba usando a Rocío.

—Tengo que enseñarle esto —dije con la voz rota, mi mente solo podía formar un pensamiento: salvarla. Tenía que sacarla de ahí ahora.

Roca me entregó la carpeta.

—Ten mucho cuidado, Javier. Esta gente no juega. La llamada que me hicieron a mí no fue una broma y si saben que tienes esto…

—Lo sé —le interrumpí cogiendo la carpeta con las manos temblando—. Gracias, Esteban, de verdad. Me has devuelto la oportunidad de salvarla.

—Sálvate tú primero, chaval —dijo con gravedad sombría—. Y ahora vete, y no vuelvas a llamarme. Este asunto, para mí, se ha acabado.

Salí de su coche y volví a mi furgoneta bajo la lluvia torrencial, arrancando el motor con urgencia y mirando la carpeta en el asiento

del copiloto como si fuera una bomba de relojería. Tenía que llegar a Rocío, tenía que hacerla escuchar.

Saqué el móvil y marqué su número, pero saltó el buzón de voz directamente; me había bloqueado. Volví a llamar desde número oculto y, tras tres tonos, descolgó.

—¿Diga? —Su voz sonaba cansada pero tranquila, ajena a la tormenta que estaba a punto de estallar.

—¡Rocío, soy yo, Javi! ¡No cuelgues, por favor! ¡Escúchame!

—Javier, te dije que no me llamaras…

—¡Lo sé, lo sé, pero tienes que escucharme! ¡Es sobre Laura! ¡No es quien tú crees! ¡Tengo las pruebas! ¡Pruebas de todo! ¡Está metida en algo muy sucio, muy peligroso!

Hubo un silencio al otro lado en el que pude imaginar su cara, su escepticismo y la decepción teñida de lástima.

—Basta, Javier. Ya hemos tenido esta conversación.

—¡No, no es lo mismo! ¡Esto es diferente! ¡Por favor, Rocío, por todo lo que hemos sido! ¡Confía en mí una última vez! ¡Voy para la finca! ¡No te muevas de allí, no hables con nadie! ¡Sobre todo, no hables con ella! ¡Llego en media hora! ¡Te quiero!

Colgué antes de que pudiera responderme y pisé el acelerador haciendo que la furgoneta patinara en el barro antes de enfilar la carretera. Mi corazón era un tambor desbocado, tenía la prueba definitiva, la última pieza; tenía la oportunidad de sacarla de ese infierno.

A medio camino una idea me heló la sangre: los documentos. No podía llevarlos así, porque si me paraban o me pasaba algo, se perderían, y eran demasiado importantes. Tenía que esconder los originales y llevarle solo unas copias, así que pensé en mi taller; era

el único lugar seguro y estaba de camino. Tardaría diez minutos más, pero era lo más sensato.

Di un volantazo en el siguiente cruce enfilando la carretera secundaria que llevaba a Vejer. La lluvia amainó de repente y la luna apareció entre dos nubes iluminando la carretera mojada, lo que me hizo sentir un poco más tranquilo. Tenía un plan: hacer unas fotos decentes a los documentos con el móvil y luego ir a la finca. Todo saldría bien, tenía que salir bien.

Entré en Vejer, donde las calles estaban desiertas y brillantes por la lluvia, y aparqué frente al taller, en una calle en penumbra solo iluminada por un farol lejano. Noté un ruido que salía del interior, así que bajé de la furgoneta dejando la carpeta con los documentos bajo el asiento, bien escondida debajo de la alfombrilla.

Al acercarme noté algo más extraño: un olor químico y penetrante que no era de allí, no era el olor a barro, ni a madera, ni a mis esmaltes; era un olor a… gasolina.

Me detuve en seco a un metro de la puerta con el corazón parado y un sudor frío recorriéndome la nuca. Miré hacia la cerradura y vi que estaba forzada; una marca de palanca brillaba en la madera oscura.

Y entonces lo supe. Supe que ya era tarde, que no había llegado a tiempo y que la bestia a la que había estado persiguiendo me estaba esperando en la oscuridad de mi propia casa.

Di un paso atrás lentamente mientras mi mente gritaba «¡Corre!», pero mis pies estaban clavados en el suelo.

La luz del interior del taller se encendió.

Y en el umbral, recortada contra la luz, vi una sombra que se abalanzó sobre mí, me golpeó en la cabeza y me arrastró al interior de mi taller.

CENIZA

ROCÍO

El sonido del teléfono al colgar fue un portazo en una habitación vacía. Me quedé inmóvil en mitad de la loma con el móvil en la mano, ignorando el viento de poniente que me envolvía porque dentro de mí se había desatado otra tormenta.

«¡Te quiero!»

La última palabra de Javier resonó en mi cabeza con la fuerza de una explosión. No era su tono habitual, sereno y cálido, sino un grito desesperado arrojado a través de la línea como un salvavidas. Mi primer impulso fue la ira, una ira fría y agotada —«¿Cómo se atreve?»—, pensando que usaba nuestro pasado para manipularme una vez más, como el niño que ha roto un plato y jura que no volverá a ocurrir.

Pero debajo de la ira se agitaba una corriente helada de inquietud, su voz no solo transmitía desesperación, sino pánico genuino. «¡No hables con ella!». La advertencia era tan directa e infantil en su intento de aislarme de Laura que debería haberme hecho sonreír con condescendencia, pero no lo hice.

Esperé. La media hora que él había dicho se convirtió en cuarenta y cinco minutos, y luego en una hora. El viento arreció trayendo nubes oscuras y la finca, mi santuario, me pareció de repente un lugar demasiado expuesto y solitario. Empecé a sentir frío y la impaciencia dio paso a la irritación, preguntándome si se estaría riendo de mí o si sería un juego cruel para demostrar que todavía

tenía poder sobre mí. La ira volvió barriendo los restos de inquietud y me sentí estúpida por haberle esperado, por haber dudado un solo segundo de Laura.

Estaba recogiendo mis cosas, metiendo el portátil en la mochila con rabia, cuando sonó el teléfono. Era mi madre.

—¿Mamá? ¿Qué pasa?

—¡Rocío! ¡Hija! ¿Dónde estás? —Su voz era un grito agudo, desgarrado por el pánico.

—En la finca, ¿por qué?

—¡Tienes que venir, Rocío! ¡Ahora mismo! ¡Es el taller de Javi! ¡Está ardiendo!

El mundo se detuvo y las palabras perdieron su sentido, convirtiéndose en sílabas sueltas que mi cerebro no podía ensamblar. ¿Ardiendo? ¿El taller? Era imposible, el taller era el lugar más seguro del mundo.

—Voy para allá —dije con la voz de una extraña.

Conduje como una autómata sin recordar el camino, solo el resplandor anaranjado contra el cielo nocturno visible desde kilómetros antes de llegar a Vejer; un resplandor antinatural y enfermo que palpitaba como una herida en la oscuridad. Al entrar en el pueblo el olor me golpeó: madera quemada, plástico derretido y algo más, indefinible y horrible.

Había un gentío contenido en la entrada del Arco de la Segur donde la Policía Local desviaba el tráfico, pero más allá la Guardia Civil había establecido un muro de uniformes verdes impidiendo el paso. Dejé el coche mal aparcado y corrí entre murmullos que me llegaban como fragmentos de una pesadilla —«Ha sido el horno...», «Pobre chiquillo...»—, sintiendo las miradas de la gente llenas de curiosidad y lástima.

Vi a mis padres cerca del cordón policial: mi madre lloraba en silencio con la cara hundida en el pecho de mi padre, quien estaba

rígido como una estatua con la mirada fija en la boca del arco, de donde salía un humo denso y negro.

—¿Y Javi? —pregunté.

Mi padre no me miró.

—No saben nada, hija. No pueden entrar todavía.

El tiempo se disolvió y me quedé allí incapaz de moverme, envuelta en un ruido blanco formado por el crepitar de los walkie—talkies y el siseo del agua contra las brasas. Solo podía mirar cómo los bomberos, parecidos a astronautas, luchaban contra un enemigo invisible dentro de la oscuridad del arco.

No sé cuánto tiempo pasó —minutos, horas, una eternidad— hasta que dos bomberos salieron caminando despacio, con los hombros caídos. Uno se quitó el casco, se pasó la mano por la cara manchada de hollín y habló con el sargento, quien asintió con expresión sombría.

Entonces todos los ojos se volvieron hacia mí.

El sargento Jiménez se acercó y se quitó la gorra, un gesto de respeto que me paralizó.

—Rocío, Manuel... Pepa... Lo siento mucho. Hemos encontrado un cuerpo en el interior. Todo indica que se trata de Javier.

Un cuerpo. Todo indica. Un lenguaje terrible y burocrático para decir que se había ido. El universo entero se contrajo hasta caber en esas palabras y luego se hizo añicos. No grité ni lloré; una parte de mí se desconectó replegándose hacia dentro para protegerse de un dolor demasiado grande, mientras mi mente proyectaba imágenes en un bucle sin fin: la sonrisa de Javier, sus manos manchadas de barro, la entrada de cine rota, su voz en el teléfono... «¡Te quiero!».

Fue entonces cuando llegó ella.

Apareció entre la multitud como si se materializara de la nada, con un abrigo oscuro y el rostro pálido y sereno, una isla de calma en medio del caos. Vino directamente hacia mí apartando a la gente con autoridad y me cogió por los brazos con una firmeza de acero.

—Rocío, mírame —dijo con voz baja pero capaz de atravesar la niebla de mi shock—. Estoy aquí. Respira.

Me obligó a mirarla a sus ojos avellana, que parecían llenos de compasión infinita.

—No es tu culpa —susurró—. No es tu culpa. ¿Me oyes?

Asentí sin entender y ella empezó a guiarme para salir de allí, protegiéndome con su cuerpo, pero mi padre intentó detenerme poniendo una mano en mi brazo.

—Nos la llevamos a casa —dijo mi madre dando un paso al frente —. Necesita a su madre.

Laura se detuvo y se giró hacia ellos con una firmeza inquebrantable.

—Pepa, Manuel, lo entiendo perfectamente, pero piénsenlo bien. ¿Creen que lo mejor para ella ahora mismo es volver a una casa llena de recuerdos de Javier?

—Nuestra casa es su sitio —insistió mi padre—. La cuidaremos nosotros.

—No dudo de vuestro amor, Manuel, pero Rocío ha sufrido un shock traumático severo. Lo que necesita es un entorno neutro, tranquilo, donde pueda empezar a procesar esto sin estar rodeada de estímulos dolorosos. Yo puedo proporcionarle eso en el hotel, puedo hacer que un médico la vea. ¿Pueden hacer ustedes eso en casa?

Mis padres se quedaron en silencio, desarmados, la lógica fría e impecable de Laura había convertido su amor protector en algo perjudicial y su casa en un campo de minas.

—Déjenmela a mí —continuó Laura con tono suave—. Solo unos días, hasta que se recupere un poco. Les prometo que la cuidaré como si fuera mi propia hermana. Es lo mejor para ella.

Mi padre miró a Laura, luego a mí —a mi rostro vacío—, y vi cómo se rendía soltando mi brazo.

Laura me metió en su coche negro que olía a cuero y dinero, me puso el cinturón y arrancó alejándonos de las luces y el olor a ceniza. Apoyé la cabeza en el cristal frío viendo pasar las paredes blancas como fantasmas mientras en mi mente solo había un silencio profundo y absoluto. Laura conducía con una mano en el volante y la otra sobre mi rodilla, un contacto firme y tranquilizador; ella era mi ancla, mi única realidad en un mundo incomprensible.

Esa noche en la suite, después de que un médico me diera un sedante, me desperté de golpe a las tres de la mañana. El silencio del hotel era total, pero en mi cabeza el ruido era ensordecedor, golpeándome con la realidad: el taller, mi madre, la palabra «muerto». Me senté en la cama temblando, ahogándome en un pánico helado al sentirme completamente sola.

No. No estaba sola.

Cogí el móvil de la mesita con dedos temblorosos y salí al balcón descalza, necesitando aire y su voz.

—¿Mateo? —susurró mi voz rota.

—Rochi. ¿Qué pasa? Es muy tarde. —Su voz sonó al instante, adormilada pero alerta.

—Mateo... Javi...

—¿Qué pasa con Javi? Rochi, me estás asustando.

—Ha muerto —dije, y la verdad se hizo insoportable—. Se ha quemado el taller y él estaba dentro. Ha muerto, Mateo.

Hubo un silencio denso al otro lado.

—No puede ser —dijo finalmente, haciéndose eco de mi incredulidad—. ¿Estás segura?

—Sí. La Guardia Civil. Todos. Se ha ido para siempre.

Y entonces me rompí, llorando con una desesperación animal y contándole todo entre sollozos: la llamada, mi enfado, el resplandor.

—Es culpa mía —gemí—. La última vez que hablamos discutimos. Le dije cosas horribles. Se ha muerto pensando que le odiaba.

—No, no, no. Escúchame, enana. —Su voz se volvió firme, un ancla—. No es culpa tuya. ¿Me oyes? Fue un accidente terrible, una puta desgracia, pero no es tu culpa.

—Pero si le hubiera escuchado…

—No puedes torturarte con eso. Ahora tienes que ser fuerte, tienes que respirar. Estoy contigo, Rochi, no estás sola. Dime una palabra y cojo el primer avión que salga para allá.

Negué con la cabeza aunque él no podía verme.

—No… no vengas. No estoy sola, Laura está conmigo. Ella me está cuidando.

—Vale, enana. Pero estoy aquí, ¿entiendes? Para lo que sea. Ahora intenta respirar hondo y vuelve a la cama. Intenta dormir un poco y llámame por la mañana.

—De acuerdo —susurré.

Colgué y me quedé allí en el frío de la noche aferrándome a sus palabras como a un salvavidas. Él era lo único real en un mundo que se había vuelto una pesadilla; era mi hermano, mi única ancla, y en la

noche más oscura de mi vida su voz fue el único faro que me impidió hundirme para siempre en el silencio y la ceniza.

13

NARRATIVA

LAURA

Había pasado la noche en vela deliberadamente, el sueño es para los débiles, para los que necesitan escapar, y yo necesitaba lo contrario: claridad y una apariencia de agotamiento que resultara convincente. Mientras Rocío dormía bajo el efecto del sedante me había sentado en el escritorio, con la única luz de la pantalla de mi portátil, repasando cada paso del plan, cada posible variable y cada reacción previsible del sargento, de los padres de Rocío y de la propia Rocío, construyendo árboles de decisión en mi mente; diagramas de flujo para cada conversación donde no dejaba nada al azar, sabiendo que la fatiga, bien dosificada, es una herramienta excelente para generar compasión, y yo necesitaba toda la compasión del mundo.

Me levanté y abrí las cortinas para ver Vejer a la luz del día, inocente, como un lienzo de cal y sol. Abajo, en la calle, la vida seguía o lo intentaba, y veía pequeños grupos de gente hablando en las esquinas con gestos graves; la noticia, como un aceite oscuro, se habría extendido ya por cada rincón del pueblo: la tragedia del pobre alfarero, el chico bueno, qué desgracia.

En la habitación contigua Rocío dormía gracias a que le pedí al médico de urgencias, un hombre joven e impresionable al que deslumbró mi aparente aplomo, que le administrara un sedante suave alegando un «shock postraumático severo», usando la terminología que la gente como él espera oír; y él, por supuesto, asintió agradecido de que alguien tomara el control.

Observé mi reflejo en el cristal del ventanal y el resultado era satisfactorio: parecía cansada, con el rostro pálido y los ojos ligeramente hundidos, con las ojeras justas que delataban una noche de supuesta angustia; la máscara perfecta de una amiga devota que ha pasado la noche en vela consolando a su alma gemela.

Anoche cada movimiento había sido calculado: mi aparición entre la multitud, mi abrazo protector, mis palabras al sargento Jiménez y mi decisión de llevármela de allí formaban parte de la fase dos, la gestión de las consecuencias. El asesinato en sí mismo había sido la parte más burda, casi primitiva —un trabajo para Morales, que a pesar de sus reticencias seguía siendo eficiente en las tareas desagradables—: un bidón de gasolina, una cerradura forzada y un trapo ardiendo arrojado en el momento justo. Simple, sucio y necesario.

La verdadera obra de arte, mi especialidad, comenzaba ahora con la limpieza y el orden; limpiar los cabos sueltos, las emociones descontroladas y las posibles sospechas para restaurar el orden, mi orden, un universo donde yo soy la única arquitecta de la realidad de Rocío.

Javier Espinosa había sido una variable imprevista, había subestimado la tenacidad de su instinto. Su investigación y su contacto con Roca amenazaban con introducir el caos en mi sistema perfectamente diseñado, y como detesto el ruido tuve que silenciarlo;

su muerte no fue un acto de ira, sino una tarea de mantenimiento, una poda necesaria para la salud del jardín.

Me vestí lentamente eligiendo un conjunto de cachemir de color crema, ropa suave de tonos neutros que inspira calma y confianza; ropa de luto, pero sin la estridencia del negro, porque todo comunica.

Llamé al servicio de habitaciones pidiendo un desayuno completo —zumo de naranja, café, fruta, tostadas—, cuando llegara el momento de despertar a Rocío la rodearía de cuidados y normalidad, tratándola como a una convaleciente para reforzar su papel de víctima frágil y mi rol de cuidadora incansable. Mientras esperaba me senté en el escritorio y abrí mi portátil para repasar mis finanzas, comprobando que todo estaba en orden, antes de centrar mi mente en el cabo suelto más importante: la última llamada de Javier.

No necesitaba una grabación para saber lo que había ocurrido, ya que la desesperación tiene un guion predecible: él la habría llamado presa del pánico suplicándole que le escuchara y le creyera, hablándole de «pruebas» y de «peligro» para terminar, casi con toda seguridad, con una declaración de amor desesperada.

Esa llamada, que la policía sin duda descubriría en el registro del teléfono de Rocío, no era una amenaza, sino una oportunidad; una pieza que, girada de la forma adecuada, encajaría perfectamente en mi puzle.

«Pobre Javier», diría yo con la voz rota cuando llegara el momento. «Estaba desesperado por la ruptura, obsesionado. Fíjense en lo que le dijo a Rocío: "Tengo pruebas". Es el delirio de un hombre despechado. Y esa declaración final... "Te quiero". Es casi una nota de suicidio verbal. ¿Y si... y si todo esto fue una forma terrible y retorcida de llamar su atención? ¿Y si el fuego se le fue de las manos?».

Era una narrativa plausible: un hombre con el corazón roto, quizás con una depresión oculta, que en un acto de locura decide provocar un pequeño incendio en su taller para asustarla y que ella vuelva corriendo a sus brazos. Un accidente trágico nacido de una

mente perturbada por el desamor, una historia triste y romántica mucho más atractiva para la mentalidad de pueblo que una compleja trama de blanqueo de capitales. Y lo más importante: convertía a Rocío en la *femme fatale* involuntaria, la mujer por la que un hombre había muerto, cargándola con una culpa insoportable que la haría aún más dependiente de mí, la única persona que le susurraría al oído: «No es tu culpa».

Llamaron a la puerta con el desayuno y le indiqué al camarero que lo dejara todo en una mesa auxiliar, dándole una propina generosa porque la generosidad es una herramienta de poder. Comí despacio, metódicamente, mientras mi mente trabajaba sabiendo que el plan estaba trazado y que solo necesitaba que las piezas —Rocío, sus padres, la Guardia Civil— se movieran como yo esperaba. Y lo harían, porque la gente en medio del caos siempre se aferra a la historia más simple.

Era hora de despertar a la bella durmiente.

Entré en su habitación y la vi acurrucada en la cama con el pelo revuelto y la cara hinchada, pareciendo una niña perdida. Me senté en el borde y le acaricié la frente.

—Rocío… cariño, despierta.

Abrió los ojos lentamente y la confusión inicial dio paso al recuerdo y a un dolor que inundó su rostro.

—Laura… —susurró.

—Shhh, tranquila. Estoy aquí. Ha sido una noche terrible, pero ya ha pasado. Estás a salvo.

Empezó a llorar con un llanto silencioso y agotado, así que la dejé llorar en mi hombro dándole palmaditas en la espalda.

—Tengo hambre —dijo de repente entre sollozos, avergonzada de una necesidad tan mundana.

—Claro que tienes hambre, tu cuerpo necesita energía. Te he pedido el desayuno. Ven, vamos al salón.

La ayudé a levantarse envolviéndola en una bata de seda y la llevé al salón, donde se sentó encogida mientras yo le servía un zumo que bebió con avidez.

—Laura, su llamada… —dijo con la mirada perdida—. Me llamó justo antes. Estaba… estaba muy raro, asustado. Me dijo que venía a la finca.

—Lo sé, cariño. Me lo contaste anoche —dije con infinita paciencia—. Pero ahora no pienses en eso. Tu mente ha sufrido mucho, tienes que descansar.

Justo en ese momento sonó el teléfono de la suite; era recepción avisando de que el sargento Jiménez estaba allí y quería hablar con nosotras. Miré a Rocío y sus ojos se abrieron llenos de pánico.

—No puedo, Laura, no puedo…

—Tranquila —dije acariciándole la mano—. No tienes que hacer nada que no quieras. Hablaré yo con él. Tú quédate aquí.

Fui a recibir al sargento, que venía acompañado de un agente joven y parecía cansado.

—Laura, siento presentarme así, pero el caso lo requiere.

—Por supuesto, sargento. Pasen. Rocío todavía está muy afectada, pero les atenderé yo en lo que necesiten.

Nos sentamos lejos de donde estaba Rocío.

—¿Alguna novedad? —pregunté con el tono de una ciudadana preocupada.

—El informe preliminar de los bomberos es… concluyente. El incendio fue provocado, encontramos restos de un acelerante.

Fingí una expresión de horror.

—¡Dios mío! ¿Quiere decir que… que alguien…?

—Es lo que estamos investigando. Por eso necesitamos hablar con Rocío, saber de qué hablaron en esa última llamada. Podría ser la última pieza que nos falta.

La última pieza; qué poético.

—Sargento, como le dije anoche, ella no está en condiciones, pero le aseguro que cooperará en cuanto se recupere. Anoche solo balbuceaba cosas inconexas, mencionó que Javier estaba muy alterado y hablaba de unas pruebas… Creemos, por lo que hemos podido reconstruir, que estaba sufriendo mucho por la ruptura, desesperado. Quizás haya querido dar un susto a Rocío y se le haya ido de las manos.

Dejé caer la información como quien siembra una semilla y Jiménez me miró procesándola.

—Entiendo. Bueno, no la presionaremos, pero en cuanto sea posible…

—Por supuesto. Yo misma me encargaré de que hable con ustedes. Ahora, si me disculpan, necesita descansar.

Les acompañé a la puerta sabiendo que la conversación había ido exactamente como había planeado: había establecido el marco de un accidente provocado por un exnovio desesperado, había protegido a Rocío reforzando mi papel de guardiana y había ganado tiempo.

Volví al salón, donde Rocío no se había movido.

—¿Qué querían? —preguntó con un hilo de voz.

—Solo querían saber si estabas bien —mentí con una sonrisa tranquilizadora—. Le he dicho que necesitabas descansar y ya se han

ido.

Se relajó visiblemente.

—Gracias, Laura. No sé qué haría sin ti.

—No tienes que darme las gracias. Para eso estamos las amigas.

Me senté a su lado y la abracé sintiendo su cuerpo frágil y temblando entre mis brazos, sintiendo su absoluta dependencia. La limpieza estaba hecha, el orden se había restaurado y el tablero estaba despejado, listo para la siguiente fase del juego; la pieza más importante, la reina que pronto se convertiría en peón, estaba exactamente donde debía estar: en mis manos.

14

LETARGO

ROCÍO

El tiempo perdió su forma convirtiéndose en la niebla que a veces subía de las marismas y lo borraba todo, fundiendo los días y las noches en un crepúsculo perpetuo delimitado únicamente por los sedantes que Laura me administraba con dulzura maternal y los breves intervalos de una lucidez dolorosa. Vivía en la suite del hotel, una jaula de oro con vistas a un mundo que ya no me pertenecía.

Las primeras semanas fueron un borrón formado por fragmentos que recordaba como cristales rotos de un espejo: el sabor del zumo de naranja que Laura me obligaba a beber cada mañana, el tacto de las sábanas tan suaves que parecían quemar mi piel y el sonido de su teléfono, un susurro discreto al que ella siempre respondía en la otra habitación protegiéndome del ruido exterior. Laura se convirtió en mi guardiana, en mi todo; era mis manos, mis pies y mi voz, encargándose de la comida, de la ropa y de hablar con mis padres.

—Están destrozados, cariño —me decía después de una de sus llamadas—. Pero entienden que necesitas espacio. Les he dicho que estás en las mejores manos, que te estoy cuidando.

Yo asentía agradecida, la idea de hablar con mi madre, de escuchar su llanto y sentir el peso de su dolor además del mío, era insoportable. Laura me protegía de eso y de todo, interponiéndose entre el mundo y yo como un escudo de seda y acero.

El funeral de Javier fue una ausencia a la que no fui porque Laura y el médico decidieron que sería demasiado para mí.

—No puedes exponerte a eso, Rocío —me dijo acariciándome el pelo mientras yo yacía en la cama mirando un punto fijo—. El pueblo entero estará allí y sus miradas te destrozarían. Tienes que despedirte de él a tu manera, en silencio, en tu corazón.

Así que me despedí de él en el silencio de mi jaula imaginando a la gente de Vejer reunida en la iglesia, sintiéndome culpable por no estar allí, aunque la culpa era una emoción lejana ahogada por la inmensa gratitud que sentía hacia Laura por ahorrarme ese suplicio.

Una semana después del incendio el sargento Jiménez vino a tomarme declaración y Laura insistió en estar presente, sentándose a mi lado en el sofá de la suite mientras yo me sentía pequeña y frágil. Jiménez fue amable y me hizo preguntas sencillas sobre mi relación con Javier, a lo que respondí con un hilo de voz tras recibir el asentimiento de Laura.

—Habíamos roto hacía unas semanas. Él no entendía mi nuevo trabajo ni mi proyecto con Laura; se sentía desplazado y estaba muy afectado. Al principio solo estaba enfadado, pero luego se obsesionó diciendo que Laura me estaba manipulando y que el proyecto era una estafa. Intentó ponerme en contra de ella diciendo que tenía pruebas.

—¿Y la última llamada? —preguntó—. ¿Qué te dijo exactamente?

Cerré los ojos reviviendo aquel momento.

—Estaba muy alterado, gritaba que quería hablar conmigo y recuperarme; decía que era por mi bien, que me quería.

Mientras hablaba sentía la mano de Laura apretando suavemente la mía, un ancla de apoyo en medio de la tormenta de mis recuerdos.

—Mencionó unas pruebas, ¿sabes a qué podía referirse?

—No. Supongo que eran los mismos recortes de periódico que ya me había enseñado, cosas sin sentido para hacerme daño e intentar recuperarme.

Cuando se fueron me derrumbé y Laura me abrazó con fuerza diciéndome que ya había pasado lo peor y que había sido muy valiente.

—He mentido, Laura —sollocé—. No le he contado lo de Gibraltar, lo de su tío…

—Has hecho lo que tenías que hacer para protegerte —me susurró al oído—. La verdad de Javier ya no importa, era la verdad de un hombre desesperado. Contar todo eso solo habría complicado las cosas y te habría puesto en una situación horrible. Has hecho bien.

Y la creí, pensando que mentir había sido un acto de autoconservación y que tenía derecho a protegerme de su veneno.

Las semanas pasaron y el otoño se instaló en el paisaje, pero en la suite el tiempo no tenía estaciones. Mi vida era una rutina de una calma irreal donde me levantaba tarde, desayunaba lo que Laura me preparaba y leía libros que ella elegía para mí; novelas ligeras que no pudieran perturbarme. A veces intentaba trabajar en los planos de «La Pausa», pero mi mente no podía concentrarse y el proyecto, que antes había sido mi pasión, ahora me parecía el sueño de otra persona.

Laura nunca me presionaba, diciéndome que me tomara mi tiempo y que el proyecto seguía adelante, pero que lo único que importaba era que me recuperara. A veces, por las tardes, me llevaba en su coche a lugares apartados como la playa de Zahora o los pinares de Barbate, donde caminábamos en silencio por la orilla con el viento azotándonos la cara mientras yo miraba las olas y pensaba en Javier; el dolor ya no era agudo, se había transformado en una melancolía sorda.

En esos paseos Laura me hablaba de su vida y de sus luchas, creando un universo compartido en el que las dos éramos supervivientes, almas gemelas unidas por la tragedia y la resiliencia. Me aferré a esa idea como a un clavo ardiendo, nuestra amistad era mi única identidad.

La única conexión que mantenía con mi pasado, aparte de las llamadas filtradas por Laura, era Mateo, a quien llamaba casi todas las noches desde el balcón buscando la intimidad.

—¿Cómo estás, enana? —me preguntaba con su voz familiar.

—Voy tirando, Mateo. Es duro.

Le conté la declaración a la Guardia Civil y mi mentira, esperando que me riñera, pero su reacción fue un eco de la de Laura.

—Hiciste bien, Rochi. ¿Qué ibas a conseguir contándolo todo? ¿Que la policía te viera como la causa de su locura? A veces la verdad

solo sirve para hacer más daño. Javier se había metido en un pozo de obsesión él solo y no era tu responsabilidad bajar a buscarle.

Sus palabras me liberaron de la última punzada de culpa.

Fue una tarde lluviosa, un mes y medio después del incendio, cuando ocurrió la escena que lo selló todo. Estábamos en el salón de la suite y yo me sentía apática, perdida en mis pensamientos, cuando Laura dejó su libro y se acercó a mí para rodearme con un brazo.

—Esta pena se irá, te lo prometo. El tiempo lo cura todo, solo tienes que ser paciente y apoyarte en mí; yo no te voy a dejar caer.

Apoyé mi cabeza en su hombro oliendo su perfume caro, un aroma que asociaba con la seguridad, y mi mirada se posó en su cuello, en el disco de oro que siempre llevaba: el colgante «D. R.». Sin pensar, alargué la mano y lo toqué.

—*Dignitas et Resilientia* —susurré recordando la historia.

Laura se quedó muy quieta y sentí cómo su cuerpo se tensaba bajo mi cabeza.

—Sí —dijo con voz contenida—. Dignidad y resiliencia.

Seguí acariciando el colgante pensando en su abuela, en el legado de protección y amor que trascendía el tiempo, y entonces pensé en Javier; en su amor terrenal, imperfecto y perdido para siempre. Una sensación de autocompasión me inundó y, con una ingenuidad que me habría hecho llorar de pena por mí misma si hubiera podido verme desde fuera, suspiré diciendo las palabras que sellarían mi destino.

—Tu abuela te cuida. Ojalá Javier me cuidara a mí así.

Sentí una vibración casi imperceptible en el cuerpo de Laura, como una cuerda de guitarra que se tensa, y su abrazo se apretó con una fuerza que me sorprendió. Cuando me aparté para mirarla su rostro era de compasión infinita y sus ojos brillaban con una humedad que interpreté como empatía.

—Oh, cariño… Él te cuida, te lo aseguro. Desde donde esté te está cuidando. Y yo le ayudaré a hacerlo. Siempre.

Me abrazó de nuevo y yo me dejé envolver cerrando los ojos, reconfortada por sus palabras y su certeza. Me aferré a la imagen de un Javier angelical cuidándome desde el más allá y a la de Laura, su emisaria en la tierra, mi guardiana.

En ese momento la rendición fue total: acepté mi papel de niña perdida y el suyo de protectora, aceptando la jaula dorada como mi nuevo hogar y encontrando en ello una extraña paz; la paz del que renuncia a luchar y entrega las llaves de su propia mente sin saber que se las está dando a su carcelero.

15

SILENCIO

MANUEL

Habían pasado tres semanas desde el funeral, un tiempo que se había vuelto denso y pegajoso como el barro en un día de lluvia. La vida en Vejer había recuperado su pulso aparente, pero por debajo corría un río subterráneo de susurros y miradas de reojo; la tragedia del pobre alfarero se había convertido en una historia más, una cicatriz en la memoria del

pueblo, pero para mí la herida seguía abierta y supurando en silencio.

Cada día era una repetición del anterior: me levantaba, desayunaba el café que Pepa me preparaba sin decir palabra y me iba a dar una vuelta sin rumbo para no soportar el peso del silencio en casa. Pepa se había refugiado en la fe, en las velas a la Virgen y en las llamadas diarias a la suite de La Atalaya, quedándose siempre con una mezcla de alivio y una tristeza aún más profunda.

—Está bien, Manuel. Laura la está cuidando muy bien —decía.

Y yo asentía porque discutir era inútil.

Había perdido a mi hija dos veces: la primera a manos de esa mujer que la había alejado de nosotros y la segunda a manos del dolor que la había encerrado en sí misma. La derrota frente a la lógica fría de Laura en la noche del incendio me había dejado una sensación de impotencia que se me había pegado al alma.

El teléfono sonó un jueves por la tarde; era un número que no conocía.

—¿Dígame?

—Manuel Gil. Soy Manuel Espinosa. El tío de Javier.

Su voz, seca y de Barbate, me pilló por sorpresa, no habíamos hablado desde el entierro.

—Manuel. Dígame. ¿Ha pasado algo?

Hubo una pausa cargada de un cansancio infinito.

—La Guardia Civil me ha llamado esta mañana. Ya han terminado con... con las cosas del chico. Me han dicho que vaya a recoger la furgoneta que sigue aparcada allí.

La furgoneta; el último lugar donde Javier había estado vivo antes de llegar al taller.

—Lo siento mucho, Manuel —fue lo único que acerté a decir.

—Ya. Yo también. —Respondió cortante—. El caso es que hay que vaciarla y yo… yo solo no puedo. No me veo con fuerzas para tocar sus cosas. Había pensado… como tú eras como su padre de aquí…

La petición quedó flotando en el aire, pesada y torpe.

—Claro que sí, Manuel. Por supuesto. ¿Dónde está?

—Frente al taller. Puedo estar allí en una hora.

Colgué y me quedé mirando el teléfono, una parte de mí no quería ir, no quería enfrentarme a los fantasmas que habitaban en aquella vieja furgoneta; pero se lo debía a Javier y sentí que era algo que tenía que hacer.

La furgoneta estaba aparcada cubierta por una fina capa de polvo rojizo, pareciendo más vieja y triste. Manuel Espinosa ya estaba allí esperando con las manos en los bolsillos, un hombre enjuto curtido por el sol y la sal cuyo rostro reflejaba un dolor contenido.

—Gracias por venir —dijo sin mirarme.

El silencio entre nosotros era el de dos hombres que comparten una pena demasiado grande para ponerla en palabras. Abrí la puerta del conductor y el olor del interior me golpeó: olía a Javier, a su mezcla de barro, tabaco de liar y trementina. Un olor que me transportó a cientos de momentos y risas, obligándome a apoyarme en la puerta para no flaquear.

Empezamos la tarea en silencio, un ritual sombrío que parecía una profanación, sacando sus herramientas, una chaqueta gastada y unos CD con las cajas rotas; cada objeto era un recuerdo, un fragmento de una vida truncada que Manuel Espinosa movía con rigidez, como si le quemara en las manos.

Cuando casi habíamos terminado, Manuel se detuvo y sacó una carpeta de cartón de una bolsa de plástico que había dejado en el suelo.

—Esto estaba en la caja de efectos personales que me devolvieron —dijo con voz apagada—. La Guardia Civil me dijo que lo encontraron bajo la alfombrilla, que lo revisaron y que no tenía importancia.

Me tendió la carpeta.

—¿Qué es? —pregunté sintiendo un escalofrío.

—El veneno que lo mató —murmuró con odio—. Cosas de esa mujer, de tu hija. Le dije que lo dejara, que no se metiera. —Retrocedió un paso como si la carpeta fuera una serpiente—. Él ya está donde está, pero yo tengo familia y no quiero saber nada de esto. Tú eres su padre, esto es asunto tuyo.

Me empujó la carpeta contra el pecho, se dio media vuelta y se alejó dejándome allí, un hombre roto huyendo de la verdad.

Volví a casa caminando como un autómata, entré sin saludar, fui a la cocina y puse la carpeta sobre la mesa. Pepa me miró extrañada.

—¿Qué es eso, Manuel?

—Cosas de Javier, Pepa.

Abrí la carpeta con el corazón en un puño. No eran facturas, eran fotocopias, artículos de periódico y nombres de empresas, y mi vista se detuvo en dos nombres que aparecían una y otra vez: Laura Reyes y Rocío Gil. Había un artículo de un periódico de Huelva sobre un escándalo urbanístico donde la empresa de Laura, Reyes Holdings, se desvinculaba de una constructora acusada de sobornos.

Y luego, al final, la última hoja: la impresión de un registro mercantil de Gibraltar con el nombre de una sociedad, «Azure Horizons Holdings Ltd.».

Cerré la carpeta de golpe con las manos heladas. La historia que Javier intentaba desentrañar estaba allí; era un mapa que llevaba directamente al infierno y mi hija estaba en el centro, sonriendo

ciega y caminando de la mano de su propio demonio. Sentí una oleada de rabia impotente contra Laura, contra mí mismo y contra el mundo, pero sobre todo sentí una determinación fría y afilada: ya no se trataba de la obsesión de un chico enamorado, esto era otra cosa, mucho más sucia, y no iba a quedarme de brazos cruzados mientras mi hija caminaba hacia el abismo.

Sabía que tenía que hacer lo correcto, y para un hombre como yo, que siempre había creído en la ley, lo correcto era ir a ver a la Guardia Civil.

16

BORRADO

ROCÍO

El invierno se instaló en la comarca sin pedir permiso y, desde el ventanal de la suite, veía las colinas de Vejer azotadas por el viento y la lluvia; un paisaje melancólico que reflejaba a la perfección el estado de mi alma. Habían pasado casi dos meses desde el incendio, dos meses viviendo en un limbo dorado, suspendida entre el horror del pasado y un futuro que no me atrevía a imaginar. Mi dolor por Javier se había transformado; ya no era la herida abierta y

sangrante de las primeras semanas, sino una cicatriz gruesa e insensible que tiraba de mi piel con cada movimiento, recordándome constantemente la mutilación que había sufrido.

Mi vida, orquestada con la precisión de un director de orquesta por Laura, transcurría en una calma artificial. Por las mañanas leía, por las tardes dábamos paseos silenciosos por la playa de El Palmar si el tiempo lo permitía, y por las noches veíamos películas antiguas; Laura había creado una burbuja perfecta, un útero de seda donde nada podía hacerme daño y donde el mundo exterior, con su ruido y sus demandas, se había desvanecido.

Pero incluso en la burbuja más perfecta, a veces se cuela un eco del exterior.

Fue una tarde de lluvia torrencial en la que Laura tuvo que bajar a Cádiz para una reunión «ineludible» con unos inversores. Era la primera vez que me quedaba completamente sola en la suite durante más de un par de horas y, aunque al principio sentí el pánico de un niño al que su madre deja solo, luego una extraña sensación de calma me invadió; el silencio de la suite era diferente sin ella, era un silencio mío.

Vagué por las habitaciones sintiéndome como una fantasma en un palacio hasta detenerme frente al escritorio donde descansaba el portátil que Laura me había regalado. Lo abrí y la pantalla cobró vida mostrándome los archivos del proyecto «La Pausa», pero lo miré sin interés, el sueño que una vez me había consumido ahora me parecía el de una extraña.

Por puro aburrimiento, por un vestigio de un hábito olvidado, abrí el navegador y mi vieja dirección de correo electrónico —la que usaba antes de que Laura me creara una nueva cuenta profesional— se cargó automáticamente. Hacía meses que no la abría, la había asociado con mi vida anterior, con la Rocío que luchaba y fracasaba, y la había desterrado de mi mente.

La bandeja de entrada estaba llena de spam y *newsletters* de organizaciones a las que ya no pertenecía, y estaba a punto de cerrarlo todo cuando un correo, en mitad de la maraña de mensajes sin leer, captó mi atención. No tenía un asunto llamativo, solo un nombre: Esteban Roca.

El nombre no me dijo nada al principio y lo abrí con la indiferencia de quien abre una factura, encontrando un texto breve y escueto.

Estimada Rocío Gil,

Mi nombre es Esteban Roca, soy periodista. Lamento profundamente su pérdida y la terrible tragedia que ha sufrido.

La razón por la que le escribo es que Javier contactó conmigo unas semanas antes de su muerte. Estaba trabajando en una investigación que él consideraba de vital importancia y muy peligrosa, proporcionándome información que estoy intentando verificar.

Tengo serias razones para creer que su muerte no fue un accidente. La versión oficial no encaja con lo que él me contó ni con los temores que me expresó.

Entiendo que pueda desconfiar, pero le ruego que considere la posibilidad de hablar conmigo. No busco una exclusiva, busco la verdad. Por Javier. Creo que se lo debemos.

Leí el correo una vez, luego otra y una tercera. Cada palabra era un martillazo contra el cristal de mi burbuja: periodista, investigación, peligrosa, «su muerte no fue un accidente». Un frío glacial, más intenso que el del viento que azotaba los cristales, me recorrió de pies a cabeza y mi primera reacción fue un rechazo violento: ¡Buitre! La palabra que Laura había usado para describir a gente así apareció en mi mente nítida y clara.

Cerré el portátil de golpe como si el correo pudiera saltar de la pantalla y morderme, con el corazón latiendo con una fuerza desbocada. Caminé por la suite como un animal enjaulado mientras

el silencio de la habitación se volvía opresivo, lleno de las palabras de ese hombre.

«La versión oficial no encaja». Pero, ¿cuál era la versión oficial? La Guardia Civil me había dicho que el incendio fue provocado, pero la narrativa que Laura y yo habíamos construido era la de un Javier desesperado y obsesivo; un accidente nacido de la locura del desamor, una historia terrible pero con un sentido trágico comprensible. Este hombre, este tal Roca, proponía otra historia, una de asesinatos y conspiraciones que no tenía sentido. ¿Quién querría hacerle daño a Javier? Era un alfarero, un hombre bueno sin enemigos.

Me detuve frente al ventanal viendo cómo la lluvia dibujaba ríos en el cristal y recordé la llamada de Javier, su pánico: «¡Tengo las pruebas! ¡Está metida en algo muy sucio, muy peligroso!». Las palabras que yo había enterrado bajo capas de dolor y negación resurgían ahora gritando en el silencio de mi mente.

¿Y si...?

No. No podía permitírmelo. Confiar en ese correo significaba traicionar a Laura, aceptar que la persona que me había salvado, mi guardiana y mi única amiga, era la villana de la historia que Javier intentaba contar; significaba que mi santuario era una prisión. Era una idea tan monstruosa que mi mente se rebeló contra ella, provocándome mareos y náuseas. Necesitaba a Laura, necesitaba que ella viera el correo y me dijera qué pensar, que pusiera orden en mi caos; la necesidad de su aprobación y de su guía era más fuerte que cualquier otra emoción, era una adicción.

Esperé su regreso con una ansiedad febril y, cuando por fin oí la llave en la cerradura, corrí hacia la puerta. Laura entró sacudiéndose la lluvia del abrigo y su sonrisa se desvaneció al ver mi cara.

—Rocío, ¿qué pasa? Estás pálida como la cera.

No pude hablar, así que la señalé hacia el escritorio, cogí el portátil, lo abrí y le mostré el correo. Ella se acercó y lo leyó en silencio con una expresión de profunda y serena concentración, tensando ligeramente la mandíbula. Cuando terminó no me miró a

mí, sino por la ventana, y soltó un suspiro tan cargado de pena y cansancio que me rompió el corazón.

—Ah, cariño… Lo siento tanto. Siento tanto que tengas que pasar por esto.

Se sentó a mi lado y me abrazó; un abrazo protector.

—¿Crees que… que es mentira? —pregunté con la voz de una niña que busca confirmación.

—No lo sé —respondió, descolocándome por completo—. Y precisamente porque no lo sé tenemos que ser muy inteligentes y analizarlo juntas con la cabeza fría. ¿Te parece?

Asentí agradecida por su calma.

—Vale, ¿qué tenemos aquí? —dijo releyendo el correo en voz alta —. Un periodista que dice que Javier contactó con él. Primer punto: ¿por qué no contactó con la policía si tenía algo «peligroso»? ¿Por qué ir a un periodista local?

—No lo sé… Quizás no se fiaba…

—Exacto. O quizás lo que tenía no era lo suficientemente sólido para la policía, pero sí para un periódico que busca carnaza. Sigamos. Dice que «cree» que no fue un accidente, no dice que lo sepa; es una opinión, una conjetura. Y te pide hablar, ¿por qué? Si tuviera pruebas de verdad las publicaría, pero te pide hablar porque tú eres la pieza que le falta: la exnovia dolida. Tu testimonio y tu dolor es lo que convertirá su artículo de opinión en una historia humana, en un titular.

Su lógica era aplastante y daba sentido a todo desde un análisis frío que me hacía sentir partícipe.

—Quiere usarte, Rocío —continuó con tristeza infinita—. Quiere convertir tu dolor en su historia, enredarte en una red de medias verdades y mentiras para exponerte ante todo el mundo y convertirte en la protagonista de un circo mediático. ¿Crees que puedes soportar eso ahora? ¿Crees que es lo que Javier habría querido para ti?

Negué con la cabeza horrorizada ante esa perspectiva.

—Entonces, ¿qué hago? —susurré.

—Nada —sentenció Laura—. Absolutamente nada. No respondas, no pienses más en ello y considera este correo como lo que es: un virus que ha intentado infectar tu paz. Vamos a eliminarlo.

Con un gesto decidido se sentó frente al portátil.

—Vamos a bloquear a este remitente y a dar de baja esta dirección de correo tuya; es un vestigio de tu vida anterior, una puerta abierta por la que se puede colar la basura del pasado. A partir de ahora solo usarás tu cuenta nueva, una cuenta limpia y segura.

Observé hipnotizada cómo sus dedos se movían con determinación: bloqueó la dirección de Esteban Roca y, navegando por las opciones de configuración, eliminó la cuenta para siempre con un par de clics.

Un capítulo de mi vida, el último que me conectaba con mi yo independiente, acababa de ser borrado y sentí un alivio inmenso. Laura había vuelto a hacerlo: había identificado la amenaza, la había neutralizado y me había devuelto a la seguridad de mi santuario.

—Ya está —dijo cerrando el portátil—. Se acabó. Nadie volverá a molestarte.

Me abrazó de nuevo y yo me hundí en su abrazo agradecida y exhausta, sintiendo que la duda se había desvanecido arrancada de raíz por su lógica serena. Me sentía a salvo, protegida por mi guardiana, sin darme cuenta de que al borrar ese correo no solo había cerrado una puerta al pasado, sino que había cerrado la última salida de emergencia; ahora estaba encerrada dentro con la única persona que tenía la llave, y que no tenía ninguna intención de usarla.

17

PIEDRA

MANUEL

El sueño se había convertido en un país extranjero al que me habían denegado el visado, así que cada noche me tumbaba junto a Pepa y fingía. Sincronizaba mi respiración con la suya y me quedaba inmóvil en la oscuridad escuchando los sonidos de la casa, el crujido de la madera y el latido de mi propio corazón, que marcaba el paso de las horas muertas.

Desde el día en el depósito de coches un desasosiego frío se me había instalado en el tuétano. El recuerdo de Manuel Espinosa y sus palabras —«Esto es por lo que lo mataron»— se repetía en mi cabeza como un eco, y la carpeta de cartón que ahora escondía en la caseta

del patio había dejado de ser un conjunto de papeles incomprensibles para convertirse en una certeza tóxica: Javier no se había vuelto loco, había descubierto algo terrible y lo habían silenciado. Y mi hija, mi Rocío, seguía en manos de la mujer que estaba en el centro de toda esa suciedad.

Supe que no podía quedarme quieto. El miedo a lo que esa gente pudiera hacerle a Pepa o a Rocío me paralizaba, sí, pero el miedo a no hacer nada y ser un cobarde mientras mi hija caminaba por el borde de un precipicio era peor. Tenía que intentarlo, tenía que hacer lo correcto. Y para un hombre como yo, que siempre había creído en la ley y el orden, lo correcto era ir a ver a la Guardia Civil.

El sargento Jiménez me recibió en su despacho, un cuarto pequeño y funcional, Nos conocíamos de toda la vida, de vernos en el bar y en las procesiones.

—Manuel. Siéntate. ¿Un café?

—No, gracias, sargento. Vengo a hablar de la carpeta de Javier.

La expresión de Jiménez cambió sutilmente, pasando de la cordialidad profesional a una visible fatiga.

—Ah, la carpeta. Manuel, creía que ese tema estaba zanjado. Su tío nos dijo que…

—Su tío me dijo que la encontraron y que no le dieron ninguna importancia —le interrumpí dejando la carpeta sobre su mesa—. Y quiero entender por qué. Javier no estaba loco. Estaba investigando algo muy feo y creo que estos papeles demuestran que por eso lo mataron.

Jiménez suspiró pero no apartó la mirada. Reconoció la carpeta, por supuesto. La apartó con el dorso de la mano y su tono ya no fue de sorpresa, sino de condescendencia.

—Manuel, escúchame como amigo. Esa carpeta ya la analizamos la misma noche del crimen y no demuestra un asesinato, demuestra

una obsesión. Confirma punto por punto lo que tu propia hija nos contó en su declaración: que Javier estaba tan desesperado que se había construido una teoría de la conspiración para hacerle daño a su nueva socia.

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies. La verdad había estado en sus manos y la habían desechado.

—¡Pero hablan de empresas en Gibraltar, de dinero sucio...!

—Hablan de un hombre celoso y desesperado, Manuel —me cortó con la firmeza de quien cierra un caso—. Y precisamente porque la consideramos una prueba de su estado mental y no del crimen, se la devolvimos a su familia como un efecto personal sin importancia.

Se levantó y caminó hacia la ventana.

—Ahora escúchame tú a mí. Lo último que necesita tu hija es que su propio padre venga a remover el pasado con las mismas teorías que la atormentaban. No la atormentes más.

Salí del cuartel con las palabras del sargento rebotando en mi cabeza. «Déjalo estar». Era una orden, una advertencia y, sobre todo, una sentencia. Caminé sin rumbo con la carpeta bajo el brazo, ahora más pesada que nunca, sabiendo que la habían visto y habían decidido que era más fácil creer en la historia de un loco que en la posibilidad de un monstruo.

Entendí entonces que estaba solo en esto. Completamente solo.

Sin embargo, la soledad a veces te da una claridad extraña. Al llegar a casa no entré. Volví a leer el nombre en el registro de Gibraltar: «D. Reyes». Daniel Reyes.

Jiménez había dicho que Javier estaba obsesionado. Pero una obsesión no inventa una sociedad en un paraíso fiscal con el nombre

de un muerto. Eso era un dato. Un hecho. Y si la Guardia Civil no quería verlo, tendría que encontrar a alguien que sí quisiera.

Recordé entonces el nombre que su tío había mencionado, el del periodista con el que Javier había hablado. Esteban Roca.

Busqué en la guía telefónica, en internet, en los papeles de Javier. No encontré nada. Pero recordé algo que Javier había mencionado una vez de pasada, algo sobre un periódico digital local. «La Lupa de la Janda».

Esa noche, mientras Pepa dormía —o fingía hacerlo—, me senté frente al viejo ordenador de Rocío. Mis dedos torpes teclearon el nombre. La página apareció: un diseño sencillo, casi amateur. Busqué la sección de contacto. Había un correo electrónico.

Dudé. Jiménez me había advertido. «No la atormentes más». Si hacía esto, estaba cruzando una línea. Estaba desobedeciendo a la autoridad, poniendo en riesgo la frágil paz de mi familia. Pero luego pensé en la mirada vacía de Rocío en el hospital, en cómo esa mujer, Laura, la manejaba como a una muñeca.

No era paz. Era rendición. Y yo no me iba a rendir.

Escribí el correo. Fue breve.

«Soy Manuel Gil, el padre de Rocío. Tengo la carpeta de Javier Espinosa. La Guardia Civil no me hace caso. Necesito que alguien vea esto.»

El mensaje desapareció de la pantalla. Me quedé mirando el cursor parpadeando en el vacío, sintiendo el vértigo de haber lanzado una piedra a un estanque oscuro, sin saber qué clase de monstruo podría despertar las ondas. Nunca recibí respuesta.

18

SIEMBRA

LAURA

El tiempo de la crisálida llegaba a su fin, Rocío, envuelta en el capullo de seda de mi protección, se había curado o, más exactamente, su herida se había cerrado dejando una cicatriz de una docilidad exquisita. Su dependencia de mí era tan natural como la respiración y su voluntad se había disuelto en la mía, así que era el momento de pasar a la siguiente fase; el momento de sembrar las semillas que florecerían en la hermosa y simétrica ruina de su vida.

El plan requería una coartada, una ausencia creíble.

—Tengo que ir a Sevilla, cariño —le anuncié una mañana mientras desayunábamos.

Levantó la vista de su taza con un destello del pánico que tanto me gustaba controlar.

—¿A Sevilla? ¿Por qué?

—Solo un par de días. Es por el proyecto, una reunión en la Consejería de Medio Ambiente para unos fondos europeos. Una oportunidad de oro para «La Pausa», pero tengo que ir yo en persona porque son dinosaurios y necesitan ver un traje caro para soltar el dinero.

Era una mentira casi perfecta basada en una verdad, la reunión existía y mi nombre estaba en la lista, aunque mi presencia no fuera

indispensable. Proporcionaba la coartada ideal: un viaje de negocios documentado y oficial.

—No quiero quedarme sola —susurró con una vulnerabilidad que era música para mis oídos.

Me levanté para abrazarla por los hombros.

—No estarás sola. Hablaré con tus padres o te llamaré a cada rato; ni te darás cuenta de que me he ido.

Ella asintió resignada, la idea de volver a casa de sus padres le resultaba tan poco atractiva como a mí. Se quedaría en la suite, sola, esperándome. Perfecto.

Dos días después conducía por la autopista hacia Sevilla sin sentir excitación ni tensión, solo la calma fría de un cirujano antes de operar. Me desvié por la ronda de circunvalación hacia un pequeño pueblo del Aljarafe, un lugar anónimo donde encontré una gasolinera de marca desconocida. Aparqué junto a un surtidor vacío y, mientras el hombre llenaba el depósito con apatía, saqué del maletero una bolsa de viaje que contenía una garrafa de plástico de cinco litros y un par de guantes de látex.

Entré en la tienda para comprar agua y chicles pagando en efectivo, asegurándome de ser solo otra cara anónima de paso. Al volver al coche le pedí que me llenara también la garrafa alegando que era para una desbrozadora, y el hombre obedeció sin preguntas. Pagué de nuevo en efectivo, guardé la garrafa en el maletero y me fui sabiendo que nadie me recordaría; la limpieza empieza por no dejar rastro.

Llegué a Sevilla a media tarde y me registré en el Hotel Alfonso XIII, construyendo mi coartada ladrillo a ladrillo con llamadas de trabajo reales desde mi habitación. Esa noche cené sola en el restaurante del hotel y, mientras comía, saqué de mi bolso la piedra angular de mi plan: el pendiente de Rocío.

Era una pequeña argolla de plata con una cuenta de lapislázuli que ella había perdido hacía más de un mes en la finca. Yo lo vi brillar en la tierra y, en lugar de dárselo, lo pisé hundiéndolo en el

polvo para recogerlo más tarde. Recordé la media hora que pasamos buscándolo, con ella afectada por perder el regalo de Javier y yo fingiendo ayudarla con el corazón latiéndome por la pura emoción de la mentira. Sabía que ese objeto sería útil y ahora había llegado el momento de usarlo.

Mi plan no dependía de la suerte. Sabía que la visita del perito tasador del seguro estaba programada para el viernes, y ese era el verdadero eje de mi estrategia: el descubrimiento no sería un golpe de fortuna de un guardia civil, sino un hallazgo técnico y protocolario realizado por un tercero neutral. El sistema se convertiría en mi cómplice.

Sostuve el pendiente entre mis dedos pensando en cómo algo tan insignificante se iba a convertir en la prueba irrefutable de un asesinato.

A las dos de la madrugada, cuando el hotel y la ciudad dormían, bajé al aparcamiento para coger no mi coche, sino un utilitario discreto que había alquilado a nombre de una sociedad fantasma. El viaje de vuelta hacia la costa fue rápido y preciso, haciéndome sentir como una diosa moviéndose en secreto para alterar el destino de los mortales.

Llegué a los alrededores de Vejer poco antes de las cuatro, aparqué en un camino de tierra solitario y me cambié de ropa en la oscuridad: pantalones oscuros, jersey con capucha, zapatillas viejas y guantes de látex. Me transformé en una sombra. Cogí la mochila con la garrafa y el pendiente, y empecé a caminar.

El aire de la noche era frío y el silencio total, roto solo por mis pasos. Me moví por caminos secundarios evitando las carreteras hasta llegar al Arco de la Segur, la parte más delicada, pegándome a las paredes de la judería hasta alcanzar la boca negra y silenciosa del taller, cuyo precinto policial colgaba flácido.

Entré y el olor me golpeó con fuerza: destrucción, madera quemada y sueños convertidos en ceniza. La luz de mi linterna recorrió las paredes negras y las herramientas retorcidas; el torno, su altar, era un pegote de metal derretido. Deseché cualquier conato de lástima, la sentimentalidad es una debilidad, y saqué el pendiente para sumergirlo en el acelerante.

Ahora, el emplazamiento. Mi mente se puso en el lugar del perito: buscaría daños estructurales, vigas, pilares. Mi linterna recorrió las entrañas del local hasta encontrar una viga de madera carbonizada y profundamente agrietada, un punto obvio de inspección. Me arrodillé y alojé el pendiente en la parte más profunda de la grieta con precisión, dejando que solo un mínimo borde de plata asomara, como si la violencia del derrumbe lo hubiera incrustado allí. Un hallazgo técnico, no casual.

El hallazgo desataría una cadena inevitable: la Guardia Civil identificaría la joya, el análisis forense encontraría el ADN de Rocío junto a trazas del acelerante y ella se convertiría en la principal sospechosa. El juez firmaría la orden de registro y la vieja furgoneta sería el segundo acto.

Salí del taller recolocando el precinto y me dirigí hacia la calle donde Rocío aparcaba su furgoneta, que estaba abandonada y cubierta de hojas. Forcé la puerta del copiloto, que nunca cerraba bien, vertí un poco de gasolina en la alfombrilla y dejé la garrafa vacía debajo del asiento, empujándola al fondo. Cerré y me alejé.

El trabajo estaba hecho. Las semillas del futuro de Rocío estaban sembradas y ahora solo tenía que volver a Sevilla, asistir a mi reunión y regresar como la amiga preocupada.

El viaje de vuelta fue tranquilo, viendo amanecer sobre las marismas. Llegué al hotel a las siete, me duché, me vestí de ejecutiva y fui a mi reunión en la Consejería para hablar de sostenibilidad y sinergias, diciendo las palabras correctas sin que nadie pudiera sospechar que, horas antes, había estado de rodillas en las cenizas plantando las pruebas de un crimen que yo misma había ordenado.

Esa noche me serví una copa de whisky y me miré en el espejo practicando mi expresión de horror para cuando el sargento Jiménez llamara a Rocío. Sonreí a mi reflejo sabiendo que el futuro estaba escrito y que era una obra de arte.

Mi obra de arte.

19

LAPISLÁZULI

ROCÍO

Poco a poco, con la lentitud con la que una planta se abre paso a través del cemento, empecé a sentir que podía volver a respirar. Habían pasado casi tres meses desde el incendio, tres meses viviendo en el limbo de la suite de «La Atalaya» donde el dolor agudo se había transformado en una melancolía crónica, una niebla persistente que, sin embargo, a veces dejaba entrever un tímido rayo de sol.

Laura, con una paciencia infinita, había empezado a reintroducir el mundo en mi vida en dosis pequeñas y controladas. Un día trajo los planos de «La Pausa» y, aunque al principio los miré como artefactos de una civilización perdida, una tarde me acerqué y deslicé un dedo sobre el papel trazando el contorno del jardín de plantas aromáticas. Por primera vez en mucho tiempo sentí algo, un vestigio de la persona que fui.

—Es un diseño precioso, Rocío —dijo Laura sin levantar la vista de su libro—. Ese jardín será el alma del hotel.

Cerró su libro con un gesto suave y me miró.

—Estás preparada. Vístete, cariño, vamos a dar un paseo. Quiero enseñarte algo.

La aprensión inicial luchó contra la curiosidad, pero su sonrisa era tan convincente que no pude negarme. Condujo por los caminos que llevaban a la finca y, a medida que nos acercábamos, mi corazón empezó a latir con una mezcla de nostalgia y expectación, aunque al llegar el silencio que yo recordaba había sido reemplazado por un rumor mecánico.

Aparcamos en la loma y entonces lo vi: la tierra estaba herida. Allí donde antes solo había hierba y olivos ahora se dibujaban las líneas blancas de los cimientos y una excavadora descansaba junto a una zanja profunda. Mi primer instinto fue de horror, de profanación.

—Laura… ¿qué…?

Ella me rodeó con un brazo apretándome contra ella.

—No veas la herida, Rocío, ve el nacimiento. Es nuestro futuro haciéndose realidad; cada palada de tierra es un paso que nos aleja de la pesadilla. ¿Lo ves? Todo por lo que luchaste está empezando a crecer. Esto es tuyo. Es nuestro.

Me obligó a mirar de nuevo y, a través de sus ojos, mi percepción cambió: la excavadora ya no era un monstruo, sino una herramienta de creación, y las zanjas no eran cicatrices, sino cimientos. Sentí una oleada de orgullo y propósito al comprender que el dolor del pasado estaba siendo, literalmente, enterrado para construir algo nuevo.

—Es… es real —dije con la voz rota.

—Es real. Y es solo el principio.

Nos quedamos allí abrazadas contemplando el inicio de nuestra obra, sintiendo que el futuro ya no era una amenaza, sino una promesa de hormigón y esperanza.

La llamada llegó esa misma tarde, rompiendo la calma del sol de invierno que entraba por el ventanal. Laura contestó y su expresión cambió sutilmente.

—Sí, sargento. Entiendo. Un momento, por favor. —Cubrió el auricular y me miró con preocupación—. Cariño, es el sargento Jiménez. Quiere venir a verte. Dice que hay... novedades en la investigación.

Un bloque de hielo se instaló en mi estómago al oír la palabra «novedades», evaporando todas las sensaciones de calma.

—No quiero, Laura. No puedo.

—Tranquila, mi niña. No tienes que hacer nada. Le diré que no estás en condiciones.

Pero una parte de mí necesitaba saber, la incertidumbre era casi peor que la propia tragedia.

—No. Está bien —dije sorprendiéndome a mí misma—. Que venga. Quiero saber, quiero que esto acabe de una vez.

Laura asintió con orgullo triste y me prometió estar a mi lado.

El sargento Jiménez llegó media hora después acompañado por una mujer joven, una cabo de la policía judicial con una mirada profesional que me puso aún más nerviosa. Laura nos acomodó en el salón como si fuéramos actores en una obra de teatro: ella a mi lado en el sofá y los agentes enfrente, separados por la mesa de centro.

—Gracias por recibirnos, Rocío. Intentaremos ser breves.

Asentí incapaz de hablar, sintiendo la mano de Laura buscando la mía.

—La investigación sobre la muerte de Javier sigue abierta —continuó el sargento—. El incendio fue provocado, eso lo tenemos claro. Hace dos días, un perito de la compañía de seguros realizó una visita para la tasación de daños y, durante la inspección de la

estructura, encontró un objeto brillante incrustado en una grieta de una viga principal. Por protocolo, detuvo su trabajo y nos notificó.

Mi corazón empezó a latir con fuerza dolorosa; no quería oírlo.

Jiménez sacó una bolsa de pruebas y me la acercó. Dentro había un objeto pequeño y oscuro.

—Rocío, ¿reconoces este objeto?

Miré dentro de la bolsa: era una pequeña argolla de plata con una cuenta de un color azul oscuro, casi negro, manchada de hollín. Lapislázuli.

El aire se me escapó de los pulmones: era mi pendiente, el que había perdido.

—Sí... —la palabra se me atascó—. Es... es mío. Javier me lo regaló en nuestro primer aniversario.

Laura apretó mi mano.

—Sargento, esto es increíble. ¿Cómo es posible?

Jiménez la ignoró y siguió mirándome a mí.

—¿Puedes recordar cuándo fue la última vez que lo viste? ¿Cuándo lo perdiste?

Mi mente se aferró a un recuerdo claro.

—Lo perdí en la finca, en los terrenos del proyecto, hace más de dos meses. Antes de todo. Se me debió de enganchar con algo; lo busqué por todas partes pero no lo encontré. Laura estaba conmigo, ella lo sabe.

Me giré hacia Laura buscando su confirmación.

—Sí, es verdad, sargento —dijo ella con firmeza—. Yo misma ayudé a Rocío a buscarlo. Es absolutamente imposible que ese

pendiente estuviera en el taller de Javier.

Jiménez escuchó con paciencia y volvió a mirarme.

—Rocío, la noche del incendio Javier te llamó. ¿Es posible que él lo encontrara en la finca y lo guardara para dártelo?

La teoría era tan retorcida y propia de la mente obsesiva que yo misma había descrito que por un instante me pareció plausible: Javier guardando mi pendiente perdido como una reliquia.

—No lo sé… Podría ser. Estaba tan raro últimamente…

—Es la única explicación lógica —sentenció Laura—. El pobre chico, en su delirio, lo llevaba consigo y se le cayó en el incendio.

Jiménez y la cabo intercambiaron una mirada rápida antes de que el sargento se inclinara hacia delante; su expresión ya no era amable.

—Señorita Reyes, su teoría es interesante, pero hay un problema muy grave.

Hizo una pausa y el silencio fue aterrador.

—El pendiente no solo estaba en la escena del crimen, Rocío. El equipo del laboratorio lo ha analizado y estaba impregnado de un acelerante. El mismo tipo de gasolina que se usó para provocar el incendio.

No. La palabra fue un grito silencioso en mi cabeza.

—Lo que significa que quienquiera que llevara ese pendiente estuvo en contacto directo con el acelerante. Significa que el pendiente no se perdió en la finca hace semanas, Rocío. Estaba allí, en el taller, en el momento del incendio. O justo antes.

Mi pendiente. En el taller. Impregnado de gasolina.

La lógica era un cuchillo que me atravesaba el cerebro, las piezas encajaban con una precisión monstruosa: mi ruptura, mi inestabilidad y ahora una prueba física irrefutable que me ataba al fuego y al asesinato. Alguien me estaba haciendo esto; alguien había cogido mi pendiente, lo había guardado, lo había impregnado de gasolina y lo había plantado en las cenizas.

Era un plan diabólico diseñado para destruirme.

El pánico me ahogó y empecé a temblar de forma incontrolable, mirando a Laura con los ojos desorbitados buscando una salida. Por primera vez, su rostro no reflejaba calma, sino un horror y una furia que parecían un espejo de los míos.

—¡Basta! —gritó poniéndose de pie de un salto, con una voz que fue un latigazo—. ¿No ven lo que le están haciendo? ¡Están acosando a una víctima!

Se interpuso entre ellos y yo como una leona.

—¿De qué la están acusando? ¿De matar a Javier? ¿A Rocío? ¡Mírenla! ¿Les parece una asesina? ¡Esto es un disparate! ¡Alguien le ha tendido una trampa! ¡Alguien ha robado su pendiente y lo ha plantado allí para incriminarla!

—Señorita Reyes, cálmese...

—¡No me calmo! ¡Fuera de aquí! ¡Los dos! ¡Fuera de mi casa ahora mismo! ¡No volverán a hablar con ella si no es en presencia de mi abogado!

Su furia era tan imponente que Jiménez y la cabo se levantaron, pero antes de irse, el sargento se detuvo en la puerta.

—Solo una cosa más, Rocío. Como parte del procedimiento vamos a inspeccionar los vehículos registrados a su nombre, incluida

la furgoneta que tiene aparcada en la calle. Hemos solicitado la orden al Juez. Es solo rutina.

Se fueron dejando la amenaza final flotando en el aire.

Laura cerró la puerta de un portazo y se derrumbó a mi lado en el sofá abrazándome con una fuerza desesperada; las dos temblábamos.

—Oh, Dios mío, Rocío... Alguien quiere destruirte. Alguien nos está haciendo esto.

La abracé aferrándome a ella como si mi vida dependiera de ello, y dependía; en ese momento ella era lo único que se interponía entre yo y el abismo, el mundo exterior ya no era un lugar indiferente, sino activamente hostil. La sospecha ya no era una nube lejana, era un susurro claro y terrible en mi oído que decía mi nombre y me acusaba de asesinato.

20

TELÓN

LAURA

Rocío se derrumbó dejándose caer en el sofá mientras su cuerpo se convulsionaba por los sollozos. La abracé sintiendo su cuerpo tembloroso y frágil entre mis brazos, meciéndola como a una niña para dejar que el primer torrente de pánico se agotara,

aunque mi mente ya estaba en otro lugar porque la partida se había vuelto peligrosa. Mientras la consolaba mi móvil vibró con una llamada entrante de Marchena, así que me disculpé con un gesto y salí a la terraza.

—Dime —dije en voz baja.

—Laura, el sargento me acaba de llamar extraoficialmente. Han encontrado la garrafa en la furgoneta, tal y como esperábamos, y el juez ha firmado la orden. Van a ir a detenerla; es inminente, cuestión de dos o tres horas.

—Perfecto —respondí—. Escúchame con atención: ahora empieza el teatro. Justo dentro de dos horas vas a llamar al teléfono de la suite; pondré el altavoz y vas a sonar eufórico. ¿Me oyes? Eufórico. El técnico del ayuntamiento se ha derrumbado, ha confesado que «Costa Trafalgar» lo planeó todo y que tenemos pruebas. Has ganado, has salvado a mi pobre e inocente amiga. ¿Lo tienes?

—Lo tengo, Laura.

—Bien. Sé convincente.

Colgué y volví a entrar para encontrar a Rocío aún llorando, ajena a la soga que se tensaba alrededor de su cuello. La miré pensando que podría dejar que se la llevaran así, rota y desesperada, pero eso sería un final demasiado simple; mi obra de arte merecía un clímax, no un simple arresto. Necesitaba levantarla hasta el cielo solo para que la caída fuera absoluta; tenía que ejecutar mi movimiento final y destruirla antes de que pudieran detenerla.

—Shhh, tranquila —le susurré al oído con la voz más suave y firme que pude—. Escúchame, Rocío. Esto no se ha acabado. ¿Me oyes? Alguien te ha tendido una trampa, ¿recuerdas? Y quien tiende una trampa tan elaborada siempre comete un error. Siempre. Solo tenemos que encontrarlo.

Se apartó un poco con la cara bañada en lágrimas y una expresión de total desesperanza.

—¿Qué error, Laura? No hay ninguno. Tienen mi pendiente. ¿Qué más necesitan?

—Necesitan que la historia tenga sentido —dije mirándola fijamente, obligándola a concentrarse en mí y no en su pánico—. Y no lo tiene. Piensa, Rocío: ¿quién se beneficia de todo esto? ¿Quién quería hundirte desde el principio?

Ella negó con la cabeza, perdida.

—No lo sé…

—Sí que lo sabes —insistí con una calma calculada—. «Costa Trafalgar». Han intentado sabotearnos desde el primer día porque querían los terrenos y hundir «La Pausa». ¿Y si esto es su último movimiento? ¿El más sucio de todos?

Vi una diminuta chispa de interés en sus ojos anegados, una mínima distracción de su propio terror; era el anzuelo y ahora solo tenía que tirar del sedal. Me levanté y empecé a pasear por la habitación fingiendo concentración, como si estuviera conectando piezas en mi cabeza.

—Espera un momento… Mi abogado. La semana pasada me comentó algo que en su momento me pareció irrelevante: un rumor

sobre un técnico del ayuntamiento que estaba recibiendo dinero de la constructora de «Costa Trafalgar».

Me llevé una mano a la boca representando un descubrimiento sobrecogedor, mientras Rocío me miraba con la boca entreabierta y sus sollozos en suspenso.

—No puede ser... —murmuré—. Rocío, ¿y si ellos te robaron el pendiente en la finca? ¿Y si ellos lo planearon?

—Pero... ¿cómo vamos a demostrarlo? —susurró, y en su voz, por primera vez, la desesperación había sido reemplazada por una pregunta.

Era el momento de ejecutar la fase final, la aniquilación.

—Voy a llamar a Marchena ahora mismo —anuncié cogiendo mi móvil con una urgencia fingida—. Tengo que contarle esta sospecha, quizás él pueda tirar de ese hilo.

Salí de nuevo a la terraza cerrando la puerta de cristal y, tras fingir una conversación tensa, volví a entrar con el rostro serio.

—He hablado con él y le parece una línea de investigación muy sólida. Dice que va a mover sus hilos, a presionar a su contacto, y me ha pedido que le demos un par de horas.

Las siguientes dos horas fueron un ejercicio de control exquisito por mi parte, observando cómo Rocío se consumía en el sofá, hecha un ovillo y pasando de la esperanza febril al borde del pánico una y otra vez mientras el reloj corría hacia su detención real; yo, mientras tanto, trabajaba en mi portátil con una calma imperturbable.

Justo cuando la hora límite se acercaba el teléfono sonó, haciendo que las dos diéramos un respingo. Contesté poniendo el altavoz.

—¿Marchena?

—Laura. Sí, soy yo. Escucha con atención. —La voz del abogado sonó nítida, cargada de una euforia contenida—. Lo tenemos. Hemos reventado el caso. Mi contacto ha funcionado mejor de lo que esperaba y han puesto contra las cuerdas al técnico de urbanismo, el tipo del que sospechábamos. Al principio negaba todo, pero cuando le han enseñado que sabíamos de los pagos que recibía se ha venido abajo como un castillo de naipes. Ha cantado, Laura.

Rocío escuchaba paralizada.

—Ha confesado hasta el último detalle: cómo le pagaron la gente de «Costa Trafalgar», cómo le dieron instrucciones para robar el pendiente de la finca y cómo lo plantó todo para incriminar a Rocío. Y lo mejor de todo: tenemos la confesión grabada. Es una prueba irrefutable; esto no es solo un escándalo, es el fin de «Costa Trafalgar». Y para vosotras... he hablado ya con la fiscalía. Van a retirar todos los cargos contra Rocío de forma inmediata. Está limpia. Completamente limpia.

Colgué y la miré. Su boca se abrió sin emitir sonido, con la incredulidad luchando en su rostro con una esperanza que ahora, por fin, tenía un motivo para existir.

—¿De verdad? ¿Es eso... posible? —susurró.

—¡Completamente! —exclamé poniéndome de pie con un gesto triunfal—. ¡El escándalo va a estallar en los próximos días! ¡Su proyecto está muerto y enterrado, y «La Pausa» tiene el camino completamente despejado! ¡Lo hemos conseguido, mi niña! ¡Después de toda esta pesadilla, hemos ganado!

La abracé con un abrazo victorioso y ella se aferró a mí; por primera vez en meses sentí que su cuerpo no era el de una muñeca de

trapo, sino el de alguien que volvía a la vida riendo y llorando al mismo tiempo en una reacción catártica.

—¡No me lo puedo creer... no me lo puedo creer...! —repetía con la cara hundida en mi hombro.

—Pues créetelo —dije apartándola para mirarla a los ojos, que brillaban con lágrimas de alegría—. Y esto hay que celebrarlo. No aquí dentro, no en esta jaula. Tenemos que salir.

Se miró, todavía con la ropa cómoda de la suite, como si acabara de recordar que el mundo exterior existía.

—Pero... ¿qué me pongo? No tengo nada...

Le puse un dedo en los labios para silenciarla.

—Para una ocasión como esta necesitas algo especial, algo que simbolice la victoria, nuestro nuevo comienzo. Espera aquí.

Fui a mi armario y saqué la funda de un vestido: el vestido azul. El mismo que llevaba el día que nos conocimos en la plaza, de un color tan intenso como el cielo de poniente y una tela ligera que parecía flotar. Se lo mostré.

—Póntelo —dije con una voz cargada de un significado que solo yo entendía—. Quiero que lo lleves tú. Hoy, la chica de azul eres tú.

Sus ojos se abrieron con una devoción casi religiosa, aceptar el vestido no era solo ponerse una prenda; era aceptar el manto de la mujer que admiraba, la culminación de su transformación y el honor más grande que podía concebir.

Asintió sin palabras cogiendo la prenda como si fuera una reliquia sagrada.

—Ahora vístete —dije con una sonrisa enorme y radiante—. Nos vamos a un lugar especial, un lugar con fuerza. Nos vamos a ver la última puesta de sol del invierno desde el Faro.

21

ABISMO

ROCÍO

La felicidad era un sabor que casi había olvidado, y ahora me embriagaba con la potencia de un licor prohibido; sabía a sal, a sol de invierno y a una victoria tan rotunda que parecía haber reescrito el pasado. Sentada en el murete de piedra del faro, con el calor del cuerpo de Laura anclándome a la realidad y el espectáculo del universo incendiándose frente a mí, sentí que la vida, una vida de verdad, volvía a circular por mis venas. El aire fresco y limpio del Atlántico llenaba mis pulmones barriendo los últimos vestigios de la niebla gris que había habitado en ellos durante semanas.

—No puedo creer que estemos aquí, que todo haya terminado —dije con una voz que sonaba extraña, más clara, como recuperada de un pozo profundo—. Es el día más feliz de mi vida desde... desde hace tanto tiempo que ya ni lo recuerdo.

Apoyé la cabeza en el hombro de Laura, un gesto que se había convertido en mi refugio, y aunque ella no respondió de inmediato,

su silencio no me extrañó; a menudo compartíamos silencios cómodos. Dejé que el momento me envolviera mientras el sol, una esfera de un rojo incandescente, se hundía en el mar con una lentitud majestuosa y las olas rompían en la orilla con un murmullo suave. Por primera vez desde la muerte de Javier el mundo no me parecía un lugar hostil, sino un escenario de belleza abrumadora puesto ahí solo para celebrar mi renacimiento. Nuestro renacimiento.

—Gracias, Laura —susurré ahogada por la emoción—. Gracias por no rendirte, por creer en mí cuando ni yo misma lo hacía. Gracias por devolverme la vida.

—Te mereces exactamente lo que tienes, Rocío. —Su voz, aunque suave, tenía un matiz extraño, una resonancia que no supe identificar —. Todo esto te lo has ganado a pulso.

El último fragmento de sol desapareció tiñendo el cielo de un púrpura profundo salpicado de naranja y rosa, y justo en ese instante, como obedeciendo a una señal cósmica, la luz del faro a nuestra espalda cobró vida: un haz blanco y poderoso barrió la penumbra deslizándose sobre el mar para volver a barrer la tierra en un ciclo rítmico e hipnótico.

—El faro es curioso, ¿no crees? —dijo Laura con la vista perdida en el horizonte—. Una luz que avisa del peligro, pero que solo puedes ver cuando ya estás en completa oscuridad.

Fue entonces cuando sentí el cambio: el cuerpo de Laura, hasta ese momento una presencia cálida, se tensó. Fue sutil, casi imperceptible, pero fue como si la temperatura hubiera bajado de golpe. Aparté la cabeza para mirarla y vi su perfil recortado contra el último resplandor del crepúsculo; ya no sonreía, y su rostro, bajo la luz intermitente del faro, parecía tallado en mármol, una máscara de frialdad absoluta.

—¿Laura? ¿Pasa algo? —pregunté con voz frágil.

Ella giró la cabeza lentamente y me miró, pero en sus ojos ya no vi a mi amiga ni a mi salvadora, sino a una completa desconocida con una mirada tan vacía de emoción que un escalofrío de miedo primordial me recorrió la espalda.

—Sí, Rocío. Pasa algo. Pasa que la celebración se ha terminado.

Me quedé sin habla, pensando que debía ser una broma.

—¿Qué… qué quieres decir?

Se levantó del muro y se plantó frente a mí con su silueta alta y oscura recortada contra el cielo morado, pareciendo un juez, mientras el vestido azul que yo llevaba —su vestido— ondeaba suavemente como una burla cruel.

—Quiero decir que eres increíblemente fácil de engañar. —Hizo una pausa deliberada saboreando mi confusión—. ¿De verdad te has creído la historia de los abogados, del técnico corrupto, de la gran victoria?

—Laura, no entiendo…

—¿De verdad eres tan ingenua? —repitió, y cada palabra era una piedra—. ¿O es que necesitabas tanto creer en algo que estabas dispuesta a tragarte el cuento más infantil?

Me levanté con el corazón latiendo con fuerza dolorosa.

—No entiendo de qué me hablas, Laura. Me estás asustando.

—¿Te estoy asustando? —Soltó una risa corta y sin alegría—. Bien. Ya era hora. Llevas meses viviendo en una nube, en un cuento de hadas que yo he escrito para ti. Es hora de que despiertes.

Retrocedí instintivamente hasta chocar contra la pared fría del faro.

—¿Qué quieres decir con que tú has escrito…?

—No ha habido ninguna victoria, Rocío; no hay ningún escándalo ni ningún técnico arrepentido. La única razón por la que estás aquí, en este lugar tan poético, es porque la Guardia Civil va a venir a detenerte.

—¿Detenerme? ¿Por qué? ¡Tú dijiste que los abogados…!

—¡Los abogados solo estaban para hacer ruido! —Su voz se elevó cortante como un cuchillo—. ¡Para darte una falsa sensación de seguridad y mantenerme informada mientras tú vivías en tu burbuja!

—No… no puede ser…

—Y la investigación ha concluido: tienen tu pendiente impregnado de gasolina y la garrafa de tu furgoneta. El juez ha firmado la orden de arresto y hoy mismo, en cuanto te lleven de aquí, serás oficialmente una asesina a los ojos del mundo.

Asesina. La palabra me golpeó dejándome sin aire.

—¡Eso es mentira! ¡Tú sabes que yo no fui! ¡Tú misma dijiste que alguien me había tendido una trampa!

—Claro que lo sé. —La luz del faro iluminó un brillo cruel en sus ojos—. Porque la persona que te tendió la trampa… fui yo.

El mundo se inclinó y me agarré a la pared para no caer mientras el sonido de las olas se desvanecía reemplazado por un zumbido agudo.

—No… no puede ser… ¿Por qué? ¿Por qué me harías algo así? ¡Somos amigas! ¡Tú me salvaste!

—¿Amigas? —Repitió la palabra como un insulto—. ¿Salvarte? Oh, Rocío. Qué poco has entendido.

Su mano se movió rápida agarrándome la barbilla con dedos de acero, obligándome a mirarla.

—Yo no he venido a salvarte, he venido a cobrar una deuda.

—¿Una deuda? ¡Yo no te debo nada!

—Tú no, pero tu familia sí. Tu hermano, para ser exactos.

—¿Mi hermano? ¿Mateo? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

Y entonces vi algo en sus ojos que me heló el alma: un odio antiguo y puro.

—El nombre era lo único real en esa historia que te conté. —Me soltó con un empujón—. Mi hermano se llamaba Daniel Reyes, pero no era el personaje de mi cuento. La verdad es que murió hace diez años destrozado dentro de un amasijo de hierros en la carretera de El Palmar. Murió porque tu hermano, el perfecto Mateo Gil, decidió que la carretera era su circuito privado y conducía borracho como un loco bajo la lluvia.

Su voz se quebró revelando la herida.

—Él lo mató, Rocío. ¿Lo entiendes? Tu hermano mató al mío.

—Fue un accidente… —balbuceé.

—¡Fue un asesinato que el mundo decidió ignorar! ¡La versión oficial fue una farsa y la muerte de mi hermano fue reducida a una nota a pie de página! ¿Te parece justo?

—Laura, lo siento mucho, pero…

—Desde ese día he vivido para esto, para devolveros el favor: ojo por ojo, hermano por hermano. Pero como tu hermano se me escapó, mi plan tenía que ser más elegante: la venganza tenía que ser contra ti, la hermana. Se trataba de quitarte todo lo que amabas poco a poco: tu trabajo, tu pasión, el amor de tu vida y finalmente tu cordura.

Cada palabra era un clavo que me atravesaba.

—Javier… —susurré.

—Ah, Javier. El alfarero. —Su sonrisa se ensanchó obscena—. Fue un imprevisto, un peón que se rebeló y se acercó demasiado a la verdad, así que tuve que eliminarlo.

—Tú… tú lo mataste…

—Por supuesto que lo maté. Hice que lo mataran, orquesté la escena y planté tu pendiente en las cenizas para que tú pagaras por ello. ¿No es poético? El hombre al que amabas, asesinado, y tú acusada de su muerte.

Se tocó el colgante de oro.

—¿Recuerdas esto? *Dignitas et Resilientia*. Qué bonito sonaba, ¿verdad? Qué ingenua eres. D. R. no es por un lema, es por él: Daniel Reyes. Lo he llevado puesto cada día durante diez años como el amuleto de mi venganza, y tú… tú lo tocabas y hablabas de protección. La ironía es exquisita.

Me deslicé por la pared hasta quedar sentada en el suelo, con el cuerpo convertido en un saco vacío y la mente en un torbellino de imágenes que revelaban una mentira monstruosa. Levanté la vista hacia ella, una diosa oscura recortada contra la luz.

—Estás enferma —logré decir.

—No. Estoy en paz. He hecho justicia y ahora solo me queda el golpe de gracia, la última pieza de mi obra de arte.

Se arrodilló frente a mí y su voz se volvió un susurro íntimo.

—Sabes, Rocío, durante todo este tiempo ha habido algo en ti que me ha fascinado: tu capacidad para negar la realidad. Hablemos de Mateo, tu ancla. Te he oído tantas noches susurrándole tus penas al teléfono; ha sido… conmovedor. Y patético.

Un terror existencial empezó a trepar por mi espina dorsal.

—¿Nunca te has preguntado por qué nunca le has visitado en Fuerteventura? ¿Por qué nunca ha venido él a verte? ¿Por qué siempre es por teléfono? ¿Te lo imaginas tú? ¿Te imaginas el sol y el mar para que parezca real?

—¡Hablé con él esta mañana! —grité con la voz rota.

Laura sonrió con una tristeza perversa.

—No, cariño. No hablaste con él, porque es muy difícil hablar por teléfono con un muerto. Pasa que la historia que te has contado durante diez años es mentira: tu hermano, Mateo Gil, también murió esa noche en el hospital, unas horas después que el mío.

NO.

—¡Estás mintiendo! ¡Es mentira!

—No, Rocío. La única que ha estado viviendo una mentira eres tú. Hablas contigo misma, con un fantasma que tu mente fracturada

inventó hace diez años para soportar el dolor. Un mecanismo brillante, pero nada más que eso; un eco en una cabeza vacía.

—¡Mientes!

—¿Quieres comprobarlo? Llámale. Vamos, llama a tu hermano muerto.

La negación fue un muro, pero en un último acto de rebeldía mis manos buscaron el móvil. Era mi única prueba; si él contestaba, ella mentía. Marqué su número de memoria y me llevé el teléfono a la oreja aferrándome a la esperanza del primer tono.

Pero no hubo tono.

Solo hubo una voz de mujer, robótica y sin alma, que venía del centro mismo del infierno.

El número que ha marcado no existe.

La voz repitió el mensaje y luego, el silencio. Un silencio absoluto y definitivo, el de una línea muerta.

El teléfono se me resbaló de la mano y cayó sobre la arena sin hacer ruido. El santuario interior, la habitación donde hablaba con mi hermano, se desvaneció; el eco se había apagado y el fantasma había muerto por segunda vez.

En ese instante el universo se rompió: la pared del faro dejó de ser sólida, la luz se convirtió en un cuchillo y el mar en un rugido ensordecedor que anunciaba el fin del mundo. Mi identidad, mis recuerdos y mi dolor se desintegraron convirtiéndose en polvo, y ya no era Rocío, no era nada; era solo un grito silencioso que lo llenaba todo.

A lo lejos, por encima del estruendo de mi mente haciéndose añicos, empecé a escuchar otro sonido que se acercaba: una sirena, un reflejo azul que venía a buscar a la asesina que ya no sabía ni su propio nombre.

Eso fue lo último que escuché.

22

JAQUE

LAURA

El grito de Rocío no tuvo sonido, fue un evento sísmico interior, una implosión del alma que vi en sus ojos; en el instante en que la verdad sobre Mateo —la verdad definitiva, mi golpe de gracia— perforó su última capa de negación, la luz que habitaba en ellos se extinguió, apagándose como una vela en una corriente de aire. Su cuerpo, que segundos antes se había tensado en un último acto de rebeldía, se aflojó desplomándose contra la pared del faro no como una persona que se desmaya, sino como un traje vacío del que el cuerpo se ha evaporado, con los ojos abiertos fijos en el horizonte que ya no veía, convertidos en dos pozos oscuros y vacíos.

Las sirenas se acercaban, el lamento azul que yo misma había invocado marcando el telón que bajaba sobre mi obra maestra. Era el momento de cambiar de máscara.

La Laura fría y vengativa, la diosa de la retribución que acababa de aniquilar un universo, se disolvió para dar paso, con la rapidez de una actriz consumada, a la otra Laura: la amiga devastada, la testigo

horrorizada. Dejé que un temblor recorriera mi cuerpo abrazándome a mí misma como si intentara contener una fractura interna, y mis ojos se llenaron de lágrimas calientes y reales que mi cuerpo podía producir bajo demanda. El arte de la interpretación no reside en fingir la emoción, sino en evocarla, así que pensé en la injusticia, en la estupidez del mundo y en la fragilidad de la mente humana, dejando que las lágrimas brotaran sinceras en su falsedad.

Me arrodillé junto al cuerpo inerte de Rocío.

—¡Rocío! ¡Rocío, por favor, mírame! —grité con la voz rota por una perfección exquisita—. ¡Contéstame, por favor!

Agité suavemente sus hombros pero su cabeza se movió inerte, como la de una muñeca de trapo, y su mirada vacía no parpadeó; estaba allí, pero se había ido completamente. Mi victoria era más absoluta de lo que jamás había soñado.

El primer coche de la Guardia Civil llegó derrapando y dos agentes salieron con las linternas barriendo la oscuridad: la joven que había acompañado a Jiménez y un hombre mayor con cara de pocos amigos.

—¡Alto! ¡Guardia Civil! —gritó el más joven deslumbrándome.

—¡Ayúdenme! ¡Por favor, ayúdenme! —sollocé protegiéndome la cara de la luz—. ¡Es mi amiga! ¡No sé qué le pasa! ¡Se ha vuelto loca!

Se acercaron con cautela, como si se aproximaran a un animal herido, viendo a Rocío en el suelo, inerte, y mi rostro bañado en lágrimas con mi cuerpo temblando; la escena era un cuadro perfecto de tragedia y caos. Un segundo coche llegó y de él bajó el sargento Jiménez con el rostro convertido en una máscara de preocupación.

—¡Laura! ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí? —dijo corriendo hacia nosotras.

—¡Sargento! —grité aferrándome a su brazo como si fuera mi única ancla—. ¡Ha sido horrible! ¡Horrible!

—Tranquila, tranquila, ya estamos aquí. ¿Qué ha ocurrido?

—Vinimos a celebrar… —empecé entre sollozos, construyendo la narrativa pieza por pieza—. Le dije que los abogados habían ganado, que el proyecto seguía adelante… Quería darle una alegría, sacarla de la suite… Pensé que ver el mar, la puesta de sol…

—¿Y qué pasó?

—Estábamos aquí sentadas viendo el mar y de repente empezó a temblar, sus ojos se quedaron en blanco y empezó a gritar cosas terribles, sargento; cosas que no tenían sentido.

Me detuve como si el recuerdo fuera demasiado doloroso y Jiménez esperó, paciente.

—¿Qué tipo de cosas, Laura? Es importante que lo recuerdes.

Respiré hondo como si reuniera fuerzas.

—Empezó a hablar de Javier, decía que la estaba llamando, que oía su voz en las olas. Y entonces… entonces lo confesó todo.

—¿Confesó el qué?

—Dijo que lo había matado ella —susurré, y la mentira salió de mis labios con la fluidez de la más pura verdad—. Dijo que no podía soportar que la hubiera dejado, que si no podía ser suyo no sería de nadie, que el fuego lo purificaba todo. ¡Hablaba del fuego, sargento!

Los agentes se miraron entre sí y vi en sus rostros la confirmación: la pieza que les faltaba acababa de encajar.

—Después… después empezó a hablar de su hermano, de Mateo —continuó mi actuación—. Decía que él también estaba aquí, que le

decía que había hecho bien. ¡Hablaba con su hermano muerto como si estuviera a mi lado! Y entonces... se quedó así, se apagó, como si alguien hubiera desconectado su alma.

Jiménez se arrodilló junto a Rocío y le pasó una linterna frente a los ojos, pero sus pupilas no reaccionaron. Se giró hacia la cabo más joven, quien le recordó en voz baja que la orden era de detención.

—Lo sé, cabo, lo sé. Pero mírela, en este estado es inviable llevarla a los calabozos. —Se puso en pie con voz firme—. Activen el protocolo, notifiquen al juez de guardia que la detenida requiere evaluación psiquiátrica urgente y llamen a una ambulancia para su traslado al hospital de Puerto Real. Va custodiada. Necesito ese informe sobre mi mesa a primera hora.

Me sentí como una dramaturga viendo cómo los actores recitan sus líneas a la perfección, la narrativa de la locura estaba cimentada: ya no era una sospechosa de asesinato, era una asesina enferma mental, una pobre loca.

Dos sanitarios llegaron con la ambulancia e intentaron hablar con Rocío, pero ella no reaccionaba; era un cuerpo presente y una mente ausente, así que tuvieron que levantarla entre dos. Mientras se la llevaban me acerqué fingiendo una última oleada de desesperación.

—¡Rocío! —grité—. ¡No me dejes!

Uno de los agentes me sujetó con amabilidad diciéndome que ya estaba en buenas manos, y vi cómo la metían en la ambulancia y las luces se alejaban llevándose el cuerpo vacío de mi enemiga hacia su nuevo hogar: el laberinto sin salida de la psiquiatría institucional.

Me quedé sola con el sargento Jiménez bajo la luz fría del faro, con el viento arreciando y el mar rugiendo con más fuerza.

—Laura, sé que es duro, pero necesito que vengas al cuartel. Tenemos que tomarte declaración oficial.

—Sí, por supuesto, sargento —dije secándome las lágrimas—. Haré lo que sea necesario. Solo quiero… solo quiero que ella se ponga bien.

—Has sido muy valiente —dijo poniendo una mano en mi hombro—. Has pasado por una prueba terrible: primero la muerte de Javier y ahora esto, descubrir que tu mejor amiga…

Dejó la frase en el aire.

—No era ella, sargento —dije con la voz rota—. La mujer que ha dicho esas cosas no era mi Rocío; mi Rocío era dulce, era buena. La pena, la culpa… la han vuelto loca.

Le miré con los ojos de una víctima, de una superviviente, y él me devolvió una mirada de pura compasión. Había ganado; la partida estaba terminada.

Mientras caminábamos hacia su coche mi mente ya estaba trabajando en el futuro, en el proyecto «La Pausa». Con Rocío incapacitada legalmente yo, como su socia, podría solicitar el control total de la empresa; su firma y su reputación seguirían ligadas al proyecto dándole esa pátina de credibilidad ecológica que yo necesitaba, pero yo tendría todo el poder para mover el dinero de Valcárcel sin preguntas. Rocío Gil, la bióloga loca y asesina confesa, sería la trágica nota a pie de página de mi mayor triunfo empresarial.

Me senté en el asiento trasero del coche patrulla apoyando la cabeza en el cristal y cerrando los ojos, fingiendo un agotamiento absoluto, pero por dentro sentía una calma profunda y un silencio perfecto; el silencio que sigue a una tormenta, el de un plan ejecutado a la perfección y una venganza que había tardado diez años en completarse.

El eco del fantasma de Mateo Gil había sido silenciado para siempre, y el de su hermana también. Solo quedaba mi silencio; un silencio victorioso, absoluto y eterno.

23

AUSENCIA

MANUEL

El viaje se había convertido en un ritual silencioso, una penitencia semanal que cumplíamos a bordo del viejo Seat Panda mientras la autovía cortaba la Janda, un paisaje que yo había amado y que ahora, con su verde intenso y el brillo del sol sobre las marismas, me parecía una burla; un decorado hermoso para una tragedia sucia.

A mi lado, Pepa miraba por la ventanilla con las manos entrelazadas, sumida en un silencio que se había vuelto denso porque las palabras se nos habían gastado. Ella se ahogaba en el dolor visible de una madre y yo me asfixiaba en el mío, el secreto del que conoce la verdad y no puede hacer nada, lo cual era una tortura mucho más refinada.

El centro psiquiátrico de Puerto Real no era un lugar lúgubre, sino un edificio moderno y luminoso que normalizaba el horror empaquetándolo en rutinas terapéuticas. Al aparcar, Pepa me pidió que cambiara la cara, que sonriera, y yo asentí poniéndome la máscara de padre sereno, aunque aquello fuera como pedirle a un amputado que bailara.

La encontramos en la sala de terapia ocupacional, de espaldas a la puerta, vistiendo un chándal gris dos tallas más grande y con el

pelo, antes una cascada de vida, apagado y sin estilo. Pepa se acercó con pasitos cortos para no romper el hechizo y le habló con dulzura, pero Rocío no parpadeó; siguió mirando el papel donde trazaba manchas azules y negras, un borrón de desesperación.

Nos sentamos a su lado y, mientras Pepa desgranaba su monólogo semanal de noticias del pueblo intentando sonar alegre, yo observaba a mi hija, cuya tranquilidad antinatural no era paz, sino ausencia. Sus ojos eran ventanas cerradas a un paisaje devastado y solo el movimiento automático de su mano indicaba que todavía existía.

Mientras la miraba, la rabia y la impotencia me llevaron al recuerdo del último artículo de Esteban Roca, publicado hacía un mes con el titular «El Caso del Alfarero: Demasiados Silencios, Demasiadas Sombras». Fue un texto descafeinado que no mencionaba Gibraltar ni a Valcárcel, solo insinuaciones al aire antes de rendirse; después, su web se llenó de noticias insulsas confirmando que el mensaje había sido recibido. Roca, como yo, había elegido el silencio.

También recordé al abogado de oficio, un chico joven con buenas intenciones que nos explicó el sobreseimiento provisional de la causa: las pruebas circunstanciales eran fuertes, pero el estado mental de Rocío la declaraba inimputable. No se la podía juzgar porque no entendía la realidad, así que el proceso quedaba en suspenso; no había culpable, solo lo que la ley llamaba «una tragedia», que no era más que la obra maestra de Laura Reyes.

Cuando la hora de visita terminó y una enfermera se la llevó a la sala de descanso, Pepa la besó prometiendo volver, pero Rocío no reaccionó. El viaje de vuelta fue aún más silencioso, con el sol poniéndose sobre el mismo cielo que vio la tragedia del faro y Pepa llorando a mi lado, aferrada a una esperanza que yo no tenía.

—Se pondrá bien, Manuel —dijo—. Es una señal.

Yo no dije nada, solo apreté el volante sabiendo que su esperanza y mi certeza eran lo mismo: los restos inútiles de un naufragio. Al llegar a Vejer de noche, con las luces del pueblo pareciendo estrellas caídas, Pepa anunció que encendería una vela a la Virgen.

Asentí. Velas, rezos, esperanza; era todo lo que le quedaba a ella. A mí solo me quedaba la certeza de que el mal, a veces, simplemente gana, y que a los que quedamos atrás solo nos queda aprender a vivir con el silencio y la ceniza.

24

DOMINIO

LAURA

El verano había llegado a la costa de Cádiz con la autoridad de un monarca que regresa a sus dominios y el aire de la mañana en la terraza de «La Pausa de Vejer» era una sinfonía perfecta, compuesta con una precisión que ni el más meticuloso de los directores de orquesta podría soñar. La base era un silencio profundo que solo el dinero y el aislamiento pueden comprar, sobre el cual se tejían las notas sutiles: el zumbido de una abeja solitaria explorando una flor de lavanda, el susurro del viento de poniente meciendo los olivos centenarios y, a lo lejos, el murmullo rítmico del océano.

Sostuve la taza de porcelana entre mis manos inhalando el aroma a chocolate y cítricos del café mientras a mi alrededor mi creación se desperezaba. Acabábamos de inaugurar y era un éxito rotundo; las quince suites estaban reservadas con meses de antelación y las revistas elogiaban su «diálogo respetuoso con el entorno», su «lujo sostenible» y su «alma».

El alma; qué concepto tan maleable.

El alma de «La Pausa» se había construido sobre los cimientos de una mente rota, regado con las lágrimas de una familia destrozada y abonado con las cenizas de un alfarero; y sin embargo, el resultado era innegablemente hermoso. Los edificios blancos se integraban en la ladera como si siempre hubieran estado allí, los caminos de pizarra serpenteaban entre macizos de romero y la piscina reflejaba el cielo sin una sola arruga: un triunfo de mi visión.

Sobre la mesa de teca, junto al café, descansaba la prensa del día y los informes de ocupación del primer trimestre. Me gustaba el papel; había algo definitivo en la tinta impresa que las pantallas no podían replicar.

Me llevé el índice a la boca, humedeciendo la yema con un gesto automático, y pasé la página del Diario de Cádiz. Busqué la sección local con calma, saboreando el momento. Y allí estaba, relegado ya a las páginas interiores: «El caso de Rocío Gil, cerrado definitivamente».

Incapacidad mental permanente, tutela institucional indefinida, síndrome catatónico profundo. Eran términos clínicos y fríos, pero para mí sonaban como la más bella de las poesías, confirmando que mi obra de arte estaba completa y era irreversible.

Pensé en ella, imaginándola en su habitación blanca con la mirada perdida, despojada no solo de su presente y futuro, sino también de su refugio en el pasado al borrar el fantasma de Mateo. No sentía pena, la pena es una emoción desordenada e inútil; sentía una profunda satisfacción, como un escultor que contempla su obra terminada. Había cogido el material en bruto de una vida mediocre y la había esculpido y vaciado hasta convertirla en un monumento a mi voluntad, un monumento al silencio.

Mi mirada se desvió hacia el paisaje, hacia la finca que ahora era un tapiz de verdes y púrpuras diseñado con sus planos y sus ideas; la ironía final de vivir en el paraíso que ella había soñado, construido sobre su infierno personal. A veces los huéspedes me felicitaban por el alma del jardín y yo siempre sonreía respondiendo que estaba hecho con muchísimo amor.

El recuerdo de Javier Espinosa era apenas un eco, un peón retirado del tablero cuyo taller reconstruido vendía cerámica de lujo y por donde la gente pasaba sin recordar que allí murió un chico bueno por amor; mi narrativa de la tragedia pasional había triunfado por ser más simple y satisfactoria. Y luego estaba Manuel, el padre que se había atrevido a dudar y cuya impotencia era una victoria aún más dulce que la destrucción de Rocío, vivía cada día con el veneno de la verdad en las venas sin poder hacer nada, condenado a una tortura silenciosa.

¿Sentía catarsis o felicidad? No. Sentía orden y equilibrio. Durante diez años el universo había estado en desequilibrio —una vida por una vida, una deuda pendiente— y yo no había hecho más que restaurar la contabilidad cósmica saldando la cuenta. El resultado no era la alegría, sino la paz; una paz psicopática, fría, lúcida y absoluta, la del depredador que descansa al sol con el estómago lleno y el territorio asegurado.

Un camarero joven se acercó para transmitirme la enhorabuena de unos huéspedes japoneses y yo le sonreí con mi sonrisa de anfitriona perfecta antes de beber el último sorbo de café, que ya estaba tibio. Me recliné en la silla cerrando los ojos y dejé que el sol me bañara el rostro sabiendo que todo estaba en su sitio: cada pieza en su casilla, cada cabo atado, cada voz silenciada. Solo quedaba la pausa.

Pero la paz, para ser duradera, requiere un mantenimiento constante, y mi obra de arte necesitaba cuidados. Por eso cada domingo por la tarde cumplía con mi propio ritual: cambiaba mis vestidos de lino por ropa discreta y conducía hasta el psiquiátrico de Puerto Real, presentándome ante el personal como el ejemplo de lealtad, la amiga devota que no abandonaba a la pobre loca.

Entraba en su habitación blanca y ordenada donde Rocío permanecía en la butaca, con las manos quietas y la mirada suspendida más allá de los jardines, y me sentaba frente a ella sin hablar porque no hacía falta. No visitaba a una persona, supervisaba la permanencia de mi obra, sabiendo que la calma exige un mantenimiento preciso. Esa hora de quietud compartida era mi garantía de que su estado se mantenía estable, inalterado; mi presencia la serenaba o tal vez era la rutina que yo imponía, el ancla que la mantenía en su sitio. Una paz que, como yo bien sabía, se puede dosificar para que perdure, y cuyo resultado era siempre el mismo.

El silencio.

25

ARCHIVO

SARGENTO JIMÉNEZ

En un pueblo uno se acostumbra a que no pase nada, por eso, cuando algo ocurre, el ruido es doble. El homicidio de Javier Espinosa nos estalló en la cara como una tormenta de verano que lo arrasa todo.

Al principio fue el caos: la familia rota, los vecinos cuchicheando y los periodistas buscando carnaza. En mi trabajo aprendes a ignorar el ruido para quedarte con el atestado, con los informes, con los hechos. Buscamos un relato que encaje y el expediente del alfarero, al final, tuvo su orden; una historia que se sostenía.

Teníamos la orden del juez para detener a Rocío Gil porque las pruebas eran sólidas. La Científica lo confirmó: el fuego en el taller de Javier fue provocado. Además, un perito de la aseguradora, mientras valoraba los daños, encontró un pendiente entre las cenizas; un zarcillo de plata con una piedra azul que Rocío reconoció como suyo.

La puntilla vino del laboratorio, el pendiente estaba impregnado del mismo acelerante que encontramos en una garrafa casi vacía en la furgoneta de ella. Blanco y en botella. Si sumas eso a los testimonios de una ruptura tormentosa, tienes el caso cerrado: un crimen pasional.

El problema llegó en la detención, cuando la historia se torció. El aviso nos llevó al faro de Roche en una noche cerrada, con el mar rugiendo abajo y un viento que cortaba. Esperábamos una asesina acorralada, quizá violenta, pero lo que encontramos fue otra cosa.

Bajo la luz intermitente del faro estaba Rocío Gil, sentada en el suelo, inmóvil, con la ropa empapada y la mirada perdida. No era miedo ni desafío, era ausencia total. A su lado, arrodillada, estaba su socia, Laura Reyes, que lloraba, pero se mantenía entera. Fue ella, la testigo principal, quien nos dio la última pieza.

Con una calma admirable, nos contó lo que acababa de ocurrir: dijo que Rocío, en pleno brote psicótico, le confesó el crimen; que mató a Javier porque no soportaba la ruptura. Y lo peor: que hablaba con su hermano muerto, Mateo, quien le hablaba por teléfono diciéndole que había hecho bien.

Una confesión así no valdría en un juicio, pero confirmaba los rumores del pueblo. La tragedia de los Gil venía de diez años atrás, cuando perdieron al hijo, Mateo, en un accidente de tráfico. Todo el mundo sabía que Rocío nunca lo superó, que se quedó anclada en esa pérdida y a veces hablaba sola; una grieta en el alma que nadie vio a tiempo.

Con esa confesión, el historial familiar y las pruebas físicas, el informe psiquiátrico forense fue una formalidad y el resultado fue demoledor: incapacidad mental permanente.

En nuestra jerga: inimputable. El Código Penal es claro, si no comprendes lo que haces, si no distingues el bien del mal, estás

exento de responsabilidad criminal y no vas a la cárcel.

Por eso, el juez dictó sentencia y aplicó una medida de seguridad: internamiento en un centro psiquiátrico. La ley dice que la medida no puede superar la pena que le habría caído, pero con un diagnóstico "permanente", eso significa tutela indefinida. Para nosotros, caso cerrado.

A veces pienso en ello, en la tragedia de los Gil, una buena familia destrozada. Y pienso en la señorita Reyes, admirable, que fue una roca durante todo el proceso y me consta que sigue ayudando, pagando los gastos extra de Rocío en el centro y una ayuda mensual a los padres. Poca gente queda así.

Mi trabajo es sencillo: reunir hechos, atar cabos y presentar una historia coherente. El expediente 183/2025 tuvo su orden: una historia trágica de celos y locura. Una verdad amarga, sí, pero una verdad que se sostenía; y en este oficio, una historia que se sostiene es lo más parecido a la paz.

PARTE

2

26

VIGILIA Y PROMESA

MANUEL

Un año después.

El insomnio se había convertido en el único reloj fiable de la casa. Me levantaba mucho antes de que cantara el primer gallo, vistiéndome a oscuras con cuidado de no hacer ruido, aunque sentía que Pepa, al otro lado de la cama, tampoco dormía. Ella permanecía inmóvil, conteniendo la respiración, cada uno en su lado del silencio. Las palabras se nos habían gastado hacía mucho.

Mis pies conocían el camino de memoria: las callejuelas empedradas, la subida hacia la parte alta y el rodeo por la muralla hasta el mirador. Desde allí, el aire olía a campo. Caminaba deprisa,

con las manos hundidas en los bolsillos del chándal, buscando cansar al cuerpo hasta que la cabeza no tuviera fuerzas para pensar.

Pero Vejer es un pueblo hecho de trampas y recuerdos. Al pasar por la vieja carpintería de Paco, veía a través del cristal sucio el banco de trabajo vacío y el recuerdo me asaltaba: Mateo, con quince años, discutiendo sobre maderas para su estantería de trofeos de surf. Apreté el paso, tragando saliva, huyendo de los fantasmas hacia la plaza.

—¡Manuel! ¡Hombre de Dios, para un poco!

Era Bartolo, el del ultramarinos, barriendo la entrada al amanecer.

—Tienes cara de venir de un entierro, Manolo. ¿Otra vez dándole a la zapatilla?

Se apoyó en la escoba y bajó la voz, con esa curiosidad de pueblo que es mitad cariño y mitad veneno.

—Me ha dicho mi mujer que la niña sigue igual, ¿no? La gente no para de darle a la lengua… que si estaba celosa, que si el chaval andaba en líos. Yo les digo que tu Rocío no tiene maldad. Pero ya sabes: sota, caballo y rey. La historia fácil es la que vale.

—Se agradece, Bartolo.

—Aguanta, Manolo. La verdad es como el aceite, siempre acaba saliendo a flote.

Aguanta. Odiaba esa palabra. Llevaba más de un año aguantando y lo único que sentía era que nos hundíamos.

El domingo era el peor día. El día de la penitencia.

Metíamos nuestros huesos en el viejo Panda y conducía en silencio hasta el psiquiátrico de Puerto Real. Pepa iba rezando en voz baja, pasando las cuentas de un rosario, mientras yo me concentraba en la carretera para no pensar en la cara que nos íbamos a encontrar. O mejor dicho, en la ausencia de cara.

Llevábamos meses sentándonos frente a una estatua. Su pelo estaba apagado y sus manos, esas manos hábiles de bióloga,

reposaban inertes sobre un chándal gris que le quedaba grande. Sus ojos eran ventanas cerradas.

Un día, el doctor Alonso nos citó en su despacho. Se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo; el gesto de las malas noticias.

—Pepa, Manuel, tienen que entenderlo. El estado de Rocío es estacionario. Llevamos más de un año aplicando todos los protocolos, pero no observamos respuesta a los estímulos. Es como si su mente hubiera levantado un muro impenetrable.

—¿No hay nada más que se pueda hacer? —preguntó Pepa.

—La mente humana es un mecanismo de defensa complejo. En casos de trauma severo como este, la catatonia deja de ser un estado transitorio para convertirse en un refugio estructural. No es una decisión consciente, Pepa; es un bloqueo neurobiológico. Estamos ante un cuadro de estancamiento clínico crónico donde los estímulos externos ya no logran penetrar la barrera que su cerebro ha levantado para protegerse.

Para siempre. La idea se quedó flotando en el despacho hasta que me levanté de golpe, haciendo chirriar la silla.

—Mi hija no ha decidido nada —dije, con la rabia que llevaba conteniendo meses—. A mi hija le han hecho algo. Y no voy a parar hasta que alguien me escuche.

Salí del despacho sin despedirme, dejando al doctor con su lástima profesional. Pepa me siguió en silencio.

El viaje de vuelta fue una tortura. Recordé los primeros días, cuando Laura Reyes se la llevó a su hotel, con promesas de cuidarla, levantando un muro entre nosotros y nuestra hija hasta que nos la devolvieron rota. «Confíen en mí», nos decía. Y nosotros, como tontos, confiamos.

Al llegar a casa, la desesperación se nos comía. Yo me quedé en el patio fumando un cigarro tras otro, mirando la tabla de surf de Mateo apoyada en la pared, acumulando polvo. Pepa daba vueltas por la cocina, limpiando cosas que ya estaban limpias, cambiando los botes de sitio. El sonido de su actividad frenética era el ruido de nuestra impotencia.

De repente, el ruido cesó.

Vi a Pepa coger su abrigo y salir a la calle sin decir palabra. No la detuve. Sabía adónde iba por la hora y por la dirección de sus pasos: a la ermita de la Oliva. Iba a hacer lo único que le quedaba, pactar con la Virgen, buscar un milagro donde la medicina había fallado.

Me quedé solo en el salón, con el silencio de la casa cayéndome encima. Miré el teléfono fijo. Miré la vieja agenda de anillas sobre la mesilla.

«Para siempre», había dicho el médico.

No. Me negaba. Si la ciencia de aquí se rendía y la justicia nos había dado la espalda, tendría que buscar en otro sitio.

Recordé entonces a mi primo Carlos, el de servicios sociales en Cádiz. Hacía tiempo me habló de una compañera de facultad, una psiquiatra de Madrid famosa por tratar casos imposibles. «La mejor de España», dijo.

Cuando Pepa volvió, una hora después, traía la cara lavada por el frío y una expresión que no le veía desde hacía mucho. No sé qué le había prometido a la Virgen, pero en sus ojos ya no había solo pena; había determinación. Había encendido una vela en la oscuridad y ahora me tocaba a mí mantenerla encendida.

Me vio de pie junto al teléfono, con la agenda abierta.

—¿Dónde estabas? —pregunté, aunque lo sabía.

—En la ermita. A pensar. —Se quitó el abrigo—. ¿Y tú?

—Voy a llamar a Carlos —dije—. Ahora mismo.

Pepa se quedó quieta en el umbral.

—¿A Carlos? ¿A estas horas?

—Sí. Me he acordado de esa amiga suya. La doctora de Madrid. Si aquí la dan por perdida, traeremos a alguien que no lo haga.

No esperó a que le explicara más. Asintió, y en ese gesto cómplice, el abismo que nos había separado durante el último año se cerró un poco.

Descolgué el auricular y marqué el número con dedos firmes. Escuché el tono de llamada al otro lado, sabiendo que estaba lanzando una botella al mar en medio de una tormenta.

—¿Dígame? —sonó la voz adormilada de Carlos.

—Carlos, soy Manuel. Perdona la hora.

Hubo un silencio al otro lado, el silencio de quien intuye una desgracia antes de que se la cuenten.

—¿Manuel? ¿Ha pasado algo con Rocío?

—Se nos va, Carlos. Se nos está yendo delante de los ojos y los médicos de aquí ya han tirado la toalla. Dicen que es para siempre.

Oí el crujido del colchón al otro lado, Carlos incorporándose.

—Joder… Lo siento mucho, primo.

—No quiero que lo sientas. Quiero que me ayudes. — Apreté el auricular—. Te acuerdas de aquella amiga tuya de la facultad… la psiquiatra de Madrid. La que decías que no se rendía nunca.

—Elisabeth. Sí. Pero Manuel, ella está en otra liga… tiene una lista de espera de…

—Me da igual la lista, Carlos. Me da igual el dinero. Vendo la casa si hace falta. Pero necesito que la llames. — Tragué saliva, y la frase que llevaba años atragantada salió por fin—. Ya enterré a un hijo, Carlos. Ya le llevo flores al cementerio. No voy a dejar que mi hija se muera en vida en una habitación de hospital mientras yo miro. No voy a perder a otro. No puedo.

Escuché la respiración pesada de mi primo al otro lado de la línea. Sabía que estaba visualizando a Mateo. Sabía que entendía que esto no era una petición, era un grito de auxilio.

—Está bien, Manuel —dijo, y su voz ya no tenía ni rastro de sueño, sino de gravedad—. Está bien. La llamaré mañana.

—Dile que venga. Por lo que más quiera.

—Lo haré. Te prometo que lo intentaré con todas mis fuerzas.

Al colgar, miré a Pepa.

—Dice que hablará con ella mañana. Que hará todo lo que pueda.

Nos quedamos en silencio en el salón, pero por primera vez en mucho tiempo, no era un silencio vacío. Era el silencio de la víspera de batalla. Una pequeña luz acababa de prenderse en mitad de nuestra noche y los dos, cada uno a su manera, habíamos decidido protegerla.

27

CHISPA

ROCÍO

Mi mundo entero era el techo de la habitación, liso y blanco, con esa grieta finísima en la esquina que, si la miraba el tiempo suficiente, se parecía a la costa de Portugal en un mapa. Como tenía todo el tiempo del mundo, mis días se convirtieron en una colección de techos: el de mi cuarto; el del pasillo, que pasaba borroso cuando me llevaban en la silla de ruedas; y el del comedor, con unas manchas que parecían caras.

Mi única tarea era buscar formas en las imperfecciones, mi cabeza era un espacio vacío y silencioso, lo cual estaba bien porque era seguro.

Los ruidos me llegaban como si estuviera sumergida en el fondo de una piscina; voces lejanas y metálicas que hablaban de mí como si fuera la mesita de noche.

—La tensión sigue estable. No hay fiebre.

—¿Comió algo?

—No. Lo de siempre.

Yo era eso, «lo de siempre», un bulto en una cama al que lavaban, vestían, sentaban en una silla y luego volvían a tumbar. Mis brazos y mis piernas no eran míos, sino que pertenecían a una marioneta pesada y torpe movida por unas manos que no conocía; manos anónimas, siempre frías por los guantes de látex. Yo no sentía nada, o más bien, es que no quería sentir.

Sentir era peligroso porque significaba recordar: el viento helado en la cara en la pasarela del faro, el estruendo del mar rompiendo justo debajo, su voz fría como el hielo haciéndolo todo pedazos y la luz de la sirena barriéndolo todo. No sentir, en cambio, era mi escondite; una forma de morirse un poquito cada día que resultaba mucho más fácil que seguir viviendo.

De vez en cuando dos caras se interponían entre mi vista y la costa de Portugal; rostros tristes con arrugas nuevas que yo no recordaba.

—Rochi. Hija, soy papá.

Tenía la voz rota, siempre. Se sentaba en la silla de plástico y me contaba cosas, como si sus palabras pudieran tejer una cuerda para sacarme del pozo: que si en el pueblo había llovido, que si el limonero del patio estaba a reventar. Sus palabras flotaban un momento a mi alrededor, sin significado, para luego disolverse mientras yo volvía a mi grieta en el techo, a Portugal.

A su lado venía a veces alguien más que casi no hacía ruido y olía a jabón de Marsella, mi madre. Ella apenas hablaba, sentándose en el borde de la cama para acariciarme el pelo mientras lloraba muy bajito, pensando que yo no me daba cuenta. Podía sentir el peso de su tristeza como una manta húmeda, pero era como si me hubieran envuelto en un plástico.

Pero una noche, en la negrura absoluta, algo se movió por dentro; no fue un pensamiento ni un recuerdo, sino un chispazo en mi cerebro apagado tras el cual apareció una frase, clara y afilada:

Si sigo así, ella gana.

No me vino ninguna imagen, ni su cara, ni su vestido azul, ni esa sonrisa perfecta; nada. Solo la verdad, así de simple y de brutal: ella gana. Y la idea de su victoria, de que al final se saliera con la suya, fue lo único capaz de cruzar la niebla.

No sentí rabia ni odio, sino algo más primario: el instinto de supervivencia que creía muerto, la negativa total a convertirme en su obra maestra, en la loca del pueblo, en la asesina catatónica que se pudrió en un psiquiátrico. Su trofeo. No, no iba a dejarla ganar.

A la mañana siguiente, cuando la enfermera de turno entró con la bandeja del desayuno, algo había cambiado en mí. Era una mujer grande con manos como palas, que hizo lo de siempre: me incorporó en la cama con una sacudida, me ahuecó la almohada en la espalda y me acercó una cuchara con una papilla gris.

—Venga, Rocío. Abre la boquita, que se enfría.

Pero mi boca no se abrió, clavé los ojos en la cuchara, en ese trozo de metal, sabiendo que tenía que cogerla; tenía que hacerlo yo.

La batalla empezó por dentro al juntar toda la fuerza que no sabía que tenía en la mano derecha, como si intentara arrancar un motor que llevaba más de un año oxidándose. «Muévete», le ordené, pero solo hubo silencio. «¡Que te muevas!», supliqué sin resultado, los músculos eran un amasijo de carne inútil. La frustración subía como una bilis amarga —¡Muévete, joder!—, pero la mano seguía allí, muerta sobre la sábana.

La enfermera resopló con el ruidito de la impaciencia.

—No estoy para juegos, Rocío. Abre la boca.

Volvió a acercarme la cuchara y entonces, justo cuando me iba a rendir, la vi a ella en mi cabeza; no su cara entera, sino solo esa sonrisa tranquila de superioridad que me dedicó en el faro tras destrozarme, esa mirada de falsa pena mientras me vaciaba por dentro.

La imagen fue un latigazo, una descarga de rabia tan pura que sentí un calambre en el brazo, provocando un espasmo en mi mano cuyos dedos, agarrotados, empezaron a moverse con una lentitud agónica.

La enfermera se quedó quieta con la cuchara en el aire y los ojos como platos.

—¿Rocío?

No la oía. Todo mi universo se había reducido a esa guerra minúscula de cerrar los dedos alrededor del mango de metal, un esfuerzo titánico donde notaba los tendones protestar y los músculos tensarse hasta el dolor, mientras un sudor frío me recorría la frente metiéndose en los ojos.

Y de repente… la agarré. Mis dedos se cerraron sobre el metal y el frío del contacto fue la primera sensación real que tenía en meses.

La enfermera soltó un gritito.

—¡Doctor Alonso! ¡Venga, rápido! ¡Venga!

Yo seguía en mi burbuja, enfrentándome a lo más difícil: levantarla. El brazo me pesaba una tonelada y cada centímetro que subía era una victoria, aunque el movimiento fuera torpe y con sacudidas.

Cuando por fin la cuchara llegó cerca de mi cara, me di cuenta de que no sabía dónde estaba mi boca, así que tuve que buscarla a tientas, chocando contra mi barbilla y luego contra mi nariz. La enfermera quiso ayudarme, pero la miré; fue la primera mirada de verdad en mucho tiempo, una que debió de decirle «Ni se te ocurra», porque se paró. Esto era mío.

La encontré: mis labios se abrieron y la cuchara entró. Sabía a rayos, a nada, a una pasta gris y pastosa, pero en ese momento fue el manjar más exquisito de mi vida. No sabía a comida, sino a un «jódete» silencioso; sabía a rabia y a que seguía viva.

Tragué y, con un esfuerzo que me dejó sin aliento, volví a bajar el brazo para llenar la cuchara otra vez y repetir todo el proceso.

Cuando el doctor Alonso entró por la puerta casi corriendo, yo iba por la tercera cucharada. Era un hombre de unos cuarenta y tantos, con barba cuidada y unos ojos que siempre me habían mirado con lástima, que se quedó parado en seco con la boca medio abierta.

—Es… es un milagro —le susurró a la enfermera, que asentía una y otra vez, antes de acercarse a la cama. No se sentó, sino que se arrodilló para que su cara estuviera a la altura de la mía.

—Rocío. ¿Puedes oírme? Soy el doctor Alonso. Lo que acabas de hacer es… extraordinario. Absolutamente extraordinario.

Yo le miré y, por primera vez, le vi; vi al hombre, no solo la voz lejana, vi su corbata perfectamente anudada. Pero él no me vio a mí, sino a su paciente estrella que volvía del abismo, el caso de éxito que iba a contar en el próximo congreso; él veía un milagro, un avance, una curación.

El esfuerzo me había dejado vacía, pero algo se había roto para siempre: en la puerta de mi escondite se había abierto una rendija por la que se había colado el frío aire de la venganza. El despertar, aunque silencioso, había comenzado.

28

MAREA

MANUEL

La esperanza, cuando ya la has dado por muerta, no suele volver con fanfarrias, sino que regresa sin hacer ruido para pillarte desprevenido.

Yo estaba en el patio peleándome con una persiana descolgada que llevaba meses amenazando con caerse, entreteniéndome en esas chapuzas para tener las manos ocupadas y no pensar, mientras Pepa se movía por la cocina y el único sonido era el tintineo de los cacharros en el lebrillo, la banda sonora de nuestra pena, bajo un sol de otoño que se colaba a duras penas entre las nubes.

Entonces sonó el teléfono.

El sonido rompió el silencio de la casa, haciendo que Pepa diera un respingo en la cocina mientras yo me quedaba tieso con la llave inglesa en la mano. A esas horas una llamada solo podía significar una cosa: malas noticias. Dejé la herramienta sobre el poyete de la ventana y entré en el salón con el corazón en un puño para coger el auricular con la mano sudada.

—¿Dígame?

—Hola Manuel, soy el doctor Alonso. Le llamo del centro.

Su voz sonaba extraña, sin el tono grave y compasivo de siempre, sino urgente, profesional. Al momento, Pepa se asomó a la puerta del salón, pálida y secándose las manos en el delantal, y yo le hice un gesto con la mano para que se tranquilizara, aunque yo era el primero que no lo estaba.

—Doctor, ¿ha pasado algo?

—Tenemos un cambio significativo, Manuel. Ha habido una evolución en el cuadro clínico.

La frase, dicha con esa contundencia médica, me golpeó con tanta fuerza que las piernas me empezaron a temblar y tuve que dejarme

caer en el brazo del sofá. Pepa corrió a mi lado y me agarró del brazo, clavándome las uñas sin darse cuenta.

—¿Qué evolución, doctor? Por el amor de Dios, hable claro.

—Rocío. Acaba de ocurrir, hace apenas media hora. Ha comido sola, ha cogido la cuchara por sí misma.

Las palabras del doctor eran claras, pero mi cerebro no conseguía procesarlas. ¿La cuchara? ¿Sola? Parecía una tontería, pero para la Rocío que llevábamos visitando cada domingo, era como si hubiera movido una montaña.

—¿Está usted seguro, doctor?

—Completamente. Ha recuperado el reflejo de prensión y la coordinación mano-boca. Ha comido sola. Es la primera respuesta motora voluntaria y consciente que observamos en meses. Esto indica una reactivación de las funciones ejecutivas que creíamos dormidas. Es un buen avance.

Colgué el teléfono y el auricular se quedó balanceándose mientras Pepa me miraba con los ojos desorbitados, sin atreverse a respirar.

—¿Qué pasa, Manuel?, ¿qué pasa?

—Nuestra niña... —empecé a decir, pero se me quebró la voz—. Nuestra niña ha comido sola, Pepa. Ha cogido la cuchara.

Mi mujer se llevó las manos a la boca y se le escapó un sollozo, convirtiéndose en llanto, desesperado, y yo lloré con ella. Abrazados en mitad del salón, con esa luz grisácea del martes entrando por la ventana, lloramos como no lo habíamos hecho desde el entierro de Mateo. Pero estas no eran las lágrimas amargas de siempre, eran lágrimas calientes de alivio, porque la esperanza, esa traidora que creíamos haber enterrado, acababa de tirar la puerta abajo.

Esa tarde la casa era otra, o nosotros éramos otros. Pepa puso la radio y la voz de Rocío Jurado llenó todos los rincones, canturreando por lo bajo mientras preparaba un guiso que olía a gloria. Yo no volví al patio a pelearme con la persiana porque no podía estarme quieto, necesitaba andar para digerir aquella noticia.

Fui al pasillo y me quedé mirando la tabla de surf de Mateo apoyada en la pared, la que no tocaba hacía más de un año. Pasé la

mano por la superficie notando la cera reseca bajo mis dedos y entonces, sin avisar, el recuerdo me asaltó.

Ya no estaba en 2025, sino años atrás, en la playa de El Palmar. Mateo tendría unos quince años y yo le estaba enseñando a ponerse de pie en la tabla; el agua estaba helada, pero a él le daba igual.

—¡Papá, que no puedo! ¡Me caigo todo el rato! —gritaba, medio riendo y medio tiritando, mientras escupía agua salada.

—¡Claro que puedes, campeón! ¡Impulso con los brazos y arriba! ¡No pienses, solo hazlo! ¡Siente la ola!

Se caía una y otra vez, pero cada vez se levantaba con más ganas, con esa terquedad suya que era igualita a la de su madre, hasta que de repente, en una ola pequeña, lo consiguió. Se puso de pie apenas un par de segundos, con los brazos abiertos buscando el equilibrio y una sonrisa de triunfo que le iluminó la cara.

—¡Lo he conseguido, papá! ¡Lo he conseguido!

El recuerdo se esfumó y volví al pasillo de mi casa, al silencio roto por la radio. Mi hijo había aprendido a luchar contra las olas y su hermana, desde el fondo de su propio mar oscuro, acababa de hacer lo mismo: había sentido la ola y se había puesto en pie. Había cogido una simple cuchara, pero para ella había sido como surfear la ola más grande del mundo.

Pepa salió de la cocina, se quedó a mi lado y me vio mirando la tabla.

—Está peleando, Manolo —dijo en voz baja.

—Sí, Pepa —respondí—. Está peleando.

No hizo falta decir nada más. La decisión que habíamos tomado, la de llamar a Carlos y buscar a esa doctora, era la correcta. Rocío había dado el primer paso dentro y ahora nos tocaba a nosotros dar el siguiente paso aquí fuera. Por primera vez en un año, sentía que teníamos algo por lo que luchar.

29

PATRÓN

DRA. GARCÍA

Estaba en mi despacho de Madrid intentando desconectar, tenía la cabeza embotada, con la agenda llena para las próximas tres semanas.

Justo entonces sonó el teléfono y, al mirar la pantalla, vi un número de Cádiz junto a un nombre: «Carlos Gil».

Qué raro, pensé, ya que hacía años que no hablaba con él; desde la facultad, apenas nos cruzábamos un par de mensajes por Navidad. Era un buenazo que había acabado en servicios sociales, así que cogí el teléfono con una mezcla de curiosidad y pereza.

—¿Diga?

—¿Elisabeth? Soy Carlos. Carlos Gil.

Su voz sonaba igual, pero más cansada, quizá más gastada por el sur.

—¡Carlos! Hombre, qué sorpresa. ¿Cuántos años? ¿Cómo te va la vida por ahí abajo?

Hubo una pequeña pausa antes de oír cómo soltaba el aire.

—Pues ya ves, aquí, peleando con la burocracia. Quemado, para qué te voy a engañar. ¿Y tú? Sigues en Madrid, ¿no? He visto tu

nombre en algún artículo. Te has hecho importante.

—Bah, importante… mucho trabajo, eso sí. Pero oye, ¿está todo bien? Que me llames después de tanto tiempo…

El tono de Carlos cambió de golpe, acabando con la charla de viejos amigos.

—No, la verdad es que no está todo bien. Por eso te llamaba. Mira, Eli, sé que no es momento y que hace mil años que no hablamos, pero es que necesito un favor. Uno gordo. Y personal.

La palabra «favor» siempre me ponía en guardia.

—Dime, Carlos. ¿Qué pasa?

Me contó la historia de su primo Manuel, el de Vejer, y recordé vagamente la tragedia de su hijo Mateo, el que murió en un accidente de coche hacía años. Ahora era la hija, Rocío, quien estaba ingresada en el psiquiátrico de Puerto Real.

—Lleva más de un año… ausente, Eli. Catatónica.

Me explicó que todo empezó cuando murió su novio, Javier, en un incendio. La Guardia Civil iba a detenerla señalándola por el asesinato, pero cuando fueron a por ella se la encontraron en estado de shock total, vacía.

—Manuel está hecho polvo. Me ha suplicado que te llame porque quiere una segunda opinión, alguien de fuera que lo vea todo con otros ojos.

El instinto me dijo que no, tenía la consulta a reventar, pero la palabra «catatonia» unida a una acusación de asesinato me picó la curiosidad profesional, ya que la historia era demasiado rara.

—Está bien, Carlos. Dile a tu primo que voy para allá.

A la mañana siguiente llamé a mi secretaria.

—Clara, buenos días. Despéjame la agenda para los próximos días, para empezar. Me voy al sur por un asunto familiar urgente.

—No te preocupes, doctora, yo me encargo de todo.

Conduje hacia el sur aprovechando el viaje para repasar lo poco que sabía hasta que Vejer apareció de golpe en la última curva: un montón de casas blancas subidas a un cerro, tan perfecto que parecía un decorado. Mi trabajo me había enseñado a desconfiar de los sitios perfectos, la belleza suele esconder algo roto.

Descarté la idea de quedar en un sitio público, prefiriendo ir a su casa.

—Manuel, si no es mucha molestia, preferiría que habláramos en su casa.

Hubo un silencio al otro lado del teléfono y luego un suspiro largo.

—Como usted quiera, doctora. Aquí no tenemos nada que esconder.

Me dio la dirección de una callejuela pegada a la muralla, así que aparqué donde pude y subí a pie por las calles estrechas y empinadas, sintiendo las miradas curiosas que se asomaban por las ventanas, hasta llamar a la puerta de una casa blanca con la pintura azul de las rejas desconchada por el salitre.

Abrió él, Manuel Gil, un hombre gastado por el dolor. No era solo la tristeza de sus ojos, sino la forma en que sus hombros caían hacia delante.

La casa olía a puchero, un aroma a hogar que chocaba de frente con la pena que se respiraba. En un mueble del salón dos marcos de plata contaban la historia: en uno, un chaval muy joven con el pelo revuelto y una sonrisa pícara, Mateo; en el otro, una chica de ojos grandes y despiertos, la Rocío de antes del desastre. Una mujer menuda salió de la cocina: Pepa, la madre.

—Siéntese, doctora, por favor.

Empecé por lo clínico.

—Manuel, necesito que me hable del colapso de Rocío. ¿Qué ocurrió exactamente en los días posteriores a la muerte de Javier?

Manuel miró a su mujer, quien negó con la cabeza en un gesto mínimo.

—No lo sabemos, doctora, y eso es lo que nos está matando: que no lo vimos venir. —La voz de Manuel sonaba cargada con una culpa que casi podía tocarse—. La noche del incendio… ella estaba rota, claro. ¿Cómo iba a estar? Pero hablaba, lloraba. Su socia, la dueña del hotel, se presentó allí y nos dijo que Rocío no podía quedarse en el pueblo, que los cotilleos la iban a destrozar, así que se la llevó a su hotel para cuidarla.

—Desde ese momento fue como si nos hubieran puesto un muro delante —intervino Pepa por primera vez, con la voz rota—. No pudimos ni verla; llamábamos y la socia siempre tenía una excusa, que si no estaba para visitas, que si necesitaba descansar… Ni siquiera fue al entierro de Javier. Las pocas veces que nos la ponía al teléfono, la voz de nuestra hija sonaba… rara, apagada, como si hablara desde el fondo de un pozo.

—Hasta que un día, casi un mes después, la llamada. La Guardia Civil —continuó Manuel con la mirada clavada en la foto de su hija—. Que Rocío había tenido una crisis muy fuerte, que se había quedado… vacía. No la vimos derrumbarse, doctora; nos la quitaron entera y nos la devolvieron rota en mil pedazos.

Yo escuchaba en silencio mientras mi cerebro iba a mil por hora: aislamiento, cambio progresivo y la influencia de una figura externa, dominante y supuestamente protectora. Las piezas encajaban en un patrón clínico que me resultaba demasiado familiar.

—Y está la carpeta —dijo Manuel de repente—. Cuando fuimos a recoger las cosas de la furgoneta de Javier, su tío me la dio.

Se levantó con pesadez para sacar una carpeta de cartón manchada de grasa.

—Son papeles. Fui a la Guardia Civil con ellos y les dije que Javier estaba investigando algo, ¿y sabe qué me dijeron? Que no me metiera en líos, que eran las paranoias de un novio celoso.

Me tendió la carpeta y vi dentro un caos de fotocopias y notas con nombres de empresas. Y un nombre que se repetía, rodeado con un círculo una y otra vez.

Laura Reyes.

El nombre me sonó y me quedé helada; no podía ser.

Saqué el móvil del bolso. Entré en mis archivos en la nube, recordando que hacía cinco años, en mi consulta de la calle Serrano, tuve a Laura Reyes. Mi paciente. La más brillante y la más peligrosa que había tenido nunca. Había venido a mi consulta por un cuadro de ansiedad tras la muerte de su hermano y le di el alta porque, técnicamente, no había diagnóstico, pero lo que había debajo era algo mucho más frío.

La imagen de otro paciente, de otro fracaso, apareció en mi cabeza nítida y dolorosa: Álex de la Torre, el heredero de una fortuna que se había tirado desde un ático en la Castellana.

Durante meses me había hablado de una mujer, una nueva socia de su padre que era "demasiado perfecta" y que lo estaba aislando, manipulando a todo su entorno y haciéndole dudar de su propia cordura.

—¡No es mi padre, doctora, es ella! Me está volviendo loco.

Yo no le creí y lo archivé como un caso de manual, paranoia y celos, enfocando la terapia en sus inseguridades mientras él se desesperaba cada vez más. Recordé su última sesión, cuando se levantó completamente derrotado.

—Lo dejo. Usted tampoco me cree.

Una semana después me llamó su padre para decirme que Álex había saltado. Mi fracaso tenía nombre.

Abrí mis notas de sesión del caso De la Torre y, mientras la pantalla tardaba una eternidad en cargar, ahí estaba: una sola mención.

"El paciente refiere que la nueva socia de su padre le da mala espina. Se llama Laura."

Me quedé sin aire. Era ella. El mismo patrón: aislamiento sutil, manipulación amable y, al final, la aniquilación. Con Álex terminó en suicidio y con Rocío, en catatonia.

Levanté la vista del teléfono para mirar a Manuel y a Pepa, con sus caras destrozadas por un dolor que no entendían, y supe que esto ya no era un favor, sino que se acababa de convertir en algo personal. El fantasma de Álex de la Torre acababa de volver.

30

DIAGNÓSTICO

DRA. GARCÍA

Aquella noche no pegué ojo, tras irme de casa de los Gil me encerré en la habitación del hotel con la carpeta de Javier y mis notas del caso de Álex de la

Torre, confirmando que la conexión era evidente. El patrón resultaba ser un calco: primero el aislamiento progresivo, después un cambio de personalidad inducido desde fuera y, al final, la aniquilación; con Álex fue el suicidio, mientras que con Rocío había sido este fundido a negro en vida, demostrando que Laura no dejaba víctimas, sino ruinas humanas.

A la mañana siguiente, antes de dirigirme al centro psiquiátrico, llamé al director médico para cumplir con el trámite de cortesía profesional.

—Doctor Alonso, buenos días. Mi nombre es Elisabeth García.

Se hizo un silencio al otro lado antes de que respondiera.

—Doctora García. Sí, conozco su trabajo. Dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

—Le llamo por un caso, el de Rocío Gil, ya que su familia ha solicitado que haga una evaluación. Estoy en Vejer y me gustaría pasar a verla esta mañana.

—Entiendo. Puede venir cuando quiera, aunque debo advertirle que el cuadro es complejo.

Reconocí ese tono al instante, el de un médico que se ha topado con un muro.

—¿A qué se refiere?

—A la resistencia farmacológica. Presenta un cuadro compatible con catatonia postraumática, pero no responde a las benzodiacepinas. Hemos escalado las dosis de lorazepam según el protocolo sin obtener respuesta clínica. Es una situación de bloqueo que no conseguimos revertir.

—Entiendo —dije—. Estaré allí en una hora.

Colgué pensando en esa catatonia resistente al lorazepam, lo cual no era solo raro, sino una anomalía que podía apuntar a una causa orgánica que habían pasado por alto o a algo mucho más extraño.

Cuando llegué al centro, el doctor Alonso me recibió con corrección profesional, visiblemente preocupado por la falta de evolución de la paciente. Mientras caminábamos por los pasillos, repasamos brevemente el historial farmacológico antes de llegar a una de las salas.

—Le dejo el campo libre para su evaluación —dijo—. Está en la sala de terapia.

Entré en una sala luminosa, con grandes ventanales que daban a un jardín cuidado pero sin alma, y allí estaba Rocío: sentada en una silla de ruedas, aparcada frente a un lienzo en blanco sobre un caballete. Una terapeuta joven le había puesto un pincel en la mano, una mano inerte que lo había dejado caer sobre su regazo.

Me fijé en su cara, en su palidez cerosa y en la flacidez de los músculos, notando que el aplanamiento afectivo era total, mucho más profundo de lo que podía explicar el peor de los traumas. Parecía... medicada, pero si el tratamiento oficial no le hacía ni cosquillas, ¿de dónde salía esa sedación tan profunda? Algo no cuadraba.

Me acerqué despacio y me arrodillé a su lado.

—Hola, Rocío. Soy Elisabeth, una amiga de tu primo Carlos. Tus padres me han pedido que venga a verte.

Su mirada siguió perdida en el vacío, así que apoyé una mano sobre la suya.

—Sé que estás ahí dentro, Rocío —le susurré—. Sé que puedes oírme. No tienes que hacer nada, solo quiero que sepas que no estás sola, que hay alguien aquí fuera que no se cree la historia que han contado.

Seguí hablándole en voz baja un rato y entonces, por un instante tan breve que dudé de haberlo visto, me pareció notar algo: un parpadeo, un mínimo reflejo en el fondo de sus pupilas antes de que el velo de la ausencia volviera a cubrirlo todo. O quizás la prisionera seguía viva dentro de la celda. Después, el Doctor Alonso me contó que hacía unos días, Rocío había cogido una cuchara para comer sola. También me dijo que Laura la seguía visitando semanalmente.

Salí de allí con una certeza nueva: no podía fiarme de las apariencias ni del personal del centro, estaban completamente deslumbrados por la figura de Laura Reyes, la amiga santa, la benefactora. Laura tenía acceso libre y la confianza ciega del personal; el lobo cuidaba del rebaño.

Necesitaba a alguien de fuera, alguien que, como yo, tuviera motivos para desconfiar y que ya hubiera mirado detrás del telón. Volví al hotel y llamé a Carlos.

—Carlos, soy Elisabeth. Estoy en Vejer, ya he hablado con tu primo y he visitado a su hija, pero ahora necesito que me localices a alguien.

—Ya sabía yo que esto no iba a ser fácil. ¿A quién quieres?

—Un periodista de por aquí. Manuel me ha dicho que hubo uno que investigó el caso de Javier a fondo, pero que lo dejó de repente. Se llama Esteban Roca.

Hubo un silencio al otro lado.

—Uf, Roca... palabras mayores. Era un perro de presa, una leyenda local y el mejor periodista de investigación de la provincia, pero se le perdió la pista. Creo que se retiró. Dicen que le dieron un buen susto.

—¿Qué tipo de susto?

—Del que te hace cambiar de profesión. Se debió de meter donde no debía investigando y un día se esfumó.

—Necesito encontrarle, Carlos. Es importante, él puede tener las piezas que me faltan.

—No sé dónde para ahora, pero espera, déjame mover un par de hilos. Conozco a gente que conoce a gente, dame un rato y te digo algo.

Media hora después, el teléfono sonó.

—Elisabeth. Me dice un colega de la prensa que Roca se ha echado a un lado, pero que hay rutinas que no perdona y sigue yendo casi todas las mañanas a El Pícaro, un bar de pescadores en el puerto

de Conil. Mi contacto me dice que lo de la retirada fue serio, le amenazaron usando a su hija.

31

LUCIDEZ

ROCÍO

El llamado «milagro de la cuchara», como oí que lo bautizaban por los pasillos, no había sido tal, sino un simple espasmo de rabia. Un acto que me sacó un segundo de la niebla para dejarme igual de perdida, aunque ahora consciente de mi extravío. El techo blanco seguía siendo mi universo, pero ya no era un refugio, sino el techo de mi celda.

Había vuelto a mi cuerpo, pero era una cárcel: seguía siendo la "cosa" inútil a la que lavaban, vestían y sentaban frente a la ventana, con la diferencia de que ahora la "cosa" tenía a alguien dentro gritando en silencio. La chispa de voluntad que me hizo agarrar el metal se había apagado casi al instante, consumida por el propio esfuerzo, y volvía a flotar a la deriva.

Sin embargo, algo había cambiado al accionarse ese interruptor en mi cerebro. La niebla seguía ahí, densa y pesada, pero ya no era total, permitiendo que a veces se colara un sonido nítido —el chirrido

de las ruedas del carrito, el golpe seco de la puerta— o un olor, como el amoníaco de la limpieza o el aroma de la comida; pequeños anclajes a los que me aferraba como una náufraga.

Entonces, una tarde, oí su voz.

Era una voz cálida, limpia y clara, que antes asociaba con la seguridad de su despacho, pero que esta vez, al percibirla, no me trajo calma, sino pura inquietud. Un picor en la nuca que erizó el instinto que me había hecho coger la cuchara.

Se abrió la puerta y entró Laura con esa elegancia silenciosa suya, como si flotara, llevando un vestido de lino color crudo que la luz del ventanal recortaba en silueta.

—Hola, cariño.

Su voz era pura seda, la misma que me había calmado tantas noches, y al acercarse para darme un beso en la frente noté su piel fresca. La enfermera que la acompañaba le sonrió con devoción.

—Señora Reyes, ¿quiere que me quede?

—No hace falta, gracias. Prefiero estar a solas con ella, a veces la intimidad la ayuda a relajarse.

—Como usted diga. Llámeme si necesita algo.

Laura arrastró la silla para sentarse frente a mí, tan cerca que nuestras rodillas casi se tocaban, y me cogió la mano. La suya era cálida y firme, mientras que la mía era un trozo de hielo inerte.

—He hablado con el doctor Alonso —me dijo acariciándome los nudillos con el pulgar—. Me ha contado lo de la cuchara y estoy tan orgullosa de ti, Rocío. Sabía que estabas ahí dentro, luchando.

Sus palabras deberían haberme consolado, pero esa inquietud interna crecía con cada sílaba al detectar una nota falsa en su tono.

—Pero esto es solo el principio —continuó bajando la voz —. Has hecho un esfuerzo enorme y tu mente está agotada, así que necesitamos protegerla; ayudarte a que descanses de verdad para que puedas seguir curándote.

Abrió su bolso de piel carísimo y sacó el objeto que definiría mi nueva realidad: un pequeño pastillero de plata con sus iniciales

grabadas. Lo abrió con un gesto practicado mostrando dos pastillas blancas, diminutas, sobre el terciopelo azul.

—Esto te ayudará a estar tranquila.

Con la otra mano me sujetó la barbilla con una suavidad que ocultaba la firmeza de sus dedos, abriendo mi boca sin que yo pudiera hacer nada —era la marioneta y ella movía los hilos— y deslizando con agilidad las pastillas debajo de mi lengua. Luego cogió el vaso de agua de mi mesilla.

—Bebe un poquito, mi vida.

Me acercó el vaso a los labios dejando caer un chorrito y mi reflejo de deglución funcionó al instante, haciéndome tragar. Fue entonces cuando, por primera vez, fui consciente del sabor: un gusto amargo y químico que me arañó la garganta, imposible de ignorar a pesar del agua.

Laura me observó un segundo y, al ver el leve movimiento de mi garganta, asintió satisfecha guardando el pastillero.

—Así mejor. Descansa, cariño. Descansa.

Se quedó conmigo diez minutos más hablándome de cosas triviales del hotel, pero yo no la oía, centrada en la sensación de calma espesa que empezaba a invadirme desde la nuca extendiéndose hacia delante como cemento líquido. La luz perdió brillo, los bordes se volvieron borrosos y la voz de Laura sonó lejana. La inquietud se disolvió, reemplazada no por paz, sino por un vacío absoluto donde la niebla volvía.

Mi cerebro, lento por el fármaco, hizo la conexión justo antes de apagarse: el sabor amargo y la niebla. La niebla no era mía, no era el trauma; tenía un sabor y venía de su pastillero de plata. «Algo no encaja», fue mi último pensamiento coherente antes de que la oscuridad química me reclamara, devolviéndome a mi escondite en el techo blanco, que ahora sabía que no era seguro porque alguien me metía allí a la fuerza.

Esperé.

No sé cuánto tiempo pasó mientras los días volvían a ser una mancha gris, pero la certeza nacida en ese instante se quedó

agazapada en el fondo de mi mente, esperando mientras contaba amaneceres, bandejas de comida y visitas de mis padres. Uno, dos, tres días, y la niebla química empezó a disiparse; cuatro, cinco, y la lucidez volvía a arañar trayendo consigo el miedo a su regreso.

Siete días. El olor de su perfume llegó por el pasillo a la misma hora y yo estaba preparada. Entró con la misma sonrisa elegante, repitió la conversación con la enfermera y cerró la puerta.

Se arrodilló a mi lado y esta vez su cara me pareció una máscara.

—Hola, Rocío. Qué guapa estás hoy. Te sienta bien la luz.

Me acarició la mejilla y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no apartarle la cara.

—¿Estás lista para tu medicina? Te ayudará a seguir descansando.

El clic del pastillero de plata, las mismas pastillas blancas y el tacto seco bajo mi lengua, inundándolo todo con su sabor amargo mientras acercaba el vaso de agua. Pero esta vez eran tres pastillas en vez de dos. Era ahora o nunca.

Tenía la boca seca por el pánico y la lengua pesada, pero reuní toda la fuerza que pude —la misma que agarró la cuchara— y, con un movimiento agónico que casi me hace gritar, usé la punta de la lengua para empujar las pastillas, sacándolas de debajo y apretujándolas en el hueco entre la encía y la mejilla. El sabor era insoportable y me dio una arcada.

—Bebe, cariño. He tenido que subir la dosis para que te mantengas tranquila.

Me echó el agua y dejé que el líquido pasara por el otro lado de la garganta, tragando con toda la fuerza que pude al contraer el cuello. Fue el trago más difícil de mi vida, el agua mezclada con el polvo disuelto sabía a veneno. Laura me miró clavando sus ojos inteligentes en mi garganta, vio como tragaba y asintió satisfecha.

Guardó el pastillero y se paseó por la habitación contándome tonterías mientras yo sufría una agonía silenciosa, luchando contra el instinto de escupir la pasta amarga y asquerosa en la que se estaban

convirtiendo las pastillas. Fueron los diez minutos más largos de mi existencia.

—Bueno, mi vida, me tengo que ir. Tengo una reunión en Sevilla. Pórtate bien.

Me dio un beso en la frente y se fue. Oí sus tacones alejarse por el pasillo, esperé a que el sonido se apagara y aguardé un minuto más. Entonces giré la cabeza hacia el lado oculto de la almohada, abrí la boca y escupí una masa blanca y pastosa sobre la sábana.

El olor me revolvió el estómago, pero con la mano que empezaba a recordarme agarré el pañuelo de la mesilla y lo limpié, escondiendo los restos en mi puño. Me quedé quieta, jadeando en silencio con el corazón desbocado, y la niebla no llegó; por primera vez en meses, estaba sola y completamente lúcida.

Todavía no entendía por qué lo hacía, pero en mitad de ese miedo, una cosa estaba clara: el juego había cambiado. Si ella quería que yo fuera una loca catatónica, eso era exactamente lo que tendría; a partir de ese momento, mi catatonia ya no era mi prisión, era mi disfraz.

32

ALIADO

DRA. GARCÍA

Tenía la cabeza hecha un lío de mentiras y me había convertido en una investigadora a la fuerza, mis

herramientas ya no eran la empatía y el análisis, sino la sospecha y la necesidad de encontrar una grieta en un muro que parecía perfecto.

Tenía que encontrar al periodista, a Esteban Roca, así que conduje hasta Conil a la mañana siguiente. El Pícaro era un bar de los de verdad, de los que daban a la lonja, donde olía a pescaíto frito. En una mesa junto a la ventana, un par de marineros dejaron de hablar en cuanto entré para seguirme con la mirada —la forastera—, mientras que en un rincón un hombre solo miraba una taza de café; tenía que ser él.

Me acerqué a la barra, donde el camarero, un tipo seco con un trapo en la mano, apenas levantó la vista.

—Perdone, busco a Esteban Roca.

El hombre no contestó ni dejó de secar el vaso que tenía en la mano, limitándose a hacer un gesto con la barbilla hacia el rincón, la discreción en los pueblos pequeños era una forma de supervivencia.

Me acerqué a su mesa, sintiendo las miradas de los pescadores clavadas en mi nuca. Al percibir mi presencia, el hombre del rincón levantó la vista y sus ojos se entrecerraron con una desconfianza automática; no era el "perro de presa" del que me había hablado Carlos, sino un animal herido y acorralado.

—¿Esteban Roca?

—Depende de para quién.

Su voz era áspera, como si no la usara mucho.

—Mi nombre es Elisabeth García, soy psiquiatra y creo que tenemos que hablar. Sobre Javier Espinosa y sobre Laura Reyes.

Al oír los nombres su expresión se llenó de pánico y su mano, que sostenía la cucharilla, se quedó inmóvil mientras miraba hacia la barra y luego hacia la puerta, como si buscara una ruta de escape.

—No sé de qué me habla. Creo que se equivoca de persona.

—No me equivoco. —Me senté en la silla vacía sin que me invitara—. Soy de Madrid y he venido porque la familia de Rocío Gil me ha pedido ayuda.

—La familia Gil… —murmuró, y vi un destello de compasión bajo capas de miedo—. Pobres diablos. Pero yo no puedo ayudarles, ni a usted. Lo siento.

Hizo ademán de levantarse, así que tuve que jugar mi única carta.

—Hace cinco años, en Madrid, tuve un paciente. Se llamaba Álex de la Torre, el heredero de una de las mayores constructoras del país, y se suicidó.

Roca se quedó quieto, a medio levantar, mirándome sin entender adónde quería ir a parar.

—Álex no estaba loco, pero murió creyendo que lo estaba —continué, bajando la voz—. Durante meses me habló de una mujer, una socia de su padre "demasiado perfecta" que, según él, lo estaba aislando y le hacía dudar de su propia cordura. Yo no le creí, lo achaqué a una paranoia. Fui su psiquiatra, señor Roca, y fracasé al no verlo.

Me miraba fijamente, con intensidad.

—¿Sabe cómo se llamaba esa mujer, esa socia "demasiado perfecta"? Se llamaba Laura Reyes. Es lo mismo, señor Roca, el mismo método: con Álex terminó en suicidio, con Rocío Gil ha sido la catatonia y con Javier Espinosa…

—Cállese. —Se dejó caer de nuevo en la silla mirando a su alrededor, aterrorizado—. Cállese, por el amor de Dios. Usted no sabe dónde se está metiendo.

—Sé que Javier también lo investigaba, tengo la carpeta que guardaba en su furgoneta.

Roca soltó una risa amarga.

—La carpeta. Pobre chaval. Era valiente, demasiado, y se metió en la boca del lobo. Lo que hay en esa carpeta es solo la punta del iceberg.

—Pues necesito que me dé el resto.

Él negó con la cabeza lentamente.

—Doctora, con todos mis respetos, usted es una suicida y yo no pienso morir con usted. A mí me avisaron, me dejaron las cosas muy claras.

Se inclinó sobre la mesa y su voz bajó a un tono cargado de un miedo que podía palpar.

—A mí me hicieron una visita. Me hablaron de mi hija, Sofía. Sabían a qué instituto iba y conocían su horario de salida. —Se le quebró la voz—. Me diejron que Conil era un sitio precioso para ver crecer a una hija y que había muchos temas interesantes sobre los que escribir, recomendándome con una sonrisa que no olvidaré en mi vida, que me dedicara a escribir de las fiestas locales.

Se recostó en la silla, agotado.

—Y eso hice. Cerré La Lupa, guardé mis archivos y me compré una barca. Ahora me dedico a llevar a guiris a ver delfines, una vida

tranquila, porque quiero ver crecer a mi hija y eso vale más que cualquier verdad. Esta gente no juega, así que lo siento, doctora; yo ya me bajé del tren.

Se disponía a levantarse de nuevo, el miedo era más fuerte que el periodismo.

—Tiene razón —dije.

Se paró.

—Tiene toda la razón. Su miedo es lógico: si usted publica lo que sabe aquí, está muerto o, peor, le harán daño a su hija. Le han ganado la batalla local, pero es que yo no le estoy proponiendo eso.

Se volvió a sentar muy despacio, con la desconfianza intacta pero con un atisbo de curiosidad.

—Usted tiene los datos de una trama de corrupción aquí, en Cádiz, mientras que yo tengo un patrón de manipulación con una víctima de perfil alto. Por separado no valen nada: lo suyo es una historia local que pueden enterrar y lo mío es una tragedia familiar que ya está archivada. Pero juntos…

Él me escuchaba sin parpadear.

—Juntos —continué—, tenemos algo más. Tenemos una investigación periodística sólida que demuestra el móvil económico y un testimonio experto que dibuja un modus operandi criminal. Esto ya no es un caso para el sargento de Vejer; esto es un caso para la Policía, para la Audiencia Nacional.

Roca me miró fijamente y pude ver la lucha en sus ojos: el terror paralizante contra el instinto de periodista.

—¿Está segura de eso? —susurró.

—Completamente. Y tengo notas de sesión que lo demuestran, el método es una fotocopia.

Se quedó callado un largo rato mirando su taza de café como si en el fondo pudiera leer el futuro.

—Déjeme pensarlo, doctora —dijo al final, con la voz rota—. Lo que me pide... es mucho. Me retiré de todo esto por algo. No sé, déjeme darle una vuelta.

Le anoté en un papel una cuenta de correo electrónico. Después se levantó bruscamente, esta vez de verdad, dejando un par de monedas sobre la mesa y marchándose sin volver a mirarme. Salió del bar casi corriendo, como si huyera de mí, de las palabras que le acababa de decir y de su propio fantasma.

Me quedé sola en la mesa. Apuré mi café, que ya estaba frío, sabiendo que no había conseguido un aliado, pero probablemente había plantado una semilla de duda.

33

CUERPO

ROCÍO

Cada siete días el ritual se repetía: sentía el sabor amargo del veneno en mi boca y fingía tragar para luego, invariablemente, escupir los restos de mi

cárcel química en un pañuelo que arrojaba, girando mi cuerpo lentamente, a la papelera.

Con cada visita que esquivaba la niebla química se iba disipando, dejando mi mente despierta pero prisionera de un cuerpo que casi no respondía. Me sentía enterrada viva.

Intenté mover la pierna y nada, aunque la orden salió de mi cerebro gritando por mi columna vertebral, murió en algún punto de mi cadera sin que el músculo respondiera, convertido en un trozo de carne ajeno, un lastre inútil pegado a mí. Intenté cerrar la mano, la misma que había agarrado la cuchara en aquel espasmo de furia, pero ahora, con la mente clara, no podía, la voluntad ya no bastaba.

Me entró el pánico. Un pánico mucho peor que el miedo al faro, al preguntarme de qué servía estar despierta si no podía moverme o de qué servía sentir si seguía siendo una chica prisionera de la atrofia.

Durante el día seguía siendo la paciente perfecta, la catatónica de la mirada perdida a la que sentaban en la silla de ruedas para llevarla a la sala de terapia y ponerla delante de un lienzo en blanco. Me dejaban allí horas mirando la nada y yo usaba ese tiempo, esa calma forzada, para planear.

Por la noche, cuando la clínica se sumía en un silencio solo roto por los gemidos lejanos de otros pacientes y los pasos de la enfermera de guardia, llegaba mi hora. Ese era mi gimnasio.

Cerré los ojos buscando algo a lo que aferrarme y el recuerdo vino a mí, no como un fantasma, sino como un manual de instrucciones. Estaba en la playa, con dieciséis años, frustrada y tiritando de frío sobre la arena mojada, con la tabla de surf enorme a mi lado.

—No puedo, Mateo. Me caigo siempre. Es imposible.

Mi hermano se había reído y, sacudiéndose el pelo lleno de sal, se sentó a mi lado.

—¿Y qué? ¿Te vas a quedar ahí sentada, quejándote?

—¡Es que no hay manera!

—Claro que la hay. La vida es esto, Rochi: es el mar. Te tumba una ola, te revuelca, tragas agua y te golpeas contra el fondo, y duele, claro que duele. Pero la ola pasa, y cuando pasa tienes dos opciones: o te quedas en la orilla llorando como una cría o te pones de pie. Te levantas, te sacudes la arena y coges la siguiente ola.

Me despeinó con su mano áspera.

—Te has caído. Llevas un año entero en el suelo, revolcada en la arena. Es hora de levantarse, enana.

Abrí los ojos en la oscuridad de la habitación del hospital, donde el olor a desinfectante borró el olor a sal, pero la lección se quedó: «Te levantas, te sacudes la arena y coges la siguiente ola».

Yo llevaba un año en el suelo, o peor, en una cama, y mi ola, la que venía a por mí, tenía la cara de Laura Reyes. Empecé esa misma noche, consciente de que mi cuerpo era un campo de batalla enemigo que tenía que reconquistar centímetro a centímetro, empezando por lo más pequeño: los dedos de los pies.

Bajo la sábana, en la oscuridad total, me concentré ordenándoles que se movieran, pero nada, solo silencio y la sensación de la sábana rozando una piel muerta. Volví a intentarlo enviando la orden con toda la rabia acumulada, hasta que sentí un calambre, un pequeño espasmo en el dedo gordo del pie derecho seguido de dolor. Como si el músculo se quejara por haberlo despertado. Casi lloro de alegría al comprobar que la línea no estaba cortada, solo oxidada.

Repetí el movimiento durante una hora —contraer, relajar, contraer, relajar— hasta que el dolor se extendió al empeine, agudo y punzante; era el dolor de la vida.

La noche siguiente pasé a los tobillos, girando el pie un milímetro a la izquierda y otro a la derecha mientras el tendón de Aquiles protestaba como una cuerda de guitarra demasiado tensa. Aguanté, si durante el día era una muñeca, durante la noche era la prisionera cavando el túnel.

Después de unos días logré doblar la rodilla estando tumbada boca arriba. Empujé el talón contra el colchón intentando arrastrar la pierna hacia mi cuerpo y el músculo, un bloque de carne inútil y blanda, se tensó de golpe provocando un dolor tan insoportable que tuve que morderme la mano para no gritar, sintiendo como si me estuvieran arrancando el músculo del hueso.

Me detuve jadeando en silencio, con lágrimas de dolor corriéndome por las sienes, mientras el cuerpo me pedía que parara para volver al vacío seguro.

Ella gana.

Pero la frase volvió a mi cabeza, así que apreté los dientes y volví a empujar viendo las estrellas por el dolor, logrando que la rodilla se doblara un centímetro, luego dos y finalmente cinco.

Conseguí pegar la rodilla al pecho y me quedé así, temblando y empapada en sudor con el músculo ardiendo, antes de enfrentar la parte más difícil: estirarla, un proceso que fue igual de agónico.

Pasé noches de dolor silencioso, noches en vela y noches de morder la almohada hasta casi hacerle un agujero, mientras mis padres venían a visitarme llorando al ver a su hija vacía y el doctor Alonso le contaba a sus colegas el fascinante caso de la catatonia resistente. Y yo, bajo las sábanas, estaba recuperando mi cuerpo.

Después de las piernas seguí con los brazos, flexionando los bíceps y cerrando los puños con fuerza hasta sentir las uñas clavarse en mis palmas, para luego pasar a los abdominales e intentar incorporarme en la cama, aunque la primera vez fue imposible.

Tuve que usar los barrotes de la cama, agarrándome a ellos y tirando mientras sentía cómo los hombros se me salían de sitio, un esfuerzo tan grande que a veces vomitaba un poco de bilis en la boca; pero una noche lo conseguí.

Me senté sola en la oscuridad y el mundo se tambaleó cuando la sangre, desacostumbrada a la gravedad, bajó de mi cabeza; pero estaba sentada, erguida.

La noche siguiente fue la definitiva, la noche de ponerme de pie. Giré el cuerpo en la cama sentándome en el borde con las piernas colgando y entonces bajé los pies. En el instante en que tocaron el

suelo un dolor agudo me subió por las piernas, el frío del suelo era como un millón de agujas clavándose en una carne que ya no recordaba cómo sentir.

Me quedé allí respirando hondo —«Bien, ahora a levantarse»—, me apoyé en el colchón con ambas manos, tomé aire y empujé.

Mis piernas no respondieron, doblándose como si fueran de gelatina, y caí de rodillas al suelo con un golpe que me hizo temer que la enfermera volviera, quedándome allí, en el suelo frío, temblando de esfuerzo y de humillación.

Te levantas, te sacudes la arena.

Me arrastré de nuevo hasta la cama para intentarlo otra vez agarrándome al marco de metal apoyé los pies y, aferrándome con fuerza, tiré. Mis piernas temblaban, mientras los músculos de los muslos suplicaban que parara, con un sudor frío empapándome la nuca y el mundo volviéndose negro por los bordes.

Ella gana. Otra vez.

Empujé con todo el odio, con todo el recuerdo de Mateo y con toda la rabia que sentía hacia Laura, hasta que de repente estuve de pie.

Las piernas temblaban y el mundo daba vueltas, pero yo estaba de pie; un año después, estaba de pie.

Me quedé así agarrada a la cama un minuto entero, solo respirando y sintiendo el peso de mi propio cuerpo sobre mis pies, hasta que solté la mano derecha del marco y mis piernas aguantaron; solté la izquierda y seguí de pie, sola.

Levanté el pie derecho en un esfuerzo titánico, moviéndolo diez centímetros hacia delante para volver a apoyarlo, y luego levanté el izquierdo. Di un paso, y luego otro. Era el andar de un faquir sobre cristales donde cada paso era una agonía, pero eran pasos.

Caminé los dos metros desde la cama hasta la ventana, lo que me pareció una maratón, y me apoyé en el cristal frío mirando hacia fuera sin ver nada, solo el reflejo de mi propia silueta en la oscuridad: una figura esquelética en camisón de hospital temblando de pies a cabeza.

Pero estaba de pie, estaba volviendo.

34

DOSIS

LAURA

Mi mundo funcionaba porque yo lo hacía funcionar, despertándome a las seis en punto sin necesidad de alarma, la perfección era una disciplina diaria. Corrí las cortinas de lino de mi suite y observé cómo abajo, los jardines se desperezaban; lo irónico era que los había diseñado Rocío.

Había cogido su talento y su amor casi infantil por la botánica para convertirlo en el alma de mi hotel. Ahora todo era mío, no solo le había quitado el futuro, sino que le había robado el alma a su trabajo para convertirlo en el corazón del mío.

Revisé los correos mientras tomaba un café solo, fuerte y sin azúcar, preparándome para la reunión de las diez en Sevilla con unos promotores alemanes que querían asociarse conmigo para un nuevo proyecto; aunque, en realidad, yo no buscaba socios, sino vasallos.

Conduje mi Maserati nuevo por la carretera sin fijarme en el paisaje, ya que mi mente estaba ocupada repasando las cifras, los márgenes de beneficio y los puntos débiles de la propuesta de los alemanes.

La reunión fue en sus oficinas, un espacio impersonal de cristal y acero donde me esperaban tres hombres con trajes caros y sonrisas ensayadas. Los dejé hablar durante diez minutos, dejar que la gente hable es la mejor forma de que revelen sus debilidades.

Cuando el mayor terminó su presentación me quedé callada, dejando que el silencio se alargara deliberadamente.

—Su propuesta es interesante —dije por fin—, pero sus proyecciones de ocupación son ingenuas y sus costes de construcción están infravalorados en un quince por ciento.

El mayor intentó rebatir diciendo «Nuestros analistas...», pero le corté sin levantar la voz.

—Sus analistas no han tenido en cuenta la nueva tasa de residuos que la Junta aprobará el mes que viene, ni la subida de costes de transporte desde el norte de Europa.

Se quedaron pálidos, así que lancé mi ultimátum.

—Mi oferta es esta: yo asumo la dirección total del proyecto y ustedes aportan el capital inicial, repartiendo el beneficio sesenta—cuarenta.

—¿Sesenta para usted? ¡Pero el capital...!

—El capital es solo dinero. Yo aporto mi nombre, mi red de contactos y la certeza de que el proyecto será rentable en veinticuatro meses, no en los cuarenta y ocho que ustedes calculan. Tienen hasta mañana para decidirse.

Me levanté y salí de la sala sabiendo que aceptarían.

Eran las doce y media y tenía tiempo, conduje hacia Puerto Real, para cumplir con mi visita semanal: una tarea de mantenimiento necesaria que servía como base de mi coartada y prueba irrefutable de mi infinita lealtad a mi "pobre amiga".

Aparqué en la zona reservada y el doctor Alonso, en cuanto le avisaron, salió a recibirme al pasillo caminando con esa prisa impostada de la gente que quiere parecer importante; era un hombre tan pagado de sí mismo que manipularlo había sido un juego de niños.

—¡Señorita Reyes! ¡Qué alegría tenerla de nuevo por aquí! ¡Gracias por venir!

—Por favor, doctor, no tiene por qué darme las gracias. Rocío es como mi hermana, lo sabe de sobra. ¿Cómo está?

Él adoptó su tono grave de experto.

—Estable. Sin cambios significativos desde el incidente de la cuchara. Como le dije, fue un pico de actividad neuronal, una anomalía fascinante, pero no se ha vuelto a repetir. Pero su presencia, estoy convencido, es el mejor estímulo que puede recibir.

Pura palabrería. Qué fácil era engañar a los que se creían listos.

—Me gustaría verla, si no es molestia.

—¡Al contrario, por favor! Venga, la acompaño yo mismo.

Caminamos por aquellos pasillos blancos mientras Alonso no paraba de hablar de sus teorías, y yo asentía de vez en cuando poniendo cara de interés, aunque en mi cabeza solo repasaba los números del trato de Sevilla.

Al llegar a la puerta de la habitación, una enfermera nos saludó preguntando si quería que se quedara.

—No hace falta, gracias. —Usé mi tono más suave, el que inspiraba confianza—. Prefiero estar a solas con ella. A veces, la intimidad… la ayuda a relajarse un poco.

El doctor Alonso asintió solemne, afirmando que mi vínculo con la paciente era una herramienta terapéutica poderosa, y pidió que

nos dejaran.

Entré sola cerrando la puerta con cuidado y allí estaba, mi obra de arte: sentada en una silla de ruedas de espaldas a mí, mirando por el gran ventanal, con el mismo chándal gris de la semana pasada y el pelo apagado, sin alma. Estaba completamente inmóvil, como un trapo en un rincón.

Me acerqué en silencio. Tenía los ojos abiertos, fijos en algún punto del jardín, pero no veían nada, eran dos ventanas que daban a una casa vacía.

—Hola, cariño.

No hubo reacción. Le aparté un mechón de pelo de la cara notando su piel fría, como el mármol.

Era el momento del mantenimiento. Abrí el bolso y saqué mi pequeño pastillero donde guardaba las tres pastillas blancas de haloperidol, la dosis para que su mente siguiera en blanco y anulara la eficacia del tratamiento que estaba recibiendo en el centro. El incidente de la cuchara me lo había dejado muy claro, había sido una advertencia, una mínima expresión de voluntad que no podía permitir. Por eso fue necesario subir la dosis: no la sedaban, la vaciaban, apagando su luz interior para mantenerla "quietecita", justo como la necesitaba.

—Vamos a beber un poquito, mi vida, que es importante hidratarse. Y a tomarte esto, que te sentará bien.

Puse las pastillas en la palma de mi mano y con la otra le sujeté la barbilla abriéndole la boca, ya que nunca ofrecía resistencia. Deslicé las pastillas debajo de su lengua, le acerqué la botellita de agua a los labios dejando caer un chorrito y observé el leve movimiento de su garganta al tragar. Perfecto.

Guardé el pastillero, misión cumplida, y me quedé un rato en silencio sosteniendo su mano flácida, cuyo contacto frío era el trofeo, la prueba de que mi victoria era total.

—Tus padres están muy preocupados, ¿sabes? —continué con mi monólogo de amiga perfecta—. Les llamo cada varios días y les digo que no pierdan la esperanza.

Era una de mis crueldades favoritas.

—Bueno, cariño, me tengo que ir. No quiero cansarte más. Volveré a verte la próxima semana, ¿vale?.

Le di un beso en la frente y salí de la habitación encontrándome con Alonso en el pasillo, quien me esperaba con esa mirada de admiración.

—Es increíble la conexión que tienen.

—Poco a poco, doctor. Con mucha paciencia y mucho cariño.

Me llevé un dedo a la comisura del ojo secando una lágrima invisible. El toque maestro.

Conduje de vuelta a «La Pausa» con la sensación de paz que daba el trabajo bien hecho y esa noche, en la soledad de mi suite, el recuerdo me golpeó. Llovía a cántaros y yo tendría veintipocos, sentada en el suelo rodeada de las facturas de mi padre, cuando Daniel, mi hermano, bajó las escaleras haciendo girar las llaves del coche.

—¿Vas a salir con la que está cayendo?

—La noche es joven. Además, a Mateo le flipa conducir con lluvia.

Ese nombre, Mateo Gil, el surfista guaperas con más músculos que cerebro, el inseparable de mi hermano.

—Ese chico es un peligro. Y tú un inconsciente por subirte a ese coche.

Se rio, se acercó y me dio un beso en la cabeza.

—Por eso te quiero, Laurita. Pero tienes que relajarte, no puedes controlarlo todo.

—Alguien tiene que hacerlo en esta casa.

—Nos vemos luego.

Se fue y lo último que oí fue el motor de su coche, sin saber en ese momento que era la última vez que lo vería con vida.

“No puedes controlarlo todo”. Sus últimas palabras, una simple broma que se convirtió en una profecía, esa noche no pude controlar nada: ni la lluvia, ni la velocidad, ni la estupidez de Mateo Gil.

Pero había aprendido la lección, vaya si la había aprendido. Ahora sí que lo controlaba todo. Lo que le había hecho a Rocío Gil no era solo una venganza por mi hermano, había sido una corrección, una enmienda a aquella noche de caos. Cogí su mundo, el de la hermana del hombre que me lo quitó todo, y lo desmantelé pieza por pieza hasta apagar su mente, antes tan brillante.

Era justo.

35

BOTÁNICA

ROCÍO

La reconquista de mi cuerpo, esa guerra nocturna y silenciosa, había sido solo la primera fase. Aunque había ganado, logrando ponerme en pie, caminar y cerrar los puños, una victoria que nadie ve no servía de nada. Una prisionera que cava un túnel no es libre hasta que sale del último metro de tierra, así que mi siguiente fase era, precisamente, esa: salir a la luz representando mi propio milagro.

Sin embargo, seré sincera: hasta ese momento no tenía un plan real. Tenía rabia, tenía una voluntad de hierro forjada en el odio, pero no tenía nada. Mi única estrategia era fingir. Fingir que me curaba para que bajaran la guardia. Quizás, pensaba, si me daban el alta podría huir lejos. No sabía cómo iba a vengarme, solo sabía que no iba a dejarme morir allí.

Elegí un miércoles a la hora de la terapia ocupacional, sabiendo que estaría en la sala común con Ana, la terapeuta más cariñosa y también la más impresionable. Empecé el día como siempre, dejando que me lavaran, me vistieran y me sentaran en la silla de ruedas para empujarme por los pasillos, manteniendo mi máscara de vacío perfecta. Mantenía la mirada fija en un punto invisible, con la mandíbula floja y las manos inertes sobre mis piernas, realizando un esfuerzo para fingir esa debilidad que resultaba casi tan agotador como el de mis ejercicios nocturnos.

Al llegar a la sala, Ana me aparcó como siempre delante de un lienzo en blanco.

—Muy bien, Rocío —me dijo con esa voz cantarina que usaban para hablarnos a todos—. Hoy vamos a probar con el azul. ¿Te apetece? Es un color muy tranquilo.

No respondí, provocando que ella suspirara con esa lástima profesional que tanto me beneficiaba antes de ponerme un pincel en la mano. Lo sostuve un segundo y, con un temblor fingido, dejé que cayera al suelo.

—Vaya. No pasa nada, cariño. Lo cojo yo.

Se agachó, y supe que ese era el momento.

Mientras ella estaba de espaldas recuperando el pincel, fijé la mirada en la pata de la silla de ruedas y di la orden clara; esta vez no fue un grito de rabia, sino un mandato frío y calculado: ahora. Agarré los reposabrazos de la silla, apoyé los pies en el suelo y empujé.

Las piernas me respondieron al instante, firmes y cargadas con la fuerza que había acumulado durante días, pero no me levanté de golpe porque eso habría sido un error, así que hice que el movimiento pareciera un suplicio. Solté un quejido, poniendo los músculos de mis piernas, que ya eran fuertes, en tal tensión que empezaron a temblar de verdad. El sudor frío que me brotó en la frente no fue fingido, el esfuerzo de fingir el esfuerzo era titánico.

Ana se incorporó con el pincel en la mano y se quedó helada al verme a medio levantar, temblando de arriba abajo y con la cara congestionada por la tensión; sus ojos se abrieron como platos.

—¿Rocío?

El pincel volvió a caer al suelo, pero esta vez se le cayó a ella, que gritó:

—¡Rocío! ¿Qué haces? ¡Espera, te vas a caer! —mientras se abalanzaba para ayudarme a volver a sentarme.

—¡No!

Fue la primera palabra que pronunciaba en aquella clínica, sonando rota y áspera por el desuso, pero fue una orden que dejó a Ana paralizada.

Terminé de incorporarme y me puse de pie con las piernas temblando, aunque era una vibración controlada porque el espectáculo tenía que ser completo. Me quedé allí, agarrada a la silla de ruedas como si fuera mi único salvavidas, mientras Ana susurraba «Madre mía...» llevándose las manos a la boca antes de salir corriendo al pasillo gritando:

—¡Doctor! ¡Doctor Alonso, venga rápido!

Me quedé sola en la sala, erguida, sabiendo que por primera vez en un año alguien me veía de pie. Dejé de temblar y respiré hondo,

pero al oír sus pasos volviendo por el pasillo, reanudé el temblor. El telón volvía a subir.

El doctor Alonso entró en la sala con paso rápido pero controlado, seguido de cerca por Ana. Al verme de pie, se detuvo un instante, evaluando la situación con frialdad clínica.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —preguntó sin quitarme la vista de encima.

—Un minuto, doctor... ¡Se ha levantado ella sola!

Alonso se acercó despacio, sacando una pequeña linterna de su bolsillo.

—Rocío —dijo con voz firme—. Mírame.

Levanté la cabeza muy despacio, fingiendo el esfuerzo, y dejé que me enfocara los ojos con la luz.

—Pupilas reactivas —murmuró para sí mismo—. Respuesta motora voluntaria. Bien.

Me tomó el pulso, mirando su reloj de muñeca.

—Taquicardia severa por el esfuerzo, pero estable. Rocío, ¿me oyes? ¿Por qué te has levantado?

Lo miré, dejando que viera la confusión en mis ojos, el miedo de la convaleciente.

—Quería... —susurré con la voz pastosa—. Quería... ver el sol.

Alonso guardó la linterna y asintió, procesando la información.

—Estímulo fototrópico —dijo—. Es una respuesta primitiva, pero indica que las vías de la voluntad se están reconectando. No es un acto reflejo, es una acción dirigida a un objetivo.

Se giró hacia Ana.

—Traiga la silla. Vamos a sentarla antes de que colapse por agotamiento muscular. Esto es un avance clínico mayor, Ana. Monitorización constante las próximas veinticuatro horas.

El «milagro» de mis primeros pasos se convirtió en el caso clínico estrella del doctor Alonso, lo que trajo consigo nuevos privilegios. Mi

nueva movilidad me permitía salir al jardín y las primeras veces fueron todo un espectáculo: me sacaban en la silla de ruedas y, con dos terapeutas agarrándome por los brazos, me ayudaban a dar «paseos» por el sendero principal.

Yo interpretaba mi papel a la perfección caminando con una lentitud agónica, arrastrando los pies y fingiendo un agotamiento que no sentía, deteniéndome a menudo para respirar con dificultad y señalar una flor como si acabara de descubrir el color.

Ellos lo veían como una terapia, pero yo lo veía como un reconocimiento del terreno. El jardín era bonito, aunque demasiado ordenado y a la vista. Necesitaba encontrar grietas.

Un día, aprovechando que Ana se había distraído hablando con un jardinero, me acerqué al límite del recinto. Mis pasos me llevaron hacia una estructura olvidada al fondo de los terrenos, medio oculta por un grupo de cipreses viejos: un pequeño invernadero antiguo. La pintura blanca de la estructura metálica estaba desconchada y varios cristales del techo estaban rotos, pero emanaba atracción magnética.

La puerta estaba entreabierta y me colé dentro. El aire allí era denso, mucho más húmedo que fuera, y olía a tierra y moho. Era un lugar en penumbra, protegido del sol implacable de Cádiz por los cristales sucios y la sombra de los cipreses. Caminé despacio hacia el fondo, donde el sistema de riego goteaba rítmicamente sobre una zona sombría, creando un microclima fresco y perpetuo.

Allí, en ese rincón olvidado, creciendo salvaje entre macetas rotas y musgo, vi algo que detuvo mi mirada.

Eran unos tallos altos, coronados por racimos de flores de un color violeta azulado, con esa forma inconfundible de casco antiguo.

Mi mente de bióloga, que llevaba meses dormida, se despertó de golpe con un reconocimiento automático, limpio, sin emociones. Aconitum napellus. Acónito.

Me quedé mirándola, fascinada. Era una planta de alta montaña, de frío y sombra. No debería estar allí, en el sur. Pero alguien debió plantarla alguna vez, y había sobrevivido en ese rincón específico, bebiendo de la gotera, adaptándose a la oscuridad y resistiendo en secreto. Como yo.

Y entonces, ocurrió.

Miré la flor. Miré sus hojas lobuladas. Sabía lo que era. Sabía lo que hacía. Neurotóxica. Cardiotóxica. Indetectable si no se busca. Síntomas que imitan el agotamiento, la gripe, la locura…

De repente, todas las piezas dispersas de mi rabia se ordenaron en una línea recta perfecta. Ya no necesitaba huir. Tenía a la juez, al jurado y al verdugo creciendo en una maceta vieja frente a mí.

Laura me había drogado con química. Yo le devolvería el favor con botánica.

Mi corazón empezó a latir con una fuerza nueva, no de miedo, sino de propósito. Por primera vez en un año, tenía un plan. Tenía un arma.

Ana entró buscándome, asustada.

—¡Rocío! ¡Cielo santo, no te escondas así! Aquí dentro está todo muy sucio.

—Mira —susurré, señalando las flores. Mi voz temblaba, pero no de debilidad, sino de pura adrenalina contenida—. Son… bonitas.

Ana se acercó, arrugando la nariz ante el desorden de macetas rotas.

—Uy, sí, tienen un color bonito, pero eso son hierbajos viejos. Deberíamos decirles a los jardineros que limpien todo este fondo y quiten esa maleza.

El pánico me invadió. Si arrancaban esa planta, arrancaban mi única oportunidad. Sentí un impulso repentino, absurdo, de protección. Esa planta era mi aliada. Tenía que protegerla hasta que estuviera lista para usarla.

—No —dije. Mi voz sonó agresiva. Me corregí al instante, suavizando el tono—. Déjalas. El color… me gusta. Me da paz.

Ana sonrió, confundiendo mi interés estratégico con sensibilidad estética.

—Vale, vale. Si te gustan, se quedan.

Me giré para salir, pero ya no era la misma mujer que había entrado. Entré como una víctima buscando refugio; salía como una depredadora que acababa de encontrar sus dientes.

—Ana —dije, deteniéndome en el umbral—. Me gusta este sitio. Las plantas viejas... quiero cuidarlas.

—¿Te gusta el invernadero, Rocío? Está muy viejo. Lo usaban antes para la terapia de jardinería, pero ya nadie viene por aquí.

Yo asentí sin apartar la mirada de mi rincón oscuro.

—Necesito... orden. Me gustaría poder venir aquí.

La bombilla se encendió sobre la cabeza de Ana y pude verlo en sus ojos.

—¡Claro! ¡Claro, Rocío! ¡Tú eres bióloga!

Asentí como una niña perdida que acaba de encontrar algo familiar.

Esa misma tarde Ana le informó al doctor Alonso de mi reacción en el invernadero. Cuando Alonso vino a verme a mi habitación esa noche, traía consigo su carpeta de informes y una expresión seria, reflexiva.

—Rocío, Ana me ha contado lo del invernadero —dijo sentándose frente a mí, sin la euforia habitual—. Me resulta muy interesante. Es la primera vez que verbalizas una necesidad de estructura externa.

Me miró fijamente, evaluando.

—Parece que tu cerebro está buscando recuperar los patrones cognitivos previos al trauma. Tu formación como bióloga... es lógico que busques anclarte ahí.

Yo no veía a un médico, sino a un tonto útil. Pero tenía que jugar bien mis cartas.

—Me gustaría... Me gustaría... ir allí.

—¿Al invernadero? —preguntó, arqueando una ceja.

—Las plantas... Me dan... calma. Necesito... orden.

La palabra «orden» fue la clave porque encajaba perfectamente en su jerga clínica.

—Entiendo el valor terapéutico, Rocío —dijo, cruzando las piernas y tamborileando con el bolígrafo sobre la carpeta—. Pero es una petición irregular. El invernadero está en una zona perimetral, lejos de la supervisión constante de enfermería. El protocolo de seguridad es estricto con los pacientes en tu estado.

Se detuvo, dejándome en vilo.

—Sin embargo —continuó, mirándome a los ojos—, si no te damos un espacio de autonomía, corremos el riesgo de institucionalizarte. Necesitamos testear tu capacidad de autogestión.

Se levantó y caminó hacia la ventana, dándome la espalda un momento.

—Voy a autorizarlo, pero bajo condiciones muy estrictas. Hablaré con mantenimiento para que te den una llave, pero será un privilegio condicionado. Ana supervisará tus entradas y salidas al principio. Si veo cualquier signo de inestabilidad o riesgo, revocaré el permiso inmediatamente. Es una prueba de confianza, Rocío. No me hagas arrepentirme.

Asentí despacio, bajando la vista para ocultar el brillo de triunfo en mis ojos.

—Gracias, doctor.

Se fue de la habitación con paso firme, convencido de haber tomado una decisión clínica arriesgada pero necesaria. Cerré los ojos pensando en la llave. Él veía una prueba de autonomía para una paciente frágil.

No sabía que me acababa de dar acceso libre a mi arsenal.

36

CATARSIS

DRA. GARCÍA

Habían pasado casi dos semanas desde mi encuentro con Esteban Roca en aquel bar de Conil. Dos semanas en las que el eco de su miedo se había transformado en mi propia frustración. El hombre que tenía las respuestas estaba demasiado aterrorizado para hablar, dejándome atascada y dando vueltas en círculos a la habitación de mi hotel.

Sobre la mesa, la carpeta de Javier Espinosa se había enfriado. Aunque sabía que Laura Reyes era el centro de la trama, no tenía palancas para mover la investigación. La policía local no serviría de nada, Roca —mi única baza— estaba neutralizado y Rocío, la víctima principal, seguía perdida en su búnker de silencio.

Decidí que no podía rendirme, así que, si no podía derribar el muro desde fuera, tendría que intentar abrir una puerta desde dentro. Tenía que volver a ver a Rocío.

El psiquiátrico olía igual que siempre, pero el ambiente había cambiado, si la última vez el personal se movía con resignación, hoy había un murmullo, una electricidad en el aire.

Encontré al doctor Alonso en su despacho, revisando unos expedientes con concentración. Al verme, se levantó para recibirme, mostrando una satisfacción contenida pero evidente.

—Doctora García. Ha llegado en el momento justo —dijo estrechándome la mano con firmeza—. La curva de recuperación ha cambiado drásticamente desde su última visita. La respuesta clínica es notable.

—¿Notable? —pregunté escéptica, mi última imagen de Rocío era la de un cuerpo frío.

—Sí. Hemos observado una recuperación funcional significativa. Hace unos días recuperó la marcha autónoma.

—¿Ha andado?

—Se levantó de la silla de ruedas. Sin asistencia. Fue un esfuerzo físico considerable, pero demuestra que la conexión neurológica está intacta. La evolución motora ha sido muy rápida desde entonces, pero el cambio cognitivo es lo más relevante.

Me acompañó por el pasillo con paso firme, explicándome el caso como quien comparte un hallazgo científico.

—Al recuperar la movilidad, ha iniciado una reconexión con patrones de conducta previos. Solicitó acceso al invernadero. Consideramos que retomar su actividad profesional previa podía servir como estructura para reorganizar sus procesos mentales. Autorizamos el acceso bajo supervisión y los resultados son positivos. Acompáñeme, quiero que evalúe su nivel de funcionalidad.

Caminamos por el sendero de grava y, aunque el tono de Alonso era sobrio, se notaba que el caso había avanzado más de lo que esperaba. El invernadero estaba al fondo de los terrenos. Una estructura de cristal y hierro viejo que parecía olvidada por el tiempo.

Alonso abrió la puerta del invernadero y me indicó que pasara.

—Mire doctora, observe su lenguaje corporal —dijo en voz baja.

Rocío estaba de espaldas a nosotros, de pie frente a una larga mesa de trabajo, y ya no llevaba el pijama gris, sino un mono de trabajo que le quedaba enorme mientras trasplantaba un helecho de una maceta pequeña a una más grande.

No era la Rocío que yo había visto, la chica catatónica había desaparecido, pero tampoco era la Rocío de la foto del salón de sus

padres. Esta era otra: sus movimientos eran lentos y deliberados, mostrando una concentración y una calma que resultaba casi más inquietante que su anterior ausencia.

—Rocío —dijo Alonso con tono neutro—. Tienes visita.

Rocío terminó de apretar la tierra alrededor del tallo del helecho y dejó la pala pequeña sobre la mesa. Entonces, muy despacio, se giró. Sus ojos se posaron en mí sin sorpresa, alegría ni miedo, solo con un análisis frío y distante.

—Hola, Rocío —dije—. Soy Elisabeth. Nos vimos hace unos días.

Ella asintió con un solo movimiento, lento.

—Lo recuerdo —dijo, con una voz como si sus cuerdas vocales estuvieran cubiertas de polvo.

Alonso asintió, discreto.

—Las dejaré solas. La evaluación entre pares puede ser más efectiva sin mi presencia. Rocío, estaré en mi despacho si necesitas algo.

Salió cerrando la puerta y dejándonos solas en aquel santuario de cristal y tierra. Me acerqué para sentarme en un taburete de madera junto a la mesa y el silencio se alargó, ella no parecía tener ninguna prisa por hablar. Volvió a girarse hacia su helecho y empezó a regarlo con un pequeño pulverizador.

—El doctor Alonso me ha dicho que estás mejor —empecé—. Que este sitio te ayuda.

—Me ayuda a ordenar —dijo sin mirarme, con la voz plana.

La miré trabajar observando cómo sus manos, antes flácidas, se movían con precisión. Era fascinante, pero su calma no me gustaba: no era la calma de la paz, sino la del hielo. La catatonia era un búnker y esto... esto era otro, uno nuevo construido con tierra y hojas.

—Ordenar es bueno, Rocío —dije—. Es una forma de controlar el caos, pero no es lo mismo que enfrentarse a él.

El pulverizador se detuvo y su mano se quedó quieta en el aire.

—Toda la rabia, todo el dolor, toda la confusión de lo que te pasó... siguen ahí dentro. Solo los estás... archivando, poniéndoles etiquetas de plantas.

Ella seguía sin mirarme.

—Pero si esa rabia se queda ahí —dije señalando su pecho—, si no la sacas, si solo la entierras aquí, bajo la tierra de las macetas... se pudre. Se convierte en veneno.

La palabra «veneno» pareció resonar en el aire húmedo y Rocío dejó el pulverizador sobre la mesa con una lentitud infinita.

—¿Y qué quiere que haga? —susurró girando por fin la cabeza hacia mí—. ¿Que grite? ¿Que me ponga a romper cosas como una loca?

Su mirada era un desafío, fría y directa. Tenía que encontrar la llave, la rabia estaba ahí, pero encerrada bajo capas de un control nuevo. Necesitaba ofrecerle un canal.

—No —dije negando con la cabeza—. Gritar es solo ruido. Necesitas algo más. He estado pensando mucho en ti, Rocío, y creo que tengo una idea.

Ella esperó, impasible.

—Quiero que le escribas cartas a Laura.

En ese instante vi la primera reacción, casi imperceptible: una contracción en su mandíbula mientras sus ojos, antes fríos, parecían oscurecerse. Me apresuré a explicarlo antes de que se cerrara en banda.

—No para enviarlas, jamás. Nunca saldrían de esta habitación, si tú no quieres. Serían solo para ti, un sitio seguro. —Me levanté y me acerqué un paso más, bajando la voz—. Un lugar donde puedas decirle todo lo que no pudiste decir, donde puedas gritarle sin hacer ruido, explicarle todo el dolor, toda la traición y toda la rabia que sientes. Donde puedas describirle lo que te ha hecho. Un ejercicio solo para ti, para limpiar la herida. Para sacar todo el veneno de una vez por todas.

Rocío me sostuvo la mirada durante un minuto entero de silencio en el que yo aguantaba la respiración, esperando que me mandara al

infierno. Vi cómo su mente procesaba la idea, cómo sus ojos calculaban, hasta que, muy despacio, asintió con la cabeza.

Solo un movimiento.

—Sacar… el veneno —repitió, como si probara las palabras.

—Exacto.

Me quedé mirándola y, justo cuando iba a añadir algo más, vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. No fue un sollozo ni un llanto, fue algo mucho peor: una sola lágrima, densa y perfecta, que brotó de su ojo derecho y empezó a resbalar muy despacio por su mejilla.

La vi y sentí una sensación de triunfo profesional, era la lágrima, la grieta en el hielo, la prueba de que la víctima seguía allí dentro, ahogada bajo el control y el orden. Acababa de darle la llave y ella la había aceptado. La curación, la de verdad, acababa de empezar.

—Bien —dije con la voz suave—. Muy bien, Rocío. Empieza cuando estés lista. Es un paso muy importante.

Me di la vuelta y caminé hacia la puerta, pero antes de salir, me detuve. Una idea cruzó mi mente. Necesitaba documentar esto.

—Rocío, espera un segundo —dije, sacando el móvil del bolso—. ¿Te importa si te hago una foto? Es para el expediente clínico.

Ella dudó un instante. Su cuerpo se tensó ligeramente, como un animal que olfatea el aire, pero luego relajó los hombros y asintió levemente, sin mirar a la cámara. Volvió a centrarse en su tarea, con las manos ocupadas en la tierra, rodeada de un caos de vegetación.

Encuadré la imagen: Rocío de perfil, concentrada, con las hileras de plantas al fondo y esa luz dorada de la tarde bañando la escena. Hice clic. La foto quedó perfecta, capturando no solo a la paciente, sino todo su entorno de trabajo, las mesas, las herramientas y esa jungla controlada que había creado.

—Gracias, Rocío. Descansa.

—Doctora —me llamó antes de que pudiera guardar el móvil.

Me giré y vi que seguía allí, de pie, con la lágrima secándose en su cara.

—Gracias.

Salí del invernadero y caminé de vuelta al edificio principal sintiéndome, por primera vez en semanas, útil. Estaba tan satisfecha, tan llena de mi propia arrogancia terapéutica, que no me di cuenta de lo que acababa de hacer.

No vi que la lágrima de Rocío no era de tristeza, sino de gratitud. No sospeché que, al proponerle escribir, no le había dado una herramienta para sanar.

Le acababa de dar un arma.

37

RECHAZO

ROCÍO

La doctora García se había ido dejándome sola en el invernadero con sus palabras resonando en el aire húmedo: "Saca el veneno". Qué bien lo había descrito; sentía exactamente eso: un veneno metafórico, el de la traición y el dolor, corriendo por mi cuerpo. Ella me había dado una vía de escape, las

cartas, y la idea era buena, lógica; escribir para limpiar, para ordenar el caos que tenía en la cabeza.

Pero yo sabía que necesitaba algo más que palabras. Necesitaba un vehículo.

El domingo siguiente, cuando mis padres vinieron a verme, les pedí el material. Mi voz sonó temblorosa, pero no era fingido, ya que la idea de empezar a remover el lodo me aterraba de verdad.

—La doctora... me ha dicho que sería bueno escribir — les dije, sin poder mirarlos a los ojos—. Para... para sacar las cosas. ¿Podríais traerme... papel? ¿Y un bolígrafo?

Mi madre casi se echó a llorar de la alegría.

—¡Claro que sí, mi vida! ¡Claro que sí! ¡Lo que necesites! ¿Ves, Manolo? ¡Está mejorando! ¡Quiere escribir!

Al día siguiente me trajeron un paquete de folios blancos, de los de oficina, junto a un estuche de plástico con media docena de bolis. Los cogí con una sonrisa, sintiendo algo de culpa por el alivio en sus caras. Mientras ellos veían luz al final del túnel, yo solo estaba buscando herramientas para cavar uno nuevo.

Esa tarde me senté frente a mi mesa del invernadero y coloqué el taco de folios perfectamente alineados junto a una maceta de helechos. Saqué un bolígrafo, le quité la tapa y me quedé quieta mirando la hoja blanca, lisa, satinada y perfecta.

Querida Laura.

La frase apareció en mi cabeza trayendo consigo un frío paralizante. Intenté mover la mano y nada. No era solo el bloqueo emocional. Al mirar aquella superficie impoluta e industrial, algo dentro de mí se rebeló.

Aquel papel repelía la tinta. Era impermeable, estéril. Me recordó al tacto de los contratos que Laura me hacía firmar sin leer, a las recetas médicas. Era el papel de su mundo.

Al apoyar la punta del bolígrafo sobre la hoja, mi mano empezó a temblar. Era un rechazo total. Mi cuerpo se negaba a obedecer.

En lugar de una palabra, mi mano se movió sola en un espasmo, trazando una línea negra y violenta que rasgó la hoja de lado a lado: un tachón. Miré la herida que le había hecho al papel sintiendo una pura rabia que me dejó sin aliento. Agarré la hoja, la hice una bola con fuerza y la tiré con odio contra el cristal del invernadero.

Respiré hondo —«Vale, otra vez»— y cogí otra hoja. Tenía que hacerlo.

Pero el asco volvió. ¡No! Garabateé la hoja entera dibujando espirales furiosas, apretando el bolígrafo con tanta fuerza que la punta atravesó el papel y se clavó en la madera de la mesa.

Arrugué la hoja y la tiré. Luego otra, y otra más. Una tormenta de destrucción silenciosa se apoderó de mí. Al final de la tarde, el suelo a mi alrededor era un mar de bolas de papel blanco arrugado. Yo estaba sentada en el taburete temblando de pura frustración.

No era solo rabia. Era un problema técnico. Ese papel no servía. Ese papel no bebería lo que yo necesitaba darle.

Cuando Ana, la terapeuta, vino a buscarme para la cena, se quedó parada en la puerta, horrorizada.

—Madre mía, Rocío... ¿Qué ha pasado aquí?

Miró el desastre de papeles en el suelo. Yo no levanté la cabeza.

—No puedo —susurré, y las lágrimas de rabia eran reales —. No puedo hacerlo en esto.

—No pasa nada, cariño. Es normal. Lo importante es que lo estás intentando.

Al día siguiente, el doctor Alonso vino a verme al invernadero. Se quedó en la entrada observando mi ritual de destrucción. Yo había vuelto a empezar, rompiendo hoja tras hoja en pedazos minúsculos, como si fuera confeti, dejando que cayeran sobre la tierra.

Entró despacio.

—Rocío.

Me sobresalté, soltando los trozos de papel.

—No puedo, doctor. Lo intento, pero... solo me sale romperlo.

—No te detengas —dijo él, con un tono clínico, puramente observacional—. Continúa. Si necesitas hacerlo, hazlo. Es bueno.

Lo miré, fingiendo confusión.

—¿Bueno? Pero... si estoy destrozándolo todo.

Él no sonrió. Se agachó y recogió un puñado de papel roto, examinando los bordes rasgados como si fueran una muestra de laboratorio.

—Es un mecanismo de defensa adaptativo —dijo, dejando caer los papeles—. Ante la imposibilidad de verbalizar el trauma, estás optando por una descarga motora agresiva sobre un objeto neutro. No es destrucción, Rocío. Es externalización. Desde un punto de vista conductual, es un progreso respecto a la inhibición total. Si te ayuda a regular la ansiedad, sigue rompiéndolo.

Lo miré fijamente. Este hombre no veía milagros, veía síntomas y reacciones. Pero mientras él hablaba de mecanismos y conductas, una idea cristalizó en mi mente. Una idea fría y perfecta.

Él creía que yo rompía el papel por una necesidad conductual. Yo sabía que lo rompía porque ese papel industrial no servía para mi propósito. Necesitaba algo poroso. Algo grueso. Algo que pudiera empaparse de una solución química y retenerla hasta que unos dedos húmedos lo tocaran.

Y necesitaba un lugar privado para prepararlo. Un lugar con agua corriente, con desagües, lejos de las miradas de las enfermeras.

Miré al doctor Alonso, que seguía analizando la escena con profesionalidad. Él quería ver evolución clínica. Yo le daría una. Y de paso, conseguiría la llave de mi laboratorio.

—Doctor —dije con voz frágil—... creo que sé por qué lo rompo.

Él se inclinó levemente hacia mí, interesado.

—¿Has identificado el detonante?

—Es que... necesito explicarle algo. Pero no aquí. —Miré a mi alrededor como si me sintiera expuesta—. ¿Podría ir a verle a su despacho? Es... es una idea un poco rara.

Alonso asintió, validando la petición como parte del proceso.

—De acuerdo. Si tienes una hipótesis sobre tu conducta, me interesa escucharla. Pásate mañana por administración. Lo trataremos en consulta.

—De acuerdo, doctor.

Él asintió y anotó algo en su carpeta antes de marcharse, satisfecho por haber observado una nueva variable en mi conducta. Yo me quedé sola, recogiendo los papeles del suelo. Ya sabía lo que tenía que hacer. El papel de oficina no servía para mi propósito. Necesitaba fabricar mi propia arma.

38

LLAVE

ROCÍO

Pasé las horas previas preparándome para ser la versión perfecta de mí misma. No la Rocío lúcida que reconquistaba su cuerpo por las noches, sino la artista torturada que buscaba un camino hacia la luz.

A las cuatro menos cinco una enfermera vino a buscarme. Caminé por los pasillos blancos con mi estudiada lentitud: arrastrando los pies ligeramente, apoyándome en la pared en las esquinas y respirando con dificultad. Cada paso era una mentira. Por dentro, mi corazón latía con calma, sabiendo exactamente lo que tenía que decir para conseguir lo que necesitaba.

El despacho del doctor Alonso estaba en el ala de administración. Él me esperaba detrás de una mesa de madera, rodeado de títulos enmarcados.

—Rocío, pasa, por favor. Siéntate.

Me señaló una silla y me senté en el borde, encogida, haciéndome pequeña. Alonso me miraba por encima de sus gafas. No era un hombre tonto, sino un hombre vanidoso, y la vanidad era la puerta más fácil de abrir.

—Me dijiste ayer que tenías una hipótesis sobre tu bloqueo con el papel —empezó, con tono neutro—. Te escucho.

Respiré hondo. Empezaba la función.

—Doctor… yo quiero hacer lo que me dijo la doctora García. De verdad que quiero. Quiero… sacar el veneno. — La palabra hizo que sus ojos se aguzaran—. Pero no puedo hacerlo en esos folios.

—¿Por qué?

—Porque me provocan una reacción extraña. Náuseas. Vértigo. — Lo miré dejando que viera el «trauma» en mis ojos—. Ayer, cuando toqué ese papel… me di cuenta. Es el mismo papel que usábamos en la oficina. El papel de las facturas, de los informes… el papel que ella tocaba cada día.

Hice una pausa dramática, bajando la mirada hacia mis manos.

—Era un papel liso, frío, industrial. Era… era su mundo. Y yo tengo que escribir mi verdad, pero no puedo escribirla en su papel. Es como… como intentar limpiar una herida con un trapo sucio. Siento que si escribo ahí, ella gana.

Alonso asintió muy despacio, analizando la información.

—Es una proyección interesante. Estás transfiriendo la aversión hacia la figura de autoridad al objeto físico asociado a ella. Es un mecanismo de evitación clásico.

—Pero me bloquea, doctor. Si no puedo escribir… ¿cómo voy a curarme?

Él se recostó en su silla, entrelazando los dedos.

—Bien. Identificar el bloqueo es el primer paso. Ahora debemos buscar una alternativa que no active ese rechazo. Podemos probar con soportes diferentes, cuadernos de otro material...

—¡No! No, por favor. Sigue siendo papel de fábrica. Sigue viniendo de ese mundo. —Levanté la vista, mirándole con súplica—. Necesito algo... puro. Algo nuevo.

—¿A qué te refieres con "puro"?

Era el momento.

—Ayer, en el invernadero... estuve pensando en lo que usted siempre dice: que las plantas me ayudan a encontrar el orden. La tierra, las hojas... eso es real. —Tragué saliva—. ¿Y si... y si el papel fuera así? ¿Y si lo hiciera yo?

El doctor Alonso se quedó inmóvil un segundo, procesando la propuesta. No sonrió, solo frunció el ceño ligeramente.

—¿Fabricar tu propio papel?

—Un papel hecho de plantas. Un papel artesanal. Que nazca de mis manos, no de una máquina. Algo limpio donde pueda volcar todo lo sucio.

Alonso se levantó y caminó hacia la ventana, dándome la espalda mientras reflexionaba.

—Desde el punto de vista de la terapia ocupacional, es una actividad compleja que requiere planificación y motricidad fina. Podría ser beneficioso para reforzar las funciones ejecutivas. Transformar la materia prima... sí, tiene sentido clínico. Transformar el trauma.

Se giró hacia mí, serio.

—Pero la logística es complicada, Rocío.

—Necesitaría... un sitio —dije, lanzando el anzuelo—. El invernadero es para la tierra, pero para hacer papel... se necesita agua, pilas grandes, prensas... un sitio tranquilo donde pueda concentrarme.

Alonso se frotó la barbilla.

—Tenemos instalaciones en desuso en el sótano, el antiguo taller de laborterapia. Tiene infraestructura hidráulica, un sistema bastante eficaz de extracción de humos y espacio de sobra.

Bingo. Agua corriente. Privacidad. Desagües para deshacerme de los restos químicos.

Fue hacia un mueble metálico, abrió un cajón y sacó un manojo de llaves. Seleccionó una con una etiqueta amarilla que decía «SÓTANO — TALLER» y la puso sobre la mesa.

Pero no me la dio. Puso la mano encima.

—El problema es la supervisión, Rocío. Ese taller está fuera del circuito de cámaras y rondas de enfermería. Es un espacio aislado. Y tú estás en una fase temprana de recuperación. Dejarte allí sola implica riesgos.

Mi corazón se saltó un latido. Riesgos. Él veía peligros físicos, autolesiones. Yo veía la oportunidad de mi vida.

—Podría asignar a un auxiliar para que te acompañe mientras trabajas —dijo, sopesando la idea.

Supervisión. Eso no me servía. No podía tener a nadie mirando por encima de mi hombro mientras hervía raíces venenosas. Necesitaba soledad absoluta.

Tenía que jugármela. Tenía que usar su propio lenguaje contra él.

Me encogí en la silla y negué con la cabeza, empezando a llorar en silencio.

—Entonces no sirve de nada —susurré.

Alonso se detuvo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque si hay alguien mirando... ya no es mío. — Levanté la vista, clavando mis ojos húmedos en los suyos—. Doctor, usted habla de recuperar la autonomía, de volver a ser yo misma... pero si tengo a una enfermera vigilándome como si fuera una niña pequeña o una criminal... me siento enferma. Me siento presa. Y el bloqueo volverá.

—Rocío, es un protocolo de seguridad estándar...

—¡Es un protocolo de desconfianza! —dije con un destello de fuerza calculado—. Usted dijo que yo estaba avanzando. ¿Es mentira? ¿Sigue pensando que soy un peligro para mí misma?

Alonso dudó. Estaba tocando el nervio central de la psiquiatría moderna: el equilibrio entre seguridad y autonomía. Si me negaba la confianza, invalidaba mi progreso. Si me la daba, asumía un riesgo profesional.

—No se trata de desconfianza, se trata de precaución clínica.

—Necesito enfrentarme a esto sola, doctor. Si siento su aliento en mi nuca, no podré escribir. —Me sequé las lágrimas y le lancé el reto final—. Si no estoy lista para estar sola en una habitación una hora al día, entonces no estoy curada. Y todo su trabajo no ha servido para nada.

Se hizo un silencio denso en el despacho. Alonso me miraba, evaluando el riesgo-beneficio. Vi en sus ojos cómo calculaba.

Finalmente, suspiró y retiró la mano que cubría la llave.

—De acuerdo. Vamos a plantearlo como un contrato terapéutico.

Empujó la llave hacia mí, pero sin soltarla del todo.

—Te daré acceso restringido. Dos horas al día, después del almuerzo. Ana te abrirá y te cerrará, pero te dejará sola dentro. Sin embargo, haré inspecciones aleatorias del material y del estado del taller. Si detecto cualquier indicio de conducta de riesgo o negligencia, se acabó. ¿Entendido?

Mis dedos se cerraron sobre la llave. Él creía estar fomentando mi independencia bajo un marco controlado. No sabía que acababa de firmar la sentencia de Laura.

—Entendido, doctor —dije, y esta vez la gratitud en mi voz era real, aunque no por los motivos que él creía—. No le defraudaré.

—Espero que no. Es una responsabilidad grande. Ahora ve. Empieza tu proceso. Y recuerda: el objetivo es el papel, no el aislamiento.

Salí de su despacho caminando despacio, con la llave apretada en mi puño dentro del bolsillo. Ya no era solo una paciente. Ahora era la

dueña de mi propio laboratorio. Y el doctor Alonso acababa de convertirse en mi cómplice sin saberlo.

39

PULPA

ROCÍO

Mi nueva vida se dividía en dos escenarios perfectamente delimitados: el invernadero, que funcionaba como mi escaparate público, y el taller, mi verdadero refugio y centro de operaciones.

Había establecido una rutina que nadie cuestionaba, yendo cada mañana al invernadero cuando la clínica despertaba para enfundarme en el mono de trabajo, convertido ya en mi uniforme, y dedicarme a «mi terapia». Las enfermeras y los terapeutas pasaban y, al verme con las manos hundidas en la tierra, sonreían convencidos de estar viendo a la pobre chica rota reconectando con la naturaleza.

—Es asombroso cómo ha mejorado —oí decir a una, dejándoles ver exactamente lo que querían ver.

Me observaban podar los helechos, regar los geranios y catalogar las plantas que ya estaban allí, validando mi coartada. Mientras ellos veían a la jardinera sanando, yo, la bióloga, simplemente disfrutaba del orden.

El doctor Alonso se mostraba satisfecho con mi progreso y no dudaba en interrumpir mi «trabajo» para supervisarlo.

—Veo que has sistematizado el cuidado de las especies, Rocío —me dijo una mañana, observando mis notas con ojo clínico—. Has traído estructura a este lugar.

—El orden me ayuda a pensar, doctor —le respondí con la voz suave que había perfeccionado.

Alonso asintió, validando el comentario.

—Es el principio básico de la ergoterapia. La imposición de un orden externo ayuda a reestructurar el orden interno. Al clasificar y cuidar las plantas, estás ejercitando la capacidad de organización mental que el trauma había fragmentado. Mantén esta metodología, es un anclaje cognitivo excelente.

Asentí regalándole una sonrisa tímida y él se marchó, anotando observaciones en su tablet, dejándome vía libre.

A mediodía, tras ingerir la insípida comida de la clínica, daba comienzo la segunda fase de mi día bajando al sótano con la llave que me había confiado Alonso. El taller era mi reino, un lugar frío y húmedo que para mí representaba la libertad, pues nadie bajaba allí. Era mi santuario, aquí es donde empezaba el trabajo de verdad.

Antes de tocar nada, cumplía siempre con el mismo ritual de seguridad. De una caja sacaba un par de guantes de nitrilo negros y me los ajustaba con precisión. Eran mi segunda piel, la única barrera entre mi venganza y mi propia muerte.

Me dediqué a la fabricación de papel, ese papel «puro» que le había pedido, consiguiendo que mis padres me trajeran todo lo necesario bajo la estricta supervisión del doctor Alonso, que revisaba cada paquete: fibras de lino, de algodón, una pequeña prensa, mallas y bastidores.

Mis padres me trajeron todo lo que pedí, incluida la botella de vidrio opaco que había marcado como «esencial» en la lista. Les dije que necesitaba un disolvente específico para extraer los pigmentos naturales de las flores y fijarlos al papel sin que perdieran color. Mi padre lo consiguió en una tienda de bellas artes de Cádiz. Lo guardé en el estante más alto del taller, lejos de la humedad, sabiendo que ese líquido volátil y de olor penetrante no era para el arte, sino el vehículo químico necesario para extraer los alcaloides de la raíz y fijarlos en la celulosa.

Ponía las fibras en remojo en la gran pila de loza y las hervía en una olla grande sobre un hornillo eléctrico — solicitado bajo la excusa de esterilizar el material—. Luego, armada con un mortero grande y siempre con los guantes puestos, añadía el extracto concentrado que había obtenido macerando las raíces en el disolvente y machacaba la mezcla hasta transformarla en una pulpa blanquecina y letal.

Era un trabajo físico agotador ante el cual mis músculos, aún débiles por la inactividad, protestaban. Pero el dolor era bueno, me recordaba que estaba viva y que mi cuerpo me obedecía.

Los terapeutas que bajaban a «supervisar» mi progreso, visitas que se volvieron cada vez más escasas, solo veían a una paciente absorta en una tarea artesanal, siempre con guantes, algo que interpretaban como una manía higiénica o profesional.

—¡Qué preciosidad, Rocío! —dijo Ana una tarde, observando cómo levantaba el bastidor de la pulpa y dejaba escurrir el agua—. Aunque no hace falta que uses guantes para todo, mujer, el papel no muerde.

—Es por la textura —mentí sin mirarla—. La grasa de los dedos estropea la fibra. Quiero… que sea perfecto.

—¡Y lo es!

A veces, para alimentar la farsa, añadía pétalos secos de las flores inofensivas del jardín a la pulpa, obteniendo unas hojas de papel rústicas y hermosas, con vetas de color, que dejaba secándose colgadas en un cordel. El taller parecía el estudio de una artista, un producto de arteterapia perfecto.

Aunque ellos solo veían el arte, yo me había obsesionado con el proceso, que para mí no era artístico, sino científico. Me pasaba horas probando mezclas y, como bióloga, empecé experimentando con las concentraciones. Apuntaba los resultados en un cuaderno que escondía bajo un mueble, anotando meticulosamente porcentajes y texturas: «Lino 50%, Ortiga 10%: Demasiado quebradizo. Algodón 80%, Aconitum 20%: Buena textura, muy porosa».

Esta obsesión metódica se convirtió en mi mejor escudo, la clínica entera me protegía al ver lo que querían ver: a Rocío, la bióloga rota, encontrando consuelo en la fabricación de papel artesanal.

La doctora García volvió a visitarme después de haberme dado la idea de las cartas y la recibí en el invernadero.

—Rocío, veo que has estado ocupada. —Señaló una hoja de mi papel artesanal que yo había dejado «olvidada» sobre la mesa—. Es… bonito.

—El doctor Alonso me consiguió el taller, no podía… con el otro papel.

—Y esto… ¿te está ayudando? ¿La idea de escribir?

Levanté la vista mirándola a los ojos y le ofrecí la verdad más pura que tenía.

—Me está ayudando muchísimo, doctora. El proceso… hacer el papel… me ayuda a ordenar mis pensamientos.

Vi cómo ella lo procesaba, viendo la «terapia» funcionar y a su paciente conectando el trabajo manual con el orden mental; vio su

propio éxito.

—Me alegro mucho, Rocío.

Esa tarde, cuando todos se fueron y la soledad volvió a reinar, bajé al sótano para comprobar que el último lote de papel estaba casi seco. Me puse unos guantes nuevos y toqué la superficie. Era perfecto, grueso y poroso, con una textura rústica que lo convertía en una esponja ideal.

Había tardado semanas en conseguir la textura exacta, pero al sostener la hoja a la luz supe que había valido la pena. Era hermosa. Y era mía.

Por fin estaba lista para escribir la primera carta.

40

MATALOBOS

MANUEL

El viaje de los domingos a Puerto Real se había transformado, si durante más de un año había sido

una procesión, un trayecto lento y pesado hacia la tumba en vida de nuestra hija, ahora era diferente.

Pepa ya no rezaba, sino que tarareaba canciones de la radio llevando sobre las rodillas, como si fuera una ofrenda, la fuente con el bizcocho de limón que había horneado esa misma mañana.

—¿Crees que le gustará, Manolo? —me preguntó por tercera vez.

—Claro que sí, mujer. Es tu bizcocho, es el sabor de casa.

—Está tan delgadita… Pero tiene mejor color, ¿verdad? Yo la veo con más color.

—Sí, Pepa. Está mucho mejor.

Yo también lo notaba, sintiendo que la esperanza había vuelto a meterse en el coche con nosotros.

La clínica también había cambiado, y cuando entramos la enfermera del mostrador nos sonrió con una sonrisa de verdad.

—¡Manuel, Pepa! Buenos días. Vais a verla, ¿no? Está en el invernadero. No veáis lo que ha hecho con ese sitio, es una maravilla.

El doctor Alonso nos interceptó en el pasillo, con su carpeta bajo el brazo y aspecto satisfecho.

—Manuel, Pepa. Buenos días. La evolución es muy favorable. Ha establecido una rutina de trabajo muy disciplinada en el invernadero. Pasa horas catalogando y cuidando las plantas. Creemos que esta actividad está actuando como un anclaje cognitivo muy potente para reestructurar su día a día. Pasen a verla. Ha convertido el invernadero en su espacio de seguridad, en su santuario.

«Su santuario». Cruzamos el jardín principal hasta el invernadero del fondo. Al abrir la puerta, el golpe de calor y humedad nos dio en la cara con su olor a tierra mojada.

Y allí estaba ella.

De espaldas a nosotros y de pie, llevaba el pelo recogido en una coleta. Estaba inclinada sobre una larga mesa de madera cubierta de cacharros que la hacían parecer el laboratorio de un boticario.

—Hija? —dijo Pepa con un hilo de voz.

Rocío se detuvo y se giró.

—Hola, mamá. Hola, papá.

Pepa corrió a abrazarla. Vi a mi hija cerrar los ojos con fuerza y devolver el abrazo.

—Estoy aquí, mamá —dijo con voz tranquila.

Luego me miró a mí.

—Hola, papá.

—Hola, Rochi —dije, con un nudo en la garganta.

Pepa empezó a hablar sin parar, nerviosa y feliz, contándole los cotilleos del pueblo. Rocío la escuchaba mientras volvía a su mesa, cogiendo un cuaderno y un lápiz para apuntar algo, asintiendo pero con una parte de su cerebro claramente en otro sitio.

Yo me dediqué a curiosear. Me impresionó el orden que tenía allí montado. Estaba todo etiquetado con pequeñas tablillas de madera.

De repente, la puerta del invernadero se abrió de nuevo y entró un hombre con uniforme de mantenimiento.

—Buenos días —dijo—. Perdonen, venía a revisar el goteo del fondo.

—Pase, pase —dije yo.

El hombre avanzó entre las mesas, silbando por lo bajo, hasta llegar a la zona más oscura del fondo. Se detuvo en seco frente a un rincón sombrío, donde una maceta grande estaba medio oculta entre unos geranios crecidos.

—Uy… ¿y esto? —murmuró, alumbrando con una linterna—. Esto no debería estar aquí dentro.

Se agachó hacia la maceta. Yo me acerqué un poco, curioso. Eran unas flores extrañas, de un color azul oscuro, casi morado. Tenían una forma rara.

—Esto parece acónito —dijo el hombre, alargando la mano—. Como lo vea el director nos cae una buena… Voy a arrancarlo ahora

mismo.

—¡NO!

El grito fue un latigazo. Seco. Autoritario.

Me giré sobresaltado. Había sido Rocío.

Mi hija había cruzado el invernadero en dos segundos. Ya no parecía débil. Estaba de pie junto al operario, con una mano agarrándole la muñeca para detenerlo. Su agarre era firme. Sus ojos, clavados en el hombre, no tenían ni rastro de miedo o confusión.

El operario se quedó paralizado.

—Eh... tranquila, chica. Solo iba a quitarlo...

—No es acónito —dijo Rocío, soltándole la muñeca con un gesto brusco, casi de desprecio—. Es *Delphinium elatum*. Espuela de caballero.

Señaló una etiqueta que ella misma debía haber puesto.

—La necesito para los pigmentos azules —continuó, y su voz volvió a bajar, intentando recuperar ese tono suave de enferma, pero yo había oído el grito anterior. Había visto la fuerza—. Es... muy delicada. Necesita esa sombra. Si la arrancas, se muere.

El operario se frotó la muñeca, mirándola con recelo.

—Pues se parece mucho a la otra. Pero tú sabrás, que eres la bióloga.

—Sí —dijo ella, colocándose entre el hombre y la planta, bloqueando el acceso como un perro guardián—. Yo soy la bióloga. El goteo está bien, gracias.

El hombre asintió y salió del invernadero rápido.

Se hizo un silencio incómodo. Pepa soltó una risita nerviosa.

—¡Ay, qué genio tiene mi niña! ¡Como defiende sus plantas!

Rocío se giró hacia nosotros. Respiró hondo, recomponiendo la máscara.

—Lo siento, mamá. Es que… me ha costado mucho que crezcan. Me he puesto nerviosa.

Me miró a mí.

—Son bonitas, ¿verdad, papá? —dijo con su voz suave, señalando las flores azules en la penumbra—. Son… especiales.

Me devolvió la mirada. Y en ese segundo, el invernadero desapareció. Solo estábamos ella y yo.

Juro por mi vida que la mujer que me estaba mirando no era la Rocío rota. La forma en que había cruzado el invernadero, la fuerza con la que había agarrado al hombre, la autoridad de su voz… esa no era una paciente recuperándose.

Sus ojos me escrutaron como si estuviera calculando cuánto había visto yo. Como si yo fuera otro intruso al que había que vigilar.

Duró un instante. Luego parpadeó y volvió a ser mi niña.

—Venga, vamos. Mamá ha cortado el bizcocho.

El resto de la visita fue normal.

El viaje de vuelta fue una tortura. Pepa iba radiante, hablando de la recuperación milagrosa, de lo centrada que estaba Rocío.

—Está sanando, Manolo. Por fin.

Asentí y me concentré en la carretera. Pero no veía el asfalto. Veía la mano de mi hija agarrando la muñeca del jardinero.

Pepa tenía razón, Rocío estaba concentrada. Pero la concentración que yo había visto no era la de una enferma que se cura, ni la de una artista absorta.

Aparté el pensamiento con violencia. Era monstruoso pensar así de mi propia hija. Pero mientras entrábamos en casa, la imagen de aquellas flores de un azul imposible y la mirada de Rocío se me clavaron como una espina que no podía sacar.

41

TINTA

ROCÍO

Había pasado un mes de trabajo metódico y silencioso en los dos mundos que me había construido. Arriba, en el invernadero, yo era la jardinera, la paciente milagro que recuperaba la calma ordenando macetas y podando hojas secas; era el escenario donde representaba mi papel para los médicos y las enfermeras.

Abajo, en el sótano, era la artesana y el taller se había convertido en mi verdadero refugio, donde el olor a piedra húmeda y a pulpa de papel hirviendo era el perfume de mi libertad. Durante semanas mi rutina había sido invariable: hervir las fibras, machacarlas en el mortero y prensarlas en el bastidor.

Colgadas de un cordel que cruzaba el sótano tenía una docena de hojas de papel «puro» que por fin estaba listo. No era el papel liso y muerto de las oficinas, sino un papel grueso y rústico con una textura hermosa, casi viva, cuyas fibras irregulares y bordes imperfectos pedían ser tocados.

Era el momento, así que bajé al taller una tarde, sabiendo que nadie me molestaría a esa hora, la clínica estaba sumida en ese letargo que seguía a la comida.

Cerré la puerta con llave por dentro. Me acerqué a la estantería y cogí la caja de guantes. Me los puse despacio, asegurándome de que

no hubiera ni un solo rasguño en el nitrilo, ajustándolos bien a mis dedos. Solo entonces me acerqué al cordel.

Descolgué las hojas más perfectas, las más porosas, y las toqué con la yema de los dedos protegida, comprobando que estaban secas, ásperas y listas. Noté la textura irregular, sabiendo que en cada micro-poro de celulosa dormía una dosis microscópica de aconitina cristalizada tras la evaporación del disolvente.

Me senté en el taburete de madera frente a mi mesa de trabajo pero no cogí un bolígrafo, ya que el bolígrafo era rápido, moderno y sin alma —era de Laura—, y yo necesitaba algo más. Mis padres me habían traído una caja de cosas viejas de mi escritorio pensando que me ayudarían a «reconectar», entre las cuales había una pluma de escribir antigua y un tintero de cristal. Sumergí la punta metálica en la tinta negra y el sonido fue un pequeño rasguño en el silencio del sótano.

Apoyé la mano enguantada sobre la primera hoja para sujetarla. No tembló. Estaba tranquila y serena. El plan que había nacido de la rabia se había convertido en un procedimiento y yo estaba a punto de empezar el experimento.

Querida Laura.

Las palabras fluyeron sin tener que pensar qué escribir ni fingir del todo, solo tuve que recordar. Durante meses había mantenido mis recuerdos a raya, usándolos como combustible para levantarme por la noche y mover las piernas, pero manteniéndolos en su jaula. Ahora abrí la puerta dejando que el dolor saliera, no como un grito, sino como una corriente controlada.

Escribí sobre la noche del faro —no sobre la verdad ni sobre su confesión, sino sobre el frío—, describiendo el sonido del mar rompiendo contra las rocas, la luz de la sirena dándome en la cara y la confusión y el terror de no entender qué estaba pasando.

No recuerdo mucho de esa noche, Laura, solo sé que tú estabas allí; eras mi única luz en esa oscuridad.

Escribí sobre Javier, dejando que la pena por él —la pena real y profunda que sentía por su muerte— fluyera a través de la pluma, contando lo mucho que lo echaba de menos y la culpa que sentía.

¿Cómo pude hacerle eso, Laura? ¿Cómo pude…? A veces, por la noche, oigo su voz y me despierto gritando; el doctor Alonso dice que es el trauma, pero yo sé que es la culpa.

Y escribí sobre Mateo, sobre mi hermano. Sobre cómo su voz me había guiado y cómo ahora, en la clínica, ya no podía oírlo.

Creo que lo he perdido a él también y eso es lo que más me duele. Me has cuidado tanto… pero creo que estoy rota para siempre. Necesito entender, necesito que me ayudes a entender qué pasó.

Mi letra era tranquila, casi infantil; no la letra apretada y analítica de la bióloga, sino la de alguien que busca respuestas, la de alguien que está aprendiendo a escribir de nuevo: la caligrafía perfecta de una víctima.

Llené tres hojas completas, escribiendo solo por una cara sobre ese papel grueso y difícil de manejar. Sabía que para leerlo tendría que humedecerse el dedo para pasar las páginas, porque la textura rugosa hacía que se engancharan unas a otras. Era una trampa táctil.

Cuando terminé y la tinta brillaba húmeda sobre la fibra del papel, soplé suavemente. Luego cogí otra hoja de mi papel artesanal —también tratado— para fabricar un sobre interior rústico y elegante. Guardé las cartas dentro con sumo cuidado y, con la pluma, escribí su nombre en el frontal: Laura Reyes.

Me quedé mirando el sobre sabiendo que ahora venía la parte más delicada, la entrega. El sobre interior era peligroso. Cualquiera que lo tocara y luego se llevara la mano a la boca o a los ojos podría enfermar. No podía dárselo a nadie así.

Cogí un sobre comercial grande, de papel kraft grueso y seguro, que tenía preparado. Metí el sobre artesanal dentro y lo cerré bien. Me quité los guantes con cuidado, dándoles la vuelta para que la parte externa quedara atrapada dentro, y los tiré a la basura química que yo misma gestionaba.

Ya con las manos desnudas y limpias, cogí el sobre exterior. Ahora era inocuo. Un caballo de Troya.

Esperé al día siguiente, a la ronda de la mañana cuando vino Ana, la terapeuta joven, a traerme la medicación —que fingí tomar y luego escupí—, y cuando se iba a ir, la llamé.

—Ana… —dije con voz débil y nerviosa, haciendo que ella se girara al instante.

—¿Qué pasa, Rocío? ¿Te encuentras bien?

Saqué el paquete. Lo sostenía con ambas manos, como si fuera una reliquia.

—Yo… he hecho esto —dije con los ojos bajos—. Hice… lo que me dijo la doctora García.

Ana se acercó y, al ver el paquete, sus ojos se abrieron con asombro.

—Rocío… ¿has escrito?

Asentí temblando, aunque esta vez el temblor era pura actuación.

—Es… es la primera. Para Laura.

Ana me miró casi con devoción, consciente de que estaba presenciando el milagro.

—Pero… —dije mientras las lágrimas de cocodrilo acudían a mi llamada—. No sé si… no sé si me atrevo. Me da miedo.

—Rocío, esto es un paso enorme —dijo ella cogiéndome las manos—. Es lo mejor que podías hacer. ¡El doctor Alonso se va a poner contentísimo!

—¿Tú crees?

—¡Claro que sí!

—Entonces… ¿podrías… podrías tú…? —Alargué el sobre hacia ella—. Yo no puedo, no puedo dársela a mis padres porque no lo entenderían. ¿Podrías… enviarla tú? Por favor.

Ana extendió la mano, pero la detuve un segundo antes de que lo tocara.

—Por favor, Ana, tened mucho cuidado, no abráis el sobre exterior —le advertí con voz frágil y preocupada—. El papel de dentro es casero, sin tratar, y las tintas naturales son muy inestables. Si lo tocáis directamente o le da mucho la luz antes de tiempo, se estropea enseguida. Se corre la tinta y se deshace.

Ana asintió con seriedad, impresionada por mi delicadeza de artista torturada.

—Descuida, lo trataré con mucho cuidado.

Cogió el sobre kraft cogiéndolo solo por las esquinas, con reverencia.

Ana me miró con una sonrisa radiante, como si sostuviera un trofeo.

—Estoy tan orgullosa de ti.

—Gracias, Ana.

Salió de la habitación con mi carta en la mano, directa a entregarla a algún mensajero de la clínica. La terapia, por fin, había empezado.

42

TROFEO

LAURA

Volver al hotel después de un día de trabajo era como sumergirse en agua limpia. Mientras el mundo exterior era un caos de ruido, incompetencia y necesidades ajenas, mi suite se alzaba como mi obra maestra: doscientos metros cuadrados de orden absoluto.

Inés, mi asistenta, estaba de pie junto a la consola del vestíbulo. La había entrenado durante meses hasta borrar casi por completo su personalidad, logrando que se moviera con la eficacia de un fantasma y que nunca hablara si no se le preguntaba.

—Buenas tardes, señora Reyes.

—Inés. ¿Alguna novedad?

—Todo en orden. Los promotores de Hamburgo han llamado dos veces, les he dicho que les devolverá la llamada mañana. Y... ha llegado esto.

Señaló la consola de madera, sobre la cual, completamente solo, había un sobre. Era un sobre grande, de papel kraft marrón, comercial y anodino, que parecía fuera de lugar sobre la superficie pulida de la madera, como una caja de cartón barata en el escaparate de una joyería.

Me detuve, frunciendo el ceño. No esperaba paquetería. Mis contratos llegaban por mensajería certificada en sobres corporativos, y mis invitaciones sociales en cartulina verjurada. Aquello parecía... vulgar.

—¿Qué es eso? —pregunté sin acercarme, mientras me quitaba la chaqueta.

—Es personal, señora. Lo ha traído un mensajero de la clínica de Puerto Real.

¿De la clínica? Me quedé inmóvil un instante. Alonso solía llamarme o enviarme informes por correo electrónico. ¿Qué podía ser tan físico y tan tosco como para enviarlo así?

—Me han dicho que... bueno, que tenga cuidado al abrirlo —añadió Inés con timidez—. Que lo de dentro es muy frágil.

Dejé la chaqueta sobre el brazo de Inés y me acerqué, picada por una curiosidad genuina. Cogí el sobre kraft. Pesaba más de lo que parecía, tenía cuerpo.

—¿Frágil? —bufé, dándole la vuelta entre mis manos—. Tonterías de locos.

—Bien. Puedes retirarte, Inés. Prepara la terraza para esta noche: el Réquiem de Mozart y una botella de Lagavulin.

—Sí, señora.

Inés desapareció por la puerta de servicio tan silenciosamente como había aparecido y yo me quedé sola con el objeto, sopesándolo. No tenía remitente, solo mi nombre escrito con una caligrafía funcional de administrativo. No tenía ni idea de qué podía contener. ¿Una manualidad? ¿Algún "regalo" absurdo de agradecimiento de los padres?

No lo abrí de inmediato porque no tenía prisa. La curiosidad era un placer que me gustaba dosificar. Lo dejé sobre la mesa del salón y fui a la ducha, tardando una hora en prepararme para mi velada.

Mientras el agua caliente caía sobre mis hombros, sentí una punzada leve, no de culpa, sino de extrañeza. Hacía más de cuatro semanas que no pisaba la clínica. Desde aquel día en que le subí la dosis tras el incidente de la cuchara, mis visitas se habían espaciado hasta desaparecer, devoradas por las interminables negociaciones con los inversores de Hamburgo y la expansión del negocio. El imperio requería atención, y Rocío, al fin y al cabo, ya estaba "resuelta".

Había intentado ir la semana pasada, incluso llamé a Alonso desde el coche estando ya a medio camino, pero el buen doctor, con esa voz empalagosa de orgullo paternal, me disuadió.

—Laura, querida, no vengas ahora —me había dicho—. Está en el sótano, en el taller que le habilitamos. No para de fabricar ese papel artesanal, una hoja tras otra, desde que amanece hasta que anochece. Está tan obsesionada con su rutina que interrumpirla sería contraproducente. Déjala en su bucle, es vital para su proceso.

Sonreí bajo el chorro de agua al recordarlo. Alonso, en su ingenuidad, lo llamaba "constancia terapéutica" y me hablaba de "papel artesanal"; yo sabía lo que era realmente: institucionalización.

Es cierto que llevaba casi un mes sin darle su dosis semanal, y al principio eso me preocupó. ¿Despertaría? ¿Volvería la rabia? Pero la descripción de Alonso me tranquilizó más que cualquier fármaco. Si Rocío se pasaba el día encerrada en un sótano oscuro repitiendo

mecánicamente la misma tarea una y otra vez, significaba que mi trabajo estaba hecho. Ya no necesitaba el haloperidol para anularla; su propia mente, rota y reducida a la mínima expresión, había buscado refugio en una tarea repetitiva y absurda. Se había convertido en un autómata.

Ese sobre que había llegado... seguramente eran esos "papeles" de los que hablaba Alonso. Una muestra de su locura manual.

Mi ausencia no era un descuido, me dije al cerrar el grifo mientras el vapor llenaba el baño. Era la confirmación de que la ruptura era irreversible. La droga había sido las ruedines de la bicicleta. Ahora, Rocío pedaleaba hacia la nada ella sola.

Cuando salí a la terraza la noche era perfecta, con el aire de Vejer limpio y fresco, con un toque de salitre. El sistema de sonido invisible ya reproducía las primeras notas del Lacrimosa e Inés había dejado la botella de whisky, un vaso tallado y un único cubo de hielo perfecto en una cubitera de plata junto al sobre misterioso.

Me serví el whisky dejando que su olor llenara el aire, cogí el sobre y mi abrecartas y me senté en el sofá mirando las luces lejanas del pueblo en la colina, mientras la música empezaba a crecer como una marea de belleza trágica.

Rasgué el sobre exterior de papel kraft con impaciencia, ignorando la advertencia de fragilidad que Inés me había repetido como un loro, y extraje el contenido.

Era otro sobre, este de un papel blanco roto, de aspecto basto y artesanal. En el frontal, escrito con una caligrafía temblorosa, casi infantil, ponía mi nombre: Laura Reyes.

Me quedé paralizada un segundo. Era la letra de Rocío.

Una sonrisa diminuta, casi imperceptible, se dibujó en mi cara al comprender de qué se trataba. Así que el milagro de la cuchara había evolucionado; la muñeca de trapo, al parecer, había aprendido a escribir. No era una manualidad tonta. Me escribía. A mí.

Abrí el sobre interior con avidez. El papel de la carta era rugoso, grueso y difícil de desplegar. Al sacarlo, un olor extraño me golpeó la nariz: una mezcla de tierra húmeda y algo más punzante.

Arrugué la nariz con disgusto, apartando la cara levemente. Debía ser algún aglutinante orgánico barato que usaba en su taller, o quizá simplemente el hedor de ese sótano húmedo impregnado en la fibra porosa. Qué poco refinado. Qué sucio. Qué propio de ella intentar hacer algo "artístico" y que termine oliendo a cocina vieja.

Sin pensarlo, activada por el estrés y la costumbre de años revisando contratos interminables y contando billetes, me llevé el dedo índice a la boca, humedeciéndolo generosamente con saliva para contrarrestar la aspereza de aquel material infame.

Presioné ese dedo húmedo contra la esquina de la hoja para separarla mejor. La saliva actuó sobre la fibra porosa, oscureciéndola ligeramente. Sentí el tacto áspero del papel artesanal contra mi lengua cuando, distraídamente, volví a llevarme el dedo a los labios para pasar a la segunda página, y luego a la tercera, saboreando el papel junto con el whisky.

Empecé a leer y confirmé que la carta era exactamente lo que esperaba. La prueba definitiva de que mi trabajo en el psiquiátrico había sido un éxito rotundo.

Querida Laura.

Te escribo esta carta sin saber si alguna vez tendré el valor de que la leas. El doctor Alonso dice que es bueno sacar las cosas y la doctora García, la que vino de Madrid, me dijo que tenía que... sacar el veneno.

Sonreí. ¿El veneno? Qué ironía.

No recuerdo mucho de esa noche, Laura, solo sé que tú estabas allí; eras mi única luz en esa oscuridad. El sonido del mar... la luz de la policía... todo es una mancha.

Me siento tan perdida. La culpa me está matando y a veces, por la noche, oigo la voz de Javier y me despierto gritando. ¿Cómo pude hacerle eso, Laura? ¿Cómo pude...? El doctor dice que es el trauma, pero yo sé que es la culpa. Soy culpable, lo sé, y no sé cómo vivir con esto.

Y Mateo... ya no le oigo. Creo que lo he perdido a él también y eso es lo que más me duele. Me has cuidado tanto, has sido tan buena conmigo y con mis padres... pero creo que estoy rota para

siempre. Necesito entender, necesito que me ayudes a entender qué pasó.

Tu amiga,

Rocío.

Terminé de leer justo cuando el Confutatis Maledictis estallaba en el sistema de sonido con los coros masculinos rugiendo, profundos y poderosos. Al terminar, noté un sabor metálico y un ligero entumecimiento en la punta de la lengua, que achaqué a la fuerza del whisky escocés y al asco que me daba aquel papel maloliente.

La carta era una obra de arte de la desesperación: incoherente, infantil en su vulnerabilidad, saltando de la culpa al miedo y del agradecimiento a la confusión. Era el balbuceo de una mente rota que intentaba patéticamente volver a pegar sus pedazos, y era exactamente lo que esperaba. Mi plan había funcionado mejor de lo que jamás había soñado, no solo la había neutralizado, sino que ahora, en su intento de «sanar», se volvía hacia mí. Seguía siendo su ancla, su «luz en la oscuridad», demostrando que no había roto su dependencia de mí, sino que la había hecho mil veces más fuerte. Ella no era una amenaza, era mi mayor éxito.

Doblé la carta con cuidado sabiendo que no era basura, sino un trofeo. Me levanté para entrar en mi dormitorio y de allí al vestidor, donde abrí el cajón superior de la isla central de madera. Dentro, sobre un forro de terciopelo, solo había dos cosas: el reloj de pulsera de mi hermano Daniel, el que llevaba la noche del accidente, y un par de gemelos de mi padre.

Puse la carta de Rocío al lado del reloj, ya que eran parte de lo mismo: el caos que Mateo Gil había provocado con la muerte de Daniel y el orden que yo había restaurado con la aniquilación de Rocío; la herida y la cicatriz. El equilibrio, por fin, restaurado.

Cerré el cajón y volví a la terraza, donde el whisky me quemó la garganta con una quemadura limpia y placentera. Subí el volumen del Réquiem y, mientras el Agnus Dei flotaba en el aire frío de la noche, me perdí en mi victoria.

43

ENVÍO

ESTEBAN ROCA

El miedo se me había pegado al paladar y llevaba semanas sin dormir bien, con un sabor constante a café frío y a ceniza de cigarro que me acompañaba a las tres de la mañana en la soledad de mi apartamento frente al puerto de Conil. No había dormido una noche entera desde la visita de la psiquiatra, antes de que esa mujer, Elisabeth García, apareciera en El Pícaro con sus ojos listos y su historia de Madrid, mi vida había encontrado un equilibrio. Un equilibrio cobarde, sí, pero equilibrio al fin y al cabo.

Había cambiado los titulares de investigación por las rutas turísticas para ver delfines y el peligro por las cenas con mi hija, Sofía, creyendo que había cambiado el riesgo por la paz. Pero la doctora García había reabierto la herida al volver a poner el nombre de Javier Espinosa sobre la mesa, instalando el fantasma del chaval, al que apenas había tratado en vida, en mi salón.

Me retiré por algo, o más bien, me habían retirado.

Cerré los ojos y, como cada noche, la imagen volvió: el tipo ese sentado en esa misma mesa de El Pícaro, sonriendo con demasiados

dientes. No me había gritado ni amenazado de muerte, sino que había hecho algo peor.

—Una hija preciosa, Esteban —me había dicho removiendo su café—. Sofía, ¿verdad? Qué nombre bonito. Sale del instituto a las dos y media y suele ir con su amiga, una tal Lucía. Es un peligro esa cuesta de la Calle Ancha con tanto coche. Una desgracia pasa en un segundo.

Se había levantado dejando el dinero exacto y dándome una palmada en el hombro.

—Dedícate a las fiestas de los pueblos, hombre. Es más sano.

Y yo lo había hecho: tragué saliva, cerré el periódico digital, guardé mis archivos y me compré la maldita barca, eligiendo a mi hija. Era una elección que cualquier padre entendería, pero que me había convertido en un cobarde.

Sin embargo, la doctora García lo había cambiado todo con su historia, la de ese tal Álex de la Torre, demostrándome que esto no era un caso aislado y que Laura Reyes no era una simple empresaria corrupta, sino una depredadora.

Me levanté del sofá para ir a la cocina a por otro vaso de agua y miré por la ventana al puerto de Conil, que dormía en silencio. Tenía que justificarme usando a Sofía, a mi hija, como mi escudo y mi razón para no hacer nada, pero entonces el fantasma de Javier Espinosa, sentado en el sofá, pareció hablar.

Javier también era hijo de alguien.

Me di cuenta de que no podía seguir viviendo con esto, aunque el miedo a esa gente era terrible, el asco que empezaba a sentir por mí mismo era peor. Ya no se trataba de periodismo, se trataba de decencia.

Me vestí en la oscuridad, cogí las llaves del coche sin decirle a Sofía adónde iba —mejor así, dormida en su habitación— y conduje los diez minutos que me separaban de mi antiguo despacho, una oficina que ahora usaba de trastero. Encendí la luz fluorescente, que

parpadeó antes de iluminar un caos de cajas de cartón, y fui directo a la esquina del fondo para apartar un par de cajas etiquetadas como «Impuestos 2022» y sacar la que buscaba, la que no tenía etiqueta.

La puse sobre la mesa del salón: eran dos discos duros externos y un archivador lleno de notas. Abrí el ordenador portátil sabiendo que la carpeta de Javier Espinosa, la que ahora tenía la doctora García, era solo la punta del iceberg, el trabajo de un aficionado con talento.

Lo que yo tenía era el iceberg entero.

Cuando Javier murió yo no lo dejé del todo. El miedo me hizo callar, pero la rabia también me hizo seguir investigando en silencio, por lo que ahora tenía la red de blanqueo completa. Javier tenía los nombres de las empresas —«Levantina de Edificaciones», «Azure Horizons»—, pero yo tenía algunas transferencias bancarias, el rastro del dinero: cómo salía de la constructora de Marbella en forma de facturas infladas por reformas en hoteles de lujo, cómo viajaba a cuentas en Gibraltar a nombre de «Azure Horizons» y cómo volvía a España, limpio, en forma de «inversión extranjera» para comprar más terrenos y más políticos.

Tenía nombres de testaferros en el Peñón, fechas de reuniones de Laura con un concejal de urbanismo y una investigación que no solo la implicaba a ella, sino a mucha gente más. El dossier de Javier era una acusación; el mío era una condena.

Me pasé el resto de la noche trabajando para organizar un relato coherente, un dossier que la doctora García pudiera entregar a la policía sin necesidad de explicar nada, un caso «llave en mano». Incluí gráficos del flujo de dinero, copias de las actas de las sociedades, un documento de texto explicando el modus operandi y, como guinda, el archivo de audio de mi conversación con el tipo del traje barato: la prueba de las amenazas.

A las seis de la mañana todo estaba en una única carpeta en mi escritorio: «CASO J.E.». Ahora venía la parte peligrosa, la entrega, y como no podía usar mi correo, cogí un USB, copié la carpeta y borré el original de mi disco duro.

Volvía a casa. Esperé a que Sofía se despertara para ir al instituto.

—Papá, ¿no has dormido? —me preguntó al verme con la misma ropa.

—Tenía trabajo, cariño. Oye, hoy no voy a poder llevarte, tengo que salir.

—No pasa nada, he quedado con Lucía. —Me dio un beso en la mejilla—. Ten cuidado, papá.

Me miró y supo que algo había cambiado.

—Tú también, Sofía. Te quiero.

En cuanto salió por la puerta cogí el coche y conduje hasta un locutorio en Chiclana, lo bastante lejos de Conil, donde pagué en efectivo por una hora de internet. El ordenador era lento, prehistórico, pero abrí un navegador privado y creé una cuenta de correo anónima: «PeriodistaFantasma2025».

Subí el archivo, tardó una eternidad durante la cual sentía las miradas en mi nuca con cada minuto que pasaba. Cuando el archivo terminó de subir, escribí en la dirección de destino el correo que la doctora García me había dado en el bar, el que yo le había dicho que nunca usaría.

Asunto: Javier Espinosa.

En el cuerpo del mensaje solo escribí una frase, la que llevaba un año atascada en mi garganta: "Javier Espinosa merecía justicia. Esto es todo lo que tengo. Úselo bien."

Mi dedo tembló sobre el ratón, suspendido sobre el botón de «Enviar», sabiendo que era el punto de no retorno, el verdadero salto al vacío. Cerré los ojos, pensé en Sofía, en Javier y en Rocío, e hice clic.

El correo se fue.

Cerré la sesión, borré la cuenta y limpié el historial antes de salir del locutorio a la luz brillante de la mañana. Me metí en el coche y me quedé con las manos en el volante, temblando, consciente de que

ya no había vuelta atrás: había soltado la bomba y ahora solo quedaba esperar la explosión.

44

ENGRANAJE

DRA. GARCÍA

Aunque había vuelto a Madrid, mi cabeza seguía en el sur y mi consulta se había convertido en un mero escenario donde atendía a mis pacientes y escuchaba sus ansiedades de manual, pero sin estar realmente allí. Mi mente permanecía en Conil, esperando que un periodista aterrorizado se decidiera a salvarme.

Habían pasado días desde mi regreso, días de frustración en los que cada noche, al llegar a casa, me servía una copa de vino que no me apetecía y abría el portátil para introducir la contraseña de la cuenta que le había dado a Roca. "No hay mensajes nuevos". Era la misma respuesta cada noche, así que empezaba a perder la esperanza convencida de que Roca no iba a hablar, había elegido a su hija. Una elección lógica y humana que, sin embargo, era mi callejón sin salida.

Era un martes por la noche y llovía cuando, justo al punto de cerrar el ordenador, la pantalla parpadeó mostrando un mensaje nuevo. "PeriodistaFantasma2025", y el asunto: "Javier Espinosa".

Me quedé mirando la línea sin atreverme a respirar, tardando un segundo entero en hacer clic para encontrar un cuerpo de mensaje escueto: "Javier Espinosa merecía justicia. Esto es todo lo que tengo. Úselo bien." Debajo había un único archivo adjunto, un fichero comprimido titulado "CASO J.E.".

Descargué el archivo, y al descomprimirse la carpeta del infierno se abrió ante mí. Me había esperado notas o quizá algunas entrevistas, pero lo que encontré fue el iceberg entero, demostrando que Roca no era un simple periodista, sino un investigador obsesivo, casi maníaco. Lo tenía todo: hojas de cálculo y gráficos que mostraban el flujo del dinero. Empecé a leer y comprendí que no era una teoría, eran hechos.

Vi facturas infladas por las obras de "La Pausa" y otros hoteles del grupo, con cifras astronómicas por trabajos de jardinería o reformas. También vi transferencias de "Azure Horizons", la sociedad fantasma en Gibraltar: el dinero salía de Marbella, entraba en el Peñón y desaparecía. Y lo más importante, el retorno, vi cómo esa sociedad volvía a invertir el dinero ya limpio en España comprando terrenos en la costa que, casualmente, eran recalificados como urbanizables semanas después.

Tenía nombres de testaferros, fechas de reuniones de Laura con un concejal de urbanismo y un archivo de audio. Hice doble clic y oí la voz de Roca seguida de otra voz, grave y con acento del sur.

—...una hija preciosa, Esteban. Sofía, ¿verdad? Es un peligro esa cuesta de la Calle Ancha... Una desgracia pasa en un segundo. Dedícate a las fiestas de los pueblos, hombre. Es más sano.

Sentí náuseas y apagué el audio, consciente de que Roca no me había dado la pistola humeante, sino el arsenal completo.

Cerré el portátil. Esto ya no era psicología ni un trauma, sino crimen organizado a un nivel que ni siquiera había sospechado. El sargento Jiménez no podía hacer nada con esto, ni tampoco el juez de Barbate, porque era demasiado grande. Tenía que saltar por encima de toda la cadena de mando local, probablemente comprada o amenazada, para ir directamente a la cima.

Para eso tenía que hacer algo que había jurado no hacer jamás: usar el nombre de mi padre. Fui a la biblioteca de mi apartamento, donde guardaba sus cosas, y abrí su vieja agenda de piel que aún olía a cuero, pasando las páginas llenas de teléfonos de jueces, fiscales y políticos hasta encontrar el nombre: Velasco, Rafael. Comisario de la UDEF. Mi padre lo había ayudado en sus inicios y lo recordaba vagamente de las cenas en casa como un chico joven e intenso.

Cogí mi móvil y marqué el número personal; eran las diez de la noche, pero me daba igual.

—¿Velasco? —Sonó una voz áspera y cansada.

—¿Comisario Velasco?

—Sí, soy yo. ¿Quién coño es?

—Mi nombre es Elisabeth García. Soy la hija del magistrado García Lozano.

Hubo un silencio pesado al otro lado, de sorpresa y respeto, y la voz que volvió a sonar era otra.

—Doctora. Perdone la brusquedad. Qué… qué sorpresa. Su padre fue un mentor para mí. ¿En qué puedo ayudarla?

—Comisario, necesito verle. Mañana. Es urgente.

—Estoy con un caso en Bruselas…

—Es sobre una red de blanqueo de capitales multimillonaria que opera entre Marbella, Gibraltar y la costa de Cádiz. Y tengo las pruebas. Todas.

Se hizo otro silencio, más denso.

—Mañana a las nueve. En mi despacho. En Canillas.

Colgué sabiendo que la partida acababa de cambiar de tablero.

El complejo policial de Canillas era un monstruo de hormigón gris, funcional y feo, donde Velasco me recibió en un despacho impersonal lleno de archivadores metálicos que parecían de atrezo. Era el hombre de la voz cansada: cincuenta y tantos, un traje gris y unos ojos que lo habían visto todo.

—Doctora. Siéntese. Dice que tiene pruebas.

Puse mi portátil sobre su mesa, lo abrí y le enseñé la carpeta de Roca sin hablarle de Rocío, de la catatonia, de traumas ni de cartas, sabía que eso para él sería ruido. Le hablé en su idioma.

—Comisario, no le voy a hablar de psicología. Le voy a hablar de dinero.

Le expuse el caso fríamente mostrando el dossier de Roca, el flujo de dinero, las recalificaciones y las amenazas, y aunque Velasco escuchaba sin pestañear, vi cómo sus ojos se afilaban. Al final le hablé de Álex de la Torre, de Javier Espinosa y de Rocío Gil.

Velasco se recostó en su silla.

—Doctora. Usted debería haber sido policía. —Me miró fijamente durante un minuto entero—. Lo que me trae… es oro puro. Vamos a abrir diligencias previas ahora mismo.

Sentí alivio.

—Pero —continuó—, quiero que entienda una cosa y quiero que la entienda bien: esto no es una serie de Netflix. Esta gente lleva años construyendo este castillo de naipes financiero para que sea imposible de derribar.

Señaló la pantalla.

—Para tirar de este hilo de Gibraltar necesito una comisión rogatoria y, para que un juez me la firme, necesito un informe de la

fiscalía. ¿Sabe cuánto tardamos en conseguir que nos suelten un extracto bancario?

Negué con la cabeza.

—Meses. A veces, un año.

Se levantó y miró por la ventana, hacia el patio gris de Canillas.

—Hemos despertado a la bestia, doctora, pero la justicia, la de verdad, es una bestia lenta, muy lenta, que se mueve con el paso de la burocracia. Así que ahora lo único que podemos hacer es tener paciencia. Nosotros nos encargaremos y usted vuelva a su consulta y espere.

Salí de aquel edificio gris con una extraña mezcla de victoria y pavor, sabiendo que la maquinaria se había puesto en marcha y que la bestia lenta de la justicia había empezado a caminar.

45

SÍNTOMAS

LAURA

Las semanas que siguieron se asentaron en una rutina de poder donde la maquinaria de mi imperio

parecía funcionar a la perfección. Los promotores alemanes, como era de esperar, habían aceptado mi oferta del sesenta-cuarenta, y el dinero fluía desde Marbella a Gibraltar para volver a la costa limpio, listo para comprar el siguiente trozo de paraíso.

Yo me sentía intocable, convencida de que la investigación policial que esa doctora de Madrid había intentado iniciar se había perdido en un mar de burocracia. Pero la realidad tiene la mala costumbre de golpear cuando bajas la guardia.

Ocurrió una mañana, justo al salir de una reunión. Mi teléfono privado —el que solo tenían cinco personas en el mundo y que jamás usaba para trivialidades— vibró en mi bolso. En la pantalla parpadeaba un nombre clave: «Gestoría G.». No era una gestoría, por supuesto. Era mi contacto en la Audiencia Nacional, un favor mensual de tres mil euros que solía ser silencioso.

Contesté con la euforia del negocio alemán aún en la voz.

—Dime.

—Laura, no hables. Solo escucha —su voz sonaba metálica, rápida y sin los formalismos habituales—. Ha entrado un requerimiento esta mañana. De Madrid. De la UDEF central.

Sentí cómo la sonrisa se me congelaba en la cara, como si el aire acondicionado del coche hubiera bajado diez grados de golpe.

—¿Qué tipo de requerimiento?

—Gordo. Están pidiendo comisiones rogatorias a Gibraltar. Y no preguntan por empresas pantalla genéricas, Laura. Preguntan por «Azure Horizons» con nombres y apellidos. Alguien les ha dado algo.

El frío se me metió en los huesos.

—Eso es imposible. Ese entramado es blindado.

—Pues alguien ha encontrado la llave. Tienen hasta fechas de transferencias. Me han dicho que van a por todas, Laura. Esto no es una inspección fiscal, es una causa penal. Van a por ti.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Semanas. Quizás menos si Gibraltar colabora rápido. Limpia tu casa, Laura.

La línea se cortó. Me quedé con el teléfono en la mano, mirando el parking de asfalto gris, sintiendo una punzada aguda en el estómago y un temblor en las manos que casi hizo que se me cayera el móvil.

—Estrés —murmuré, apretando el volante para que dejaran de temblarme los dedos—. Es solo estrés. Maldita sea.

Respiré hondo, obligándome a controlar el pánico. Tenía que mantener la calma. Si cambiaba mis hábitos, parecería culpable. Tenía que seguir como si nada ocurriera.

Por su parte, mi trofeo personal, esa pequeña obra de arte en Puerto Real, seguía produciendo y las cartas siguieron llegando. Me aferré a ellas como a un ancla. Leer la desesperación de Rocío era lo único que me hacía sentir que todavía tenía el control sobre algo. Cada semana, con la puntualidad de un recordatorio de mi victoria, Inés me dejaba un nuevo sobre rústico sobre la consola de madera, convirtiendo el ritual de lectura en mi placer privado y en mi refugio contra el miedo a la policía.

La segunda carta llegó tres días después de aquel aviso y era más confusa que la primera, en ella Rocío describía pesadillas:

«...veo fuego, Laura, pero no es el taller de Javier, es en el faro. Había luces y el mar sonaba muy fuerte. Tú estabas allí y yo te daba las gracias por salvarme, pero no entiendo por qué. ¿Por qué tengo tanta culpa? Te necesito.»

Leí la carta con una sonrisa, pensando que era perfecto. Su mente rota intentaba recordar la verdad, pero su propia culpa, la que yo había cimentado, se lo impedía. Su cerebro se estaba protegiendo de la realidad eligiendo la locura que yo le había ofrecido, así que la guardé junto a la primera.

La tercera carta fue la mejor y llegó a la semana siguiente, hablando de nuestros hermanos:

«...He pensado mucho. He llorado por Mateo, pero no solo he llorado por él, he llorado por ti y por Daniel. Tú perdiste a tu hermano y yo perdí al mío; el dolor es el mismo. Quizá por eso me has cuidado tanto. Mateo cometió un error terrible esa noche y por su culpa Daniel ya no está, igual que por mi culpa Javier ya no está. Somos iguales, Laura, estamos unidas por el mismo dolor. Siento tanto lo de Daniel. Siento tanto lo que mi familia le hizo a la tuya.»

Casi aplaudí. Ella, en su intento de buscar un sentido, me había dado la absolución convirtiéndome en la víctima: Mateo era el culpable y Daniel el mártir. Guardé esa carta con especial cuidado sobre las otras dos, viendo cómo mi colección de trofeos crecía, distrayéndome de la amenaza que se cernía sobre mis cuentas bancarias.

La cuarta carta llegó un lunes, pero apenas la miré y la dejé en el escritorio para mi ritual de la noche, ya que tenía cosas más importantes que hacer. Tenía una reunión en Marbella con Valcárcel, mi «socio» en la constructora, un dinosaurio del ladrillo de esos que aún pensaban que todo se arreglaba con un sobre, con quien me reuní en una oficina polvorienta en un polígono industrial que odiaba. Necesitaba apretarle las tuercas antes de que la UDEF llegara a él.

—Laurita, qué alegría verte.

—Valcárcel, menos alegrías y más números. Los informes de costes de la última certificación de obra de "La Pausa" están demasiado inflados.

—Bueno, bueno, Laura, ya sabes cómo es esto. Los materiales han subido...

—Los materiales no han subido un cuarenta por ciento en un mes —le corté, seca—. Y mucho menos el «mármol de importación» que me has facturado para los baños de la piscina, que sé perfectamente que es travertino nacional de segunda.

Se quedó pálido.

—Escúchame bien, Valcárcel. Admiro tu creatividad con las facturas, pero no me tomes por idiota. Esta operación funciona

porque yo aporto la elegancia y tú aportas... esto. Ajusta la factura un cinco por ciento a mi favor. ¿Entendido?

—Entendido, Laura. Un error de contabilidad.

Salí de allí sintiéndome pletórica, dominando a los alemanes de traje caro y a los matones de traje brillante. Conduje de vuelta al hotel con el sol de la tarde golpeando la costa y Vivaldi a todo volumen, sintiéndome invencible, intentando olvidar la llamada de la gestoría. Hasta que a la altura de Estepona mi móvil personal sonó en el asiento del copiloto. Era un número de Zúrich.

Estiré la mano derecha para cogerlo y entonces ocurrió; no fue un dolor, fue un «no». Mi mano, mi propia mano, se negó a obedecer justo cuando mis dedos iban a cerrarse sobre el teléfono y sentí un calambre agudo, una descarga eléctrica que hizo que se me agarrotaran como una garra, provocando que el teléfono, rozado por mi mano inútil, cayera al hueco de los pies del copiloto.

Duró un segundo, un solo segundo, pero frené de golpe en el arcén mientras el coche que venía detrás me pitaba con furia. Miré mi mano, que estaba temblando, la cerré en un puño y funcionaba; la abrí y funcionaba. ¿Qué demonios había sido eso?

Me froté el antebrazo diciéndome que debía de ser un nervio pinzado por demasiada tensión, el estrés de la UDEF, la reunión con Valcárcel; nada, una tontería. El cuerpo somatizaba el miedo, eso era todo.

Pero me quedé allí en el arcén diez minutos porque el susto había sido real. Por primera vez en años mi cuerpo, mi herramienta perfecta, había fallado.

Llegué a "La Pausa" ya de noche, agotada, y no leí la cuarta carta de Rocío ni bebí whisky; me metí directamente en la cama.

Los días siguientes intenté olvidar el incidente y el calambre no volvió, pero se instaló algo peor: un cansancio de plomo, una fatiga que no era la normal del final del día, sino que me pesaba en los huesos desde el momento en que me despertaba. El café ya no hacía efecto y necesitaba tres por la mañana solo para poder leer los correos, así que empecé a cancelar cosas.

—Inés —le dije un miércoles desde la cama—, llama a Hamburgo y cancela la videoconferencia de las diez. Diles que ha surgido una emergencia familiar.

—Sí, señora Reyes.

El jueves tenía una visita de obra en el nuevo terreno que habíamos comprado cerca de Tarifa.

—Inés, llama a Valcárcel y que vaya él. Me encuentro... indispuesta.

—Sí, señora Reyes.

Indispuesta. Odiaba esa palabra, una palabra de vieja, de mujer débil, pero era la verdad. Me pasé el día en la cama con las cortinas echadas, sumida en una niebla de agotamiento que no entendía y atribuyendo cada síntoma al miedo a la cárcel.

El viernes me obligué a levantarme y me miré en el espejo del baño. Tenía ojeras, yo, que nunca tenía ojeras, y mi piel, siempre perfecta, parecía tener un tono grisáceo. Me vestí y me maquillé el doble de lo normal, la máquina tenía que seguir funcionando. No podía dejar que nadie me viera así.

Me senté en mi escritorio, donde me esperaba la última carta de Rocío que Inés había dejado allí, sobre la madera oscura. La miré con una rabia sorda diciéndome que esto era solo agotamiento, el precio del éxito, el imperio requería sacrificios; no era nada, no podía ser nada.

Yo tenía el control.

46

ESPERA

DRA. GARCÍA

Mi consulta de la calle Serrano era un mero escenario donde atendía a mis pacientes y escuchaba sus ansiedades de manual, esas vidas perfectamente desordenadas, asintiendo y analizando mientras una parte de mí permanecía ausente, esperando.

Había puesto en marcha dos máquinas muy diferentes: por un lado la de Velasco y la UDEF, una maquinaria pesada, oficial y burocrática; y por otro la de Manuel Gil, un hombre solo y asustado que se había convertido en mis ojos y oídos en territorio enemigo. De las dos, la de Manuel era la única que me daba información en tiempo real gracias a una rutina establecida, un pacto de silencio por el cual cada jueves, a las siete de la tarde en punto, mi teléfono privado sonaba.

Ese jueves no fue una excepción, así que tras dejar ir a mi última paciente cerré la puerta del despacho, me senté sirviéndome un vaso de agua y esperé hasta que, a las siete y un minuto, el teléfono sonó.

—¿Dígame?

—Doctora. Soy Manuel. Es jueves.

Su voz era siempre la misma, cansada pero aferrada a este nuevo propósito.

—Manuel, gracias por llamar. ¿Cómo estáis?

—Vamos tirando. Pepa está más animada y yo... yo estoy haciendo lo que me pidió: escucho en el pueblo.

—Bien. ¿Alguna novedad? Empecemos por Rocío. ¿Cómo la habéis visto?

Hubo una pausa y, por primera vez en semanas, pude sentir algo parecido a la luz en su voz.

—Mejor, doctora. Mucho mejor. No se lo va a creer, está… presente. Ya no es la chica que sentábamos en la silla, sino que nos mira y nos sigue en la conversación. Cuando Pepa le cuenta los cotilleos del pueblo ella asiente, ¡incluso sonríe a veces! Una sonrisa pequeña, pero es suya.

Sentí alivio.

—¿Y las cartas? —pregunté—. ¿Ha seguido con la terapia que le propuse?

—¡Sí! ¡Eso es lo mejor! Sigue escribiendo, pasando todo el día en su taller con su papel y sus cosas, pues dice que le ayuda a sacar todo lo que tenía dentro. Ha mandado ya… creo que van cuatro o cinco cartas.

—¿Cuatro o cinco? —pregunté, sorprendida.

—Sí, una cada semana más o menos. Se las llevan a Inés, la asistenta de Laura. Y ella se las entrega. Rocío dice que es importante para perdonar, que necesita que Laura las lea.

Me recosté en la silla comprobando que mi terapia estaba funcionando y que mi propuesta de «sacar el veneno» había sido un éxito. Rocío estaba procesando el trauma, externalizándolo, e incluso había llevado la terapia un paso más allá buscando el cierre, lo cual me alegró profundamente: mi paciente estaba sanando.

—Eso es maravilloso, Manuel. Es una señal fantástica, que siga así.

—Sí, sí… —Su voz volvió a perder el brillo—. Y luego… está lo otro, lo que me pidió que escuchara.

—Laura Reyes.

—Sí. No se habla de otra cosa en Vejer, aunque sea por lo bajo. Doctora, esa mujer está rara.

Me incorporé en la silla sintiendo cómo mi corazón se aceleraba.

—¿Rara? ¿Cómo que rara?

—No sale casi. La mujer de Bartolo dice que su prima, la que limpia, cuenta que la señora ha cancelado muchas reuniones y que está siempre encerrada en la suite. Dice que está... agotada, que no duerme y que se sobresalta por cualquier cosa. Como si se estuviera escondiendo de alguien.

Una sonrisa fina se dibujó en mi cara. Agotamiento. Aislamiento. La bestia lenta de Velasco estaba empezando a hacer ruido. Laura estaba sintiendo la presión policial y la paranoia la estaba consumiendo.

—Gracias, Manuel. Esa información es oro. Sigue escuchando y cuidaos mucho. Hablamos el jueves que viene.

—Cuídese usted, doctora.

Colgué.

La satisfacción me duró exactamente diez segundos, aunque Laura estaba estresada, ¿y qué? Mi frustración no era con Manuel ni con Rocío, sino con la lentitud desesperante de la justicia. Tenía en mi poder un dossier que detallaba una trama de blanqueo de millones y el testimonio de cómo esa mujer había destruido a mi paciente en Madrid y asesinado a un chaval en Vejer; y sin embargo seguía libre en su suite de lujo, simplemente "cansada".

La impotencia me quemaba por dentro, así que cogí el teléfono y marqué el número de Velasco.

—Velasco.

—Rafael, soy Elisabeth García.

Oí un suspiro al otro lado de la línea.

—Doctora. Le dije que paciencia.

—Se me está acabando la paciencia, comisario —dije, incapaz de ocultar el tono de mi voz—. ¿Qué está pasando? Me llegan rumores de que Laura Reyes se está desmoronando, se esconde en su hotel y está paranoica. Es el momento de apretar.

—¿"Apretar"? —la voz de Velasco sonaba cansada, casi paternalista, y eso me enfureció aún más—. Elisabeth, no puedo

detener a alguien porque "parezca cansada" o "se esconda", eso no son indicios de blanqueo, sino de que ha tenido una mala semana.

—¡Tiene el dossier de Roca! ¡Tiene las transferencias!

—Tengo un mapa, doctora, un mapa precioso, pero necesito las pruebas. Le reitero lo que le dije en mi despacho: la investigación avanza, pero es lenta.

—¿Cómo de lenta?

—Acabamos de solicitar la comisión rogatoria a Gibraltar para que nos den los datos de "Azure Horizons" y el juez la ha firmado esta mañana. Ahora esa petición va al Ministerio de Justicia, de ahí a Asuntos Exteriores y de ahí al Peñón, donde un juez tendrá que decidir si se la pasa a los bancos; y los bancos, que protegen a sus clientes, recurrirán.

—¿Me está diciendo... —dije, incrédula— ...que vamos a tardar meses?

—Meses, si tenemos suerte y no nos ponen pegas, que nos las pondrán. Elisabeth, si cometemos un solo error de procedimiento, sus abogados, que son los mejores del país, nos desmontarán el caso. Tenga paciencia.

Colgó y me quedé mirando el teléfono, impotente, confirmando que la justicia era lo que era. Mientras tanto Laura Reyes seguía en su trono y Rocío Gil en su taller escribiendo cartas a un monstruo, haciéndome sentir atrapada entre dos mundos: el de la justicia legal, que era demasiado lenta, y el de la justicia moral, que no tenía ningún poder.

47

TOXICOLOGÍA

DRA. GARCÍA

El jueves siguiente el teléfono sonó a las siete en punto. La puntualidad de Manuel Gil se había convertido en la única certeza en una semana de frustración, marcada por el silencio administrativo de la Policía y mis propias dudas. Me encontraba ya sentada en mi despacho, con la luz tenue de la lámpara de mesa, preparada para escuchar.

—Doctora, soy Manuel.

—Manuel, buenas tardes. Te escucho.

Su voz era diferente. No era la voz esperanzada de la semana pasada, la del padre que ve a su hija sonreír tras meses de oscuridad, sino una voz tensa y baja, como si temiera que las paredes de su propia casa pudieran oírle.

—Doctora, en el pueblo se están diciendo cosas. Cosas raras.

Noté un cambio en el tono. Dejé el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Qué cosas, Manuel?

—Sobre Laura Reyes. Siguen los rumores del servicio, ya sabe cómo corre la voz aquí, pero... la gente habla y cuando el río suena, agua lleva. Dicen que la señora Laura apenas sale de la habitación.

—¿Sigue con la paranoia de la que hablamos? —pregunté, intentando mantener la calma profesional.

—Dicen que está... consumidita. Tienen la suite a oscuras todo el día. Dicen que la señora grita si abren las cortinas, que dice que el sol le quema los ojos.

Apunté «fotofobia» en mi bloc de notas con un trazo rápido mientras él continuaba, titubeando, buscando las palabras exactas para describir algo que no entendía pero que le asustaba.

—Y hay lío con la cocina. Ha despedido al cocinero esta mañana. Se oyó la bronca desde la recepción. Dicen que le tiró un plato a la cabeza porque decía que la sopa sabía a óxido. Que todo le sabe a

hierro, doctora, hasta el agua embotellada. Dice que la quieren matar.

—¿Sabor a hierro? —pregunté, subrayando la palabra dos veces hasta casi romper el papel.

—Eso dicen. Y que se le caen las cosas de las manos. La han visto rascarse los dedos todo el rato, como si se le hubieran dormido o tuviera hormigas. La gente dice que son los nervios, que la culpa se la está comiendo por dentro, pero... no sé. Suena feo. Suena a enfermedad mala.

—Entiendo. Sigue escuchando, Manuel. Cualquier detalle, por pequeño que sea, es importante. Gracias por llamarme.

Colgué el teléfono quedándome con el auricular en la mano mientras las palabras resonaban en mi cabeza. Me levanté y empecé a caminar por el despacho, incapaz de quedarme quieta. Mi cerebro, entrenado durante años para buscar patrones clínicos, intentaba encajar las piezas en el puzle psiquiátrico, pero no encajaban. El estrés severo podía causar fatiga, sí. La ansiedad podía provocar temblores e incluso alucinaciones somáticas. Pero el estrés no hace que el agua te sepa a metal. La ansiedad no te obliga a vivir en la oscuridad absoluta porque la luz te hiere físicamente la retina.

Aquello no era un cuadro psiquiátrico. Era sistémico. Era orgánico.

Me detuve en seco frente a la ventana, mirando las luces de Madrid, pero mi cabeza voló al sur, al invernadero de la clínica de Puerto Real. Recordé mi visita hace unas semanas, la calma metódica de Rocío, el orden perfecto de sus macetas, su mirada fría... y las plantas. Decenas de plantas que ella cuidaba con devoción científica y silenciosa.

Cogí el móvil y busqué en mis contactos a Jacobo Fuentes. Mi viejo amigo de la facultad, el que siempre sacaba las mejores notas en química y farmacología, ahora era una eminencia en toxicología en el Clínico.

Sonaron dos tonos y contestó con su habitual energía.

—¡Jacobo Fuentes, dígame!

—Jacobo, soy Elisabeth García.

—¡Elisabeth! ¡Mujer! ¿Cuántos años? ¿A qué debo el honor? ¿Un paciente tuyo se ha comido algo y quieres saber si es indigesto?

—Necesito tu cerebro, Jacobo. Para un caso urgente. Y necesito que seas discreto.

El tono de broma de Jacobo se evaporó al instante al notar la tensión en mi voz.

—Dispara. Estoy solo.

—Mujer, unos treinta, previamente sana. Empieza con un cuadro vago de fatiga y debilidad muscular progresiva hace unas semanas. Ahora añade confusión mental y picos de paranoia.

—Vale… —dijo Jacobo despacio, procesando la información—. Podría ser un burnout severo, un inicio de esclerosis múltiple, mil cosas de tu especialidad o del de neurología, Eli. Necesitaría más datos.

—Espera. Hoy me han confirmado síntomas nuevos: fotofobia, hormigueo en las manos y, lo más raro es que todo le sabe a óxido.

Hubo silencio al otro lado de la línea. Solo oía su respiración y el leve tecleo en un ordenador.

—Ah —dijo Jacobo—. Bueno, eso lo cambia todo.

—¿El qué?

—Que eso no es psicológico, ni de coña. El sabor metálico junto con la parestesia periférica es la firma, Eli. Acabas de describirme un cuadro de neurotoxicidad de libro.

—¿Intoxicación?

—Metales pesados, arsénico… o alcaloides vegetales potentes. ¿A qué tiene acceso esa mujer? ¿Trabaja en la industria? ¿Pinturas? ¿Plomo?

—A nada que yo sepa, vive en un hotel de lujo. Pero… tiene contacto indirecto, a través de correspondencia, con alguien que tiene acceso a un invernadero.

—¿Un invernadero? —La voz de Jacobo se tensó—. Las plantas pueden ser muy cabronas, Eli. Las peores toxinas no salen de un laboratorio, salen de la tierra. ¿Sabes qué cultivan allí?

Recordé la foto. La que le hice a Rocío en mi última visita.

—Sí. Hice una foto hace un par de semanas. Te la envío ahora mismo.

Busqué la imagen en la galería. Allí estaba Rocío, de perfil, serena, trabajando la tierra con esa concentración absoluta, rodeada de verde. Se la mandé por mensajería instantánea.

—Enviada.

—Espera… —dijo él—. Ya la tengo. La estoy abriendo en el monitor grande.

Oí el clic del ratón. Me imaginé a Jacobo escrutando la pantalla pixel a pixel, buscando al asesino invisible.

—Vale, veo helechos, veo geranios, buganvillas, mucha maleza… parece un sitio bastante normal. Espera… Espera un momento…

El silencio se alargó durante diez segundos eternos en los que contuve la respiración.

—Joder.

—¿Qué? ¿Qué ves?

—Eli, haz zoom en la esquina inferior izquierda, detrás de su codo. Justo donde da la sombra, al lado de la mesa de trabajo.

Amplié la imagen en mi propia pantalla y miré el fondo. Allí, medio ocultas entre la maleza pero perfectamente visibles había unos tallos altos con flores de un color morado intenso y una forma extraña, como capuchas de monje.

—¿Qué son? —pregunté, sintiendo un nudo en el estómago.

—Eso es *Aconitum napellus,* Eli. Acónito. También lo llaman matalobos o casco de Júpiter. Es una de las plantas más venenosas de la flora europea. Contiene aconitina, una neurotoxina brutal que abre los canales de sodio y fríe el sistema nervioso.

—¿Y encaja?

—Como un guante. En dosis letales te para el corazón en minutos. Pero en dosis bajas y continuadas… provoca exactamente eso: debilidad que parece depresión, fotofobia… y lo que lo delata: el hormigueo y el sabor metálico. Es una muerte lenta, agónica y muy difícil de detectar si no la buscas.

Me dejé caer en la silla, helada.

—Pero Jacobo… la víctima nunca ha ido al invernadero. Solo recibe cartas. Papel artesanal que fabrica mi paciente allí mismo.

—El papel es poroso, Eli. Si macera la raíz, hace un extracto y empapa el papel… una vez seco, el veneno sigue ahí, cristalizado en la fibra.

—Pero, ¿cómo entra en el cuerpo? ¿Por tocarlo?

—La barrera dérmica es fuerte, pero si lo toca a menudo… Y sobre todo, las mucosas. Si la víctima manipula esas cartas, si las sostiene mucho tiempo y luego se lleva las manos a la boca, a los ojos, o come algo… O si tiene la manía de mojarse el dedo para pasar las páginas… ahí tienes una vía de entrada directa.

—Recibe una carta cada semana —susurré, sintiendo el peso de la culpa aplastándome.

—Exposición crónica por contacto y mucosas. Es… es un mecanismo perversamente sofisticado. Quien haya diseñado esto sabe mucho de biología, Eli. Y tiene mucha paciencia. Tienes que avisar a la policía. Eso es un intento de homicidio en toda regla.

Colgué el teléfono antes de que pudiera decir nada más. Me llevé las manos a la cabeza y entonces me golpeó la verdad: la idea de las cartas había sido mía.

Recordé mi propia voz en el invernadero diciendo «Quiero que le escribas cartas a Laura», recordé su mirada, su lágrima solitaria y mis palabras: «Para sacar todo el veneno». Rocío me había mirado y había asentido usando mis propias palabras: «Sacar el veneno».

No le había dado una herramienta para sanar. Le había dado el arma. Había sido yo quien le sugirió el método de entrega perfecto,

convirtiéndome no solo en una cómplice pasiva, sino en la arquitecta intelectual de un asesinato.

Justo entonces, mi móvil volvió a sonar. Número oculto. Me sobresalté, con el corazón a mil.

—¿Sí? —contesté.

—Doctora García. Soy Velasco.

La voz del comisario sonaba enérgica, triunfal, muy distinta a la cautela de nuestras últimas conversaciones.

—Comisario…

—Le traigo buenas noticias, doctora. La presión ha funcionado. Gibraltar está colaborando.

—¿Cómo?

—Los bancos del Peñón han entrado en pánico. Han visto que íbamos en serio con la presión internacional y nos han soltado algo de documentación de *Azure Horizons* esta misma tarde. Tenemos nombres, cuentas, transferencias. Todo el esquema de blanqueo al descubierto.

Respiré hondo, intentando procesar la información a través de la niebla de mi propio shock. El dinero. El maldito dinero. Mientras yo pensaba en venenos medievales, ellos seguían el rastro digital.

—¿Entonces? —pregunté.

—Entonces ya tenemos causa probable y evidencia sólida. Estamos redactando la solicitud de detención por blanqueo de capitales, fraude fiscal masivo y pertenencia a organización criminal. El juez la firmará en breve.

—¿En breve?

—Sí. En las próximas horas activaremos el operativo. Iremos al hotel y la detendremos. Se acabó, doctora. La tenemos. Será una operación limpia.

Se hizo un silencio en la línea. Yo tenía la información que podía cambiarlo todo. Podía decirle ahora mismo: *"Comisario, no esperen a mañana. Laura Reyes se está muriendo. Rocío Gil la está envenenando con acónito. Entren ya, salven su vida e imputen a Rocío por intento de homicidio"*.

Era lo correcto. Era lo ético. Era lo que dictaba mi juramento hipocrático. Salvar la vida, sin importar de quién fuera.

Pero entonces pensé en Álex de la Torre cayendo al vacío, empujado por la locura que ella le indujo. Pensé en Javier Espinosa ardiendo vivo en su taller, gritando. Pensé en Rocío, sentada en esa silla de ruedas durante un año, babeando por culpa de la catatonia.

Laura Reyes era un cáncer. Y a veces, para curar el cáncer, hay que usar veneno. La justicia de Velasco la metería en una cárcel unos años. La justicia de Rocío era definitiva.

Si hablaba ahora, salvaba a Laura y condenaba a Rocío a ser tratada como una criminal loca. Si callaba... la justicia seguiría su curso natural. Una justicia más antigua y más oscura.

—Doctora, ¿sigue ahí? —preguntó Velasco, extrañado por mi silencio.

Apreté el teléfono con fuerza.

—Sí, comisario. Sigo aquí. Es... una gran noticia.

—¿Tiene algo más que añadir? ¿Alguna novedad de su paciente que debamos saber antes de actuar?

Miré la foto de Rocío en mi pantalla, rodeada de sus flores moradas, con esa expresión de serenidad letal.

—No —mentí, sintiendo cómo mi alma se partía en dos—. No hay ninguna novedad. Rocío sigue estable en la clínica.

—Bien. Descanse, doctora.

—Buenas noches, comisario.

Colgué.

Me quedé mirando el teléfono, temblando, consciente de la magnitud de lo que acababa de hacer. Acababa de firmar una sentencia de muerte por omisión. Sabía que Laura Reyes se estaba muriendo lentamente en su torre de marfil, y había decidido no hacer nada para impedirlo. Había decidido darle a Rocío una oportunidad.

Yo era la doctora. Yo debía salvar vidas. Pero esa noche, en la soledad de mi despacho, decidí que algunas vidas no merecían ser salvadas. Decidí ser cómplice.

48

COLAPSO

LAURA

Mantener las apariencias se había convertido en un trabajo a jornada completa. Un trabajo agotador, mal pagado y que me estaba consumiendo hasta los huesos.

La semana previa había sido un infierno de síntomas que yo intentaba racionalizar con una lógica desesperada. El cansancio ya no era esa niebla habitual tras cerrar un trato, sino un océano de plomo que me arrastraba hacia el fondo cada vez que intentaba levantarme de la cama. El dolor en las articulaciones se había vuelto insoportable, un fuego en las rodillas y las muñecas que convertía

gestos tan simples como firmar un cheque o bajar una escalera en una negociación con mi propia anatomía.

Pero en mi cabeza, blindada contra la debilidad, todo tenía una explicación lógica: la llamada. La maldita llamada de Madrid. Saber que la UDEF estaba rastreando mis cuentas me tenía en un estado de alerta perpetua, con el cortisol por las nubes, y estaba segura de que mi cuerpo simplemente estaba pagando el precio del miedo.

Dos días antes de la inauguración, rompí mi propia regla de oro de no mostrar jamás vulnerabilidad y pedí cita con urgencia al doctor Valladares. Valladares era el mejor internista de la costa, un hombre discreto con reloj de oro y sonrisa de mármol que atendía a jeques y a famosos, y cuya consulta en Marbella parecía más un club privado que un hospital. Fui allí buscando una solución química, una pastilla mágica que apagara la alarma de incendio que sonaba en mi sistema nervioso.

Pero salí con las manos vacías y temblando con una mezcla de rabia y confirmación.

—Laura, tus análisis son impecables —me dijo, cruzando las manos sobre su mesa de caoba, con esa calma irritante de quien no tiene problemas—. No hay infección, no hay virus, no hay marcadores reumatológicos alterados. Tu corazón bombea como un reloj suizo. Físicamente, estás sana como una manzana.

—¿Sana? —le espeté, incapaz de contenerme, mostrándole mis manos que temblaban sobre el escritorio—. ¿Te parece que esto es estar sana, Valladares? Apenas puedo sostener el bolígrafo sin que parezca que tengo párkinson. Me duelen las rodillas como si tuviera ochenta años.

Él suspiró con condescendencia.

—El cuerpo somatiza, Laura. Llevas un ritmo de vida brutal. Lo que tienes es un cuadro de estrés severo, un burnout de libro. Tu mente está enviando señales de socorro y tu cuerpo obedece.

Me quedé callada, mordiéndome la lengua hasta sentir el sabor de la sangre. Quería gritarle que por supuesto que tenía estrés, que la policía nacional estaba detrás de mi y que me despertaba cada noche

bañada en sudor frío pensando en la cárcel de Soto del Real. Pero no podía decírselo.

—O quizás… —dudó un segundo, mirándome con cautela por encima de sus gafas—… dados tu edad y los síntomas inespecíficos, podríamos estar hablando de una perimenopausia precoz. A veces los cambios hormonales son… agresivos.

Me levanté de la silla como si me hubiera dado una bofetada. Prefería el diagnóstico del estrés. El estrés era de guerreros, de gente importante. La menopausia era de viejas, de mujeres acabadas.

—Dame algo para el dolor, Valladares. Y ahórrate la psicología barata y los diagnósticos ginecológicos.

—El estrés es real, Laura. Necesitas parar. Desconectar.

—No puedo parar. El mundo no se para porque yo esté cansada.

Salí de su consulta dando un portazo que resonó en todo el pasillo. En el fondo, su diagnóstico me tranquilizó perversamente mientras conducía de vuelta. Si los análisis estaban bien, si la sangre no mentía, entonces era verdad: era solo miedo. Era la presión de la UDEF manifestándose en mis huesos. Podía con ello. Había lidiado con cosas peores que el miedo.

Por eso, cuando llegó el día de la inauguración de las bodegas de Valcárcel en Jerez, me desperté decidida a ir, aunque mi cuerpo pareciera un amasijo de escombros tras ser atropellado por un camión. Tenía que ir. Si faltaba, Valcárcel sospecharía. Y si Valcárcel, que era un animal político con un olfato muy fino para la debilidad, olía mi miedo o se enteraba de la investigación antes de tiempo, podría cometer una estupidez o traicionarme para salvar su propio cuello. Tenía que mantener la fachada de normalidad a toda costa.

—Inés —llamé.

Ella entró en la suite con la bandeja del desayuno, caminando de puntillas como si temiera romperme.

—Señora Reyes. Su café.

—No quiero café. Tráeme los antiinflamatorios más fuertes que tengamos. Y un analgésico. Tráeme todo lo que haya en el botiquín.

Me senté en el borde de la cama y el mundo dio una voltereta lenta y nauseabunda. Tuve que agarrarme al colchón para no caer.

—Señora, está muy pálida. Tal vez debería cancelar…

—¡Ni hablar! —la corté con un grito que me dolió en la garganta —. Prepara el vestido negro. Hoy tengo que ser de acero.

El proceso de transformación fue una tortura medieval. Meterme en el vestido requirió una coordinación que mis miembros se negaban a darme, y abrocharme los botones traseros fue una batalla contra mis propios dedos, que se sentían como salchichas torpes e insensibles. El maquillaje fue un trabajo de restauración sobre una fachada en ruinas. Tuve que aplicar capas extra de corrector para tapar las ojeras y mucho colorete para fingir que la sangre aún circulaba por mi cara.

Pero cuando terminé y me miré en el espejo de cuerpo entero, la mujer que me devolvía la mirada era una imitación pasable de Laura Reyes. Una imitación cansada, un poco rígida y acorralada, pero suficiente para engañarlos a todos.

Inés insistió en acompañarme. El viaje a Jerez fue un calvario. La luz del sol de la tarde, reflejándose en el asfalto y en los coches, era un castigo que me golpeaba los ojos como agujas, confirmando que mis nervios estaban destrozados. Conduje con las gafas de sol puestas, diciéndome a mí misma que todo pasaría, que era el último esfuerzo antes de cerrar el trato con los alemanes y poder desaparecer una temporada.

Cuando llegué a las bodegas, el murmullo de la fiesta, las risas y el tintineo de las copas me dieron náuseas. Respiré hondo, tragué saliva para disimular el sabor metálico que tenía en la boca y entré.

Valcárcel me vio al instante y vino a recibirme con una copa de fino en cada mano y esa sonrisa amplia y satisfecha de quien no sabe que tiene una diana pintada en la espalda.

—¡Laura, querida! ¡La reina de la fiesta! Pensé que no vendrías… Me dijeron que te habías hecho un chequeo urgente.

Las noticias volaban en este maldito círculo. Apreté los dientes bajo mi sonrisa.

—Una revisión rutinaria, Valcárcel. Estoy perfecta.

Él me miró un segundo de más, escrutando mi cara.

—¿Segura? Pareces algo pálida. Y llevas gafas de sol…

—El viaje. Y el trabajo. Ya sabes. Me molestaba un poco la luz. —Le miré a los ojos a través de los cristales oscuros, ocultándole que nuestro mundo estaba a punto de estallar—. Todo va bien.

—Me alegro. Ven, quiero presentarte al nuevo alcalde. Es vital para la recalificación de la fase dos.

Me agarró del brazo y me dejé llevar, sintiendo una punzada de culpa y desprecio. Pobre imbécil. No le había dicho nada de la UDEF. Información es poder, y yo necesitaba que él siguiera tranquilo, feliz y operativo mientras yo buscaba una salida de emergencia.

Entonces vi al alcalde. Venía hacia mí sonriendo, con la mano extendida. Era un hombre clave, habíamos comido juntos tres veces el mes pasado. Sabía el nombre de sus hijos, su equipo de fútbol y su precio.

—¡Laura! ¡Mujer! —exclamó—. ¡Qué alegría verte por aquí!

Levanté la mano para estrechar la suya, forzando una sonrisa encantadora, y abrí la boca para saludarlo por su nombre, para soltar alguna frase ingeniosa sobre su última victoria electoral.

Pero su nombre era… era… nada.

Un agujero negro.

Busqué en mi mente, en mis archivos, y solo encontré niebla. Sabía quién era, sabía lo que hacía, pero la etiqueta con su nombre había desaparecido, borrada.

El pánico me invadió. ¿Era esto el estrés del que hablaba Valladares? ¿El miedo me estaba comiendo el cerebro hasta borrar mis archivos más básicos? Me quedé con la boca medio abierta y la mano en el aire, paralizada.

—¿Laura? ¿Estás bien? —preguntó él, bajando la mano, extrañado.

—Yo… —tartamudeé, sintiendo que me faltaba el aire—. Alcalde. Qué… qué placer.

Mi voz sonó frágil, temblorosa. Valcárcel me miró con el ceño fruncido.

—Disculpe un segundo —dije, retrocediendo—. El calor… necesito un poco de aire.

Me di la vuelta y huí, literalmente huí, hacia el interior de la bodega buscando el servicio de señoras. Entré, eché el pestillo y me apoyé en el lavabo de mármol, jadeando como si hubiera corrido una maratón. Al levantar la vista hacia el espejo, vi a una mujer aterrorizada, con el sudor perlando la frente y los ojos desorbitados tras las gafas oscuras.

Mis manos temblaban violentamente sobre la porcelana fría. Me miré a los ojos. Valladares tenía razón. Me estaba rompiendo. La presión policial, el secreto, la culpa… mi cuerpo y mi mente habían dicho basta. Estaba perdiendo facultades en tiempo real.

Me lavé la cara con agua fría, arruinando el maquillaje, y supe que tenía que salir de allí. No podía arriesgarme a que Valcárcel me viera así, a que el alcalde notara que estaba senil a los treinta. Si me veían débil, me devorarían.

Volví al salón principal pegada a la pared, buscando a Inés con la mirada entre la multitud. Le hice un gesto imperativo.

—Nos vamos.

—Pero señora, la cena no ha empezado…

—He dicho que nos vamos. Ahora. Yo conduzco.

Salí de allí sin despedirme, huyendo de mis socios, de mis negocios y de mis fantasmas. El viaje de vuelta fue silencioso y tenso. Llegué al hotel, subí a la suite y cerré la puerta con llave, descolgando el teléfono fijo para que nadie pudiera localizarme. Me sentía una fugitiva en mi propio castillo.

A la mañana siguiente, Inés llamó a la puerta de mi dormitorio con timidez. Yo seguía en la cama, con las cortinas echadas, sumida en una oscuridad protectora.

—Señora, perdone. Ha llegado correo.

—He dicho que no quiero nada.

—Es… es otra carta. De la clínica.

La carta. Se me había olvidado. Rocío. Mi única conexión con una realidad que podía controlar. Mi única victoria en medio del desastre. Leer sus lamentos era lo único que me hacía sentir poderosa ahora mismo.

—Déjala en el suelo y vete.

Esperé a oír sus pasos alejarse. Me arrastré fuera de la cama, cogí el sobre rústico del suelo y volví para encender la luz tenue de la mesilla de noche.

Abrí el sobre. El papel olía a tierra húmeda, a algo orgánico y fuerte. Me llevé el dedo a la boca para pasar la página, ese gesto automático y sucio que odiaba pero que no podía evitar, buscando consuelo en su dolor.

Querida Laura…

Leí sus palabras, sus quejas sobre el olvido, sobre el dolor, esperando encontrar la sumisión habitual, el bálsamo para mi ego herido. Pero al llegar al final, una frase se quedó flotando en el aire viciado de la habitación como una amenaza suspendida.

…Es hora de que la naturaleza restaure el equilibrio.

Me quedé helada. Releí la última frase.

¿La naturaleza?

Miré el sobre. El papel rústico. Las motas oscuras en la fibra. El olor penetrante. El sabor amargo que ahora notaba en la punta de la lengua.

No estaba enferma. No estaba estresada por la Policía.

Me estaban cazando.

LUPA

LAURA

La última frase de la carta se me quedó clavada en el cerebro como un clavo: «Es hora de que la naturaleza restaure el equilibrio».

Me quedé completamente inmóvil en la penumbra de la suite sintiendo que el terror era una sustancia física, un hielo líquido que me llenaba las venas siendo más potente que el dolor de cabeza y más agudo que el fuego de mis articulaciones. Al principio mi mente intentó rechazarlo, diciéndome que era imposible, que tenía que ser una coincidencia o una frase estúpida, la típica cursilería de una mente rota que había pasado demasiado tiempo en un jardín aprendiendo la jerga de autoayuda de esos médicos incompetentes: «Naturaleza», «Sanar», «Equilibrio».

Pero la palabra «naturaleza» se negaba a marcharse, resonando en la habitación en penumbra hasta que, de golpe, mi mente empezó a conectar los puntos trazando una línea aterradora que unía mi enfermedad, el cansancio de plomo, el calambre en el coche, la confusión en Jerez y el olvido del nombre del alcalde con las cartas; esas malditas cartas de papel rústico que olían a tierra.

¿La naturaleza restaura el equilibrio?

Me levanté de la cama en un movimiento que fue una agonía, sintiendo crujir mis huesos, pero impulsada esta vez no por la debilidad, sino por una adrenalina nueva: la del pánico. Fui a trompicones hasta el vestidor con la habitación dando vueltas, tenía un objetivo, y abrí el cajón de la cómoda donde guardaba el reloj de Daniel, mis trofeos, encontrando allí las otras cartas.

Las agarré notando cómo el tacto de ese papel artesanal, que antes me había parecido un símbolo de mi poder, ahora me quemaba la piel. Volví al salón necesitando luz, así que corrí las cortinas de golpe dejando que el sol de la mañana entrara como una explosión; solté un gemido de dolor, mis ojos, acostumbrados a la penumbra, ardieron como si les hubieran echado ácido, pero aguanté porque necesitaba ver.

Extendí las cinco cartas sobre la mesa de centro, cinco hojas de papel basto manchadas con su letra infantil, que ahora veía como cinco dosis. Eran los lamentos de una loca —culpa, dolor, hermanos muertos, perdón—, pero la última... «Naturaleza».

Hice memoria luchando contra la niebla de mi cerebro: la primera carta, que Inés me dio justo después del trato de Sevilla, tras la cual empezó el cansancio que creí estrés, el precio del éxito; la segunda y la tercera, las de Daniel y Mateo, que leí y guardé antes de que empezaran los dolores, el fuego en las rodillas y en las muñecas que achaqué al frío; la cuarta, la que llegó el día de la reunión en Marbella, el día del calambre en que mi mano se negó a obedecerme; y la quinta, la de hoy, justo después de mi colapso en Jerez y de olvidar el nombre del alcalde.

No, no era una coincidencia, era un calendario; era una puta agenda de síntomas.

Corrí al escritorio para abrir el cajón de papelería y sacar la lupa de aumento, la que usaba para la letra pequeña de los contratos; volví a la mesa y cogí la primera carta acercando la lupa al papel. Al principio no vi nada, solo las fibras irregulares del algodón y el lino, la textura rústica, pero entonces... allí estaban. No eran parte de la fibra, sino algo añadido: pequeñas motas oscuras, casi invisibles a simple vista, incrustadas en la trama del papel como polvo o como la raíz de una planta molida.

Cogí la segunda carta y vi que también las tenía, en mayor cantidad. Cogí la tercera y comprobé que estaba plagada.

Mi cabeza conectó todos los puntos a la vez: Rocío, la bióloga, el invernadero que le habían regalado, el taller del sótano que el imbécil de Alonso le había cedido, el papel artesanal con olor a tierra

y a «Naturaleza». Me quedé sin aire al comprender que no estaba enferma, me estaba envenenando.

Esa niñata, esa muñeca rota a la que yo había despreciado, había estado jugando conmigo matándome lentamente, dosis a dosis, carta a carta. Y yo, imbécil de mí, coleccionaba sus armas homicidas como si fueran trofeos, guardándolas en el cajón de mi dormitorio para tocarlas y releerlas.

Me froté las manos con una rabia histérica contra la bata, como si quisiera arrancarme la piel, consciente de que el veneno estaba ahí y de que había estado absorbiéndolo durante semanas. Tenía que hacer algo, tenía que llamar a alguien.

Cogí el móvil, aunque mis manos temblaban tanto que apenas podía sujetarlo, y busqué en Google «Mejor toxicólogo privado España», encontrando un nombre y una clínica en Madrid. Marqué el número.

—Clínica de Toxicología, buenos días.

—Necesito… necesito hablar con el doctor. Es una emergencia. Creo que me han…

Me detuve al atravesarme un pensamiento frío el cerebro: ¿y si el teléfono estaba intervenido? La paranoia, que yo había creído un síntoma de mi enfermedad, ahora me pareció una prudencia lógica ante la investigación de Velasco, la UDEF y las advertencias de mis abogados sobre «movimientos raros» en Madrid. ¿Y si era solo estrés? ¿Y si Rocío era inocente y yo me había vuelto loca de verdad? No, la frase y las motas en el papel eran reales. Pero si llamaba, si decía la palabra «veneno» por teléfono… ¿y si me estaban escuchando? Pensarían que me estaba volviendo loca, o peor: sabrían que algo iba muy mal y acelerarían la investigación. Si la policía descubría que me estaban envenenando, entrarían en mi vida, analizarían mi sangre y encontrarían el tóxico… y entonces preguntarían quién querría matarme y por qué. Y el hilo llevaría a Javier. No sabía que hacer. Me estaba volviendo loca o qué estaba pasando. Yo nunca dudaba de nada.

Miré el teléfono como si fuera una granada a punto de estallar. No podía arriesgarme. Si Valladares ya pensaba que estaba histérica,

una llamada hablando de envenenamientos botánicos sería mi sentencia de muerte social y legal.

Colgué la llamada antes de decir nada más. Pero no bastaba. Podían rastrearme. Podían activar el micrófono a distancia.

Con dedos torpes y doloridos, busqué el alfiler de mi broche en la mesita. Apreté el pequeño orificio lateral del teléfono. La bandeja de la tarjeta SIM se abrió.

Saqué el pequeño chip con las uñas, casi rompiéndolo. Luego apagué el terminal. Fui hasta el vestidor, aparté un cuadro y abrí la caja fuerte empotrada. Metí el teléfono muerto y la tarjeta SIM dentro, junto a las joyas y el dinero en efectivo.

Cerré la pesada puerta de acero y giré la rueda.

—Silencio —susurré.

Ahora estaba segura. Nadie podía oírme. Nadie podía rastrearme. El aislamiento era total y deliberado. Era mi única defensa.

Volví al salón, sintiéndome extrañamente protegida en mi búnker silencioso. Pero entonces vi el desastre, las cartas, el caos. Y me di cuenta de que el enemigo no estaba solo fuera, al otro lado de la línea telefónica. El enemigo ya había entrado. Y yo necesitaba a alguien que limpiara este desastre, pero no podía confiar en nadie.

—¡INÉS!

Grité con toda la fuerza que me quedaba, lanzando un alarido que rasgó el silencio de la suite, y ella entró corriendo, pálida y asustada.

—¿Señora? ¿Se encuentra bien? ¿Llamo al doctor Vega?

—¡No llames a nadie! —le ladré—. ¡Coge esas cartas!

—¿Las cartas, señora?

—¡Cógelas! ¡Todas!

Se acercó y empezó a juntarlas con sus manos desnudas.

—¿Qué haces? —grité—. ¡No las toques así! ¡Ponte guantes! ¿No ves que están envenenadas?

Inés retrocedió de un salto, soltando los papeles como si quemaran.

—Señora… por favor… está usted muy nerviosa.

—¡No estoy nerviosa, imbécil! ¡Me está matando! ¡Esa zorra loca del psiquiátrico me está matando y tú no has hecho nada!

—¿Rocío? Pero… señora… ella…

—¡Ella es la que me ha hecho esto! ¡Tú lo sabías! ¡Has sido su cómplice! ¡Tú me traías las cartas! ¡Tú las tocabas!

—¡Yo no sabía nada! ¡Señora, se lo juro, yo solo se las traía!

—¡Fuera!

Cogí un jarrón de cristal de la mesa y lo lancé contra la pared, donde se hizo añicos.

—¡Estás despedida! ¡Lárgate de mi casa! ¡Lárgate! —grité, provocando que Inés soltara un gritito y saliera corriendo de la suite, llorando, dejando tras de sí un silencio absoluto.

Pero ahora el silencio era peor, acababa de echar a la única persona que podía ayudarme. La paranoia me había ganado, o quizá era el veneno, ya no sabía distinguirlo.

Me quedé de pie en mitad del salón, rodeada de cristales rotos y de las cinco cartas esparcidas por el suelo, hasta que la habitación empezó a dar vueltas con más fuerza y el dolor en mis articulaciones se convirtió en un fuego líquido; mis piernas cedieron y caí de rodillas sobre el mármol frío.

Rocío, la bióloga, había ganado la batalla de la mente. Y yo, arrodillada entre los restos de mi propia furia, sentí cómo mi cerebro se fracturaba. Ya no había lógica, ni estrategia, ni cálculo. Mi mente se había convertido en una lavadora centrifugando piedras, dando vueltas estúpidas y obsesivas a cualquier pensamiento absurdo que cruzara por ella, incapaz de agarrarse a nada sólido. ¿Había cerrado la puerta con llave o solo lo había imaginado? ¿Y si Inés no se había ido, sino que estaba al otro lado esperando para verme morir? ¿Y si el aire que respiraba también estaba envenenado? Cada sombra en la pared me parecía un espía y cada crujido del edificio, una pisada

acercándose. Me llevé las manos a la cabeza, intentando detener el ruido, el caos, el miedo irracional que lo inundaba todo.

Creo que me estaba volviendo paranoica. Total y absolutamente paranoica.

50

FUGITIVA

LAURA

Un silencio denso se apoderó de la estancia una vez que el eco del portazo de Inés, huyendo entre sollozos, se hubo apagado. El jarrón de cristal seguía hecho añicos contra la pared del salón y las cartas permanecían esparcidas por el suelo de mármol; me pareció ver cómo vibraban, como si emitieran radiación.

Me arrastré sintiendo que mis piernas apenas me sostenían y que el dolor en las rodillas era fuego líquido. Me froté las manos contra la bata con una rabia frenética, casi arrancándome la piel. ¿Estaba el veneno en el aire? ¿En el polvo de los cristales rotos? Rocío estaba en todas partes. Me estaba mirando desde las grietas del techo, desde los sensores de humo.

Tenía que huir. Ya. Antes de que el aire de esta habitación terminara de matarme.

Mi móvil yacía inerte dentro de la caja fuerte, sepultado en la oscuridad para que no me escucharan, pero aún tenía el ordenador. Lo miré con desconfianza. ¿Y si tenía un troyano? ¿Y si Rocío, con su mente de bruja, había infectado también la red?

Lo abrí con dedos temblorosos. La pantalla se iluminó y me pareció un foco de interrogatorio. Me dolían los dedos al teclear, cada pulsación era un riesgo. Entré en la página de la aerolínea, mirando por encima del hombro, esperando ver a Velasco o a Rocío detrás de las cortinas.

Tenía un billete reservado a Barcelona.

—Barcelona... —murmuró mi voz, sonando ajena en la habitación vacía—. Trampa. Es una trampa.

Barcelona era España. España era territorio hostil. Si la Policía iba a por mí, sus ojos digitales ya estarían parpadeando en rojo en algún servidor de Madrid. Me estarían esperando en El Prat con las esposas abiertas. Todos estaban compinchados: los alemanes, Valladares, Inés...

Necesitaba salir del mapa. Un lugar donde el dinero tapara las bocas y donde la UDEF fuera un chiste.

Dubái.

Mis dedos volaron sobre el teclado, torpes, resbalando por el sudor. Mañana a las 08:00 AM salía un vuelo directo desde Madrid. Había una conexión desde Jerez esta misma tarde.

Compré el billete con una tarjeta de crédito offshore, tecleando los números como si estuviera desactivando una bomba. ¿Habría saltado una alerta? ¿Estaría sonando una sirena en Canillas ahora mismo? "Laura Reyes intenta escapar".

Me levanté de un salto, ignorando el dolor. Si me quedaba aquí, me matarían: o el veneno invisible de Rocío o las celdas húmedas de Soto del Real.

Tenía que llegar al aeropuerto de Jerez. Ahora. Antes de que cerraran el cerco.

Ponerse en pie para prepararme fue una odisea. Mientras me movía hacia el dormitorio, iba encendiendo luces y mirando en los armarios, asegurándome de que no hubiera nadie escondido. Tardé veinte minutos en ponerme una simple blusa, con los dedos agarrotados y la sensación constante de que la ropa también me picaba, de que el tejido estaba contaminado.

Cogí el pasaporte y un fajo de billetes de la caja fuerte. Cerré la puerta de acero y giré la rueda tres veces, obsesivamente. Bajé al garaje sin maleta. Una maleta hacía ruido. Una maleta gritaba "fuga".

Al sentarme en el Maserati, el olor a cuero nuevo me dio náuseas. ¿Y si habían manipulado los frenos? ¿Y si había una bomba conectada al encendido? Giré la llave conteniendo la respiración. El motor rugió y yo solté un gemido de terror puro antes de arrancar.

Salí de «La Pausa» a la una de la tarde. El sol de Andalucía no era luz, era un láser que me buscaba. Conducir hasta Jerez fue una batalla contra mis propios demonios: cada coche que veía por el retrovisor era un coche camuflado de la policía; cada camión que me adelantaba era una maniobra para sacarme de la carretera.

—No me cogeréis —susurraba, agarrando el volante con las manos agarrotadas—. No me cogeréis.

Cuando llegué al aeropuerto de Jerez, aparqué el coche en una esquina oscura, lejos de las cámaras. Apagué el motor y me quedé quieta, escaneando el parking con la mirada febril. ¿Ese hombre con el periódico? Espía. ¿Esa mujer con el carrito? Policía.

Me bajé del coche. El suelo parecía moverse, ondularse como si fuera líquido. Caminé hacia la terminal, sintiendo las miradas de todo el mundo clavándose en mi piel como agujas. "Ahí va Laura Reyes", pensaban. "La asesina. La envenenada".

La puerta automática se abrió y el ruido de la terminal me golpeó como una ola física. Voces, megafonía, maletas rodando... todo sonaba distorsionado, metálico, amenazante.

—Vuelo a Madrid, conexión Dubái —repetí como un mantra para no gritar.

Empecé a caminar hacia el mostrador de facturación, pero mis piernas no eran mías. Eran de plomo. "Vamos", me ordené. Di un paso, y luego otro.

Y entonces, a veinte metros del control de seguridad, vi a dos guardias civiles hablando. Se reían. Me miraron. Seguro que hablaban de mí. Seguro que esperaban la señal.

El pánico cortó la conexión con mis piernas. Mis rodillas se doblaron, no por debilidad física, sino por el peso aplastante del terror. Me desplomé hacia delante, cayendo de golpe. Mi bolso se abrió, esparciendo mi pasaporte y mi dinero por el suelo brillante.

El dolor del impacto fue lejano. Lo inmediato fue el miedo.

—Señora, ¿se encuentra bien? —Un guardia de seguridad se acercó. Su uniforme se veía gigantesco, monstruoso.

—¡No me toque! —grité, retrocediendo a rastras—. ¡Aléjese!

—Solo quiero ayudarla... ¿Llamamos a una ambulancia?

¡No! Una ambulancia significaba médicos. Médicos significaba sangre. Sangre significaba que encontrarían el veneno y avisarían a Rocío para que viniera a rematarme. O a la policía.

—No... —jadeé, intentando recoger mis cosas con manos inútiles —. No quiero médicos. Son parte de ello. Todos sois parte de ello.

—Señora, por favor...

Me levanté a duras penas, apoyándome en una columna, sintiendo la humillación quemándome la cara. Todos miraban. Todos sabían.

—Déjenme en paz.

Huí hacia el coche, cojeando, llorando de rabia y espanto. No podía volar. El cielo estaba cerrado para mí. La tierra estaba envenenada.

El viaje de vuelta fue una alucinación. Las sombras de los árboles se alargaban para agarrar el coche. Llegué a la suite, entré y ni siquiera cerré la puerta. Ya todo daba igual.

Me dejé caer en el sofá, temblando. Estaba a salvo.

Entonces, el teléfono sonó.

El timbre fue un alarido en el silencio. No era un teléfono. Era una alarma. Eran ellos. Sabían que había vuelto. Sabían que había fallado.

Lo miré con odio, con los ojos desorbitados. Ese aparato era el espía que había dejado entrar. Me estaba escuchando. Me estaba grabando.

Me levanté con un grito, agarré el cable que salía de la pared y tiré.

Tiré con furia, con locura, sintiendo cómo se rompía algo más que un cable. El aparato cayó al suelo con un golpe seco.

Silencio total.

Me abracé las rodillas, meciéndome en el sofá. Sabía que me moría. El veneno estaba en mi sangre, la policía estaba en mi puerta y Rocío estaba en mi cabeza.

La asesina había ganado. Y yo estaba sola en la oscuridad, esperando el final.

51

ANTÍDOTO

ROCÍO

El experimento había entrado en su fase final. Laura había dejado de venir. Los rumores en la clínica decían que la "señora Reyes" no contestaba a las llamadas. Mi plan había funcionado: las cinco cartas, impregnadas con el extracto de la raíz de acónito habían hecho su trabajo.

Era jueves por la tarde. El momento de ir a verla. De recoger los pedazos.

Bajé al sótano. Encendí la luz de la mesa de trabajo. Hoy no iba a fabricar veneno. Hoy iba a preparar la trampa digital.

Saqué de mi bolsillo un pequeño pendrive USB plateado que había "tomado prestado" de la sala de ordenadores semanas atrás. Lo conecté al portátil que utilizaba para calcular mis fórmulas botánicas.

Abrí un documento de texto en blanco.

Una prueba pericial caligráfica habría demostrado que la letra no era de Laura, por mucho que intentara imitarla. Pero una confesión impresa... eso era aséptico, oficial, irrefutable. Y si lograba imprimirla desde su propio ordenador, en su propia suite, la policía encontraría los registros digitales en su máquina. Sería la prueba perfecta de que ella misma la había redactado antes de derrumbarse.

Mis dedos volaron sobre el teclado.

«Yo, Laura Reyes, en pleno uso de mis facultades mentales, confieso libre y voluntariamente...».

Detallé cada crimen con la precisión aséptica de un atestado policial. La orden a Morales. El incendio. El asesinato de Javier. El uso de Haloperidol para mantenerme sedada.

Al final de la página, dejé un espacio en blanco y una línea de puntos esperando una firma. Guardé el archivo en el pendrive con un nombre inocente: "Borrador_Contrato.docx". Cerré el portátil.

Luego, pasé a la química. O mejor dicho, al teatro.

Busqué en el estante un frasco pequeño de vidrio color ámbar y lo limpié bien hasta que brilló bajo la luz. Cogí la botella de agua destilada que usaba para la pulpa del papel.

No necesitaba balanzas de precisión. Yo era bióloga, sabía que el acónito se metaboliza rápido. En cuanto Laura dejara de tocar esas cartas, su cuerpo se limpiaría solo en 24 o 48 horas. El hígado y los riñones harían el trabajo sucio. Ella se iba a curar sola.

Pero ella no lo sabía. Ella creía que se moría. Y su mente rota buscaría un milagro.

Con pulso firme, llené el frasquito con el agua destilada. Transparente. Inocua. Pura.

—Agua —susurré, mirando el líquido a trasluz—. Solo agua sucia.

Para darle credibilidad, añadí unas gotas de esencia de limón que usaba para aromatizar el papel. Lo agité. Ahora olía vagamente a "medicina", a limpio, a cura. Cerré el frasco herméticamente.

Esa era la belleza cruel de mi plan. Le iba a vender la salvación a quien ya estaba salvada, a cambio de su vida entera. Iba a comprar su libertad con un placebo. Guardé el frasco, el "antídoto", en mi bolsillo izquierdo y el pendrive en el derecho. Y otra cosa muy importante que dejé con cuidado en el fondo mi bolso.

Subí a la superficie, me ensucié las manos de tierra para mantener el personaje y me puse mi disfraz de enferma. Caminé hacia el despacho de Alonso. Eran las siete de la tarde.

—Doctor... —dije al entrar—. Han funcionado las cartas. Creo que estoy mucho mejor. Pero necesito cerrar el círculo. Necesito verla hoy.

Alonso me miró, dudando.

—Es tarde, Rocío. Y no sabemos si Laura está disponible.

—Por favor. Siento que si no voy hoy... perderé el valor. Es para perdonarla.

Alonso, cegado por su deseo de éxito terapéutico, cogió el teléfono. Marcó el número personal de Laura. Nadie contestó.

—No contesta —dijo, frunciendo el ceño—.

—Pruebe otra vez —insistí—. Por favor.

Alonso llamó a la recepción del hotel.

—Soy el doctor Alonso, de la clínica. Es una emergencia médica relacionada con la señora Reyes. Necesito que le pasen el aviso a su habitación ahora mismo. Es importante.

Esperamos un minuto eterno. Yo contenía la respiración. Sabía que Laura estaba allí, acorralada, enferma. Si le decían que era un médico...

—¿Sí? —La voz de Alonso cambió—. ¿Laura? Soy Alonso.

Hizo una pausa, escuchando. Su cara reflejó preocupación.

—Te oigo fatal, Laura. ¿Estás bien? —Silencio—. Escucha, tengo a Rocío aquí. Quiere verte. Dice que es urgente, para cerrar el proceso. Quiere llevarte algo.

Alonso me miró y asintió.

—De acuerdo. Va para allá.

Colgó y me miró con gravedad.

—Suena... mal. Débil. Dice que vayas. Ana te llevará en el coche de la clínica.

—Gracias, doctor.

Salí del despacho. Ana ya me esperaba con las llaves. Me subí al coche y, mientras salíamos del recinto, miré el reloj. Eran las siete y media.

Todo estaba en marcha.

52

FIRMA

ROCÍO

El viaje al hotel fue una obra de teatro en la que Ana actuó de escolta, conduciendo el coche de la clínica, mientras yo iba en el asiento del copiloto interpretando mi papel de convaleciente frágil. Ana no paraba de hablar, nerviosa, pero yo solo tocaba el frasco en mi bolsillo.

Al llegar, el recepcionista estaba pálido. Nos dijo que la señora Reyes había dado orden estricta de que solo subiera yo. Ana protestó, pero yo le puse la mano en el brazo.

—Está bien, Ana. Espérame aquí. Tardaré poco.

Subí en el ascensor. En cuanto las puertas se cerraron, mi máscara cayó. Me erguí, el temblor desapareció y la Rocío frágil se disolvió, dejando paso a un corazón que latía con calma rítmica.

La puerta de la suite estaba entreabierta. Entré. El olor me golpeó: un hedor agrio a sudor y a encierro impregnaba la suite en penumbra, con las cortinas echadas.

—¿Laura?

Mi voz sonó clara y firme. Oí un murmullo desde el salón. Avancé entre cristales rotos, hasta verla allí, en el sofá. Era una ruina, pero sus ojos, al verme, brillaron con una chispa de maldad que la enfermedad no había logrado apagar.

—Tú... —siseó—

—Hola, Laura. Veo que mi tratamiento ha hecho efecto.

—¡Zorra! ¡Me estás envenenando! —Intentó incorporarse, pero sus brazos fallaron y volvió a caer sobre los cojines—. ¡Voy a llamar a la policía! ¡Les diré que has intentado matarme!

Me senté en el sillón de enfrente, cruzando las piernas con tranquilidad, observando su degradación.

—Adelante. Llámales. Diles que la pobre chica catatónica te está matando con cartas de papel. ¿Quién crees que te creerá? ¿Después de cómo has tratado a todo el mundo?

—Tengo dinero... —escupió, con la voz pastosa—. Tengo los mejores abogados. Te hundiré, Rocío. Te encerraré en un agujero tan profundo que nadie encontrará la llave.

—No tienes tiempo para abogados, Laura.

Saqué el pequeño frasco de cristal con el líquido transparente. La luz tenue de la lámpara se reflejó en el vidrio. Lo dejé sobre la mesa, justo fuera de su alcance.

—¿Ves esto? Es extracto puro de *Atropa belladonna*. Es lo único que puede parar lo que te está pasando.

Me miré el reloj de pulsera, un gesto deliberado y lento.

—Según mis cálculos, basándome en tu peso y en la dosis de la última carta... te quedan unos veinte minutos antes de que la parálisis llegue al diafragma.

Laura palideció, su bravuconería tambaleándose ante la precisión de mis datos.

—Mientes.

—¿Sientes ese hormigueo en la lengua? —pregunté suavemente—. ¿Esa presión en el pecho, como si tuvieras una losa encima? Es el acónito cerrando los canales de sodio de tu corazón. Primero dejarás de sentir las manos. Luego los pies. Y al final... te asfixiarás estando completamente consciente. Será como ahogarse en tierra firme.

Laura se llevó la mano al pecho, respirando con dificultad, con los ojos desorbitados. El miedo real, físico, empezaba a ganar terreno a su orgullo.

—Dame eso... —gritó, estirando la mano temblorosa hacia el frasco.

Aparté el frasco unos centímetros.

—Quiero tu nombre.

Fui a su escritorio, abrí su portátil.

—¡Contraseña! —exigí.

Ella dudó, apretando los dientes, calculando si podía aguantar.

—Quince minutos, Laura. Empieza la taquicardia ventricular. ¿La sientes?

—¡Daniel! —gritó, desgarrándose la garganta—. ¡La contraseña es Daniel!

Conecté el pendrive, abrí el archivo "Borrador_Contrato.docx" y pulsé "Imprimir".

El zumbido de la impresora llenó el silencio de la habitación. Laura giró la cabeza hacia el sonido, sus ojos clavados en el papel que empezaba a salir, desesperada por que aquello acabara. Era mi momento. Ella no me miraba.

Con un movimiento fluido y ensayado, deslicé un guante de nitrilo que llevaba oculto en el puño del jersey. Me cubrió la mano derecha en un segundo. Me interpuse entre el sofá y la mesa de centro, usando mi cuerpo como pantalla para bloquear su visión periférica.

Recogí las cinco cartas tóxicas que tenía esparcidas sobre la mesa, arrugándolas lo mínimo, y las metí en una bolsa hermética que llevaba abierta en el bolso. Inmediatamente, con la mano izquierda desnuda, saqué un fajo de cartas limpias —idénticas en apariencia, papel artesanal inofensivo— y las esparcí sobre la mesa, imitando el mismo desorden.

Me quité el guante del revés, dejándolo caer dentro de la bolsa con las cartas tóxicas, y cerré el bolso. Todo en menos de cinco segundos, mientras la impresora seguía escupiendo la confesión.

Recogí la hoja impresa, todavía caliente, y volví a la mesa. Puse la hoja junto al frasco. El escenario estaba limpio.

—Firma.

Laura leyó el encabezado entre jadeos. Sus ojos se llenaron de lágrimas de rabia.

—¡No voy a firmar mi propia sentencia! —gritó con un último rasgo de orgullo—. ¡Prefiero morir antes que darte el gusto!

—No, no prefieres morir. Tú eres una superviviente, Laura. Harás lo que sea por vivir un día más. Incluso esto. Incluso la cárcel.

Acerqué el frasco un centímetro más, destapándolo. El olor a limón llenó el espacio entre nosotras.

—Diez minutos. Ya te cuesta tragar, ¿verdad? La glotis se está cerrando.

Laura se llevó las manos al cuello. Su resistencia se rompió como un dique. Era verdad, quería vivir. A cualquier precio. La biología siempre gana al orgullo.

—¡Dame el boli! —lloró, extendiendo la mano como una garra.

Le puse el bolígrafo en la mano. Temblaba tanto que tuvo que sujetarse la muñeca derecha con la mano izquierda para controlar el trazo. Garabateó su nombre, una firma rota por el pánico y la toxina, manchando el papel de tinta y sudor.

—Ya está… —jadeó, empujando el papel hacia mí con violencia—. ¡Ahora dame el antídoto! ¡Dámelo!

Cogí el papel con calma. Verifiqué la firma. Perfecta. Lo doblé. Ahora tenía todo el poder.

Luego cogí el frasco.

Laura se abalanzó sobre él, arrebatándomelo de las manos con fuerza. No bebió, engulló. Se llevó el cristal a los labios y volcó la cabeza hacia atrás, derramando parte del líquido por su barbilla y su cuello, tragando con sonidos desesperados, como un náufrago que encuentra agua dulce después de semanas en el mar.

Apuró hasta la última gota, sacudiendo el frasco sobre su boca abierta, y luego chupó el borde del cristal para no dejarse nada.

Soltó el frasco vacío, que rodó por la alfombra, y se dejó caer contra el respaldo del sofá, cerrando los ojos, respirando agitadamente, esperando el milagro.

Hubo un minuto de silencio absoluto. Solo se oía su respiración entrecortada, que poco a poco se iba acompasando. El efecto placebo

era poderoso.

—¿Ya? —susurró sin abrir los ojos, con la voz rota—. ¿Me curaré?

—Te salvará la vida, Laura.

Ella abrió los ojos lentamente. Me miró. Y entonces, poco a poco, una sonrisa malévola empezó a dibujarse en su cara. Se tocó el pecho. Respiró hondo.

—Estoy viva —murmuró. Luego se echó a reír. Una risa floja, histérica, que fue subiendo de volumen—. ¡Estoy viva! ¡No me has matado!

Se incorporó un poco, recuperando esa mirada de suficiencia que yo tanto odiaba. Se limpió la comisura de los labios con un gesto altivo.

—Has cometido un error, niña estúpida. Me has dejado vivir. —Su voz cobró fuerza—. Crees que ese papel te servirá de algo, pero mis abogados dirán que me coaccionaste, que me drogaste.

Señaló con un dedo tembloroso pero acusador hacia la mesa, hacia las cartas que yo había esparcido.

—Y tengo la prueba, Rocío. Tengo las cartas. Cuando la policía científica analice ese papel y encuentre el veneno, serás tú la que acabe en la cárcel por intento de homicidio. Has dejado el arma del crimen encima de la mesa. Eres una aficionada.

La miré sin inmutarme, guardando silencio un instante, paladeando su ignorancia.

—¿Cuándo analicen qué, Laura? —pregunté suavemente, con una tranquilidad que la desconcertó.

—El veneno... —empezó a decir, pero su voz vaciló.

Me incliné hacia adelante y cogí una de las cartas de la mesa con la mano desnuda. Laura se echó hacia atrás instintivamente. Me pasé la carta por la mejilla, la olí y luego, mirándola a los ojos, pasé la lengua por el papel.

Laura me miró horrorizada.

—Aquí solo hay papel y tinta, Laura. Y agua con limón en tu estómago.

—¿Qué…?. Pero… yo sentí los síntomas… tú me diste el antídoto…

—Tú sentiste el miedo. Y bebiste agua con limón, Laura.

—Voy a destruirte —balbuceó, pero el terror había vuelto a sus ojos, más profundo que antes—. Voy a hacer que desees no haber salido nunca de ese psiquiátrico. Tengo dinero, tengo poder… sigo siendo Laura Reyes.

—¿Has terminado? —pregunté.

—Acabo de empezar —respondió ella, intentando aferrarse a su última mentira.

Entonces, y solo entonces, tres golpes secos y autoritarios retumbaron en la puerta de la suite.

BUM. BUM. BUM.

La sonrisa de Laura se congeló.

—¡POLICÍA! ¡ABRAN LA PUERTA!

Laura me miró con horror absoluto. En ese instante comprendió que la cuenta atrás no era solo por el veneno. Comprendió que yo no había venido sola.

—Tú… —susurró—. Los has traído tú…

—El tiempo se ha acabado de verdad, Laura —dije.

La puerta cedió con un estruendo de madera rota. Entraron los hombres de la UDEF, inundando la habitación de realidad.

El comisario Velasco entró detrás, barriendo la estancia con la mirada hasta encontrarnos.

—¡Laura Reyes, queda detenida!

Dos agentes se abalanzaron sobre ella, levantándola del sofá sin miramientos mientras ella gritaba, pataleando, pasando de la arrogancia al pánico en un segundo.

Velasco se acercó a mí, bajando el arma.

—¿Está usted bien, Rocío?

—Estoy bien —respondí con voz tranquila, mostrándole el papel doblado y entregándoselo—. Ha confesado, comisario. Ha elegido vivir para pagar por lo que hizo.

53

EQUILIBRIO

COMISARIO VELASCO

Once meses después.

En este trabajo aprendí hace mucho que un caso nunca se cierra del todo, simplemente se archiva. Metíamos los informes en una carpeta que iba a parar a un archivador metálico para perderse en un

sótano en Canillas, acumulando polvo; el caso desaparecía de la mesa, pero nunca de la cabeza. Siempre quedaban aristas, flecos sueltos, y el "Caso Vejer", como lo llamamos en la unidad, no fue una excepción.

Tenía el informe final sobre mi mesa, un tocho de trescientas páginas que representaba un trabajo técnico impecable. Un final feliz donde la justicia había ganado: los malos estaban en la cárcel y las víctimas en casa. Era, sobre el papel, un caso de manual.

La versión oficial fue una historia de éxito policial: la historia de cómo la UDEF, gracias a una investigación financiera silenciosa y el dossier de un periodista valiente, acorraló a la empresaria Laura Reyes. Y cómo, al ir a detenerla para evitar su fuga a Dubái, nos encontramos con el desenlace servido en bandeja.

Al reventar la puerta de la suite nos encontramos una escena que todavía me da vueltas en la cabeza. No fue la típica detención de un delincuente de cuello blanco.

Laura Reyes no estaba preparando maletas ni destruyendo documentos. Estaba en el sofá, en un estado de histeria absoluta, gritando cosas inconexas sobre venenos y trampas. Frente a ella, sentada con una calma que helaba la sangre, estaba la víctima, Rocío Gil —que constaba en el registro de visitas de la clínica psiquiátrica como salida terapéutica autorizada—.

Rocío se levantó al vernos entrar y me entregó un papel.

—Creo que esto es suyo —me dijo con una voz tranquila, mientras dos agentes intentaban reducir a una Laura Reyes que pataleaba y gritaba que la habían intentado matar—. Ella... ha insistido en firmarlo.

Leímos el papel allí mismo. Era el mapa del tesoro. Confesaba la autoría intelectual del asesinato de Javier Espinosa, ejecutado por su hombre de confianza, Morales. Detallaba la manipulación de la escena del crimen, el pendiente plantado y la garrafa oculta.

También admitía el uso continuado de haloperidol para mantener a Rocío en un estado de indefensión química.

Con esa confesión en la mano, la situación legal dio un giro de ciento ochenta grados en cuestión de minutos.

La caída de Laura Reyes no fue un simple derrumbe, fue un terremoto que sacudió los cimientos de toda la costa andaluza. La operación se convirtió en una redada simultánea sin precedentes que desplegó a trescientos agentes y bloqueó salidas desde Tarifa hasta Sotogrande durante cuarenta y ocho horas de caos. Cayeron todos, sin excepción. Sacamos a Valcárcel de su villa en Marbella mientras intentaba quemar discos duros en la chimenea y a Morales de su cama en Zahara a punta de pistola. Pero la lista de detenidos desbordó las previsiones y los calabozos: esposamos a tres notarios de renombre en Algeciras, a la cúpula entera de la concejalía de urbanismo de dos ayuntamientos, a arquitectos municipales que visaban planos ilegales y a testaferros que firmaban en capós de coches de lujo. Cayeron directores de sucursales bancarias que lavaban dinero con una sonrisa, abogados de prestigio de Estepona y hasta un enlace policial corrupto en La Línea. Desmantelamos la red hasta el último eslabón, dejando la costa limpia por primera vez en décadas.

Hubo dos personas sin las que esto no habría sido posible: la doctora Elisabeth García, que volvió a su consulta de Madrid tras cerrar su propia herida con el caso de Álex de la Torre, y el periodista Esteban Roca, que recuperó su dignidad y su oficio.

El juicio de Laura Reyes fue rápido, pero extraño. Su defensa fue un desastre desde el primer día. Laura intentó invalidar su propia confesión alegando coacción extrema.

Fue un espectáculo lamentable. Laura gritaba ante el juez que Rocío la había envenenado, que había impregnado unas cartas con acónito y que la había obligado a firmar a cambio de un antídoto. Señalaba obsesivamente las pruebas incautadas en la mesa de la suite: cinco cartas manuscritas y un frasco de cristal vacío.

—¡Analícenlas! —gritaba—. ¡Ahí está el veneno! ¡Me estaba matando!

El juez ordenó el análisis, por supuesto. La ciencia forense es tozuda.

El informe de toxicología de Laura dio negativo en todo. Sus órganos estaban perfectos. El famoso frasco de "antídoto" contenía agua con trazas de limón.

Y las cartas... esa fue la puntilla final para Laura. La policía científica analizó las cinco cartas que recogimos de la mesa, esas que Laura juraba que eran letales. El laboratorio las sometió a todo tipo de pruebas buscando alcaloides, tóxicos de contacto, cualquier cosa.

El resultado: papel artesanal de celulosa, pétalos decorativos y tinta. Inocuas. Totalmente limpias.

El tribunal interpretó la versión de Laura como una fantasía paranoica, un intento desesperado y delirante de una mente narcisista que no aceptaba haber sido acorralada. Quedó desacreditada no solo como criminal, sino como persona cuerda.

Fue condenada a prisión permanente revisable. Lo perdió todo.

Y Rocío Gil... Rocío fue exonerada y volvió a Vejer. Ha abierto un vivero. Un final perfecto.

Y sin embargo...

Hay veces, cuando reviso el expediente, que me detengo en los detalles de aquella tarde. Pienso en la mirada de Laura mientras la sacábamos esposada. No miraba a los policías. Miraba a Rocío con una mezcla de odio y... ¿miedo? Sí, era terror puro.

Y pienso en la tranquilidad de Rocío. En cómo tenía las cartas "limpias" perfectamente ordenadas sobre la mesa cuando entramos. En cómo me entregó la confesión sin que le temblara el pulso.

Recuerdo que, en el pasillo, mientras se llevaban a Laura, Rocío se inclinó hacia ella. No pude oír lo que le dijo, pero vi cómo Laura se desplomaba, dejando de luchar, como si esas palabras hubieran sido el verdadero golpe de gracia.

Archivamos el caso porque la verdad jurídica era sólida. Laura Reyes confesó. Las pruebas (o la falta de ellas en las cartas) confirmaron que nadie la había coaccionado físicamente.

Pero en mi oficio aprendes que la ley y la verdad a veces son cosas distintas. Sospecho que en esa habitación hubo una partida de ajedrez que terminó un segundo antes de que nosotros tiráramos la puerta abajo. Y sospecho que Rocío Gil no solo ganó la partida, sino que se aseguró de limpiar el tablero antes de que llegáramos.

Cierro el archivo y apago la luz. El orden se ha restaurado. Y a veces, para que haya orden, alguien tiene que hacer el trabajo sucio.

EPÍLOGO

COBERTURA

YO, ROCÍO

El sol de la tarde entra por el techo del vivero. Huele a tierra húmeda, a fertilizante y a romero. Es el olor de la paz. He cerrado la puerta hace diez minutos. Me gusta este momento del día, cuando los clientes se han ido con sus macetas y sus preguntas sobre riegos, y me quedo sola con ellas. Mis plantas.

Camino despacio entre las hileras de mesas. Al fondo, en la zona de sombra, las flores de matalobos —mis *Aconitum*— están preciosas, irguiendo sus tallos hacia la luz. Las acaricio al pasar. Nadie sabe lo que son realmente, ni lo que hicieron por mí. Para el

pueblo son solo flores bonitas. Para mí, son las guardianas de mi secreto.

Me siento en el taburete alto, junto a la caja registradora. El silencio es absoluto, solo roto por el zumbido lejano de alguna abeja rezagada.

Meto la mano en el bolsillo de mi delantal y saco el móvil. Es un modelo antiguo, barato, uno que compré en una tienda de segunda mano nada más salir de la clínica. No tiene tarjeta SIM. No tiene datos. Para el resto del mundo, es un trozo de plástico y cristal inservible.

Pero el mundo no sabe escuchar.

Marco el número de memoria. Mis dedos bailan sobre las teclas con una familiaridad que duele de lo dulce que es. Uno, dos, tres tonos.

Laura dijo que la línea estaba muerta. Dijo que el número no existía. Pobre Laura. Tan lista para los negocios, tan ciega para lo invisible. Ella creía que la cobertura dependía de las antenas, de los satélites, de la física. No entendió nunca que hay líneas que no van por el aire, sino por la sangre y el alma.

Al cuarto tono, el clic. Y luego, el sonido del mar. Ese siseo inconfundible de las olas rompiendo en la orilla de Fuerteventura, acompañado por el crujido del viento en el micro.

—¿Rochi?

Cierro los ojos y el aire se me escapa de los pulmones en un suspiro largo y tembloroso. Su voz. Sigue igual. Joven, cálida, con esa risa de salitre escondida en las vocales.

—Hola, Mateo —susurro.

—Enana... pensaba que te había perdido. Hace mucho que no llamabas.

—Lo sé. Hubo... hubo una tormenta. Una interferencia muy fuerte.

Me apoyo en la mesa, sintiendo cómo los músculos de mi espalda, tensos durante meses, por fin se relajan.

—Me dijo que no existías —le cuento, con la voz tranquila—. Intentó borrarte. Me dijo que hablaba sola.

Oigo su risa suave al otro lado, como el romper de una ola pequeña.

—Ya sabes cómo es la gente, Rochi. Solo creen en lo que pueden tocar. Pero tú y yo sabemos la verdad, ¿no?

—Sí. La sabemos.

—¿Y qué pasó con la tormenta? ¿Ya pasó?

Miro a mi alrededor, a mi vivero, a mi reino ordenado y silencioso. Pienso en Laura, en su celda de hormigón, mirando una pared vacía, preguntándose cómo una jardinera loca pudo derribar su imperio.

—Sí, Mateo. Ya pasó. Me encargué de ella.

—¿Tú sola?

—Yo sola. Bueno... tú me ayudaste. Me dijiste que me levantara, que me sacudiera la arena. Y lo hice. Cogí la ola más grande, hermano. La más peligrosa. Y la surfeé hasta la orilla.

—Sabía que podías. Siempre lo supe. Eres una Gil. Somos duros de pelar.

Sonrío. Una sonrisa genuina.

—Ahora todo está en orden. Papá y mamá están tranquilos, aunque te echan mucho de menos. El vivero va bien. Y Javi... Javi descansa.

—Entonces, ¿volvemos a la rutina?

—Volvemos a la rutina. Te llamaré mañana, ¿vale?. Pero cuéntame qué tal las olas por allí.

—Perfectas, enana. Cristalinas. Aquí siempre sale el sol, ya sabes. Descansa, Rochi.

—Te quiero muchísimo, hermano.

—Y yo a ti, Rochi.

Cuelgo el teléfono y lo guardo con cuidado en el bolsillo, junto a las tijeras de podar.

El silencio vuelve al vivero, pero ya no es un silencio vacío. Está lleno. La línea está abierta de nuevo. La cobertura es total.

Me bajo del taburete, apago las luces y salgo a la calle respirando hondo el aire fresco de la noche de Vejer. La gente me saluda al pasar y yo les devuelvo el saludo, amable, normal.

Ahora nunca estoy sola.

Camino hacia mi casa bajo las estrellas, y por primera vez en mucho, mucho tiempo, el mundo vuelve a tener sentido.